

STEPHEN KING

Revival



«Al menos en un sentido nuestras vidas son ciertamente como las películas. El elenco principal se compone de la familia y los amigos. Los actores son los vecinos, los compañeros de trabajo, los profesores y los conocidos.

[...]

»Pero a veces entra en nuestra vida una persona que no encaja en ninguna de estas categorías.

[...]

»Cuando pienso en Charles Jacobs —mi quinto en discordia, mi agente del cambio, mi maldición—, se me hace imposible creer que su presencia en mi vida tuvo que ver con el destino».

Octubre de 1962. En una pequeña localidad de Nueva Inglaterra la sombra de un hombre se cierne sobre un niño que juega ensimismado con sus soldaditos. Cuando Jamie Morton levanta la vista, ve una figura imponente. Se trata de Charles Jacobs, el nuevo pastor, con quien pronto establecerá un estrecho vínculo basado en su fascinación por los experimentos con electricidad.

Varias décadas más tarde, Jamie ha caído en las drogas y lleva una vida nómada tocando la guitarra para diferentes bandas por bares de todo el país. Entonces vuelve a cruzarse con Jacobs —dedicado ahora al espectáculo y a crear deslumbrantes «retratos de luz»—, y este encuentro tendrá importantes consecuencias para ambos. Su vínculo se convertirá en un pacto más allá incluso del ideado por el diablo, y Jamie descubrirá que «renacer» puede tener más de un significado.

Esta inquietante novela, que se extiende a lo largo de cinco décadas, muestra uno de los más terroríficos finales que Stephen King haya escrito jamás. Es una obra de arte del maestro de contar historias de nuestro tiempo, en la tradición de Hawthorne, Melville o Poe.

Una historia oscura sobre la adicción, el fanatismo y lo que puede existir al otro lado de la vida...

Stephen King

Revival

ePub r2.0

Titivillus 15.11.15

Título original: *Revival*

Stephen King, 2014

Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus

Primer editor: SoporAeternus (r1.0 a 1.1)

ePub base r1.2



Este libro es para algunas de las personas
que construyeron mi casa:

Mary Shelley

Bram Stoker

H. P. Lovecraft

Clark Ashton Smith

Donald Wandrei

Fritz Leiber

August Derleth

Shirley Jackson

Robert Bloch

Peter Straub

Y ARTHUR MACHEN, cuya novela breve
El gran dios Pan me ha obsesionado toda la vida.

Que no está muerto lo que yace eternamente, y en los eones por venir aun la
muerte puede morir.

H. P. LOVECRAFT

El quinto en discordia. Monte Calavera.

Lago Apacible.

Al menos en un sentido nuestras vidas son ciertamente como las películas. El elenco principal se compone de la familia y los amigos. Los actores secundarios son los vecinos, los compañeros de trabajo, los profesores y los conocidos. Están también los papeles de reparto: esa cajera del supermercado de sonrisa bonita, el camarero cordial del barucho del barrio, los otros socios del gimnasio junto a los que hacemos ejercicio tres días por semana. Y hay miles de figurantes, todas esas personas que pasan por nuestra vida como agua por un cedazo, personas a quienes vemos una sola vez y nunca más. El adolescente que hojea novelas gráficas en Barnes & Noble, ese al que rozamos al pasar (susurrando «Disculpa») de camino hacia las revistas. La mujer detenida en el carril contiguo ante el semáforo, que aprovecha el momento para retocarse con el pintalabios. La madre que limpia la cara a su hijo de corta edad, manchado de helado, en un restaurante de carretera donde hemos parado a comer algo. El vendedor ambulante al que compramos una bolsa de cacahuets en un partido de béisbol.

Pero a veces entra en nuestra vida una persona que no encaja en ninguna de esas categorías. Es el comodín que nos sale muy de vez en cuando en una partida de naipes, a menudo en momentos críticos. En el cine se conoce a esta clase de personaje como el quinto en discordia, o agente del cambio. Cuando este elemento aparece en una película, sabemos que está ahí porque lo ha puesto el guionista. Pero ¿quién escribe el guión de nuestras vidas? ¿El destino o el azar? Quiero creer que es este último. Quiero creerlo con toda mi alma. Cuando pienso en Charles Jacobs —mi quinto en discordia, mi agente del cambio, mi maldición—, se me hace insoportable creer que su presencia en mi vida tuvo que ver con el destino. Si fuera así, significaría que desde el principio estaba escrito que todas estas atrocidades —estos *horrores*— ocurrirían. En tal caso, no existe nada parecido a la luz, y creer en ella es vana ilusión. En tal caso, vivimos en la oscuridad como animales en una madriguera, u hormigas en

lo más hondo de su hormiguero.

Y no estamos solos.

Claire me regaló un ejército cuando cumplí los seis años, y un sábado de octubre de 1962 me preparaba para una gran batalla.

Yo pertenecía a una familia numerosa —cuatro niños varones, una chica— y, como era el benjamín, recibía muchos regalos. Los mejores procedían siempre de Claire, quizá por ser la mayor, o por ser la única chica, o por las dos cosas. Pero, entre todos los regalos fenomenales que me hizo a lo largo de los años, ese ejército fue el mejor con diferencia. Lo componían doscientos soldados verdes de plástico, unos con fusiles, otros con ametralladoras; una docena de ellos llevaban acoplados ciertos artilugios tubulares que, según mi hermana, eran morteros. Incluía, además, ocho camiones y doce jeeps. Quizá lo más imponente de aquel ejército era la caja en que venía, un pequeño cofre de cartón en tonalidades verde y marrón de camuflaje con el sello PROPIEDAD DEL EJÉRCITO DE ESTADOS UNIDOS estampado en la parte delantera. Debajo, Claire había añadido su propio rótulo: JAMIE MORTON, COMANDANTE.

Ese era yo.

—Lo vi anunciado en la última hoja de un tebeo de Terry —explicó Claire cuando dejé de chillar de júbilo—. No me dejó recortarlo, el muy albondiguilla...

—Eso sí es verdad —dijo Terry. Contaba ocho años—. Yo soy una albondiguilla, y él, mi hermano menor. —Con los dedos índice y medio, formó una horquilla y se hurgó las fosas nasales.

—Para ya —terció nuestra madre—. Nada de discusiones entre hermanos el día que uno de vosotros cumple años, por favor y gracias. Terry, sácate los dedos de la nariz.

—El caso es que hice una copia del cupón y lo mandé —prosiguió Claire—. Tenía miedo de que no llegara a tiempo, pero sí ha llegado. Me alegro de que te guste. —Y me dio un beso en la sien. Siempre me besaba ahí. Después de tantos años, siento aún esos tiernos besos.

—¡Me encanta! —exclamé, estrechando el cofre contra el pecho—. ¡Siempre me encantará!

Eso fue después del desayuno, que había consistido en beicon y crepes de arándano, mi comida favorita. En el cumpleaños, siempre nos preparaban nuestro plato preferido, y los regalos se entregaban después del desayuno, allí en la cocina, con su estufa de leña y su mesa alargada, y un trasto de lavadora que se averiaba

continuamente.

—Para Jamie, «siempre» quiere decir, más o menos, cinco días —aclaró Con, que era un niño delgado (aunque con el tiempo se robusteció) y ya por entonces, a sus diez años, mostraba una clara inclinación científica.

—Esa sí que es buena, Conrad —comentó nuestro padre. Llevaba puesto el mono de trabajo con su nombre, RICHARD, bordado en hilo dorado en el bolsillo izquierdo del pecho. En el lado derecho se leía MORTON FUEL—. Me has impresionado.

—Gracias, papá.

—Por ese pico de oro, el premio es la oportunidad de ayudar a tu madre a recoger la mesa.

—¡Le toca a Andy!

—Le *tocaba* a Andy —rectificó nuestro padre a la vez que echaba sirope al último crepe—. Coge un paño, Pico de Oro. Y procura no romper nada.

—Lo malcrías —protestó Con, pero cogió el paño.

Connie no andaba muy desencaminado en cuanto a mi idea de «siempre». Al cabo de cinco días el juego de cirugía que me había regalado Andy, Operación, acumulaba borra debajo de mi cama (y dicho sea de paso, faltaban varias piezas del cuerpo humano; Andy lo había comprado por veinticinco centavos en el mercadillo de Eureka Grange). También estaban allí los rompecabezas obsequio de Terry. Con me había regalado un visor View-Master, y eso me duró un poco más, pero al final acabó en mi armario, perdido de vista para siempre.

Mis padres me compraron ropa, porque mi cumpleaños cae a finales de agosto, y al curso siguiente yo empezaba primaria. Encontré pantalones y camisas nuevos, tan interesantes como una carta de ajuste, pero procuré expresar mi agradecimiento con el mayor entusiasmo. Imagino que no coló: a los seis años no es fácil simular falso entusiasmo... aunque, lamento decirlo, esa es una habilidad que casi todos aprendemos con relativa rapidez. En cualquier caso, la ropa acabó lavada en el trasto, colgada en el tendedero del jardín a un lado de la casa y plegada en los cajones de mi cómoda. Donde, como seguramente huelga decir, quedó guardada hasta septiembre, el momento de ponérsela. Había un jersey marrón con listas amarillas, recuerdo, que en realidad no estaba nada mal. Cuando lo llevaba, me hacía pasar por un superhéroe llamado la Avispa Humana: ¡malhechores, cuidado con mi aguijón!

Pero Con sí se equivocó con respecto al cofre que contenía el ejército. Jugué con aquellos soldados un día sí y otro también, normalmente en el extremo del jardín

delantero, donde una franja de tierra separaba el césped de la calle, Methodist Road, que por entonces era también de tierra. En aquellos tiempos, a excepción de la Interestatal 9 y la carretera de dos carriles que llevaba a Monte Cabra, donde había un complejo turístico para ricos, todas las calles y carreteras de Harlow eran de tierra. Recuerdo ver llorar a mi madre más de una vez por el polvo que entraba en casa los días secos de verano.

Billy Paquette y Al Knowles —mis dos mejores amigos— venían a jugar conmigo a soldaditos muchas tardes, pero el día que Charles Jacobs apareció en mi vida, yo estaba solo. No recuerdo el motivo de la ausencia de Billy y Al, pero sí que me sentía a gusto, allí solo por una vez. Para empezar, así no era necesario partir el ejército en tres divisiones. Por otro lado —y más importante—, no me veía obligado a discutir con ellos para ver a quién le tocaba ganar. A decir verdad, yo consideraba injusto tener que perder alguna que otra vez, porque aquellos eran *mis* soldados y *mi* cofre.

Cuando le planteé esto a mi madre un día caluroso de finales del verano, poco después de mi cumpleaños, me cogió por los hombros y me miró a los ojos, señal inequívoca de que estaba a punto de ofrecirme otra Lección sobre la Vida.

—Jamie, la mitad de los problemas de este mundo se deben a eso de «es mío». Cuando juegas con tus amigos, los soldados son de todos.

—¿Aunque luchemos en bandos distintos?

—Aun así. Cuando Billy y Al se van a su casa a cenar y guardas los soldados en la caja...

—¡El *cofre*!

—Eso, el cofre. Cuando los guardas, vuelven a ser tuyos. Las personas tienen muchas maneras de maltratarse mutuamente, como descubrirás cuando seas mayor, pero, en mi opinión, la causa de todo ese mal comportamiento es el puro y simple egoísmo. Prométeme que nunca serás egoísta, chiquitín.

Lo prometí, pero cuando Billy y Al ganaban, seguía sin gustarme.

Aquel día de octubre de 1962, mientras el destino del mundo entero pendía de un hilo por un palmo de tierra tropical llamado Cuba, yo combatía en ambos frentes de la batalla, así que, por fuerza, la victoria sería para mí. La niveladora del pueblo había pasado un rato antes por Methodist Road («Para cambiar los pedruscos de sitio», refunfuñaba siempre mi padre), y abundaba la tierra suelta. Reuní suficiente para formar primero una montaña, luego una montaña grande, y por último una montaña *grandiosa*, que me llegaba casi hasta las rodillas. Al principio pensé en llamarla Monte

Cabra, pero el nombre, por un lado, me parecía poco original (al fin y al cabo, el Monte Cabra, el auténtico, estaba a solo veinte kilómetros de allí) y, por otro, no le veía ninguna gracia. Después de mucho cavilar, decidí ponerle Monte Calavera. Incluso traté de abrir un par de cuevas a modo de ojos con los dedos, pero los boquetes se desmoronaban una y otra vez de tan seca como estaba la tierra.

«¡Qué le vamos a hacer! —dije a los soldados de plástico, revueltos en el cofre—. La vida es dura, y uno no puede tenerlo todo». Esa era una de las frases predilectas de mi padre, y no me cabe duda de que, con cinco hijos que mantener, tenía sobradas razones para pensarlo. «Nos imaginaremos las cuevas».

Dispuse la mitad de mi ejército en el Monte Calavera, donde presentaba una imagen imponente. Me gustaba sobre todo la apariencia que ofrecían allí arriba los hombres de los morteros. Esos eran los boches. En el límite del césped aposté el ejército de Estados Unidos. Este contaba con todos los jeeps y camiones, por lo impresionante que sería verlos acometer cuesta arriba por la escarpada pendiente de la montaña. Algunos se volcarían, eso seguro, pero al menos unos cuantos llegarían a la cima. Y arrollarían a los hombres de los morteros, que pedirían compasión a gritos. No se les concedería.

«Hasta la muerte —dije mientras colocaba los últimos héroes americanos—. ¡Hitler, tú serás el siguiente!».

Iniciaba ya el avance, fila a fila —acompañándolo del tableteo de las ametralladoras, como en un cómic—, cuando una sombra se proyectó sobre el campo de batalla. Alcé la vista y vi a un hombre allí de pie. Obstruía el sol vespertino, una silueta recortada en luz dorada: un eclipse humano.

En casa había bullicio, como todos los sábados por la tarde. Andy y Con, entre risas y voces, jugaban con unos amigos al tiro al bate. Claire, en su habitación con un par de amigas *suyas*, escuchaba música en su tocadiscos Imperial Party-Time: *The Loco-Motion*, *Soldier Boy*, *Palisades Park*. Además, en el garaje se oían martillazos, porque Terry y nuestro padre reparaban el viejo Ford del 51. «El Cohete de la Carretera», lo llamaba mi padre. O «el Proyecto». Una vez lo oí decir que era «una mierda pinchada en un palo», expresión que quedó grabada para siempre en mi memoria y que todavía hoy empleo. Cuando queremos sentirnos mejor, decimos que tal o cual cosa es «una mierda pinchada en un palo». Por lo general, surte efecto.

Había mucho bullicio, pero en ese momento dio la impresión de que se imponía el silencio. Ya sé que es sencillamente una de esas ilusiones generadas por las imprecisiones de la memoria (por no hablar ya del sinfín de lúgubres asociaciones), pero es un recuerdo muy vívido. De repente ningún niño gritaba en el jardín, ningún

disco sonaba en el piso de arriba, ningún martillazo llegaba del garaje. No trinaba ni un solo pájaro.

Entonces el hombre se agachó y el sol poniente resplandeció por encima de su hombro, cegándome por unos segundos. Alcé una mano para protegerme los ojos.

—Perdona, perdona —dijo el hombre, y se irguió lo justo para que pudiera mirarlo sin tener que ver también el sol.

De cintura para arriba llevaba una chaqueta negra de domingo, como de ir a misa, y una camisa negra con una muesca en el cuello; de cintura para abajo, vaqueros y mocasines de piel gastados. Era como si pretendiese ser dos personas distintas al mismo tiempo. A mis seis años, yo encasillaba a los adultos en tres categorías: mayores jóvenes, mayores y viejos. Ese hombre era un mayor joven. Con las manos apoyadas en las rodillas, observaba los dos ejércitos enemigos.

—¿Usted quién es? —pregunté.

—Charles Jacobs.

El nombre me sonaba vagamente. Me tendió la mano. Se la estreché en el acto, porque ya a los seis años tenía buenos modales. Tanto yo como mis hermanos. Mis padres se encargaban de eso.

—¿Por qué lleva ese entrante en el cuello de la camisa?

—Porque soy pastor. De ahora en adelante, cuando vayas a la iglesia los domingos, allí estaré yo. Y cuando vayas a catequesis los jueves por la tarde, también me encontrarás a mí.

—Nuestro pastor era el señor Latoure —dije—, pero se murió.

—Lo sé. Y lo siento.

—No se preocupe; según dijo mamá, no sufrió, se fue derecho al cielo. Pero él no llevaba un cuello como ese.

—Porque Bill Latoure era un predicador laico. O sea, una especie de voluntario. Mantenía la iglesia abierta cuando no había nadie más para hacerlo. Eso era prueba de su bondad.

—Creo que mi padre a usted lo conoce —dije—. Mi padre es diácono de la parroquia. Se ocupa de la colecta. Aunque se turna con los otros diáconos.

—Compartir está bien —afirmó Jacobs, y se arrodilló junto a mí.

—¿Va a rezar? —La idea en cierto modo me alarmó. La oración era algo propio de la iglesia y la catequesis, lo que mis hermanos llamaban «la escuela de los jueves por la tarde». Cuando el señor Jacobs la pusiera otra vez en marcha, sería mi primer año allí, como lo sería también en la escuela corriente—. Si quiere hablar con mi padre, lo encontrará en el garaje con Terry. Están cambiándole el embrague al Cohete de la

Carretera. Bueno, la verdad es que lo hace mi padre. Terry, más que nada, le da las herramientas y mira. Tiene ocho años. Yo seis. Mi madre debe de estar en el porche de atrás, creo, viendo a unos chicos jugar al tiro al bate.

—Lo que yo de niño llamaba «bate quieto» —comentó, y sonrió. Era una sonrisa amable.

Me cayó bien de inmediato.

—¿Ah, sí?

—Pues sí, porque cuando cogías la bola, tenías que lanzarla y acertarle al bate.

¿Cómo te llamas, hijo?

—Jamie Morton. Tengo seis años.

—Sí, ya me lo has dicho.

—Me parece que nunca había rezado nadie en nuestro jardín.

—Tampoco yo voy a rezar. Lo que quiero es ver de cerca tus ejércitos. ¿Quiénes son los rusos y quiénes los americanos?

—Los americanos son estos de aquí abajo, claro, pero los que están arriba, en el Monte Calavera, son los boches. Los americanos tienen que tomar la montaña.

—Porque es un obstáculo en el camino —conjeturó Jacobs—. Al otro lado del Monte Calavera está la carretera que lleva a Alemania.

—¡Eso! ¡Y hasta el jefe de los boches! ¡Hitler!

—Autor de tantas fechorías —añadió él.

—¿Cómo?

—No, nada. ¿Te importa que llame «alemanes» a los malos? Eso de «boches» no me acaba de gustar.

—No, por mí bien: los boches son alemanes, y los alemanes son boches. Mi padre estuvo en la guerra. Aunque solo el último año. Arreglaba camiones en Texas. ¿Usted estuvo en la guerra, señor Jacobs?

—No, aún era joven. También para Corea. ¿Cómo van a tomar esa montaña los americanos, general Morton?

—¡Irán a la carga! —exclamé—. ¡Con las ametralladoras! ¡Pum! ¡Bumba, bumba, bumba! —Luego, con voz muy gutural—: ¡Rata-ta-ta-ta!

—Un ataque directo contra terreno elevado... eso tiene su riesgo, general. Yo que tú dividiría mis tropas... así... —Desplazó la mitad de los americanos a la izquierda y la otra mitad a la derecha—. De esta manera se crea un movimiento de tenaza, ¿ves? —Juntó el pulgar y el índice—. Avanzas hacia el objetivo desde los dos flancos.

—Puede ser —dije. A mí me gustaba la idea del ataque frontal (mucho acción cruenta), pero la sugerencia del señor Jacobs también me atrajo. Tenía su lado astuto.

La astucia podía resultar satisfactoria—. He intentado hacer unas cuevas, pero la tierra está muy seca.

—Eso veo. —Hincó un dedo en el Monte Calavera y observó el agujero mientras la tierra se desmoronaba y lo cubría. Se irguió y se sacudió las rodillas de los vaqueros—. Yo tengo un niño que seguramente se lo pasaría en grande con tus soldados dentro de uno o dos años.

—Puede jugar ya, si quiere. —Pretendía mostrarme desprendido—. ¿Dónde está?

—Sigue en Boston, con su madre. Hay muchas cosas que embalar. Llegarán el miércoles, calculo. El jueves como mucho. Pero Morrie aún es un poco pequeño para soldados. No haría más que cogerlos y tirarlos por todas partes.

—¿Cuántos años tiene?

—Solo dos.

—¡Seguro que aún se hace pipí encima! —exclamé, y me eché a reír. Posiblemente no era un comentario muy educado, pero no pude evitarlo. El hecho de que los niños se orinaran encima me parecía graciosísimo.

—Pues sí, ya que lo dices —contestó Jacobs, sonriente—, pero imagino que lo superará con la edad. Tu padre está en el garaje, decías, ¿no?

—Sí.

Recordé entonces dónde había oído antes el nombre del señor Jacobs: en la mesa durante una cena, mientras mis padres hablaban del nuevo pastor que llegaría de Boston. *¿No es muy joven?*, había preguntado mi madre. *Sí, y eso se reflejará en su salario*, contestó mi padre, y sonrió. Hablaron de él un poco más, creo, pero yo no presté atención. Andy acaparaba el puré de patata. Como siempre.

—Prueba esa maniobra de enfilada —dijo a la vez que hacía ademán de marcharse.

—¿Eh?

—La tenaza —aclaró, formando otra vez una pinza con el pulgar y el índice.

—Ah, sí. Vale.

Lo probé. Dio un resultado aceptable. Murieron todos los boches. Aunque la batalla no fue, digamos, espectacular, así que a renglón seguido probé el asalto frontal, en el que camiones y jeeps se despeñaban por las escarpadas pendientes del Monte Calavera mientras los boches se despeñaban por la ladera opuesta con agónicos gritos de desesperación: «¡Aaaaahhh!».

Mientras se enconaba la batalla, mis padres y el señor Jacobs, sentados en el porche delantero, tomaban té con hielo y hablaban de asuntos parroquiales: si mi padre era diácono, mi madre, por su parte, pertenecía a las Damas Auxiliadoras. No

era la jefa pero casi. Los elegantes sombreros que llevaba en esa época eran dignos de verse. Debía de tener una docena. Por aquel entonces éramos felices.

Mi madre llamó a mis hermanos, junto con sus amigos, para presentarles al nuevo pastor. También yo me dispuse a acercarme, pero el señor Jacobs, con un gesto, me indicó que siguiera con lo mío y aclaró a mi madre que ya nos habíamos conocido.

—¡Adelante con la batalla, general! —dijo, alzando la voz.

Seguí adelante con la batalla. Con, Andy y sus amigos volvieron a la parte de atrás y retomaron sus juegos. Claire y sus amigas volvieron al piso de arriba y siguieron con sus bailes (aunque mi madre le pidió que bajara el volumen de la música, por favor y gracias). Los señores Morton y el reverendo Jacobs continuaron con su conversación, y durante un buen rato. A menudo recuerdo que me sorprendía lo mucho que eran capaces de darle a la sinhuera los adultos. Era agotador.

Me desentendí de ellos, porque estaba librando la Batalla del Monte Calavera una y otra vez en distintas modalidades. En la situación más satisfactoria —una adaptación del movimiento de tenaza sugerido por el señor Jacobs—, parte del ejército americano cortaba el paso a los alemanes por delante mientras el resto circundaba el monte y les tendía una emboscada desde atrás. «¿*Ke okugue akí?*», exclamó uno de ellos poco antes de recibir un balazo en la cabeza.

Ya un poco cansado del juego, empezaba a plantearme ir a por un trozo de pastel (si los amigos de Con y Andy habían dejado algo) cuando la misma sombra volvió a proyectarse sobre mí y mi campo de batalla. Alcé la vista y vi al señor Jacobs con un vaso de agua en la mano.

—Se lo he pedido a tu madre. ¿Puedo enseñarte una cosa?

—Claro.

Se arrodilló de nuevo y vertió el agua en lo alto del Monte Calavera.

—¡Es una tormenta! —exclamé, e imité el ruido de los truenos.

—Exacto, si tú quieres. Con rayos y todo. Ahora mira. —Extendió dos dedos semejantes a los cuernos del diablo y los hincó en la tierra mojada. Esta vez los orificios permanecieron—. Listo —anunció—. He ahí las cuevas. —Cogió dos soldados alemanes y los metió dentro—. Será difícil obligarlos a salir, general, pero seguro que los americanos estarán a la altura de las circunstancias.

—¡Vaya! ¡Gracias!

—Añade más agua si vuelven a desmoronarse.

—Eso haré.

—Y acuérdate de llevar el vaso a la cocina cuando termine la batalla. No quiero que tu madre se enfade conmigo en mi primer día en Harlow.

Se lo prometí, y le tendí la mano.

—Chóquela, señor Jacobs.

Se rio y me dio un apretón. Luego se alejó por Methodist Road, hacia la rectoría, donde su familia y él vivirían durante los tres años siguientes, hasta que lo despidieron. Lo observé por un momento y después centré de nuevo la atención en el Monte Calavera.

No había entrado aún en faena cuando otra sombra se proyectó sobre el campo de batalla. Esta vez era mi padre. Apoyó una rodilla en el suelo con cuidado de no aplastar ningún soldado americano.

—Dime, Jamie, ¿qué te ha parecido el nuevo pastor?

—Me cae bien.

—Y a mí. Y a tu madre. Es muy joven para el puesto, y si lo hace bien, esta parroquia será solo su primera experiencia, pero creo que sabrá arreglárselas. Sobre todo en catequesis. La juventud atrae a la juventud.

—Mira, papá, me ha enseñado a hacer cuevas. Solo hay que mojar la tierra para que se forme una especie de barro.

—Ya veo. —Me alborotó el pelo—. Tendrás que lavarte bien antes de la cena. —Cogió el vaso—. ¿Quieres que me lo lleve yo?

—Sí, por favor y gracias.

Agarró el vaso y se encaminó hacia la casa. Yo miré el Monte Calavera y vi que la tierra estaba ya seca y las cuevas se habían desmoronado, enterrando vivos a los soldados. No me importó; al fin y al cabo eran los malos.

Hoy día estamos ya muy concienciados sobre los morbosos riesgos del sexo, y ningún padre en su sano juicio dejaría a un niño de seis años en compañía de un hombre a quien acaba de conocer y que vive solo (aunque esa situación no vaya a prolongarse más que unos días), pero eso precisamente hizo mi madre el lunes siguiente por la tarde, y sin el menor reparo.

El reverendo Jacobs —mi madre insistió en que debía llamarlo así, no «señor»— subió por Methodist Hill a eso de las tres menos cuarto y llamó a la puerta mosquitera. Yo estaba en el salón, coloreando en el suelo, mientras mi madre veía el concurso *Dialing for Prizes*. Había mandado su nombre a la cadena de televisión, la WCSH, y esperaba ganar el gran premio de ese mes, una aspiradora Electrolux. Sabía que las probabilidades eran escasas, pero en broma, parafraseando el refrán, dijo: «A cada demonio le llega su día».

—¿Me presta a su hijo pequeño durante media hora? —dijo el reverendo Jacobs—. Tengo algo en el garaje que quizá le guste.

—¿Qué es? —pregunté a la vez que me ponía en pie.

—Una sorpresa. Ya se lo contarás después a tu madre.

—¿Mamá?

—Claro —respondió ella—, pero antes quítate la ropa del colegio, Jamie.

Reverendo Jacobs, ¿le apetece un té con hielo mientras el niño se cambia?

—Sí —contestó él—. Y me pregunto si no podría llamarme Charlie.

Mi madre se detuvo a pensarlo y por fin dijo:

—No, pero quizá sí podría llamarlo Charles.

Me puse unos vaqueros y una camiseta, y cuando volví a bajar, como ellos charlaban de cosas de adultos, salí a esperar el autobús del colegio. Con, Terry y yo asistíamos a una escuela unitaria en la Interestatal 9 —a no más de medio kilómetro de casa, un paseo—, pero Andy estudiaba en el Centro de Secundaria Agrupado y Claire mucho más lejos, al otro lado del río, en el instituto de Gates Falls, donde era alumna de primero. («Y de primera, esperemos», le decía mi madre, también en broma). El autobús los dejaba en el cruce de la Interestatal 9 con Methodist Road, al pie de Methodist Hill.

Los vi apearse, y cuando subían por la cuesta cansinamente —riñendo, para variar, como oí mientras aguardaba junto al buzón—, salió el reverendo Jacobs.

—¿Ya estás listo? —preguntó, y me cogió de la mano. Se me antojó el gesto más natural del mundo.

—Sí —respondí.

Nos cruzamos con Andy y Claire a media cuesta. Andy quiso saber adónde iba.

—A casa del reverendo Jacobs —respondí—. Quiere enseñarme algo, una sorpresa.

—Pues no tardes —advirtió Claire—. Te toca a ti poner la mesa.

Lanzó una ojeada de soslayo a Jacobs y desvió la vista en el acto, como si le costara mirarlo. Mi hermana mayor, al igual que todas sus amigas, se enamoraría perdidamente de él antes de acabar el año.

—Os lo devolveré enseguida —prometió Jacobs.

Bajamos por la cuesta cogidos de la mano hasta la Interestatal 9, que llevaba a Portland, si se torcía a la izquierda, y a Gates Falls, Castle Rock y Lewiston, si se doblaba a la derecha. Nos paramos a ver si venía algún coche, lo cual era absurdo, porque, excepto en verano, la Interestatal 9 apenas tenía tráfico, y luego seguimos caminando entre henares y maizales, cuyos tallos, ahora secos, chacoloteaban en la

suave brisa otoñal. Al cabo de diez minutos llegamos a la rectoría, una bonita casa blanca con postigos negros. Detrás se alzaba la Primera Iglesia Metodista de Harlow, nombre también absurdo, porque en Harlow no había ninguna otra iglesia metodista.

El otro único templo de Harlow era la iglesia de Shiloh. Mi padre consideraba a los shilohitas gente de una rareza entre moderada y grave. No se paseaban en calesas tiradas por caballos ni nada por el estilo, pero todos los hombres y los niños llevaban sombreros negros cuando salían a la calle. Las mujeres y las niñas lucían vestidos largos hasta los tobillos y cofias blancas. Según mi padre, los shilohitas decían saber cuándo llegaría el fin del mundo; estaba escrito en un libro especial. Según mi madre, en Estados Unidos todo el mundo tenía derecho a creer lo que le viniera en gana siempre y cuando no hiciera daño a nadie... pero tampoco llevaba la contraria a mi padre a ese respecto. Nuestra iglesia era más grande que la de Shiloh, pero muy sencilla. Además, no tenía campanario. Lo tuvo en su día, pero lo derribó un huracán en una fecha muy lejana, en 1920 o por ahí.

El reverendo Jacobs y yo tomamos el camino de tierra de la rectoría. Vi con interés que tenía un Plymouth Belvedere azul, una pasada de coche.

—¿Cambio de marchas manual o automático? —pregunté.

Pareció sorprenderse, pero enseguida sonrió.

—Automático —respondió—. Fue un regalo de boda de mi familia política.

—¿Se dice «familia política» porque son políticos?

—En este caso no precisamente —contestó, y se echó a reír—. ¿Te gustan los coches?

—Nos gustan a todos —dije, refiriéndome a «todos» en la familia... aunque eso no era totalmente exacto en el caso de mi madre y Claire, supuse. Las mujeres, por lo visto, no entendían bien hasta qué punto los coches eran una pasada—. Cuando el Cohete de la Carretera esté arreglado, mi padre correrá con él en el autódromo de Castle Rock.

—¿Ah, sí?

—Bueno, no él exactamente. Mi madre no le deja porque es muy peligroso, pero alguien correrá. A lo mejor Duane Robichaud. Trabaja en Brownie's, la tienda, con sus padres. El año pasado condujo el coche número nueve en el autódromo, pero se le prendió fuego al motor. Dice mi padre que busca otro coche.

—¿Los Robichaud vienen a la iglesia?

—Mmm...

—Interpretaré eso como un no. Ven al garaje, Jamie.

El garaje estaba en penumbra y olía a humedad. Esas sombras y ese tufo me

infundieron cierto temor, pero aparentemente Jacobs no le concedió mayor importancia. Nos adentramos en la oscuridad, y él se detuvo y señaló con la mano. Ahogué una exclamación ante lo que vi.

Jacobs dejó escapar una risa, tal como hace la gente cuando se enorgullece de algo.

—Bienvenido al Lago Apacible, Jamie.

—¡Uau!

—Lo he montado para pasar el tiempo mientras espero a Patsy y a Morrie. Tendría que estar ocupándome de las cosas de la casa, y alguna que otra he hecho ya... he arreglado la bomba del pozo, sin ir más lejos... pero hasta que llegue Pats con los muebles poco más *puedo* hacer. Tu madre y las otras Damas Auxiliadoras lo dejaron todo limpiísimo, chaval. El señor Latoure venía a diario desde la isla de Orr, y en realidad nadie ha vivido aquí desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Ya le di las gracias a tu madre, pero no estaría de más que se las transmitieras tú también de mi parte.

—Claro, cuente con ello —respondí, pero dudo que comunicara ese segundo mensaje de agradecimiento, porque apenas oía lo que el reverendo Jacobs me decía. Tenía los cinco sentidos puestos en una mesa que ocupaba casi medio garaje. La cubría un paisaje verde y ondulado ante el que mi Monte Calavera no tenía ni punto de comparación. Desde entonces he visto muchos paisajes similares (por lo general, en escaparates de jugueterías), pero por todos circulaban complicados trenes eléctricos. La mesa montada por el reverendo Jacobs, que en realidad no era una mesa sino tableros de contrachapado sobre una hilera de caballetes, no contenía ningún tren. Encima había una campiña en miniatura, de unos tres metros y medio de largo por uno y medio de ancho. Torres de alta tensión de treinta y cinco centímetros de altura trazaban una diagonal a través del paisaje, dominado por un lago con agua auténtica que incluso en aquella penumbra despedía un resplandor azul.

—Pronto tendré que desmontarlo —dijo—, o si no, no podré meter el coche en el garaje, y eso a Patsy no le gustaría.

Se inclinó, apoyó las manos en las rodillas y contempló las colinas onduladas, los cables de alta tensión como hebras, el gran lago. Ovejas y vacas de plástico pacían en la orilla (eran de un tamaño muy desproporcionado, pero en eso no me fijé, y aunque me hubiera fijado, me habría dado igual). Estaba salpicado de farolas, lo cual resultaba un tanto extraño, porque no había ningún pueblo ni carretera que iluminar.

—Aquí podrías organizar una buena batalla con tus soldados, ¿a que sí?

—Y tanto —contesté. Pensé que allí podría librar una guerra entera.

Asintió.

—Pero eso no podrá ser, porque en el Lago Apacible todo el mundo se lleva bien y están prohibidas las peleas. En ese sentido, es como el cielo. En cuanto ponga en marcha la catequesis, llevaré esto al sótano de la iglesia. Quizá podáis ayudarme tus hermanos y tú. A los niños les gustará, creo.

—¡Seguro que sí! —respondí, y añadí una frase que acostumbraba a decir mi padre—: ¡Ya puede jugarse el jornal!

Se echó a reír y me dio una palmada en el hombro.

—¿Ahora quieres ver un milagro?

—Bueno —dije. No sabía muy bien si quería o no. Pensé que quizá me diera miedo. De pronto tomé conciencia de que estábamos los dos solos en un viejo garaje donde no había ningún coche, un cuchitril polvoriento que, a juzgar por el olor, llevaba años cerrado. La puerta al mundo exterior seguía abierta, pero daba la impresión de que se hallaba a un kilómetro. El reverendo Jacobs me caía bien, pero de pronto lamenté no haberme quedado en casa, coloreando en el suelo, esperando a ver si mi madre ganaba la aspiradora Electrolux y se imponía por fin en su eterna batalla contra el polvo del verano.

En ese momento el reverendo Jacobs pasó lentamente la mano por encima del Lago Apacible, y me olvidé de mi nerviosismo. Se oyó un zumbido grave procedente de debajo de la mesa improvisada, semejante al sonido de nuestro televisor Philco cuando se calentaba, y se encendieron todas aquellas pequeñas farolas. La luz era de un blanco intenso, casi demasiado intenso para la vista, pero despedía un mágico resplandor lunar por encima de las colinas verdes y el agua azul. Incluso las vacas y ovejas de plástico parecían más realistas, posiblemente porque ahora proyectaban sombra.

—Caramba, ¿y eso cómo lo ha hecho?

Sonrió.

—Un buen truco, ¿eh? Y dijo Dios: «Sea la luz, y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena». Solo que yo no soy Dios, y dependo de la electricidad. Que es algo prodigioso, Jamie. Un regalo de Dios que nos hace sentirnos como dioses cada vez que pulsamos un interruptor, ¿no crees?

—Supongo que sí —respondí—. Mi abuelo Amos se acuerda de cuando no había luz eléctrica.

—Mucha gente se acuerda —dijo él—, pero en un tiempo no muy lejano toda esa gente se habrá ido... y cuando eso ocurra, nadie pensará ya que la electricidad es un milagro. Y un misterio. Nos hacemos una idea de cómo funciona, pero saber cómo

funciona algo y saber qué *es* son dos cosas distintas.

—¿Cómo ha encendido las luces? —pregunté.

Señaló un estante encima de la mesa.

—¿Ves esa bombillita roja?

—Ajá.

—Es una célula fotoeléctrica. Puede comprarse, pero esa la he construido yo mismo. Proyecta un rayo invisible. Cuando lo interrumpo, se encienden las farolas alrededor del Lago Apacible. Si vuelvo a hacerlo... así... —Deslizó la mano por encima del paisaje y el resplandor de las farolas se debilitó, quedó reducido a tenues puntos de luz y se apagó del todo—. ¿Lo ves?

—¡Qué pasada! —dije en un susurro.

—Pruébalo.

Levanté la mano. Al principio no ocurrió nada, pero cuando me puse de puntillas, corté el rayo con los dedos. Debajo de la mesa se inició de nuevo el zumbido y volvió la luz.

—¡Lo he hecho!

—¡Ya puedes jugarte el jornal! —exclamó él, y me alborotó el pelo.

—¿Qué es ese zumbido? Suena igual que una tele.

—Mira debajo de la mesa. Espera, daré la luz del techo para que veas mejor.

Accionó un interruptor en la pared y se encendieron dos bombillas polvorientas suspendidas de sus cables. No sirvieron para atenuar el tufo a humedad (unido ahora a otro olor, de algo caliente y aceitoso), pero alejaron un poco la oscuridad.

Me agaché —a mi edad no tuve que agacharme mucho— y miré debajo de la mesa. Vi dos o tres objetos en forma de caja sujetos a la cara inferior de los tableros. Eran el origen tanto del zumbido como del olor aceitoso.

—Baterías —aclaró—. También las he hecho yo mismo. La electricidad es mi hobby. Y los aparatos. —Sonrió como un niño—. Me encantan los aparatos. Mi mujer se pone como loca.

—Mi hobby es luchar contra los boches —dije. Acto seguido, acordándome de que «boches» no acababa de gustarle, rectifiqué—: Alemanes, quiero decir.

—Todos necesitamos un hobby —afirmó—. Y todos necesitamos también algún que otro milagro, aunque solo sea para demostrarnos que la vida es algo más que un largo y penoso camino desde la cuna hasta la tumba. ¿Te apetece ver otro milagro, Jamie?

—¡Claro!

En un rincón había una segunda mesa cubierta de herramientas, trozos de cable,

tres o cuatro transistores como los de Claire y Andy pero destripados, y pilas de tipo C y D normales y corrientes, compradas en una tienda. Vi también una caja de madera pequeña. Jacobs cogió la caja, apoyó una rodilla en el suelo para quedar a mi misma altura, abrió la caja y extrajo una figura envuelta en una túnica blanca.

—¿Sabes quién es este?

Yo sí lo sabía, porque era casi idéntico al hombre de mi lamparilla de noche fluorescente.

—Jesús. Jesús con una mochila a la espalda.

—No una mochila cualquiera; una mochila con pilas. Mira. —Levantó la tapa de la mochila, articulada por medio de una bisagra no mayor que una aguja de coser. Contenía algo parecido a un par de monedas pequeñas y relucientes con diminutos puntos de soldadura encima—. Estas también son obra mía, porque en las tiendas no puede comprarse algo así de pequeño y potente. Podría patentarlas, imagino, y quizá algún día lo haga, pero... —Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n—. En fin, dejémoslo.

Volvió a cerrar la tapa de la mochila y llevó a Jesús al Lago Apacible.

—Habrás notado, supongo, lo azul que es el agua —comentó.

—¡Sí! ¡Es el lago más azul que he visto en la vida!

Asintió.

—Una especie de milagro en sí mismo, podría decirse... hasta que miras de cerca.

—¿Eh?

—En realidad es solo pintura. A veces me da por pensar en eso, Jamie. Cuando no puedo dormir. En lo profunda que parece un agua que no lo es, y gracias solo a un poco de pintura.

Se me antojó una tontería pensar en eso, pero callé. De pronto pareció salir de su ensimismamiento y dejó a Jesús en la orilla del lago.

—Tengo previsto usar esto en catequesis. Es lo que llamamos una herramienta educativa. Pero te daré un pequeño adelanto, ¿vale?

—Vale.

—He aquí lo que dice el Evangelio según san Mateo en el capítulo catorce. ¿Vendrás a instruirte en la santa palabra de Dios, Jamie?

—Sí, claro, supongo que sí —respondí, y volví a sentir cierta inquietud.

—Sé que vendrás —dijo—, porque lo que aprendemos de niños es lo que durante más tiempo se nos queda grabado. Bueno, allá vamos, así que atiende. «Inmediatamente obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir por delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Después de despedir a la gente, subió al

monte a solas para orar». «Orar» quiere decir rezar. ¿Tú rezas, Jamie?

—Sí, cada noche.

—Buen chico. Pero volvamos a la historia. «Al atardecer, estaba solo allí. La barca se hallaba en medio del mar, zarandeada por las olas, pues el viento era contrario. Y a la cuarta vigilia de la noche, vino a ellos, caminando sobre el mar. Y los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron, y decían: “¡Es un fantasma!”, y de miedo se pusieron a gritar. Pero al instante les habló Jesús y dijo: “¡Ánimo, que yo soy; no temáis!”». Esa es la historia, y que Dios bendiga Su santa palabra. Es buena, ¿eh?

—Supongo. «Se turbaron» quiere decir que se asustaron, ¿no?

—Sí. ¿Te gustaría ver a Jesús andar sobre las aguas del Lago Apacible?

—¡Sí! ¡Claro!

Introdujo el dedo bajo la túnica blanca de Jesús, y la figurilla empezó a moverse. Cuando llegó al Lago Apacible, en lugar de hundirse, continuó adelante, deslizándose serenamente por la superficie. Llegó a la otra orilla en veinte segundos más o menos. Allí había una colina, e intentó subir, pero vi que iba a perder el equilibrio. El reverendo Jacobs lo cogió antes de que se cayera. Introdujo el dedo otra vez bajo la túnica de Jesús y lo apagó.

—¡Lo ha conseguido! —exclamé—. ¡Ha andado por encima del agua!

—Bueno... —Jacobs sonreía, pero por alguna razón no era una sonrisa alegre. Una de las comisuras de sus labios apuntaba hacia abajo—. Sí y no.

—¿Qué quiere decir?

—¿Has visto por dónde ha entrado en el agua?

—Sí...

—Pon la mano ahí. A ver qué descubres. Cuidado con los cables de las torres, porque pasa por ellos corriente de verdad. No mucha, pero si los rozas, notarás un calambre. Sobre todo si tienes la mano mojada.

Tendí el brazo, pero con cautela. No creía que el reverendo fuera a gastarme una broma pesada —como hacían a veces Terry y Con—, pero no las tenía todas conmigo, allí en aquel lugar desconocido y en compañía de un hombre desconocido. El agua parecía profunda, pero eso era una ilusión óptica creada por la pintura azul del estanque y el reflejo de las luces en la superficie. El dedo se me hundió solo hasta el primer nudillo.

—Ese no es el sitio exacto —dijo el reverendo Jacobs—. Un poco más a la derecha. ¿Distingues la derecha de la izquierda?

Las distinguía. Mi madre me había enseñado: *Derecha es la mano con la que escribes*. Eso, claro, no habría dado resultado con Claire y Con, que eran lo que mi

padre llamaba «zocatos».

Desplacé la mano y noté algo en el agua. Era metálico, y tenía un surco.

—Me parece que ya lo he encontrado —dije al reverendo Jacobs.

—A mí también me lo parece. Estás tocando el camino por el que anda Jesús.

—¡Es un truco de magia! —dije. Yo había visto actuar a magos en *El show de Ed Sullivan*, y Con tenía un juego de magia que le regalaron por su cumpleaños, aunque ya lo había perdido todo menos las bolas flotantes y el huevo que desaparecía.

—Exacto.

—¡Como Jesús andando por encima del agua hacia esa barca!

—A veces eso es lo que me temo —dijo.

Pareció tan triste y distante que volví a sentir un poco de miedo, pero también lo compadecí. Aunque no imaginaba qué lo entristecía tanto, teniendo como tenía, allí en su garaje, un fantástico mundo de juguete como el Lago Apacible.

—La verdad es que es un *buen* truco —comenté, y le di unas palmadas en la mano.

Regresó de dondequiera que estuviese y me sonrió.

—Tienes razón —dijo—. Es solo que echo de menos a mi mujer y a mi hijo, supongo. Me parece que por eso te he llevado prestado, Jamie. Pero ahora debo devolverte a tu madre.

Cuando llegamos a la Interestatal 9, me cogió otra vez de la mano, pese a que no venían coches en ningún sentido, y así recorrimos el camino hasta Methodist Road. No me importó. Me gustaba ir cogido de su mano. Sabía que cuidaba de mí.

La señora Jacobs y Morris llegaron al cabo de unos días. Él no era más que un renacuajo en pañales, pero ella era guapa. El sábado, un día antes de que el reverendo Jacobs subiera al púlpito de nuestra iglesia por primera vez, Terry, Con y yo lo ayudamos a trasladar el Lago Apacible al sótano de la iglesia, donde todos los jueves por la tarde se reuniría el grupo de catequesis. Sin el agua, se veía claramente que el lago era poco profundo y lo cruzaba un carril con un surco.

El reverendo Jacobs hizo jurar a Terry y a Con que guardarían el secreto, porque, dijo, no quería echar a perder la ilusión a los más pequeños (con lo que yo me sentí como si fuera mayor, sensación que me gustó). Ellos accedieron, y creo que ninguno de los dos se fue de la lengua, pero las luces del sótano de la iglesia eran mucho más intensas que las del garaje de la rectoría, y si uno se acercaba al paisaje y lo miraba con atención, veía que el Lago Apacible era en realidad un gran charco. Se veía

también el carril con el surco. En Navidad, ya todo el mundo lo sabía.

—Eso es un engañabobos de aúpa —comentó Billy Paquette un jueves por la tarde. Él y su hermano Ronnie aborrecían la catequesis, pero su madre los obligaba a ir—. Como vuelva a farolear con eso y nos salga otra vez con el rollo del paseo por el agua, voy a echar las papas.

A punto estuve de pelearme con él, pero era más grande que yo. Y era amigo mío. Además, tenía razón.

Tres años. La voz de Conrad. Un milagro.

El reverendo Jacobs fue despedido por el sermón que pronunció desde el púlpito el 21 de noviembre de 1965. Eso me fue fácil consultarlo en internet, porque tenía un punto de referencia: ocurrió el domingo anterior a Acción de Gracias. Desapareció de nuestras vidas al cabo de una semana, y se marchó solo. Patsy y Morris —apodado este Morrie el Lapa por los niños de catequesis— para entonces ya se habían ido. Como también el Plymouth Belvedere de cambio automático.

Mis recuerdos de los tres años transcurridos entre el día que vi por primera vez el Lago Apacible y el día del Sermón Tremebundo son de una nitidez asombrosa, pese a que antes de iniciar este relato habría dicho que apenas guardaba memoria de esa época. Al fin y al cabo, me pregunto, ¿cuántos de nosotros recordamos con detalle el período transcurrido entre los seis y los nueve años? Pero escribir es algo prodigioso y aterrador. Abre en la memoria profundos pozos que antes estaban tapados.

Tengo la sensación de que podría dejar de lado el relato que me proponía escribir y, en su lugar, llenar todo un libro —y no uno pequeño— con la historia de aquellos años y aquel mundo, que es tan distinto del mundo en el que ahora vivo. Recuerdo a mi madre ante la tabla de planchar, en combinación, de una belleza increíble bajo el sol de la mañana. Recuerdo mi holgado bañador, de un color verde oliva más bien feo, y cuando mis hermanos y yo íbamos a nadar al Estanque de Harry. Nos decíamos que el légamo del fondo era mierda de vaca, pero era solo barro (*probablemente* era solo barro). Recuerdo la modorra de las tardes en la escuela unitaria de West Harlow, allí sentados sobre los abrigos en el Rincón de la Ortografía, animando al pobre Dicky Osgood, de pocas luces, a que deletreara bien la palabra «jirafa». Incluso recuerdo que dijo: «¿P-P-Por qué t-t-tengo que d-d-deletrearla si nunca v-v-veré ninguna?».

Recuerdo la red de caminos de tierra que se entrecruzaban en nuestro pueblo, y las partidas de canicas en el patio durante los gélidos recreos de abril, y el murmullo del viento entre los pinos cuando ya en la cama, una vez pronunciadas mis oraciones,

esperaba a que me venciera el sueño. Recuerdo a mi padre salir del garaje con una llave inglesa en la mano y la gorra con el rótulo MORTON FUEL calada hasta las cejas, y la sangre que rezumaba entre la grasa de sus nudillos. Recuerdo que veía a Ken MacKenzie presentar los cortos animados de Popeye en *The Mighty 90 Show*, y que me veía obligado a renunciar a la televisión las tardes en que llegaban Claire y sus amigas, porque querían ver *American Bandstand* para fijarse en la ropa que llevaban las chicas. Recuerdo puestas de sol tan rojas como la sangre en los nudillos de mi padre, y ahora me estremezco al evocarlas.

Y recuerdo un millar de cosas más, casi todas buenas, pero no me he sentado ante el ordenador para pintar ese mundo de color de rosa y abandonarme a la nostalgia. La memoria selectiva es uno de los principales pecados de la vejez, y yo no tengo tiempo para eso. No todo fue bueno. Vivíamos en una zona rural, y por aquel entonces la vida en el medio rural era difícil. Supongo que todavía lo es.

Mi amigo Al Knowles se pilló la mano izquierda en la clasificadora de patatas de su padre y perdió tres dedos antes de que el señor Knowles consiguiera apagar aquel artefacto peligroso e inmanejable. Yo estaba allí aquel día, y recuerdo cómo se tiñeron de rojo las cintas transportadoras. Recuerdo los chillidos de Al.

Mi padre (junto con Terry, su fiel aunque inepto acólito) logró poner en marcha el Cohete de la Carretera —¡Dios mío, qué extraordinario y atronador zumbido emitía cuando revolucionaba el motor!— y, recién pintado y con el número 19 en el costado, lo dejó en manos de Duane Robichaud, para que corriera en el autódromo de Castle Rock. El muy idiota volcó en la primera vuelta de la primera prueba y lo dejó para la chatarra. Duane salió sin un rasguño. «El acelerador ha debido de quedarse atorado», afirmó con su sonrisa de cretino, solo que lo pronunció *atarado*, y mi padre dijo que allí el único «tarado» iba sentado al volante.

«Así aprenderás a no confiarle nada de valor a un Robichaud», dijo mi madre, y mi padre, quizá para asegurarse de que las manos no se le escaparan y fueran a donde no debían, las hundió en los bolsillos tan profundamente que le asomó la cinturilla de los calzoncillos.

Lenny Macintosh, el hijo del cartero, perdió un ojo al agacharse para ver por qué el petardo que había metido en una lata de piña vacía no estallaba.

Mi hermano Conrad perdió la voz.

Así que no, no todo fue bueno.

El primer domingo que el reverendo Jacobs subió al púlpito se congregaron en la

iglesia más fieles que ningún día en todos los años en que ofició el señor Latoure, un hombre gordo y canoso de buen carácter que pronunciaba sermones bien intencionados pero incomprensibles y el Día de la Madre, que él llamaba Domingo de la Madre, invariablemente tenía lágrimas en los ojos (esos detalles los conocí años después por gentileza de mi propia madre; yo apenas recuerdo al señor Latoure). En lugar de veinte feligreses, había fácilmente el cuádruple, y recuerdo cómo se elevaron sus voces durante la doxología: *Alabad a Dios, de quien proceden todas las bendiciones; alabadlo, criaturas de este mundo*. Se me puso la carne de gallina. La señora Jacobs, sentada al órgano con pedalera, tampoco se quedaba corta, y su pelo rubio —recogido con una sencilla cinta negra— emitía destellos multicolores bajo la luz que penetraba por el único vitral.

Al salir de la iglesia y volver a casa a pie en familia, levantando pequeñas nubes de polvo con nuestros zapatos buenos de los domingos, me rezagué sin querer y, desde detrás de mis padres, oí a mi madre expresar su aprobación. También su alivio.

—Como es tan joven y tal, pensaba que nos saldría con eso de los derechos civiles, o la eliminación del servicio militar obligatorio, o algo así —comentó—. En cambio, nos ha ofrecido una amena lección basada en la Biblia. Yo diría que la gente volverá, ¿no te parece?

—Durante un tiempo —contestó mi padre.

—Vaya, ya habló el gran magnate del petróleo —dijo ella—. El gran cínico. —Y, en broma, lo golpeó con el puño en el brazo.

Como se vio más adelante, los dos tenían razón, cada uno hasta cierto punto. La asistencia a la iglesia nunca se desplomó a los niveles del señor Latoure —por entonces, en invierno no pasaba de la docena de fieles, todos apiñados para darse calor en aquella iglesia con estufa de leña y corrientes de aire—, pero sí descendió paulatinamente, primero a sesenta, luego a cincuenta, y por último a cuarenta o algo así, cifra en torno a la que osciló como el barómetro en un variable día veraniego. Nadie atribuyó el desgaste a la oratoria del señor Jacobs, que fue siempre clara, grata y basada en la Biblia (sin alusiones turbadoras a la bomba atómica o las Marchas de la Libertad); los feligreses fueron ausentándose, así sin más.

«Dios ya no es tan importante para la gente —dijo mi madre un día de concurrencia especialmente escasa—. Llegará el día en que lo lamentarán».

Durante esos tres años también nuestra catequesis experimentó un modesto resurgimiento. En la Era Latoure, los jueves por la tarde rara vez acudían más de diez

o doce niños, y cuatro de ellos se apellidaban Morton: Claire, Andy, Con y Terry. En la Era Latoure a mí se me consideraba demasiado pequeño para asistir, y por esa razón a veces Andy me daba un capón y me llamaba «suertudo». Cuando una vez le pregunté a Terry cómo era aquello de la catequesis, encogió los hombros en un gesto de aburrimiento. «Hemos cantado y hecho ejercicios sobre la Biblia y hemos prometido que nunca probaremos las bebidas alcohólicas ni el tabaco. Luego nos ha dicho que amemos a nuestras madres, y que los católicos irán al infierno porque veneran ídolos, y que a los judíos les gusta el dinero. También ha dicho que si algún amigo nuestro cuenta chistes verdes, nos imaginemos que Jesús nos oye».

En el nuevo régimen, en cambio, la asistencia aumentó a más de treinta chicos de edades comprendidas entre seis y diecisiete años, lo que obligó a comprar más sillas plegables para el sótano de la iglesia. Ese auge no se debió al Jesús mecánico que, tambaleante, atravesaba el Lago Apacible, truco cuyo efecto se desvaneció rápidamente, incluso en mi caso. Dudo asimismo de que las imágenes de Tierra Santa que el reverendo Jacobs colgó en las paredes tuvieran mucho que ver.

La causa fue en gran parte su juventud y su entusiasmo. Además de dar sermones, introdujo juegos y actividades, porque, como señalaba con frecuencia, Jesús había predicado casi siempre al aire libre, y eso significaba que el cristianismo no acababa en la iglesia. Mantuvo los ejercicios sobre la Biblia, pero los hacíamos jugando a las sillas musicales, y cada dos por tres alguien se caía al suelo mientras buscaba el capítulo 14, versículo 9 del Deuteronomio, o Timoteo 2:12. Era de lo más cómico. Estaba también el campo de béisbol, que Con y Andy ayudaron a crear en la parte de atrás. Algunos jueves los chicos jugábamos y las chicas nos jaleaban. En jueves alternos eran las chicas quienes jugaban al softball y los chicos (con la esperanza de que alguna de las chicas se olvidara de que le tocaba jugar y viniera con falda) las jaleábamos a *ellas*.

El interés del reverendo Jacobs en la electricidad afluía a menudo en sus «charlas para jóvenes» de los jueves por la tarde. Recuerdo un día que vino a casa y pidió a Andy que ese jueves, para ir a catequesis, se pusiera un jersey. Cuando estábamos todos reunidos, hizo salir al frente a mi hermano y anunció que quería demostrar el peso del pecado.

—Aunque estoy seguro de que *tú no eres* un gran pecador, Andrew —añadió.

Mi hermano esbozó una sonrisa nerviosa y permaneció en silencio.

—Esto no es para meteros miedo —dijo el reverendo Jacobs—. Hay pastores que creen en esos métodos, pero no es mi caso. Es solo para vuestra información. —(Como después he descubierto, esa es la clase de comentarios que hace la gente justo

antes de darle a uno un susto de muerte).

Hinchó varios globos y nos pidió que imagináramos que cada uno pesaba diez kilos. Levantó el primero y dijo:

—Este es decir mentiras.

Se lo frotó enérgicamente contra la camisa y lo acercó al jersey de Andy, donde se quedó adherido como si lo hubiera pegado con cola.

—Este es el robo. —Pegó otro globo al jersey de Andy.

—Aquí está la ira.

No lo recuerdo con exactitud, pero posiblemente pegó en total siete globos al jersey de renos de Andy, tejido en casa, uno por cada pecado capital.

—Eso suma más de cincuenta kilos en pecados —dijo—. ¡Una pesada carga! Pero ¿quién quita los pecados del mundo?

—¡Jesús! —contestamos todos a coro solícitamente.

—Exacto. Cuando le pedís perdón, esto es lo que ocurre.

Sacó un alfiler y reventó los globos uno tras otro, incluido uno que se había desprendido y hubo que pegar de nuevo. Todos pensamos, creo, que la parte de los reventones de esa lección tuvo mucho más interés que la parte de la bendita electricidad estática.

En su demostración más impresionante de la electricidad en acción recurría a uno de sus propios inventos, que llamaba la Escalera de Jacob. Era una caja metálica del mismo tamaño, poco más o menos, que el cofre donde moraba mi ejército de juguete. Sobresalían dos cables semejantes a la doble antena de un televisor. Cuando la enchufaba (este invento funcionaba con corriente de la toma, no con pilas) y accionaba el interruptor de un costado, ascendían por los cables unas chispas alargadas tan resplandecientes que casi era imposible mirarlas. En lo alto, alcanzaban su máxima intensidad y desaparecían. Cuando esparcía unos polvos sobre el aparato, las chispas ascendentes adquirían distintos colores. Las niñas dejaban escapar exclamaciones de placer.

También esto tenía alguna interpretación religiosa —al menos en la cabeza de Charles Jacobs—, pero no sería capaz de recordarla ni a tiros. ¿Algo sobre la Santísima Trinidad, tal vez? Esas exóticas ideas tendían a esfumarse como una fiebre pasajera en cuanto la Escalera de Jacob, con sus chispas de colores elevándose y la corriente silbando como un gato furioso, no se encontraba ya ante nuestros ojos.

Pero sí recuerdo con toda claridad uno de sus minisermones. El reverendo Jacobs estaba sentado a horcajadas en una silla vuelta del revés para poder mirarnos por encima del respaldo. Detrás de él, en la banqueta del piano, se hallaba su mujer, con

las manos cruzadas pudorosamente en el regazo y la cabeza un poco inclinada. Quizá rezaba. Quizá sencillamente se aburría. Me consta que ese era el caso de buena parte de los oyentes de su marido; para entonces, la mayoría de los alumnos de catequesis de Harlow habían empezado a cansarse de la electricidad y sus correspondientes maravillas.

—Chicos, la ciencia nos enseña que la electricidad es el movimiento de unas partículas atómicas con carga que se llaman electrones. Cuando los electrones circulan, crean corriente, y cuanto mayor es la velocidad de los electrones, superior es el voltaje. Eso es ciencia, y la ciencia está bien, pero a la vez es *finita*. Siempre llega un punto en que los conocimientos se agotan. ¿Qué *son* exactamente los electrones? Átomos con carga, dicen los científicos. De acuerdo, eso está bien dentro de sus limitaciones, pero ¿qué son los átomos?

Se echó hacia delante por encima del respaldo y fijó en nosotros sus ojos azules (estos mismos parecían eléctricos).

—*¡En realidad nadie lo sabe!* Y es ahí donde interviene la religión. La electricidad es una de las puertas de Dios para acceder al infinito.

«Ojalá trajera una silla *léctrica* y friera unos cuantos ratones blancos —comentó con desdén Billy Paquette una tarde después de la bendición—. *Eso sí sería indresante*».

A pesar de los frecuentes y (cada vez más aburridos) sermones sobre el santo voltaje, casi todos nosotros esperábamos con ilusión la catequesis de los jueves. Cuando el reverendo Jacobs abandonaba su monotema, era capaz de dar charlas animadas, y hasta divertidas, a partir de temas extraídos de las Sagradas Escrituras. Hablaba de problemas de la vida real que nos atañían a todos, desde el acoso escolar hasta la tentación de copiar en los exámenes cuando no habíamos estudiado. Disfrutábamos con los juegos, disfrutábamos con la mayoría de las lecciones y disfrutábamos también con el canto, porque la señora Jacobs era una buena pianista y con ella los himnos nunca se nos hacían pesados.

Además, no solo conocía himnos. Una tarde inolvidable tocó tres canciones de los Beatles, y cantamos al son del piano *From Me to You*, *She Loves You* y *I Want to Hold Your Hand*. Según mi madre, Patsy Jacobs tocaba el piano setenta veces mejor que el señor Latoure, y cuando la joven esposa del pastor pidió que se destinara parte de la colecta a contratar a un afinador de Portland, los diáconos aprobaron unánimemente la solicitud.

«Pero quizá sea mejor prescindir de las canciones de los Beatles —dijo el señor Kelton. Era el diácono que más tiempo llevaba al servicio de los metodistas de Harlow

—. Los niños ya pueden oír esas cosas por la radio. Preferiríamos que se atuviese usted a melodías más... esto... *cristianas*».

La señora Jacobs expresó su asentimiento con un murmullo, manteniendo la mirada pudorosamente baja.

Había otra cosa, además: Charles y Patsy Jacobs tenían *sex appeal*. Ya he comentado que Claire y sus amigas estaban locas por él; la mayoría de los niños, por su parte, no tardaron en enamorarse de ella, porque Patsy Jacobs era francamente guapa: pelo rubio, tez clara, labios carnosos. Tenía los ojos verdes, un poco rasgados, y poseía poderes hechicerescos, o eso afirmaba Connie, porque le flojeaban las rodillas cada vez que ella posaba esos ojos verdes en él. Con semejante belleza, las malas lenguas se habrían cebado en ella si se hubiese excedido con el maquillaje, pero a sus veintitrés años no necesitaba más que un decoroso toque de carmín. La juventud era su maquillaje.

Los domingos lucía vestidos hasta la rodilla o la pantorrilla absolutamente decentes, pese a que corrían los años en que los dobladillos de las faldas empezaban a subir. Las tardes de los jueves, en catequesis, vestía unos pantalones y unas blusas absolutamente decentes (de Ship 'n Shore, según mi madre). Pero, por si acaso, las madres y las abuelas de la parroquia no le quitaban ojo, ya que la silueta que realzaban esas prendas tan absolutamente decentes era de las que a veces inducían a los amigos de mis hermanos a poner los ojos en blanco o sacudir la mano tal como uno hace después de tocar un fogón que alguien se ha olvidado de apagar. Jugaba al softball las Tardes de las Chicas, y una vez oí decir a mi hermano Andy —quien por aquel entonces debía de rondar los catorce, creo— que verla correr de base en base era sencillamente una experiencia religiosa.

Le era posible tocar el piano los jueves por la tarde y participar en casi todas las actividades de catequesis porque podía llevar a su hijo. Este era un niño dócil y manejable. Todo el mundo apreciaba a Morrie. Si la memoria no me engaña, incluso Billy Paquette, ese joven ateo en ciernes, apreciaba a Morrie, que casi nunca lloraba. Ni siquiera cuando se caía y se pelaba las rodillas hacía mucho más que gimotear, e incluso de eso se abstenía enseguida si alguna de las niñas mayores lo ayudaba a levantarse y lo abrazaba. Cuando salíamos a jugar, seguía a los chicos siempre que podía, y cuando era incapaz de mantener el paso y se rezagaba, seguía a las niñas, que también lo cuidaban durante el Estudio de la Biblia o lo mecían al son de la música durante la Hora del Canto; de ahí el mote: Morrie el Lapa.

Claire le tenía un afecto especial, y yo guardo un claro recuerdo —que sin duda debe de componerse de muchos recuerdos superpuestos— de ellos dos en el rincón donde estaban los juguetes, Morrie en su sillita, Claire de rodillas a su lado, ayudándolo a colorear o a construir una serpiente con piezas de dominó.

—Yo quiero cuatro iguales que él cuando me case —dijo Claire a mi madre una vez. Por entonces debía de rondar los diecisiete años, supongo, y estaba a punto de acabar la catequesis.

—Pues que tengas suerte —contestó mi madre—. Espero que al menos los tuyos sean más guapos que Morrie, Clari-Claire.

Eso fue un poco cruel, pero no falso. A pesar de que Charles Jacobs era un hombre apuesto y Patsy Jacobs una mujer de una belleza innegable, Morrie el Lapa era, como mucho, del montón. Tenía una cara muy redonda que me recordaba a Charlie Brown y el pelo oscuro, de un tono anodino. Sus ojos eran de un castaño vulgar y corriente, pese a que los de su padre eran azules y los de su madre de ese verde cautivador. Aun así, todas las niñas lo adoraban, como si con él se ejercitaran para los hijos que ellas mismas tendrían en la década siguiente, y los chicos lo trataban como a un hermano menor. Era nuestra mascota. Era Morrie el Lapa.

La tarde de un jueves de febrero mis cuatro hermanos y yo, cantando *I'm Henry the Eighth* a pleno pulmón, regresamos de la rectoría con las mejillas enrojecidas de jugar con los trineos en la parte de atrás de la iglesia (el reverendo Jacobs había instalado luces eléctricas en nuestra pista). Recuerdo que Andy y Con estaban especialmente eufóricos, porque habían llevado nuestro tobogán y colocado a Morrie al frente sobre un cojín, donde montó valientemente, y parecía el mascarón de la proa de un barco.

—Os gustan esas reuniones, ¿verdad? —preguntó mi padre. Creo que en su voz se traslucía cierto asombro.

—¡Sí! —contesté—. Esta tarde hemos hecho unos mil ejercicios sobre la Biblia, ¡y luego hemos salido con los trineos! ¡La señora Jacobs también ha montado en trineo, solo que ella se caía una y otra vez!

Me reí, y él se rio conmigo.

—Eso está muy bien, Jamie, pero ¿estás *aprendiendo* algo?

—La voluntad del hombre debe ser una prolongación de la voluntad de Dios —dije, repitiendo como un loro la lección de esa tarde—. Además, si conectas los polos positivo y negativo de una batería con un cable, se produce un cortocircuito.

—Así es —convino él—, por eso cuando arrancas un coche con pinzas, hay que tener siempre mucho cuidado. Pero no veo ninguna lección cristiana en eso.

—Venía a querer decir que hacer algo mal con la idea de que así podría mejorarse otra cosa no da buen resultado.

—Ah. —Cogió el último ejemplar de la revista de automovilismo *Car and Driver*, que mostraba en la portada un Jaguar XK-E impresionante—. En fin, ya conoces el refrán, Jamie: El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones. —Se detuvo a pensar por un momento y añadió—: E iluminado con luces eléctricas.

Dicho esto se echó a reír, y yo me reí con él, pese a que no capté el chiste. Si es que era un chiste.

Andy y Con eran amigos de los hermanos Ferguson, Norm y Hal. Eran lo que llamábamos «llaneros», o gente forastera. Los Ferguson vivían en Boston, así que por lo general la amistad entre unos y otros se limitaba a las vacaciones estivales. La familia tenía un chalet en Lookout Lake, a solo dos kilómetros o así de nuestra casa, y los dos pares de hermanos coincidían también en una actividad relacionada con la iglesia, en este caso la catequesis de verano.

Los Ferguson tenían el carnet familiar del complejo turístico de Monte Cabra, y a veces Con y Andy los acompañaban en la ranchera de los Ferguson para nadar y almorzar en «el club». La piscina, decían, era mil veces mejor que el Estanque de Harry. Eso a Terry y a mí no nos despertaba gran interés —la charca del pueblo nos bastaba para nadar, y nosotros teníamos nuestros propios amigos—, pero Claire se ponía verde de envidia. Quería ver «cómo vivía la otra mitad».

—Viven igual que nosotros, cariño —dijo mi madre una vez—. Quienquiera que diga que los ricos son distintos se equivoca.

Claire, que estaba pasando la colada por el escurridor de nuestra vieja lavadora, contrajo el rostro en un mohín.

—*Eso* lo dudo —repuso.

—Según Andy, las chicas que nadan en la piscina llevan biquini —dije. Mi madre soltó un resoplido de irritación.

—Para eso, ya podrían echarse a nadar en sujetador y bragas.

—A mí me gustaría tener un biquini —comentó Claire.

Fue, supongo, una de esas provocaciones especialidad de las chicas de diecisiete años.

Mi madre la señaló con el dedo, de cuya uña, muy corta, goteaba jabón.

—Así es como se quedan embarazadas las chicas, jovencita.

Claire devolvió el golpe con agudeza.

—Siendo así, no deberías dejar ir a Cony a Andy. Igual dejan *ellos* embarazada a alguna chica.

—Echa la cremallera —replicó mi madre, lanzando una mirada en dirección a mí—. Hay ropa tendida.

Como si yo no supiera lo que significaba «dejar embarazada a una chica»: sexo. Los chicos se tumbaban encima de las chicas y se meneaban hasta que les venía *esa sensación*. Cuando eso ocurría, salía de la pirula del chico una cosa misteriosa llamada «leche». Esta se filtraba en el vientre de la chica, y al cabo de nueve meses llegaba el momento de los pañales y el cochecito de bebé.

Mis padres no prohibieron a Con y a Andy ir al complejo turístico una o dos veces por semana durante el verano, por más que Claire rabiara de envidia, y cuando en 1965 los Ferguson vinieron a pasar las vacaciones de febrero e invitaron a mis hermanos a ir a esquiar con ellos, mis padres los mandaron a Monte Cabra sin el menor reparo, con sus esquís viejos y rayados sujetos a la baca de la ranchera junto con los de los Ferguson, nuevos y flamantes.

Cuando regresaron, Con tenía una roncha encarnada en el cuello de parte a parte.

—¿Te has salido de la pista y has chocado con una rama? —preguntó mi padre cuando vino a cenar y vio la marca.

Con, excelente esquiador, se indignó.

—No, papá, caray. Norm y yo estábamos haciendo una carrera. Bajábamos juntos, uno al lado del otro, a toda hos...

Mi madre lo señaló con el tenedor.

—Perdona, mamá, a toda pastilla. Norm ha topado con un montículo de nieve helada y casi ha perdido el equilibrio. Ha estirado el brazo así —al imitar el gesto, casi volcó el vaso de leche—, y me ha dado en el cuello con el bastón. He sentido un dolor de la... bueno, mucho dolor. Pero ahora ya estoy mejor.

Solo que en realidad no lo estaba. Al día siguiente la marca roja se reducía a un moretón semejante a un collar, pero Con hablaba con ronquera. Esa noche ya apenas podía levantar la voz más allá de un susurro. Al cabo de dos días quedó totalmente mudo.

Hiperextensión del cuello con la consiguiente dilatación de un nervio laríngeo. Ese fue el diagnóstico del doctor Renault. Afirmó que ya había visto casos como ese antes, y que en una o dos semanas Conrad recuperaría la voz. A finales de marzo Connie estaría sano como una manzana. No había ninguna razón para preocuparse, dijo, y no

la había. Al menos para él; a *él* no le pasaba nada en la voz. No podía decirse lo mismo de mi hermano. Llegado abril, Con seguía escribiendo notas y expresándose mediante gestos cuando quería algo. Insistió en seguir yendo al colegio, pese a que los otros niños habían empezado a mofarse de él, sobre todo desde que, para resolver el problema de su participación en clase (al menos hasta cierto punto), se escribía sí en la palma de una mano y NO en la otra. Tenía una pila de tarjetas con otras comunicaciones en letras mayúsculas. La que provocaba más risas entre sus compañeros era: ¿PUEDO IR AL LAVABO?

Con parecía tomarse todo esto con buen ánimo, consciente de que, si no, las burlas serían aún peores, pero una noche entré en la habitación que él compartía con Terry y lo encontré llorando en su cama quedamente. Me acerqué a él y le pregunté qué le pasaba. Una pregunta tonta, porque ya lo sabía, pero en una situación así uno tiene que decir *algo*, y yo *podía* decirlo, puesto que no era a mí a quien el Bastón de Esquí del Destino había asestado un golpe en la garganta.

¡Lárgate!, dijo formando la palabra con los labios. Le ardían las mejillas y la frente, salpicadas de granos recién salidos. Tenía los ojos hinchados. *¡Lárgate, lárgate!* Luego, para mi consternación: *¡Lárgate de una puta vez, soplapollas!*

Esa primavera empezaron a asomarle las primeras canas a mi madre. Una tarde, cuando mi padre llegó a casa, con aspecto más cansado que de costumbre, mi madre le dijo que debían llevar a Con a un especialista de Portland.

—Ya hemos esperado demasiado —añadió—. Ese viejo inepto, George Renault, puede decir lo que quiera, pero yo sé qué pasó, y tú también. Ese niño rico, ese niño descuidado, le rompió las cuerdas vocales a mi hijo.

Mi padre se dejó caer pesadamente en la silla junto a la mesa. Ninguno de los dos se dio cuenta de que yo, en el zaguán, dedicaba una desmedida cantidad de tiempo a atarme los cordones de las Keds.

—No podemos pagarlo, Laura —adujo mi padre.

—¡Pero sí pudiste comprar Hiram Oil en Gates Falls! —reprochó ella con un tono insolente, casi de desprecio, que nunca le había oído.

Él mantuvo la mirada fija en la mesa en lugar de dirigirla a ella, pese a que no había allí nada excepto el mantel a cuadros rojo y blanco.

—Por *eso* no podemos pagarlo. Estamos en la cuerda floja. Ya sabes cómo ha sido este invierno.

Todos lo sabíamos: un invierno moderado. Cuando los ingresos de la familia dependen del fueloil usado en las calefacciones, entre Acción de Gracias y Pascua uno permanece atento al termómetro con la esperanza de que la raya roja permanezca baja.

Mi madre estaba ante el fregadero, con las manos hundidas en una nube de espuma. A juzgar por el ruido de platos que se oía bajo esa nube, parecía que quisiera romperlos más que lavarlos.

—Tenías que comprarlo, ¿verdad? —Aún con el mismo tono de voz. Detesté esa voz. Era como si lo incitara—. ¡El gran magnate del petróleo!

—Cerré ese trato antes del accidente de Con —dijo él, todavía sin alzar la vista. Una vez más tenía las manos muy hundidas en los bolsillos—. Cerré ese trato en agosto. Los dos juntos, tú y yo, consultamos *El viejo almanaque del granjero*: un frío invierno de nieves, decía, el más frío desde la Segunda Guerra Mundial... y decidimos que era lo acertado. Tú misma hiciste los cálculos con tu sumadora.

El ruido de platos aumentó bajo la espuma.

—¡Pide un préstamo!

—Podría, Laura, pero... escúchame. —Por fin levantó la vista—. Es posible que tenga que pedirlo solo para llegar hasta el verano.

—¡Es tu hijo!

—¡*Lo sé, maldita sea!* —bramó mi padre.

Me asustó, y debió de asustar también a mi madre, porque esta vez los platos, bajo la nube de espuma, no solo emitieron ruido. Se rompieron. Y cuando ella levantó las manos, una le sangraba.

La sostuvo en alto ante él —como mi hermano mudo cuando enseñaba el sí o el NO en clase— y dijo:

—Mira lo que me ha pasado por tu... —En ese momento descubrió mi presencia, allí sentado en una pila de leña, vuelto hacia la cocina—. ¡Fuera de aquí! ¡Sal a jugar!

—Laura, no la tomes con Ja...

—¡*Lárgate!* —exclamó tal como me habría gritado Con si hubiese tenido voz—. ¡*Dios aborrece a los entrometidos!*

Rompió a llorar. Salí como una exhalación, también llorando. Corrí Methodist Hill abajo y, sin mirar en ninguno de los dos sentidos, crucé la Interestatal 9. Mi intención no era ir a la rectoría; estaba demasiado alterado para pensar siquiera en acudir en busca de consejo pastoral. Si Patsy Jacobs no hubiese estado en el jardín delantero comprobando si brotaban las flores que había plantado el otoño anterior, quizá habría seguido corriendo hasta desplomarme. Pero ella sí estaba allí, y me llamó. Parte de mí quiso seguir adelante sin más, pero —como creo haber dicho— era un niño bien educado, incluso cuando me alteraba. Así que paré.

Se acercó a donde yo me hallaba, jadeante, con la cabeza gacha.

—¿Qué ha ocurrido, Jamie?

No contesté. Colocando los dedos bajo mi barbilla, me obligó a levantar la cabeza. Vi a Morrie sentado en la hierba junto a la escalinata de la rectoría, rodeado de camiones de juguete. Me miraba con los ojos desorbitados.

—¿Jamie? Cuéntame qué te pasa.

Del mismo modo que nos habían enseñado buenos modales, habíamos aprendido también a mantener la boca cerrada con respecto a los asuntos privados de la familia. Esa era la costumbre en el norte. Pero ella me desarmó con su amabilidad, y todo brotó de mí a borbotones: la desdicha de Con (cuya profundidad no comprendían ni mi padre ni mi madre, de eso estoy convencido, pese a su muy sincera preocupación); el miedo de mi madre a que se le hubieran roto las cuerdas vocales y nunca más recobrara la voz; su insistencia en buscar un especialista y la de mi padre en que no podían pagarlo. Sobre todo, el griterío. No hablé a Patsy de ese tono desconocido que había oído salir de la boca de mi madre, pero solo porque no supe cómo explicarlo.

Cuando por fin terminé, dijo:

—Ven al cobertizo de atrás. Tienes que hablar con Charlie.

Desde que el Belvedere ocupaba el lugar que le correspondía en el garaje de la rectoría, el cobertizo de atrás se había convertido en el taller de Jacobs. Cuando Patsy me acompañó hasta allí, él trasteaba con un televisor sin pantalla.

—Cuando vuelva a montar esta preciosidad —dijo a la vez que deslizaba un brazo por encima de mis hombros y sacaba un pañuelo del bolsillo de atrás—, podré captar emisoras de televisión de Miami, Chicago y Los Ángeles. Sécate los ojos, Jamie. Y ya puestos, tampoco a tu nariz le vendría mal un poco de atención.

Miré fascinado aquel televisor sin ojo mientras me limpiaba.

—¿De verdad conseguirá ver emisoras de Chicago y Los Ángeles?

—No, lo decía en broma. Solo pretendo construir un amplificador de señal que nos permita captar algo aparte del Canal Ocho.

—Nosotros también cogemos el Seis y el Trece —dije—. Aunque el Seis se ve con un poco de nieve.

—Vosotros tenéis una antena en el tejado. La familia Jacobs se las apaña con una antena portátil.

—¿Por qué no compra una? Venden en Western Auto, en Castle Rock.

Sonrió.

—¡Buena idea! Me plantaré ante los diáconos en la reunión quincenal y les diré que quiero gastar dinero de la colecta en una antena de televisión, y así Morrie podrá

ver *Mighty 90*, y mi mujer y yo *Expreso a Petticoat* los martes por la noche. En fin, Jamie, no hagas caso. Cuéntame a qué se debe este nerviosismo tuyo.

Eché un vistazo a mi alrededor en busca de la señora Jacobs, con la esperanza de que me ahorrara el esfuerzo de contarlo todo dos veces, pero se había retirado discretamente. Jacobs me tomó por los hombros y me llevó hasta un caballete. Con mi estatura, apenas podía sentarme en él.

—¿Es por Con?

Lógicamente lo había adivinado; durante esa primavera, la oración de clausura de todas las sesiones de catequesis incluía una súplica para que Con recuperase la voz, junto con plegarias por otros alumnos en tiempos difíciles (las fracturas de huesos eran de lo más habitual, pero Bobby Underwood había sufrido quemaduras, y a Carrie Doughty su madre le había afeitado la cabeza y se la había enjuagado con vinagre después de descubrir, horrorizada, que la niña tenía el cuero cabelludo infestado de piojos). Pero el reverendo Jacobs no imaginaba, como tampoco lo hacía su mujer, lo honda que era la desdicha de Con, ni que esa desdicha se había propagado por toda la familia como un germen especialmente dañino.

—El verano pasado mi padre compró Hiram Oil —expliqué, lloriqueando otra vez. Eso era algo que detestaba, ese lloriqueo propio de niños pequeños, pero no podía evitarlo—. Se empeñó en que a ese precio no podía rechazarlo, pero este invierno no ha hecho frío y el fuel para calefacciones ha bajado a quince centavos el galón y ahora no pueden pagar a un especialista, y si hubiera oído usted a mi madre, no la habría reconocido, y a veces mi padre se mete las manos en los bolsillos porque... —Pero finalmente se impuso la reticencia nortea y acabé—: No sé por qué.

El reverendo Jacobs volvió a sacar el pañuelo, y mientras yo me limpiaba, cogió una caja metálica de su banco de trabajo. Asomaban cables por todas partes, como pelo mal cortado.

—Mira el amplificador —dijo—. Inventado por un servidor. En cuanto lo conecte, tenderé un cable que saldrá por la ventana y subirá hasta el alero. Entonces acoplaré... *eso*. —Señaló hacia el rincón, donde había un rastrillo apoyado por el mango, con las púas metálicas oxidadas hacia arriba—. La Antena a Medida Jacobs.

—¿Funcionará? —pregunté.

—No lo sé. Creo que sí. Pero, aunque funcione, sospecho que las antenas de televisión tienen los días contados. Dentro de diez años las señales viajarán por los cables telefónicos, y no habrá solo tres canales, sino muchos más. Hacia 1990, aproximadamente, las señales llegarán de satélites. Ya sé que parece ciencia ficción,

pero esa tecnología ya existe.

En ese momento tenía aquella peculiar expresión ensoñadora suya, y pensé: *Se ha olvidado por completo de Con*. Ahora sé que no era así. Solo me daba tiempo para recuperar la serenidad, y —quizá— se daba tiempo él mismo para pensar.

—Al principio la gente quedará asombrada; luego ya no le darán importancia. Dirán «Ah, sí, tenemos televisión por teléfono» o «Tenemos televisión por vía satélite». Pero estarán equivocados. Todo es un don de la electricidad, que ahora se ha convertido en algo tan básico y tan extendido que tendemos a no concederle la menor atención. Existe la expresión «elefante en el salón» para referirse a algo tan grande y obvio que nadie dejaría de verlo, pero la gente no vería ni a un elefante si se quedara el tiempo suficiente en el salón.

—Salvo cuando tuvieran que recoger la caca —dije.

Al oírme, soltó una carcajada, y yo me reí con él pese a que aún tenía los ojos hinchados de llorar.

Se acercó a la ventana y se asomó. Cruzó las manos por detrás y guardó silencio durante un rato. Luego se volvió hacia mí y dijo:

—Quiero que esta noche traigas a Con a la rectoría. ¿Puede ser?

—Claro —respondí sin gran entusiasmo. El reverendo nos tenía reservadas unas cuantas plegarias más, o eso pensé yo, y sabía que no harían ningún mal, pero ya eran muchas las plegarias que se habían pronunciado por Con, y no habían servido de nada.

Mis padres no se opusieron a que fuéramos a la rectoría (tuve que pedirles permiso por separado, porque esa noche apenas se dirigieron la palabra). Fue a Connie a quien me costó convencer, probablemente porque yo mismo no estaba muy convencido. Pero como se lo había prometido al reverendo, no desistí. Por el contrario, recurrí a la ayuda de Claire. Su fe en el poder de la oración era mucho mayor que la mía, y ella misma poseía sus propios poderes. Se derivaban, creo, del hecho de ser la única hermana. De los cuatro hijos varones, solo Andy —el más próximo a Claire por edad— era capaz de resistirse cuando ella hacía ojitos y pedía algo.

Mientras cruzábamos los tres la Interestatal 9, nuestras sombras muy alargadas bajo la luz de la luna llena ascendente, Con —por entonces un chico de trece años, moreno, espigado, con una chaqueta a cuadros descolorida heredada de Andy— alzó su cuaderno, que llevaba a todas partes. Sin dejar de andar, había escrito con letras desiguales: ESTO ES UNA TONTERÍA.

—Es posible —contestó Claire—, pero habrá galletas. La señora Jacobs siempre tiene galletas.

También estaba allí Morrie, ya con cinco años cumplidos, en pijama para acostarse. Corrió derecho a Con y saltó a sus brazos.

—¿Todavía no puedes hablar? —preguntó.

Con negó con la cabeza.

—Mi papá lo arreglará —dijo—. Lleva toda la tarde trabajando. —A continuación tendió los brazos hacia mi hermana—. ¡Cógeme, Claire, cógeme, Clari-Claire, y te daré un beso!

Ella, riéndose, lo tomó en sus brazos.

El reverendo Jacobs, en el cobertizo, vestía unos vaqueros desteñidos y un jersey. En un rincón, las resistencias de un calefactor eléctrico despedían un resplandor de color rojo cereza; aun así, hacía frío en el taller. Supuse que Jacobs, ocupado en sus diversos proyectos, no había tenido tiempo de acondicionar aquel espacio de cara al invierno. La manta de una compañía de mudanzas cubría ahora el televisor temporalmente ciego.

Jacobs abrazó a Claire y le dio un beso en la mejilla; luego estrechó la mano a Con, que acto seguido alzó el cuaderno. MÁS ORACIÓN, SUPONGO, se leía en la página, por lo demás en blanco.

Eso me pareció un tanto descortés, y a juzgar por la expresión ceñuda de Claire, ella opinó lo mismo; Jacobs, no obstante, se limitó a sonreír.

—Puede que lleguemos a eso, pero antes quiero probar otra cosa. —Se volvió hacia mí—. ¿A quiénes ayuda el Señor, Jamie?

—A quien se ayuda a sí mismos —contesté.

—Gramaticalmente incorrecto, pero cierto.

Se acercó al banco de trabajo y regresó con algo que parecía un ancho cinturón de tela o la manta eléctrica más estrecha del mundo. Colgaba de ella un cable, conectado a una cajita blanca de plástico con un interruptor deslizante en lo alto. Jacobs permaneció allí con el cinturón en las manos y miró seriamente a Con.

—Este es un proyecto con el que ando trabajando a ratos desde hace un año. Lo llamo Estimulador Eléctrico de los Nervios.

—Uno de sus inventos —dije.

—No exactamente. La idea de utilizar la electricidad para reducir el dolor y estimular los músculos es muy, muy antigua. Sesenta años antes del nacimiento de Cristo, un médico romano que se llamaba Escribonio Largo descubrió que el dolor de pies y piernas podía aliviarse si el paciente pisaba firmemente una anguila eléctrica.

—¡Eso se lo ha sacado de la manga! —recriminó Claire, y se echó a reír.

Con no se rio; fascinado, mantenía la mirada fija en el cinturón de tela.

—Ni mucho menos —repuso Jacobs—, pero esto funciona con unas pilas pequeñas, que *sí son* invento mío. Es difícil encontrar anguilas eléctricas en la zona interior de Maine, y más difícil aún ponerle una a un niño alrededor del cuello, que es lo que me propongo hacer con este aparato mío, el EEN. Porque quizá el doctor Renault ha acertado, Con, y en realidad no tienes dañadas las cuerdas vocales. Quizá solo necesitan una sacudida. Yo estoy dispuesto a hacer el experimento, pero la decisión es tuya. ¿Qué dices?

Con asintió. En sus ojos vi una expresión que no asomaba a ellos desde hacía un tiempo: esperanza.

—¿Cómo es que nunca nos ha enseñado eso en catequesis? —preguntó Claire, casi con tono acusador.

Jacobs pareció sorprendido y un tanto incómodo.

—Posiblemente no se me ha ocurrido cómo relacionarlo con una enseñanza cristiana. Hasta que Jamie ha venido hoy a verme, mi intención era probarlo con Al Knowles. Recordáis su desafortunado accidente, ¿no?

Los tres asentimos: la amputación de los dedos en la clasificadora de patatas.

—Todavía siente los dedos que ya no tiene, y dice que le duelen. Además, ha perdido buena parte de la movilidad en esa mano debido a las lesiones en los nervios. Como he dicho, sé desde hace años que la electricidad puede ser útil en casos como ese. Ahora, según parece, serás tú mi conejillo de Indias, Con.

—¿Ha sido pura suerte, pues, que tuviera ese aparato a mano? —preguntó Claire. No entendí qué importancia podía tener eso, pero al parecer sí la tenía, al menos para ella.

Jacobs la miró con expresión de reproche y dijo:

—«Coincidencia» y «suerte» son palabras que usa la gente de poca fe para referirse a la voluntad de Dios.

Ante esto, Claire se sonrojó y se miró los pies. Entretanto, Con escribía en su cuaderno. Lo alzó. ¿DUELE?

—No lo creo —respondió Jacobs—. La corriente es muy baja; mínima, en realidad. Me lo he probado en el brazo, a modo de brazalete para la tensión, y no he sentido más que ese hormigueo que notamos cuando se nos duerme un brazo o una pierna y empieza a despertar. Si duele, levantalas manos y cortaré la corriente en el acto. Ahora voy a ponerte esto. Te quedará ajustado, pero no te apretará. Podrás respirar con normalidad. Las hebillas son de nailon. En algo así no se puede utilizar

metal.

Ciñó el cinturón en torno al cuello de Con. Parecía una bufanda gruesa. Con tenía los ojos muy abiertos y cara de miedo, pero cuando Jacobs le preguntó si estaba preparado, asintió. Sentí los dedos de Claire, muy fríos, cerrarse alrededor de los míos. Pensé que Jacobs quizá iniciara las plegarias en ese momento, para rogar que todo saliera bien. En cierto modo supongo que sí lo hizo. Se inclinó para poder mirar a Con directamente a los ojos y dijo:

—Espera un milagro.

Con asintió. Vi tensarse la tela en torno a su cuello cuando tragó saliva.

—Bien. Allá vamos.

Cuando el reverendo Jacobs deslizó el interruptor de la caja de control, oí un leve zumbido. Con sacudió la cabeza. Contrajo los labios, primero una comisura, luego la otra. Empezó a agitar rápidamente los dedos y a sacudir los brazos.

—¿Te duele? —preguntó Jacobs. Mantenía el dedo índice suspendido sobre el interruptor, listo para apagar el aparato—. Si duele, levanta las manos.

Con negó con la cabeza. A continuación, con una voz que pareció salir de su garganta a través de una bocanada de grava, dijo:

—No... duele. *Caliente*.

Claire y yo cruzamos una mirada de asombro y entre nosotros fluyó un pensamiento tan poderoso como la telepatía: *¿He oído eso?* Me estrujó la mano de tal modo que me dolió, pero no me importó. Cuando volvimos a mirar a Jacobs, el reverendo sonreía.

—No intentes hablar. Todavía no. Dejaré el cinturón encendido durante dos minutos, según mi reloj. A menos que empiece a dolerte. Si eso ocurre, levanta las manos y lo apagaré al instante.

Con no levantó las manos, pese a que siguió moviendo los dedos como si tocara un piano invisible. Contrajo el labio superior unas cuantas veces en un gruñido involuntario y cerró los ojos en un parpadeo espasmódico. Llegado un punto, todavía con la misma voz chirriante, como a través de un puñado de grava, dijo:

—¡Vuelvo a... a... *hablar!*

—¡Calla! —ordenó Jacobs con severidad. Mantenía el dedo índice suspendido sobre el interruptor, listo para cortar la corriente, atento al segundero en movimiento de su reloj. Después de lo que se nos antojó una eternidad accionó el interruptor y se desvaneció el leve zumbido. Desabrochó las hebillas del cinturón y lo retiró del cuello de mi hermano. Con se llevó las manos a la garganta de inmediato. Tenía la piel un poco enrojecida en esa zona, pero dudo que eso se debiera a la corriente eléctrica. Era

seguramente por la presión del cinturón.

—Ahora, Con, quiero que digas: «Mi perro tiene una garrapata, y vaya si da la lata». Pero si notas que te duele la garganta, calla enseguida.

—Mi perro tiene una *garrapata* —repitió mi hermano con aquella extraña voz chirriante—, y vaya si da la *lata*. —Luego añadió—: Tengo que escupir.

—¿Te duele la garganta?

—No, solo tengo que escupir.

Claire abrió la puerta del cobertizo. Con se asomó, se aclaró la garganta (emitiendo un desagradable sonido metálico semejante al de un gozne herrumbroso) y soltó un lapo que a mí me pareció casi del tamaño del pomo de una puerta. Masajeándose la garganta con la mano, se volvió hacia nosotros.

—Mi perro tiene una *garrapata*. —Su voz no parecía aún la que yo recordaba, pero las palabras sonaban ya más claras, y más humanas. Se le saltaron las lágrimas, y resbalaron por sus mejillas—. Y vaya si da la *lata*.

—De momento con eso basta —instó Jacobs—. Entraremos en casa y beberás un vaso de agua. Uno bien lleno. Debes beber mucha agua. Hoy y mañana. Hasta que tu voz vuelva a sonar normal. ¿Lo harás?

—Sí.

—Cuando llegues a casa, puedes saludar a tus padres. Luego quiero que te vayas a tu habitación y te arrodilles y des gracias a Dios por devolverte la voz. ¿Lo harás?

Con asintió con vehemencia. Ahora se deshacía en llanto, y no era el único. Claire y yo llorábamos también. Solo el reverendo Jacobs tenía los ojos secos. Creo que, en su asombro, era incapaz de derramar una sola lágrima.

Patsy fue la única que no se sorprendió. Cuando entramos en la casa, dio un apretón a Con en el brazo y dijo con naturalidad:

—Buen chico.

Morrie estrechó a mi hermano, y este le devolvió el abrazo, con tal fuerza que al pequeño se le desorbitaron los ojos. Patsy llenó un vaso de agua del grifo de la cocina, y Con se lo bebió entero. Cuando le dio las gracias, habló casi con su voz normal.

—No hay de qué, Con. Morrie tendría que haberse acostado hace rato, y vosotros deberíais estar en casa. —Llevando a Morrie de la mano hacia la escalera pero sin volverse, añadió—: Creo que tus padres se pondrán muy contentos.

En eso se quedó corta.

Estaban en el salón, viendo *El virginiano*, todavía sin dirigirse la palabra. Aun en mi estado de júbilo y entusiasmo, percibí la frialdad entre ellos. Andy y Terry armaban jaleo en el piso de arriba, echándose algo en cara; es decir, como de costumbre. Mi madre, con una manta afgana en el regazo, inclinada sobre su canasta, desenredaba un ovillo. Cuando Con dijo:

—Hola, mamá; hola, papá.

Mi padre lo miró boquiabierto. Mi madre se quedó inmóvil, con una mano en la canasta y la otra cerrada en torno a las agujas. Alzó la vista muy despacio.

—¿Qué...? —dijo.

—Hola —repitió Con.

Mi madre lanzó un chillido y se levantó de un salto, volcando la canasta de labores. Agarró a Con tal como hacía a veces cuando éramos pequeños y pretendía darnos una sacudida para reprendernos por algo que habíamos hecho mal. Esa noche no hubo sacudida. Llorando, estrechó a Con entre los brazos. Oí las sonoras pisadas de Terry y Andy en la escalera cuando bajaron a ver qué ocurría.

—¡Di algo más! —exclamó mi madre—. ¡Di algo más para que yo vea que no es un sueño!

—No debería... —terció Claire.

Pero Con la interrumpió. Porque ahora ya podía.

—Te quiero, mamá. Te quiero, papá.

Mi padre sujetó a Con por los hombros y escrutó su garganta. Pero allí no había nada que ver. La marca roja había desaparecido.

—Gracias a Dios —dijo—. Gracias a Dios, hijo mío.

Claire y yo nos miramos, y tampoco esta vez fue necesario expresar el pensamiento de viva voz: el reverendo Jacobs merecía parte de ese agradecimiento.

Explicamos que de momento Con debía utilizar la voz lo mínimo posible, y cuando añadimos que necesitaba beber agua en abundancia, Andy fue a la cocina y volvió con una taza de café enorme de mi padre, un artículo de broma (a un lado llevaba estampada la bandera canadiense y el rótulo GALÓN IMPERIAL DE CAFEÍNA), llena de agua. Mientras Con bebía, Claire y yo, alternándonos, contamos lo ocurrido. Con intervino una o dos veces para hacer referencia al hormigueo que había sentido por efecto de la corriente que pasaba por el cinturón. Cada vez que nos interrumpía, Claire lo reprendía por hablar.

—No me lo puedo creer —repitió mi madre en varias ocasiones. Parecía incapaz

de apartar la mirada de Con. Lo cogió y lo abrazó varias veces, como si temiera que fueran a salirle alas, se convirtiera en ángel y emprendiera el vuelo.

—Si la parroquia no pagara el fuel de la calefacción —dijo mi padre una vez concluido el relato—, el reverendo Jacobs no tendría que pagar nunca más ni un solo litro.

—Ya se nos ocurrirá algo —añadió mi madre, alterada—. Ahora vamos a celebrarlo. Terry, trae del congelador el helado que teníamos reservado para el cumpleaños de Claire. A Con le vendrá bien para la garganta. Andy y tú, servidlo en la mesa. Nos lo tomaremos todo, así que poned los tazones grandes. No te importa, ¿verdad, Claire?

Mi hermana movió la cabeza en un gesto de negación.

—Esto es mejor que una fiesta de cumpleaños.

—Necesito ir al baño —anunció Connie—. Con tanta agua... Luego debería ir a rezar. Eso me ha dicho el reverendo. Los demás no entréis mientras lo hago.

Subió al piso de arriba. Andy y Terry fueron a la cocina para servir el Napolitano (que llamábamos «vai-choco-fre»... es curioso cómo vuelven las cosas a la memoria). Mis padres se desplomaron en sus sillones y fijaron la vista en el televisor, sin verlo. Vi a mi madre buscar a tientas con la mano, y vi a mi padre cogérsela sin mirarla, como si ya supiese que estaba allí. Ante eso, sentí felicidad y alivio.

Noté que alguien me tiraba de la mano. Era Claire. Atravesamos la cocina, donde Andy y Terry discutían por el tamaño relativo de las porciones, y entramos en el zaguán. Cuando me miró, tenía los ojos radiantes y muy abiertos.

—¿Lo has visto? —me preguntó. No, más que eso: me exigió una respuesta.

—¿A quién?

—¡Al reverendo Jacobs, tonto! ¿Has visto qué cara ha puesto cuando le he preguntado por qué no nos había enseñado ese cinturón eléctrico en catequesis?

—Bueno... sí...

—Ha dicho que llevaba un año trabajando en eso, pero si fuera verdad, nos lo habría enseñado para alardear. Siempre alardea de *todo* lo que hace.

Recordé la cara de estupefacción del reverendo, como si Claire lo hubiera sorprendido en algo (más de una vez había advertido esa misma expresión en mi propio rostro cuando era *yo* el sorprendido en algo), pero...

—¿Estás diciendo que mentía?

Ella movió la cabeza en un enérgico gesto de asentimiento.

—¡Sí! ¡Claro que mentía! ¿Y su mujer? ¡Ella lo sabía! ¿Sabes qué pienso? Diría que ha empezado a trabajar en eso justo cuando tú te has marchado de allí. Quizá ya

tenía la idea. Me parece que tiene miles de ideas para inventos eléctricos; deben de reventar dentro de su cabeza como palomitas de maíz, pero en cuanto a esta, no había hecho nada hasta hoy.

—Caramba, Claire, no creo...

Aún tenía mi mano sujeta, y de pronto me dio un tirón brusco e impaciente, como si yo me hubiera quedado atascado en el barro y necesitara ayuda para desprenderme.

—¿Te has fijado en la mesa de la cocina? Había aún un cubierto puesto, sin nada en el plato ni en el vaso. Se ha saltado la cena para seguir trabajando sin parar. Trabajando como un demonio, diría yo, a juzgar por sus manos. Las tenía rojas, con ampollas en dos dedos.

—¿Ha hecho todo eso por Con?

—No lo creo —contestó. No apartaba de mí la mirada.

—¡Claire! ¡Jamie! —nos llamó mi madre—. ¡Venid a por el helado!

Claire ni siquiera dirigió la vista hacia la cocina.

—Entre todos los niños de catequesis, fuiste tú el primero en conocerlo, y tú eres quien mejor le cae. Lo ha hecho por ti, Jamie, lo ha hecho por ti.

A continuación entró en la cocina y me dejó allí de pie, junto a la pila de leña, atónito. Si Claire se hubiera quedado un momento más y yo hubiese tenido ocasión de salir de mi asombro, le habría expresado mi propia sospecha: el reverendo Jacobs se había sorprendido tanto como nosotros.

No esperaba que aquello surtiera efecto.

III

El accidente. El relato de mi madre.

El Sermón Tremebundo. Adiós.

Un día cálido y despejado de octubre de 1965, a mediados de semana, Patricia Jacobs sentó a Morrie el Lapa en el asiento delantero del Plymouth Belvedere que había sido un regalo de boda de sus padres y partió con destino al Red & White Market de Gates Falls: «Para llenar la cesta», como habrían dicho los nortños en aquellos tiempos.

A cinco kilómetros de allí, un granjero, un tal George Barton —un solterón empedernido a quien en el pueblo apodaban «George el Solitario»—, salió de su camino de acceso al volante de su furgoneta Ford F-100, con una cosechadora de patatas a remolque. Su plan era recorrer un par de kilómetros por la Interestatal 9 hasta el extremo sur de su campo. Como la velocidad máxima que podía alcanzar con la cosechadora a remolque era de veinte kilómetros por hora, circulaba por el arcén, permitiendo así pasar sin peligro a los otros vehículos en sentido sur. George el Solitario era un hombre considerado con los demás. Era un buen granjero. Era un buen vecino, miembro del consejo escolar y diácono de nuestra parroquia. También era, como contaba casi con orgullo, *«pepiléptico»*. Aunque, se apresuraba a añadir, el doctor Renault le había recetado unas píldoras con las que controlaba los ataques «casi a la perfección». Quizá así fuera, pero aquel día tuvo uno al volante de su furgoneta.

«Probablemente no debería habersele permitido conducir en ningún caso, excepto en los campos, tal vez —dijo el doctor Renault más tarde—, pero ¿cómo puede pedírsele que renuncie al carnet a un hombre con el oficio de George? Tampoco tenía una mujer ni hijos mayores a quienes poner al volante. Quitarle el permiso de conducir era como pedirle que vendiera la granja al mejor postor».

No mucho después de salir Patsy y Morrie camino de Red & White, la señora Adele Parker descendió por Sirois Hill, una curva cerrada y traicionera donde se habían producido muchos accidentes a lo largo de los años. Circulaba muy despacio,

y por tanto tuvo tiempo de parar —por los pelos— antes de arrollar a la mujer que, tambaleante, avanzaba por el centro de la carretera. La mujer sostenía un fardo goteante aferrado contra el pecho con un brazo. Un brazo era lo único que Patsy Jacobs podía usar, porque el otro lo tenía cercenado a la altura del codo. La sangre le corría por el rostro. Una porción de cuero cabelludo le colgaba junto al hombro, agitándose los rizos ensangrentados en la suave brisa otoñal. El ojo derecho le caía sobre la mejilla. Toda su belleza le había sido arrebatada en un instante. Es algo muy frágil, la belleza.

—¡Ayude a mi bebé! —exclamó Patsy cuando la señora Parker detuvo su viejo Studebaker y se apeó.

Más allá de la mujer ensangrentada con el fardo goteante, la señora Parker vio el Belvedere, vuelto del revés, sobre el techo, y en llamas. El morro de la furgoneta de George el Solitario estaba empotrado contra el otro vehículo. George se hallaba desplomado sobre el volante. Detrás de la furgoneta, la cosechadora volcada obstruía el paso en la Interestatal 9.

—¡Ayude a mi bebé!

Patsy le tendió el fardo, y cuando Adele Parker vio qué era —no un bebé sino un niño pequeño con la cara destrozada—, se tapó los ojos y gritó. Cuando volvió a mirar, Patsy se había postrado de rodillas, como para rezar.

Otra furgoneta apareció por Sirois Hill y casi embistió el Studebaker de la señora Parker. Era Fernald DeWitt, que había prometido ayudar a George con la cosecha ese día. Saltó de la cabina, corrió hacia la señora Parker y miró a la mujer arrodillada en la carretera. Luego se dirigió a toda prisa hacia el lugar de la colisión.

—¿Adónde va? —preguntó a voz en cuello la señora Parker—. ¡Ayúdela! *¡Ayude a esta mujer!*

Fernald, que había combatido con la infantería de Marina en el Pacífico y visto allí escenas horrendas, no se detuvo, pero *sí* se volvió para contestar:

—A ella y al niño ya los hemos perdido. A George quizá no.

No se equivocaba. Patsy murió mucho antes de que llegara la ambulancia de Castle Rock; en cambio, George Barton el Solitario pasó de los ochenta años. Y nunca volvió a sentarse al volante de un vehículo de motor.

Ustedes se preguntarán: «¿Cómo sabe todo eso, Jamie Morton? En ese momento tenía solo nueve años».

Pero sí lo sé.

En 1976, cuando mi madre todavía era una mujer relativamente joven, le diagnosticaron un cáncer de ovario. Por aquel entonces yo estudiaba en la Universidad de Maine, pero me tomé libre el último semestre del segundo curso para poder estar con ella en esa etapa final. Aunque los hermanos Morton ya no éramos niños (Con se hallaba más allá del horizonte, en Hawái, investigando pulsares en el observatorio del Mauna Kea), todos volvimos a casa para acompañar a mi madre, y para ayudar a mi padre, demasiado afectado para ser útil; no hacía más que vagar por la casa o dar largos paseos por el bosque.

Mi madre quiso pasar sus últimos días en casa, a ese respecto fue muy clara, y nos turnamos para darle de comer, administrarle los medicamentos o sencillamente sentarnos a su lado. Por aquel entonces, ya era poco más que un esqueleto y estaba bajo los efectos de la morfina a causa del dolor. La morfina es una sustancia curiosa. Tiende a erosionar barreras —la famosa reticencia nortea— que de lo contrario serían inexpugnables. Me tocaba a mí acompañarla una tarde de febrero, más o menos una semana antes de su muerte. Era un día de nieve racheada y frío cortante, con un viento norte que sacudía la casa y gemía bajo los aleros, pero dentro hacía calor. Demasiado calor, de hecho. Mi padre, como recordarán, se dedicaba al negocio del fuel para calefacciones, y después de aquel temible año a mediados de los sesenta en que se vio a un paso de la quiebra, no solo consiguió prosperidad, sino incluso una moderada riqueza.

—Aparta las mantas, Terence —dijo mi madre—. ¿Por qué hay tantas? Me achicharro.

—Soy Jamie, mamá. Terry está en el garaje con papá.

Retiré la única manta, dejando a la vista el camisón rosa, horrendamente alegre, bajo el que parecía no haber nada. El cabello (ya del todo canoso cuando el cáncer se cebó en ella) lo tenía ahora muy ralo, al borde de la calvicie; con los labios entreabiertos y caídos, los dientes se veían en exceso grandes y un tanto equinos. Solo sus ojos seguían siendo los de siempre. Unos ojos jóvenes y rebosantes de curiosidad dolida: *¿Qué me está pasando?*

—Jamie, Jamie, eso he dicho. ¿Puedo tomar una pastilla? Hoy tengo un dolor espantoso. Nunca me he encontrado así de mal.

—Dentro de quince minutos, mamá.

Faltaban aún dos horas, pero a esas alturas yo ya no entendía qué importancia podía tener. Claire había propuesto darle el frasco entero, cosa que escandalizó a

Andy; era el único hijo que había permanecido fiel a nuestra estricta educación religiosa.

—¿Quieres que mamá vaya al infierno? —había preguntado.

—No iría al infierno si se las diéramos *nosotros* —observó Claire, muy sensatamente a mi modo de ver—. Ella ni se enteraría. —Y luego, casi partiéndome el corazón porque era una de las frases preferidas de mi madre—: No sabe lo que se pesca. Ya no.

—No harás una cosa así —dijo Andy.

—No —respondió Claire con un suspiro. Por entonces se acercaba ya a los treinta y estaba más guapa que nunca. ¿Acaso porque finalmente se había enamorado? Si era así, qué amarga ironía—. No tengo valor para eso. Solo tengo valor para dejarla sufrir.

—Cuando esté en el cielo, su sufrimiento solo será una sombra —dijo Andy, como si eso zanjara la discusión. Para él así era, supongo.

El viento ululaba, los viejos cristales de la única ventana de la habitación temblaban, y mi madre dijo:

—Qué delgada estoy. Vestida de novia estaba preciosa, todo el mundo lo dijo, pero ahora Laura Mackenzie está delgadísima.

Torció la boca en una mueca tragicómica de pena y dolor.

Me quedaban otras tres horas en la habitación con mi madre hasta que Terry me relevara. Quizá ella durmiera durante parte de ese tiempo, pero en ese momento no dormía, y yo sentí el deseo desesperado de apartar de su mente el modo en que su cuerpo se devoraba a sí mismo. Podría haber recurrido a cualquier tema. Pero casualmente saqué a colación a Charles Jacobs. Le pregunté si sabía adónde había ido al marcharse de Harlow.

—Ay, qué horror —respondió ella—. Fue un horror, aquello que les pasó a su mujer y a su hijito.

—Sí —coincidí—. Ya lo sé.

Mi madre moribunda me miró con una expresión de aturdimiento y desdén.

—*Tú* no sabes nada. No lo entiendes. Fue un horror porque nadie tuvo la culpa. George Barton no la tuvo, eso desde luego. Sencillamente le dio un ataque.

A continuación me contó lo que yo ya sabía. Ella lo había oído de labios de Adele Parker, quien aseguró que jamás se le borraría de la memoria la imagen de aquella mujer agonizante.

—Lo que a mí no se me borrará nunca —dijo mi madre— es cómo gritó él en

Peabody. No sabía que un hombre pudiera producir un sonido como ese.

Doreen DeWitt, la mujer de Fernald, telefoneó a mi madre y le dio la noticia. Tenía una buena razón para llamar primero a Laura Morton.

—Tendrás que comunicárselo —dijo.

Mi madre quedó horrorizada ante la idea.

—¡De eso ni hablar! ¡Me veo incapaz!

—Tienes que hacerlo —insistió Doreen, pacientemente—. Una noticia así no se da por teléfono, y excepto por Myra Harrington, esa carroñera, tú eres la vecina más cercana.

Mi madre, con su reticencia totalmente anulada por efecto de la morfina, me contó:

—Me armé de valor, pero justo cuando salía por la puerta, paré en seco. Tuve que dar media vuelta, correr al retrete y cagar.

Bajó la cuesta, cruzó la Interestatal 9 y se encaminó hacia la rectoría. No lo dijo, pero imagino que fue la caminata más larga de su vida. Llamó a la puerta, pero él no atendió de inmediato, pese a que dentro sonaba la radio.

—¿Cómo iba a oírme? —preguntó al techo mientras yo seguía allí, sentado junto a ella—. La primera vez apenas rocé la madera con los nudillos.

La segunda vez llamó con más fuerza. Jacobs abrió y la miró a través de la mosquitera. Sostenía un libro enorme, y aun después de tantos años ella recordaba el título: *Protones y neutrones: el mundo secreto de la electricidad*.

—Hola, Laura —saludó—. ¿Se encuentra bien? La veo muy pálida. Pase, pase.

Mi madre entró. Él le preguntó qué ocurría.

—Ha habido un accidente espantoso —contestó ella.

El semblante del reverendo traslucía cada vez más preocupación.

—¿Dick o uno de los niños? ¿Necesita que vaya yo? Siéntese, Laura, parece a punto de desmayarse.

—Los míos están bien —respondió ella—. Se trata de... Charles, se trata de Patsy. Y de Morrie.

Él dejó aquel gran libro con cuidado en la consola del recibidor. Probablemente fue en ese momento cuando ella vio el título, y no me extraña que lo recordara; en circunstancias así uno lo ve y lo recuerda todo. Lo sé por propia experiencia. Ojalá no lo supiera.

—¿Están muy graves? —Y antes de que ella tuviera ocasión de contestar, añadió

—: ¿Están en el St. Stephen? Seguramente, es el más cercano. ¿Podemos ir en su ranchera?

El hospital de St. Stephen estaba en Castle Rock, pero, como es lógico, no era allí adonde los habían llevado.

—Charles, debe prepararse para un golpe atroz.

Él la cogió por los hombros, delicadamente, según ella, no con fuerza, pero cuando se inclinó para mirarla a la cara, le ardían los ojos.

—*¿Están muy graves, Laura? ¿Están heridos de gravedad?*

Mi madre se echó a llorar.

—Han muerto, Charles. Lo siento mucho.

La soltó y dejó caer los brazos a los lados.

—No, no es verdad. —Era la voz de un hombre que afirma un simple hecho.

—Debería haber venido en coche —dijo mi madre—. Debería haber traído la ranchera, sí. No me he parado a pensar. He venido sin más.

—No es verdad —repitió él. Se apartó de ella y apoyó la frente en la pared—. No. —Dio tal cabezazo que tembló un cuadro cercano, una representación de Jesús cargado con un cordero—. No.

Dio otro cabezazo y el cuadro se desprendió del gancho.

Ella lo sujetó del brazo. Se lo notó inerte y flácido.

—Charles, no haga eso. —Y como si, en lugar de un hombre adulto, fuera uno de sus hijos—: Cariño, eso no.

—No. —Dio otro cabezazo—. ¡No! —Y otro más—. *¡No!*

Esta vez mi madre lo agarró con las dos manos y lo apartó de la pared.

—¡Basta ya! ¡Basta ya, ahora mismo!

Él la miró, aturdido. Una marca de vivo color rojo le cruzaba la frente.

—Qué mirada —me dijo mi madre años después, en su agonía—. Me era imposible soportarla, pero no me quedaba más remedio. En cuanto uno empieza algo así, tiene que acabarlo.

»Venga a casa conmigo —propuso ella—. Le daré una copa del whisky de Dick, porque necesita algo, y sé que aquí no hay nada de eso...

El reverendo se echó a reír. Fue un sonido desconcertante.

—... y luego lo llevaré a Gates Falls. Están en Peabody.

—¿En Peabody?

Mi madre aguardó a que él lo asimilara. El reverendo Jacobs sabía qué era Peabody tan bien como ella. Para entonces, había oficiado allí en docenas de funerales.

—Patsy no puede estar muerta —dijo él con tono paciente y aleccionador—. Hoy es miércoles, el miércoles es el día del Príncipe Espagueti, eso dice Morrie.

—Venga conmigo, Charles.

Lo cogió de la mano y tiró de él, primero hasta la puerta, luego hacia el magnífico sol otoñal. Esa mañana él había despertado junto a su mujer y había desayunado frente a su hijo. Hablaron de sus cosas, como hace la gente. Nunca se sabe. Cualquier día puede ser el último, y nunca se sabe.

Cuando llegaron a la Interestatal 9 —bañada por el sol y en silencio, sin tráfico como casi siempre—, él ladeó la cabeza, como un perro, hacia el sonido de las sirenas que se dirigían a Sirois Hill. En el horizonte se veía un manchurrón de humo. Miró a mi madre.

—¿Morrie también? ¿Está segura?

—Vamos, Charlie. —(«Fue la única vez que lo llamé así», me dijo)—. Vamos, estamos en medio de la carretera.

Fueron a Gates Falls en nuestra vieja ranchera Ford, desviándose por Castle Rock. Era un recorrido al menos treinta kilómetros más largo, pero para entonces mi madre ya se había recuperado un poco de la conmoción y podía pensar con claridad. No habría pasado por el lugar del accidente ni aunque el rodeo implicara llegar hasta donde Cristo perdió el gorro.

La Funeraria Peabody estaba en Grand Street. El coche fúnebre, un Cadillac gris, se hallaba ya en el camino de acceso, y había varios vehículos aparcados junto a la acera. Uno de ellos era el descomunal Buick de Reggie Kelton. Otro, como vio mi madre con gran alivio, era una camioneta con el rótulo MORTON FUEL en el costado.

Mi padre y el señor Kelton salieron por la puerta principal cuando mi madre guiaba hacia allí al reverendo Jacobs, para entonces dócil como un niño. Miraba hacia lo alto, explicó mi madre, como si calculase cuánto faltaba para que el color de las hojas alcanzara su máxima intensidad.

Mi padre dio un abrazo a Jacobs, pero Jacobs no se lo devolvió. Se quedó inmóvil, con los brazos caídos a los lados, contemplando las copas de los árboles.

—Charlie, mi más sentido pésame —murmuró Kelton—. En mi nombre y en el de todos.

Se adentraron con él en el empalagoso aroma de las flores. El sistema de megafonía del techo emitía música de órgano, débil como un susurro y un tanto tétrica. Myra Harrington —«Gagá», como la llamaban todos en West Harlow— ya

estaba allí, probablemente porque estaba escuchando por la línea colectiva cuando Doreen telefoneó a mi madre. Escuchar las conversaciones de los demás era su pasatiempo. Levantó su mole de un sofá del vestíbulo y atrajo al reverendo Jacobs hacia su enorme seno.

—¡Su querida y adorable esposa y su querido hijito! —maulló Gagá con su voz más aguda. Mi madre miró a mi padre, y cruzaron una mueca—. ¡Bueno, ahora ya están en el cielo! ¡Ese es el consuelo! ¡Salvados por la sangre del Cordero y mecidos en los brazos eternos! —Las lágrimas rodaban por sus mejillas, abriéndose paso a través de la gruesa capa de polvos rosados.

El reverendo Jacobs se dejó abrazar y consolar. Al cabo de un par de minutos («Más o menos cuando yo ya empezaba a pensar que esa mujer no pararía hasta asfixiarlo entre aquellas tetas enormes suyas», me dijo mi madre), él la empujó. No con brusquedad, pero sí con firmeza. Se volvió hacia mi padre y el señor Kelton y anunció:

—Entraré a verlos.

—Espere, Charlie, todavía no —advirtió el señor Kelton—. Tiene que esperar un poco. Hasta que el señor Peabody los deje presenta...

Jacobs atravesó el velatorio, donde una anciana en un ataúd de caoba aguardaba su última aparición en público. Siguió por el pasillo hacia la parte de atrás. Sabía adónde iba; pocos lo sabían mejor que él.

Mi padre y el señor Kelton lo siguieron apresuradamente. Mi madre se sentó, y Gagá se acomodó frente a ella, su mirada encendida bajo la orla de pelo blanco. Por entonces pasaba ya de los ochenta, y cuando no tenía de visita a alguno de sus nietos o bisnietos, unos veinte en total, solo cobraba vida ante la tragedia y el escándalo.

—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó Gagá con un susurro teatral—. ¿Te has arrodillado con él?

—Ahora no, Myra —contestó mi madre—. Estoy agotada. Mi único deseo es cerrar los ojos y descansar un rato.

Pero no tuvo ocasión de descansar, porque en ese preciso momento se oyó un grito procedente del fondo de la funeraria, donde se hallaban las salas de embalsamamiento.

—Sonó como ese viento que sopla hoy ahí fuera, Jamie —dijo mi madre—, solo que cien veces más horrible. —Por fin apartó la mirada del techo. Y lo lamenté, porque en ese instante vi acercarse la oscuridad de la muerte por detrás de la luz de sus ojos—. Al principio lanzó solo aquel gemido de alma en pena, sin articular una palabra. Casi deseé que quedara en eso, pero no fue así. «¿Dónde está la cara? —

preguntó—. *¿Dónde está la cara de mi niño?».*

¿Quién oficiaría el funeral? Esa era una duda que me inquietaba (como quién corta el pelo al barbero). Me enteré de todo más tarde, pero no estuve presente; mi madre decidió que solo ella, mi padre, Claire y Con asistirían al funeral. A los demás podía alterarnos demasiado (sin duda estaba pensando en esos escalofriantes gritos procedentes de la sala de embalsamamiento de Peabody), y por tanto Andy se quedaría cuidando de Terry y de mí. La perspectiva no me hizo mucha gracia, porque Andy podía llegar a ser un grandísimo capullo, sobre todo cuando nuestros padres no estaban. Para ser un cristiano declarado, era muy aficionado a las quemaduras indias y los capones, de los fuertes, de esos que te hacían ver las estrellas.

El sábado del doble funeral de Patsy y Morrie no hubo quemaduras indias ni capones. Andy dijo que si nuestros padres no llegaban antes de la hora de la cena, prepararía sopa Campbell. Entretanto, veríamos la tele y nos quedaríamos callados. Acto seguido, subió al piso de arriba y ya no volvió a bajar. Por gruñón y mandón que fuera, apreciaba a Morrie el Lapa tanto como todos nosotros, y por supuesto estaba enamorado de Patsy (también como todos nosotros... excepto Con, a quien por entonces no le gustaban las chicas, y nunca le gustarían). Quizá subiera a su habitación a rezar —«Cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu padre», aconseja san Mateo—, o quizá solo quería sentarse a pensar para intentar verle el sentido a todo aquello. Esas dos muertes no quebrantaron su fe —continuó siendo un recalcitrante cristiano fundamentalista hasta su muerte—, pero debieron de provocar una severa sacudida en ella. Esas muertes tampoco quebrantaron mi propia fe. Eso lo conseguiría más tarde el Sermón Tremebundo.

El reverendo David Thomas, de la iglesia congregacionalista de Gates Falls, pronunció el panegírico por Patsy y Morrie en nuestra iglesia, y nadie puso el menor reparo, ya que, como mi padre dijo: «No hay ni pizca de diferencia entre congregacionalistas y metodistas».

Sí hubo reparos, en cambio, a la elección de Jacobs para el servicio fúnebre junto a la tumba en el cementerio de Willow Grove: Stephen Givens. Este era el pastor (no se hacía llamar reverendo) de la iglesia de Shiloh, donde en aquella época sus feligreses aún se aferraban a las creencias de Frank Weston Sandford, un predicador apocalíptico que animaba a los padres a azotar a sus hijos por pecados veniales («Debéis ser maestros al servicio de Cristo», les recomendaba) e insistía en la conveniencia de mantener ayunos de treinta y seis horas... incluso para los niños.

Los shiloítas habían cambiado mucho desde la muerte de Sandford (y hoy día apenas se diferencian de los otros grupos protestantes), pero en 1965 persistían numerosos rumores antiguos, alimentados por la extraña indumentaria de los miembros y por su fe expresa en la inminencia del fin del mundo. Sin embargo resultó que nuestro Charles Jacobs y su Stephen Givens llevaban años reuniéndose para tomar un café en Castle Rock y eran amigos. Después del Sermón Tremebundo, algunos en el pueblo dijeron que el reverendo Jacobs «se había contagiado de shiloísmo». Tal vez fuera así, pero según mis padres (también según Con y Claire, cuyo testimonio me inspiró más confianza), Givens mantuvo una actitud serena, reconfortante y digna durante la breve ceremonia junto a la tumba.

—No mencionó el fin del mundo ni una sola vez —dijo Claire.

Recuerdo lo guapa que estaba esa tarde con su vestido azul oscuro (lo más cercano que tenía al negro) y sus medias de adulta. También recuerdo que, en la cena, apenas probó bocado, limitándose a desplazar la comida por el plato hasta que quedó todo mezclado y parecía una cagada de perro.

—¿Qué texto de la Biblia ha leído Givens? —preguntó Andy.

—La Primera Epístola a los Corintios —contestó mi madre—. ¿Sabes ahí donde habla de que vemos en un espejo, confusamente?

—Una buena elección —dictaminó mi hermano mayor con su sabiduría.

—¿Cómo estaba? —pregunté a mi madre—. ¿Cómo estaba el reverendo Jacobs?

—Estaba... callado —respondió mi madre, visiblemente atribulada—. Meditando, creo.

—Nada de eso —dijo Claire, y apartó bruscamente el plato—. Estaba conmovido. Se ha pasado todo el tiempo allí sentado en una silla plegable, en la cabecera de la tumba, y cuando el señor Givens le ha preguntado si echaría el primer puñado de tierra y lo acompañaría luego al pronunciar la bendición, ha seguido sentado con las manos entre las piernas y la cabeza agachada. —Empezó a llorar—. Para mí, todo esto es como un sueño, una pesadilla.

—Pero *sí* se ha levantado para echar tierra —intervino mi padre a la vez que le rodeaba los hombros con un brazo—. Al cabo de un rato, un puñado a cada ataúd. ¿No es verdad, Clari-Claire?

—Sí —contestó ella, ahora deshaciéndose en lágrimas—. Cuando ese shilohíta lo ha cogido de las manos y prácticamente lo ha levantado de un tirón.

Con no había despegado los labios, y me di cuenta de que ya había dejado la mesa. Lo vi en el jardín trasero, de pie junto al olmo del que colgaba nuestro columpio, hecho con un neumático. Estaba sujeto al tronco, con la cabeza apoyada en

la corteza, y le temblaban los hombros.

Pero, a diferencia de Claire, sí había cenado. Lo recuerdo. Se comió todo el plato y preguntó si podía repetir, con voz firme y clara.

Unos predicadores invitados subieron al púlpito los tres domingos siguientes, bajo la supervisión de los diáconos, pero el pastor Givens no fue uno de ellos. Supongo que, a pesar de su actitud serena, reconfortante y digna en Willow Grove, no se lo pidieron. Además de ser reticentes por naturaleza y educación, los nortños tienen cierta tendencia a cultivar cómodamente algunos prejuicios en cuestiones de religión y raza. Tres años más tarde oí una conversación entre dos de mis profesores del instituto de Gates Falls, y uno, con indignado asombro, dijo al otro: «¿Y cómo se le ocurre a alguien matar al reverendo King? ¡Por el amor de Dios, era un *buen* hombre, ese negro de mierda!».

La catequesis se suspendió después del accidente. Creo que todos nos alegramos, incluso Andy, también conocido como el Emperador de los Ejercicios Bíblicos. Tan poco preparados estábamos nosotros para enfrentarnos al reverendo Jacobs como lo estaba él para enfrentarse a nosotros. Habría sido insufrible ver el Rincón de los Juguetes, donde Claire y las otras chicas entretenían a Morrie (y a ellas mismas). ¿Y quién tocaría el piano en la Hora del Canto? Supongo que habría podido encargarse alguien del pueblo, pero Charles Jacobs no estaba en condiciones de pedirlo, y en cualquier caso no habría sido lo mismo sin el cabello rubio de Patsy oscilando mientras interpretaba alegres himnos como *A Sión caminamos*. Su cabello rubio estaba ahora bajo tierra, en la oscuridad sobre una almohada de satén, cada día más quebradizo.

Una tarde gris de noviembre, mientras Terry y yo pintábamos con plantilla pavos y cuernos de la abundancia en nuestras ventanas, el teléfono emitió un sonido largo y otro corto: una llamada para nosotros. Atendió mi madre, habló brevemente, colgó y nos sonrió a Terry y a mí.

—Era el reverendo Jacobs. Va a subir al púlpito el domingo que viene para dar el sermón de Acción de Gracias. Qué bien, ¿no?

Años más tarde —yo iba al instituto y Claire, que estudiaba en la Universidad de Maine, estaba en casa de vacaciones— pregunté a mi hermana por qué nadie se lo había impedido. Nos hallábamos en el jardín trasero, empujando el columpio hecho

con un neumático viejo. Claire no tuvo que preguntarme a quién me refería; el sermón de ese domingo había dejado una huella indeleble en todos nosotros.

—Porque hablaba de una manera de lo más *sensata*, creo. De lo más *normal*. Para cuando la gente se dio cuenta de lo que decía en realidad, ya era demasiado tarde.

Es posible, pero yo recordaba que Reggie Kelton y Roy Easterbrook lo interrumpieron casi al final, y supe que algo pasaba incluso antes de que él empezara. Porque no concluyó su lectura de las Sagradas Escrituras de aquel día con la acostumbrada frase final: *Que Dios bendiga Su santa palabra*. Nunca se olvidaba de eso, ni siquiera el día que lo conocí, cuando me enseñó el pequeño Jesús eléctrico que caminaba por encima de las aguas del Lago Apacible.

El texto bíblico el día del Sermón Tremebundo procedía del capítulo 13 de la Primera Epístola a los Corintios, el mismo pasaje que había leído el pastor Givens ante las dos tumbas —una grande, una pequeña— en Willow Grove: «Porque imperfecta es nuestra ciencia, e imperfecta nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño. Al hacerme hombre, dejé todas las cosas de niño. Ahora vemos en un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido».

Cerró la gran Biblia colocada en el púlpito, no con brusquedad, pero todo el mundo oyó el golpe. Ese domingo la iglesia metodista de West Harlow estaba a rebosar, sin un solo banco libre, pero el silencio era profundo, no se oía ni una tos. Recuerdo que recé para que el reverendo consiguiera acabar bien; para que no rompiera a llorar.

Myra Harrington —Gagá— estaba en el primer banco, y aunque me daba la espalda, imaginé sus ojos centelleantes de avidez, semienterrados en las cuencas carnosas y amarillentas. Mi familia ocupaba el tercer banco, como siempre. Mi madre mantenía un semblante sereno, pero advertí que tenía las manos —ese día enfundadas en unos guantes blancos— cerradas alrededor de su gran Biblia en rústica con fuerza suficiente para doblarla formando una U. Claire se había mordisqueado los labios hasta quitarse el carmín. El silencio entre el final de la lectura del texto bíblico y el principio de lo que en Harlow se conoció a partir de entonces como el Sermón Tremebundo no pudo durar más de cinco segundos, diez a lo sumo, pero a mí se me antojó que se prolongaba eternamente. Él, tras el púlpito, tenía la cabeza inclinada sobre la enorme Biblia de contornos dorados. Cuando por fin alzó la vista y mostró su rostro tranquilo y plácido, un ligero suspiro de alivio se elevó de entre los fieles allí reunidos.

—Este ha sido un momento difícil y angustioso para mí —dijo—. No necesito decíroslo; esta es una comunidad muy unida, y todos nos conocemos. Vosotros me habéis tendido la mano de todas las formas posibles, y siempre os estaré agradecido. Quiero dar las gracias especialmente a Laura Morton, que me comunicó la noticia de mi pérdida con tanta ternura y consideración.

Inclinó la cabeza en dirección a mi madre. Ella le devolvió el gesto y alzó una mano enguantada para enjugarse una lágrima.

—He dedicado mucho tiempo a la reflexión y el estudio entre el día de mi pérdida y la mañana de este domingo. Me gustaría añadir que también a la *oración*, pero, aunque me he puesto de rodillas una y otra vez, no he percibido la presencia de Dios, y por tanto he tenido que conformarme con la reflexión y el estudio.

Silencio entre los fieles. Todas las miradas puestas en él.

—Fui a la biblioteca de Gates Falls en busca de *The New York Times*, pero como en la hemeroteca de allí solo tienen el *Weekly Enterprise*, me enviaron a Castle Rock, donde archivan el *Times* en microfilm... «Buscad y hallaréis», nos dice san Mateo, y qué razón tenía.

El comentario fue acogido con unas pocas risas, apenas audibles, pero enseguida se apagaron.

—Fui un día tras otro. Examinaba los microfilmes hasta que me dolía la cabeza, y quiero daros a conocer algunas de mis averiguaciones.

Sacó unas cuantas fichas del bolsillo de la chaqueta de su traje negro.

—En junio del año pasado tres pequeños tornados azotaron el pueblo de May, en Oklahoma. Aunque se produjeron daños materiales, nadie resultó muerto. Los vecinos acudieron en tropel a la iglesia baptista para entonar cantos de alabanza y ofrecer oraciones de acción de gracias. Mientras estaban allí, un cuarto tornado, un monstruo F5, se abatió sobre May y derrumbó la iglesia. Murieron cuarenta y una personas. Otras treinta resultaron heridas de gravedad, incluidos varios niños que perdieron brazos y piernas.

Pasó esa ficha a la última posición de la pila y fijó la mirada en la siguiente.

—Puede que algunos recordéis esto otro. En agosto del año pasado un hombre y sus dos hijos salieron a remar en el lago Winnepesaukee. Llevaban al perro de la familia. El perro se cayó del bote, y los dos niños saltaron a rescatarlo. Cuando el padre vio que los hijos corrían peligro de ahogarse, saltó también y, sin querer, volcó el bote. Murieron los tres. El perro llegó a nado a la orilla. —Alzó la vista e incluso sonrió por un momento: fue como si el sol asomara a través de una cortina de nubes un día frío de enero—. Intenté averiguar qué fue del perro, si la mujer que perdió a su

marido y a sus hijos lo conservó o lo sacrificó, pero no había información al respecto.

Lancé una mirada furtiva a mis hermanos. Terry y Con solo parecían perplejos, pero Andy estaba lívido de horror, ira, o ambas cosas. Tenía los puños apretados sobre el regazo. Claire lloraba en silencio.

Siguiente ficha.

—Octubre del año pasado. Un huracán azotó la costa cerca de Wilmington, en Carolina del Norte, y murieron diecisiete personas. Seis eran niños de la guardería de una parroquia. A un séptimo se lo dio por desaparecido. Su cadáver fue hallado al cabo de una semana en un árbol.

Siguiente.

—Esta noticia guarda relación con una familia de misioneros que atendía a los pobres proporcionándoles comida, medicamentos y el Evangelio en lo que antiguamente fue el Congo belga y ahora es, creo, Zaire. Eran cinco. Fueron asesinados. Aunque el artículo no lo mencionaba... como es sabido, solo algunas noticias son aptas para publicarse en *The New York Times*... sí se insinuaba que tal vez los asesinos tenían tendencias caníbales.

Se produjo un murmullo de desaprobación, con Reggie Kelton en el centro. Jacobs lo oyó y levantó una mano en lo que fue casi un gesto de bendición.

—Quizá no sea necesario que entre en más detalles... los incendios, las inundaciones, los terremotos, los disturbios, los homicidios... aunque bien podría hacerlo. El mundo se estremece con ellos. Aun así, leer esas noticias me proporcionó cierto consuelo, porque demuestran que no estoy solo en mi sufrimiento. El consuelo es pequeño, no obstante, porque tales muertes, como las de mi mujer y mi hijo, parecen crueles y arbitrarias. Jesucristo ascendió a los cielos en cuerpo y alma, se nos dice, pero con excesiva frecuencia nosotros, los pobres mortales, aquí en la tierra nos quedamos sin nada más que repulsivas masas de carne mutilada y esa pregunta permanente y reverberante: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

»He leído las Sagradas Escrituras toda mi vida, primero sentado en las rodillas de mi madre, luego en catequesis, y más tarde en la facultad de Teología, y puedo deciros, amigos míos, que en ningún lugar de las Escrituras se aborda directamente esa pregunta. Lo más que se acerca la Biblia es en este texto de Corintios, donde san Pablo viene a decir: “No sirve de nada preguntar, hermanos míos, porque en todo caso no lo entenderíais”. Cuando Job se lo preguntó al propio Dios, recibió una respuesta aún más contundente: “¿Estabas tú presente cuando creé el mundo?”. Lo que, en el vocabulario de nuestros feligreses más jóvenes, se traduciría como: “Pírate, chaval”.

Esta vez no hubo risas.

Nos examinó con un asomo de sonrisa en las comisuras de los labios, formándose rombos azules y rojos en su mejilla izquierda por efecto de la luz que penetraba a través del vitral.

—Se supone que la religión ha de ser nuestro consuelo cuando llegan los malos tiempos. Dios es nuestra vara y nuestro cayado, declara el Gran Salmo; estará con nosotros y nos sostendrá cuando recorramos inevitablemente el Valle de la Sombra de la Muerte. Otro salmo nos asegura que Dios es nuestro refugio y nuestra fortaleza, aunque las personas que murieron en esa iglesia de Oklahoma podrían rebatir la idea... si aún tuvieran bocas con que rebatirla. Y ese padre y sus dos hijos, los que se ahogaron al intentar rescatar a la mascota de la familia... ¿preguntaron a Dios qué pasaba allí? ¿A qué venía aquello? ¿Y acaso Él contestó «Os lo diré dentro de unos minutos, muchachos», mientras el agua llenaba sus pulmones y la muerte oscurecía sus mentes?

»Hablemos claramente de lo que quiso decir san Pablo al referirse a las confusas imágenes de ese espejo. Quería decir que debemos aceptarlo todo por una cuestión de fe. Si nuestra fe es fuerte, iremos al cielo, y lo comprenderemos todo cuando lleguemos allí. Como si la vida fuera una broma, y el cielo el lugar donde por fin se nos explica el desenlace cósmico.

En esos momentos se oían tenues sollozos femeninos y murmullos masculinos de descontento, estos más acusados. Pero nadie se había marchado ni se había levantado aún para advertir al reverendo Jacobs que debía sentarse porque se adentraba en el terreno de la blasfemia. Todavía estaban atónitos.

—Cuando me cansé de investigar las muertes aparentemente caprichosas y a menudo en extremo dolorosas de los inocentes, consulté distintas ramas del cristianismo. ¡Caramba, amigos míos, me sorprendí de tantas como hay! ¡Vaya una Torre de Doctrinas! Católicos, episcopalianos, metodistas, baptistas (tanto de la vieja escuela como de la nueva), los seguidores de la Iglesia de Inglaterra, los anglicanos, los luteranos, los presbiterianos, los unitarios, los testigos de Jehová, los adventistas del séptimo día, los cuáqueros, los shakers, los ortodoxos griegos, los ortodoxos orientales..., los shilohitas, no nos olvidemos de ellos, y medio centenar más.

»Aquí en Harlow todos tenemos líneas telefónicas colectivas, y me parece que la religión es la mayor línea colectiva de todas. Imaginad cómo deben de saturarse las líneas de comunicación con el cielo los domingos por la mañana. ¿Y sabéis qué es lo que me fascina? Todas y cada una de las Iglesias consagradas a la doctrina de Jesucristo se consideran las únicas que en realidad tienen línea *directa* con el

Todopoderoso. Y caramba, eso que ni siquiera he mencionado a los musulmanes, los judíos, los teósofos, los budistas o aquellos que veneran a la propia América tan fervientemente como, durante ocho o diez años de pesadilla, los alemanes veneraron a Hitler.

Fue justo en ese momento cuando la gente empezó a marcharse. Primero solo unos cuantos de la parte de atrás, con la cabeza gacha y los hombros encorvados (como si hubieran recibido un rapapolvo), luego cada vez más. El reverendo Jacobs no parecía darse cuenta.

—Algunas de esas diversas sectas y confesiones son pacíficas, pero las más numerosas, las que han tenido más *éxito*, se han erigido sobre la sangre, los huesos y los gritos de aquellos que han tenido la desfachatez de no inclinarse ante su idea de Dios. Los romanos echaron a los cristianos a los leones; los cristianos descuartizaron a quienes consideraron herejes, hechiceros o brujas; Hitler sacrificó a millones de judíos ante el falso dios de la pureza racial. Millones han muerto en la hoguera, a tiros, en la horca, en el potro, envenenados, en la silla eléctrica o despedazados por perros... todos en nombre de Dios.

Mi madre sollozaba de forma audible, pero no la miré, no pude. Estaba paralizado. Por el horror, sí, desde luego. Tenía solo nueve años. Pero junto a eso sentía también una incipiente y desenfrenada exultación, la sensación de que por fin alguien me decía la verdad sin adornos. Parte de mí albergaba la esperanza de que se interrumpiera; la mayor parte de mí deseaba con intensidad que continuara, y mi deseo se cumplió.

—Jesucristo nos enseñó a poner la otra mejilla y a amar a nuestros enemigos. Eso predicamos hipócritamente, pero cuando recibimos un golpe, casi todos nosotros lo devolvemos por duplicado. Jesús expulsó a los mercaderes del templo, pero todos sabemos que esos artistas del dinero fácil nunca tardan mucho en volver; si alguna vez habéis participado en una emocionante partida de bingo en la parroquia o habéis oído a un predicador radiofónico pedir dinero, sabéis a qué me refiero exactamente. Isaías profetizó que llegaría el día en que se forjarían arados con las espadas, pero en nuestra actual edad de las tinieblas, se han forjado bombas atómicas y misiles balísticos intercontinentales.

Reggie Kelton se puso en pie. Estaba tan rojo como pálido mi hermano Andy.

—Debe usted sentarse, reverendo. Está fuera de sí.

El reverendo Jacobs no se sentó.

—¿Y qué recibimos a cambio de nuestra fe? ¿De los siglos durante los que hemos entregado a tal o cual iglesia nuestra sangre y nuestros tesoros? La certeza de que nos espera el cielo al final del camino y, cuando lleguemos allí, se nos explicará el

desenlace del chiste y diremos: «¡Ah, sí! Ahora lo *pillo*». Esa es la gran recompensa. Nos lo inculcan desde nuestros primeros días: ¡cielo, cielo, cielo! ¡Allí veremos a los hijos que hemos perdido, allí nuestras queridas madres nos estrecharán entre sus brazos! Esa es la zanahoria. ¡El palo con el que nos pegan es el infierno, el infierno, el infierno! Un *Sheol* de condenación y tormento eternos. Decimos a niños tan pequeños como mi querido hijo perdido que se arriesgan al fuego eterno si roban un caramelo o mienten acerca de cómo se han mojado los zapatos nuevos.

»No existen pruebas de estos destinos después de la vida, ninguna base científica, sino solo la fe desnuda, unida a nuestra intensa necesidad de creer *que todo tiene sentido*. Pero cuando estuve en la sala del fondo de la Funeraria Peabody y contemplé los restos destrozados de mi hijo, que quería ir a Disneylandia mucho más que ir al cielo, tuve una revelación. La religión es el equivalente teológico de los seguros fraudulentos, en los que uno paga la prima un año tras otro, y un día, cuando necesita las prestaciones por las que ha pagado tan... y perdón por el juego de palabras... religiosamente, descubre que la compañía que ha aceptado su dinero en realidad no existe.

Fue entonces cuando Roy Easterbrook se puso en pie, mientras la iglesia se vaciaba ya por momentos. Era una mole de hombre, sin afeitar. Vivía en una herrumbrosa caravana, en un pequeño camping del lado este del pueblo, cerca de la vía del ferrocarril de Freeport. Por regla general, solo acudía a la iglesia en Navidad, pero ese día había hecho una excepción.

—Reverendo —dijo—. Oí decir que en la guantera de su coche había una botella de alpiste. Y según contó Mert Peabody, cuando se inclinó sobre su mujer para empezar a trabajar, olía igual que un bar. Ahí tiene, pues, la razón. Ahí tiene el sentido. ¿Le falta valor para aceptar la voluntad de Dios? Bien, pero deje en paz a los demás. —Dicho esto, Easterbrook dio media vuelta y salió con su andar premioso.

Jacobs calló en el acto. Se quedó inmóvil, agarrado al púlpito, los ojos resplandecientes en el rostro pálido, los labios tan apretados que la boca se desdibujó.

Entonces se puso en pie mi padre.

—Charles, es mejor que baje del púlpito.

El reverendo Jacobs sacudió la cabeza como para despejársela.

—Sí —dijo—, tiene razón, Dick. En todo caso, diga lo que diga, las cosas no cambiarán.

Pero sí cambiaron. Para un niño sí cambiaron.

Retrocedió, miró a su alrededor como si ya no supiera dónde estaba y volvió a dar un paso al frente, aunque ya no quedaba nadie para escucharlo, salvo mi familia, los

diáconos de la iglesia y Gagá, todavía instalada en la primera fila con los ojos desorbitados.

—Solo una cosa más. Venimos de un misterio, y hacia un misterio vamos. Quizá hay algo ahí, pero me juego lo que sea a que no es Dios tal como lo entiende ninguna Iglesia. Fijaos en el balbuceo de credos en conflicto y os daréis cuenta. Se anulan mutuamente y no dejan nada. Si queréis la verdad, una fuerza superior a vosotros, mirad el rayo: mil millones de voltios cada uno, y cien mil amperios de corriente, y temperaturas de casi *treinta mil grados centígrados*. En eso hay una fuerza superior, os lo aseguro. Pero ¿y aquí, en este edificio? No. Creed lo que os venga en gana, pero os diré lo siguiente: detrás de las imágenes confusas de ese espejo de san Pablo, no hay nada más que una mentira.

Abandonó el púlpito y se dirigió hacia la puerta lateral. La familia Morton permaneció inmóvil, sumida en la clase de silencio que debe de experimentar la gente después del estallido de una bomba.

Cuando llegamos a casa, mi madre entró en el gran dormitorio del fondo, dijo que no quería que la molestaran y cerró la puerta. Se quedó allí el resto del día. Claire preparó la cena, y comimos en silencio casi todo el tiempo. En algún momento Andy empezó a citar un pasaje de la Biblia que desmentía totalmente las afirmaciones del reverendo, pero mi padre le mandó cerrar el pico. Andy vio que mi padre tenía las manos profundamente hundidas en los bolsillos y echó la cremallera.

Después de la cena, mi padre fue al garaje, donde andaba trasteando con el Cohete de la Carretera II. Por una vez, Terry —por lo común, su leal ayudante, casi su acólito— no lo acompañó, así que fui yo... no sin cierta vacilación.

—Papá, ¿puedo hacerte una pregunta?

Tumbado en una plataforma rodante bajo el Cohete, sostenía una lamparilla enrejada en una mano. Solo asomaban las piernas, enfundadas en un pantalón caqui.

—Supongo que sí, Jamie. A menos que tenga que ver con el puñetero desastre de esta mañana. Si es así, mejor será que también *tú* cierres el pico. Esta noche no quiero saber nada de eso. Mañana ya habrá tiempo de sobra. Tendremos que presentar una petición ante la Conferencia Metodista de Nueva Inglaterra para que lo despidan, y *ellos* tendrán que planteárselo al obispo Matthews de Boston. Es un puto desastre, y si alguna vez dices a tu madre que he pronunciado esa palabra delante de ti, me molerá a palos.

Yo ignoraba si mi pregunta tenía que ver con el Sermón Tremebundo o no; solo

sabía que debía hacérsela.

—¿Es verdad lo que ha dicho el señor Easterbrook? ¿Ella bebía?

Debajo del coche la luz de la lamparilla dejó de moverse. Acto seguido, mi padre impulsó la plataforma para salir y poder mirarme. Yo temía que se enfadara, pero no percibí enojo en él; solo tristeza.

—Circulaban rumores, y supongo que ahora que el tarado de Easterbrook ha ido y lo ha dicho a las claras, correrán aún más, pero tú escúchame, Jamie: *eso da igual*. George Barton tuvo un ataque de epilepsia e invadió el carril contrario; ella salió de una curva con poca visibilidad, y se armó una buena. Da igual si estaba sobria o como una cuba y cabeza abajo. Ni Mario Andretti habría podido evitar ese accidente. El reverendo tenía razón en una cosa: la gente siempre busca una explicación para las cosas malas de esta vida. Y a veces no la hay.

Levantó la mano que no sostenía la lamparilla enrejada y me señaló con un dedo embadurnado de grasa.

—Todo lo demás eran las estupideces propias de un hombre desolado, y eso no lo olvides.

El miércoles anterior a Acción de Gracias, en nuestro distrito escolar teníamos la tarde libre, pero yo había prometido a la señora Moran que me quedaría a limpiar las pizarras y a poner en orden los manoseados libros de nuestra pequeña biblioteca. Cuando avisé a mi madre, me dirigió un gesto distraído y me dijo que bastaba con que estuviera en casa a la hora de la cena. En ese momento estaba metiendo un pavo en el horno, pero yo sabía que no era el nuestro; era demasiado pequeño para siete.

Resultó que Kathy Palmer (una pelotillera donde las hubiese) también se quedó a echar una mano, y acabamos en media hora. Pensé en ir a casa de Al o de Billy a jugar a pistolas o algo así, pero sabía que querrían hablar del Sermón Tremebundo y de que la señora Jacobs había puesto fin a su propia vida y la de su hijo a causa de una cogorza descomunal —rumor que de hecho había adquirido la credibilidad de una verdad absoluta—, y yo no deseaba participar en eso, así que me marché a casa. Como hacía un calor impropio de la época, las ventanas estaban abiertas, y cuando llegué, oí discutir a mi hermana y a mi madre.

—Pero ¿por qué *no puedo* ir? —preguntaba Claire—. ¡Quiero que sepa que al menos algunas personas en este pueblo insoportable siguen de su lado!

—Porque tu padre y yo opinamos que tus hermanos y tú no debéis acercaros a él —repuso mi madre. Estaban en la cocina, y para entonces yo me había detenido junto

a la ventana.

—Ya no soy una *niña*, mamá. ¡Tengo diecisiete años!

—Perdona, pero a los diecisiete años todavía eres una niña, y no quedaría bien que una jovencita lo visitara. Tendrás que aceptarlo porque yo lo digo.

—Pero ¿no hay inconveniente en que vayas tú? ¡Sabes que Gagá te verá, y en veinte minutos habrá corrido la voz en la línea colectiva! Si vas a ir, déjame que te acompañe.

—He dicho que no, y no se hable más.

—¡Le devolvió la voz a Con! —prorrumpió Claire—. ¿Cómo puedes ser tan mala?

Se produjo un largo silencio y finalmente mi madre dijo:

—Por eso voy a verlo. No para llevarle la comida de mañana, sino para que sepa que le estamos agradecidos a pesar de las barbaridades que dijo.

—¡Tú ya sabes por qué las dijo! ¡Acaba de perder a su mujer y a su hijo y se ha trastocado! ¡Está medio enloquecido!

—Ya lo sé. —Ahora mi madre hablaba en voz más baja, y yo tenía que aguzar el oído porque Claire lloraba—. Pero no por eso la gente está menos escandalizada. Se pasó de la raya. Se pasó *mucho*. Se marcha la semana que viene, y es mejor así. Cuando sabes que te van a despedir, es preferible renunciar antes. Así conservas un poco de dignidad.

—Lo despiden los diáconos, supongo —dijo Claire casi con desdén—. O sea, papá.

—A tu padre no le queda más remedio. Cuando ya no seas una *niña*, quizá lo entiendas y sientas un poco de compasión. Este asunto está trayendo a Dick por la calle de la amargura.

—Adelante, pues —continuó Claire—. Ve a ver si un par de trozos de pechuga de pavo y unos boniatos compensan el trato que está recibiendo. Me juego lo que sea a que ni lo prueba.

—Claire... Clari-Claire...

—*¡No me llames así!* —exclamó mi hermana, y oí sus sonoros pasos escaleras arriba. Se quedaría en su habitación llorando y enfurruñada durante un rato, supuse, y al final se le pasaría, igual que un par de años antes cuando mi madre le había dicho que a los quince años era sin duda demasiado joven para ir al autorrestaurante con Donnie Cantwell.

Decidí largarme al jardín trasero antes de que mi madre saliera con su comida preparada para la ocasión. Me senté en el neumático colgante, no exactamente

escondido pero tampoco exactamente a la vista. Al cabo de diez minutos, oí cerrarse la puerta. Fui a la esquina de la casa y vi a mi madre alejarse por la calle sosteniendo con ambas manos una bandeja recubierta de papel de aluminio. El papel destellaba bajo el sol. Entré en casa y subí por la escalera. Llamé a la puerta de la habitación de mi hermana, adornada con un enorme póster de Bob Dylan.

—¿Claire?

—¡Vete! —gritó—. ¡No quiero hablar contigo! —Empezó a sonar el tocadiscos: los Yardbirds, y a todo volumen.

Mi madre regresó al cabo de una hora —una visita más bien larga, para tratarse de ir solo a dejar una comida a modo de regalo—, y aunque para entonces Terry y yo estábamos en el salón, viendo la televisión y disputándonos a empujones el mejor sitio en el viejo sofá (en el centro, donde los muelles no se hincaban en el trasero), apenas pareció reparar en nuestra presencia. Con, arriba, tocaba la guitarra que le habían regalado por su cumpleaños. Y cantaba.

David Thomas, de la iglesia congregacionista de Gates Falls, volvió a dar un sermón el domingo posterior a Acción de Gracias. La iglesia estaba otra vez a rebosar, quizá porque la gente quería ver si el reverendo Jacobs se presentaba e intentaba decir alguna otra inconveniencia. No lo hizo. Si hubiese aparecido, sin duda lo habrían mandado callar antes de que entrara en calor, quizá incluso lo habrían sacado de allí en volandas. Los nortños se toman muy en serio las cosas de la religión.

Al día siguiente, lunes, después de clase, volví a casa sin parar de correr en todo el camino, casi medio kilómetro. Se me había ocurrido una idea, y quería estar allí antes que el autobús escolar. Cuando este llegó, agarré a Con y lo llevé a rastras hasta el jardín trasero.

—¿Qué bicho te ha picado? —preguntó.

—Tienes que venir a la rectoría conmigo —dije—. El reverendo Jacobs pronto se marchará, quizá mañana, y debemos verlo antes de que se vaya. Debemos decirle que todavía nos cae bien.

Con se apartó de mí y se sacudió la pechera de la camisa de cuello abotonado, como si temiera que hubiese dejado microbios en ella.

—¿Estás mal de la cabeza? Eso ni hablar. Dijo que Dios no existe.

—También te devolvió la voz a base de corrientes en la garganta.

Con se encogió de hombros en un gesto de incomodidad.

—La habría recuperado igualmente. Eso dijo el doctor Renault.

—Dijo que la recuperarías al cabo de una o dos semanas. Eso fue en febrero. En abril aún no hablabas. *Pasados dos meses.*

—¿Y qué? Tardó un poco más, así de simple.

Yo no podía dar crédito a lo que oía.

—¿A ti qué te pasa, gallina?

—Repítelo, y te sacudo.

—¿Por qué no vas a darle las gracias, como mínimo?

Fijó la mirada en mí con los labios apretados y las mejillas enrojecidas.

—No debemos ir a verlo, eso han dicho mamá y papá. Ese hombre está chiflado, y seguramente es un borracho como su mujer.

Yo enmudecí. Se me empañaron los ojos. No eran lágrimas de pena; eran de rabia.

—Además —prosiguió Con—, tengo que llenar la leñera antes de que llegue papá, o me la cargaré. Así que no insistas más con eso, Jamie.

Me dejó allí plantado. Mi hermano, que llegaría a ser uno de los astrónomos más destacados del mundo —en 2011 descubrió el cuarto «Planeta Ricitos de Oro», donde podría haber vida—, me dejó allí plantado. Y nunca más volvió a mencionar a Charles Jacobs.

Al día siguiente, martes, eché a correr otra vez por la Interestatal 9 en cuanto salí de clase. Pero no fui a casa.

Había un coche nuevo en el camino de acceso de la rectoría. Bueno, en realidad no era nuevo; era un Ford Fairlane del 58 con los estribos oxidados y la ventanilla del acompañante resquebrajada. El maletero estaba abierto, y cuando eché un vistazo al interior, vi dos maletas y un voluminoso aparato eléctrico que el reverendo Jacobs había enseñado un jueves en catequesis: un osciloscopio. Él estaba en su taller. Oí trajín dentro.

Me detuve junto a su coche viejo-nuevo, acordándome del Belvedere, que era ya chatarra calcinada, y estuve a punto de dar media vuelta y salir por piernas. Me pregunto hasta qué punto mi vida habría cambiado si me hubiese ido. Me pregunto si ahora estaría escribiendo esto. Imposible saberlo, ¿no? Qué razón tenía san Pablo acerca de las confusas imágenes de ese espejo. Lo miramos todos los días de nuestra vida y no vemos más que nuestro propio reflejo.

En lugar de echar a correr, me armé de valor y me encaminé hacia el cobertizo. Jacobs metía material eléctrico en una caja de madera de color naranja, con grandes hojas de papel marrón arrugado a modo de relleno, y al principio no me vio. Vestía

vaqueros y una sencilla camisa blanca. El alzacuello había desaparecido. Por norma, los niños no se fijan mucho en los cambios que se producen en los adultos, pero incluso a mis nueve años advertí que había adelgazado. Se hallaba bajo un haz de sol, y cuando me oyó entrar, alzó la vista. Tenía nuevas arrugas en la cara, pero al verme sonrió y las arrugas desaparecieron. Fue una sonrisa tan triste que tuve la sensación de que una flecha me traspasaba el corazón.

Sin pensar, me abalancé hacia él. Abrió los brazos y me levantó para besarme en la mejilla.

—¡Jamie! —exclamó—. ¡Eres Alfa y Omega!

—¿Eh?

—Apocalipsis, capítulo 1, versículo 8. «Yo soy Alfa y Omega, el principio y el fin». Eres el primero al que vi cuando llegué a Harlow, y eres el último al que veré. No sabes cuánto me alegro de que hayas venido.

Me eché a llorar. No quería pero no pude contenerme.

—Lo siento, reverendo Jacobs. Lo siento por todo. Tenía usted razón en la iglesia: no es justo.

Me besó la otra mejilla y me dejó en el suelo.

—No creo que lo dijera con esas mismas palabras, pero desde luego captaste la idea. Aunque no tienes por qué tomarte en serio todo lo que dije; estaba fuera de mí. Tu madre lo sabía. Me lo dijo cuando me trajo ese magnífico banquete para Acción de Gracias. Y me deseó suerte.

Al oírlo, me sentí un poco mejor.

—Además, me dio un buen consejo: que me marche lejos de Harlow, Maine, y empiece de cero. Dijo que tal vez encontrara la fe de nuevo en otro sitio. Lo dudo mucho, pero sí tenía razón en que debo irme.

—Nunca volveré a verlo.

—Eso no lo digas, Jamie. En este mundo nuestro los caminos se cruzan continuamente, a veces en los lugares más insospechados. —Sacó el pañuelo del bolsillo trasero y me enjugó las lágrimas de la cara—. En cualquier caso, siempre me acordaré de ti. Y espero que tú pienses en mí de vez en cuando.

—Lo haré. —Y acordándome de pronto, añadí—: ¡Ya puede jugarse el jornal!

Volvió a su banco de trabajo, ahora tristemente vacío, y acabó de guardar en la caja los últimos objetos: un par de grandes baterías cúbicas que él llamaba «pilas secas». Cerró la tapa y, para mayor seguridad, ató alrededor dos recios cordeles.

—Connie quería venir conmigo para darle las gracias, pero tiene... mmm... creo que hoy le toca entrenamiento de fútbol. O algo así.

—No pasa nada. En realidad dudo que lo que yo hice sirviera de algo.

Me quedé atónito.

—Pero ¿qué dice? ¡Usted le devolvió la voz, córcholis! ¡Se la devolvió con aquel aparato!

—Ah, sí. El aparato. —Anudó el segundo cordel y lo tensó de un tirón. Iba remangado, y advertí que tenía unos músculos imponentes. Nunca antes me había fijado en ese detalle—. El Estimulador Eléctrico de los Nervios.

—¡Debería venderlo, reverendo Jacobs! ¡Se forraría!

Se acodó en la caja, apoyó el mentón en la mano y me miró.

—¿Tú crees?

—¡Sí!

—Lo dudo mucho. Y dudo que mi EEN tuviera algo que ver con la recuperación de tu hermano. Mira, lo monté aquel mismo día. —Se echó a reír—. Y lo activé con un motor minúsculo de fabricación japonesa que tomé prestado de un juguete de Morrie, el robot Roscoe.

—¿En serio?

—En serio. El *concepto* es válido, de eso estoy seguro, pero esos prototipos, improvisados, sin ningún experimento para verificar los pasos intermedios, muy rara vez dan resultado. Sin embargo sí creí que existía una posibilidad, porque nunca dudé del diagnóstico inicial del doctor Renault. Fue la dilatación de un nervio, nada más.

—Pero...

Levantó la caja. Se le hincharon los músculos de los brazos y se le marcaron las venas.

—Vamos, chaval. Acompáñame.

Lo seguí hasta el coche. Dejó la caja junto al guardabarros trasero, inspeccionó el maletero y dijo que tendría que pasar las maletas al asiento trasero.

—¿Puedes coger tú la pequeña, Jamie? No pesa mucho. Cuando se viaja lejos, es mejor ir ligero de equipaje.

—¿Adónde va?

—Ni idea, pero creo que lo sabré cuando llegue allí. Si este trasto no se avería, claro. Consume gasolina suficiente para acabar con todo el petróleo de Texas.

Trasladamos las maletas a la parte trasera del Ford. El reverendo Jacobs colocó la caja enorme en el maletero con un gruñido de esfuerzo. Lo cerró y, apoyándose en el portón, me examinó.

—Tienes una familia extraordinaria, Jamie. Y unos padres extraordinarios que de verdad prestan atención a los demás. Si les pidiera que describiesen a sus hijos,

seguro que dirían que Claire es la maternal, Andy el mandón...

—En *eso* sí ha dado en el clavo.

Sonrió.

—Hay uno en cada familia, chico. Dirían que Terry es el mecánico y tú el soñador.

¿Qué dirían de Con?

—El estudioso. O quizá el cantante folk, desde que tiene la guitarra.

—Quizá, pero seguro que no sería eso lo primero que acudiría a su cabeza. ¿Te has fijado alguna vez en las uñas de Con?

Me eché a reír.

—¡Se las muerde como un poseso! Una vez mi padre le ofreció un dólar si dejaba de hacerlo durante una semana, pero Con fue incapaz.

—Con es el nervioso, Jamie: eso dirían tus padres si fueran del todo sinceros. El propenso a tener úlceras antes de los cuarenta. Cuando recibió el golpe en el cuello con el bastón de esquí y perdió la voz, empezó a temerse que nunca la recuperaría. Y como no la recuperaba, se convenció de que se quedaría mudo para siempre.

—El doctor Renault dijo...

—Renault es un buen médico. Muy concienzudo. Se presentó aquí en un santiamén cuando Morrie tuvo el sarampión, y también cuando Patsy tuvo... bueno, un problema femenino. Los atendió a los dos como todo un profesional. Pero carece de ese aire de seguridad en sí mismo que tienen los mejores médicos de cabecera. Esa manera de decir: «Bah, eso no es nada, enseguida se pondrá bien».

—¡Pero *sí* dijo eso!

—Sí, pero Conrad no se quedó convencido, porque Renault es poco convincente. Es capaz de tratar el cuerpo, pero ¿y la mente? No tanto. Y la mitad de la curación tiene lugar en la mente. Quizá más. Con pensó: «Ahora me miente para que me vaya acostumbrando a la idea de quedarme sin voz. Más adelante me dirá la verdad». Así es como piensa tu hermano, Jamie. Vive con los nervios a flor de piel, y cuando la gente es así, la mente puede volverse contra ellos.

—Hoy no ha querido venir conmigo —admití—. Antes le he mentado.

—¿Ah, sí? —Jacobs no pareció sorprenderse mucho.

—Se lo he pedido, pero le daba miedo.

—Nunca te enfades con él por eso —instó Jacobs—. Las personas asustadas viven en su propio infierno particular. Podría decirse que se lo crean ellas mismas, igual que Con se provocó la mudez, pero no pueden evitarlo. Son así. Merecen lástima y compasión.

Se volvió hacia la rectoría, que ya parecía abandonada, y suspiró. Luego me miró

de nuevo.

—Quizá el EEN sí sirvió de *algo*... tengo razones para creer que la teoría en que se basa es válida... pero la verdad es que lo dudo. Jamie, creo que engañé a tu hermano. O si me permites el juego de palabras, me quedé *con* Con. Es una aptitud que enseñan en la facultad de Teología, aunque allí lo llaman «despertar la fe». A mí siempre se me ha dado bien, lo cual me causa tanto vergüenza como satisfacción. Le dije a tu hermano que esperara un milagro, y luego activé la corriente de mi juguete electrocutador con pretensiones. En cuanto vi que contraía la boca y parpadeaba, supe que daría resultado.

—¡Es increíble! —exclamé.

—Sí, desde luego. Y también bastante mezquino.

—¿Cómo?

—Da igual. Lo importante es que no debes decírselo nunca. Probablemente no volvería a perder la voz, pero no puede descartarse. —Consultó su reloj—. ¿Sabes qué te digo? Creo que ya no tengo tiempo para más charla si quiero llegar a Portsmouth esta noche. Y más vale que te vayas a casa. Donde la visita que me has hecho esta tarde será un secreto entre tú y yo, ¿entendido?

—Entendido.

—No has pasado por delante de la casa de Gagá, ¿no?

Alcé la vista al cielo, como preguntándole si realmente era tan tonto, y Jacobs se rio un poco más. Me alegré de poder arrancarle la risa a pesar de todo lo sucedido.

—He atravesado el campo de Marstellar.

—Buen chico.

Yo no quería irme, ni quería que se fuera *él*.

—¿Puedo hacerle otra pregunta?

—Vale, pero que sea rápida.

—Cuando estaba usted dando su... mmm... —No quería usar la palabra «sermón»; por algún motivo me parecía peligrosa—. Cuando estaba hablando en la iglesia, dijo que un rayo llegaba a los treinta mil grados. ¿Eso es verdad?

Se le iluminó el rostro tal como ocurría solo cuando se hablaba de electricidad. Su «monotema», habría dicho Claire. Mi padre lo habría llamado su «obsesión».

—¡*Totalmente* verdad! A excepción, quizá, de los terremotos y maremotos, el rayo es la fuerza más poderosa de la naturaleza. Más que los tornados y más que los huracanes. ¿Alguna vez has visto caer un rayo en la tierra?

Negué con la cabeza.

—Solo los he visto en el cielo.

—Es hermoso. Hermoso y aterrador. —Levantó la vista, como si buscara uno, pero esa tarde el cielo estaba azul, y las únicas nubes eran pequeñas borlas blancas que se movían lentamente hacia el sudoeste—. Por si alguna vez quieres ver uno de cerca... sabes dónde está Longmeadow, ¿no?

Claro que lo sabía. A medio camino entre el pueblo y el Monte Cabra, por la carretera que llevaba al complejo turístico, había un parque estatal. Eso era Longmeadow. Desde allí la vista hacia el este se extendía kilómetros y kilómetros. En días muy despejados se veía el desierto de Maine, cerca de Freeport. A veces incluso más allá, hasta el océano Atlántico. Los alumnos de catequesis organizaban la barbacoa de verano en Longmeadow cada agosto.

—Si subes por la carretera desde Longmeadow —dijo—, llegas a la garita de entrada del complejo de Monte Cabra...

—... donde no te dejan entrar a menos que seas socio o invitado.

—Exacto. El sistema de clases en acción. Pero antes de llegar a garita, sale a la izquierda un camino de grava. Está abierto a todo el mundo porque son tierras del estado. Tras unos cinco kilómetros, el camino termina en un mirador que se llama Lo Alto del Cielo. Nunca os llevé allí porque es peligroso: una pendiente de granito que acaba en una pared vertical de seiscientos metros de altura. No hay valla, solo un cartel para advertir a la gente que no se acerque al borde. En Lo Alto del Cielo, arriba del todo, hay un poste de hierro de seis metros de altura. Está clavado muy hondo en la roca. No sé quién lo colocó, ni por qué, pero lleva allí mucho, mucho tiempo. Debería estar oxidado, pero no lo está. ¿Sabes *por qué*?

Moví la cabeza en un gesto de negación.

—Porque han caído rayos allí muchas veces. Lo Alto del Cielo es un sitio especial. *Atrae* los rayos, y ese poste de hierro es su foco.

Miraba con expresión soñadora en dirección al Monte Cabra. Desde luego no era grande en comparación con las Rocosas (ni siquiera con las Montañas Blancas de New Hampshire), pero dominaba las tierras onduladas del oeste de Maine.

—Allí el trueno es más sonoro, Jamie, y las nubes están más cerca. Al ver arremolinarse esos nubarrones, uno se siente muy pequeño, y cuando uno está agobiado por las preocupaciones... o las dudas... sentirse pequeño no es tan malo. Sabes cuándo va a caer el rayo porque se nota en el aire algo sobrecogedor. Una sensación de... no sé... como si algo ardiera sin arder. Se te ponen los pelos de punta y sientes una opresión en el pecho. Sientes un temblor en la piel. Esperas, y cuando se oye el trueno, no es un estruendo. Es un *crujido*, como cuando una rama cargada de hielo cede, solo que cien veces más sonoro. Hay silencio... y de pronto un *chasquido*

en el aire, más o menos como el sonido de los interruptores antiguos. Se oye el trueno y cae el rayo. Tienes que entornar los ojos porque el rayo te ciega, y entonces no ves que el poste de hierro pasa de negro a blanco púrpura y luego a rojo, como una herradura en la forja.

—Uau —dije.

Parpadeó y volvió en sí. Dio un puntapié al neumático de su coche viejo-nuevo.

—Perdona, chaval. A veces me dejo llevar.

—Debe de ser impresionante.

—Uy, es mucho más que impresionante. Cuando seas un poco mayor, ve allí alguna vez y obsérvalo con tus propios ojos. Pero ten cuidado si te acercas al poste. Por efecto de los rayos, hay mucha rocalla suelta, y si resbalas pendiente abajo, quizá ya no puedas sujetarte. Y ahora, Jamie, tengo que ponerme en marcha.

—Es una lástima que tenga que irse. —Deseé llorar un poco más, pero no me lo permití.

—Te agradezco que me lo digas, y me conmueve, pero ya conoces el dicho: si los deseos fueran caballos, los mendigos serían jinetes. —Abrió los brazos—. Ahora dame otro abrazo.

Lo estreché con fuerza, respirando hondo, procurando almacenar en la memoria los olores de su jabón y su tónico capilar: Vitalis, el mismo que usaba mi padre. Y ahora también Andy.

—Eras mi preferido —me dijo al oído—. Ese es otro secreto que probablemente también debes guardar.

Me limité a asentir con la cabeza. No había necesidad de decirle que Claire ya lo sabía.

—He dejado una cosa para ti en el sótano de la rectoría —dijo—. Si la quieres. La llave está debajo del felpudo.

Me dejó en el suelo, me dio un beso en la frente y abrió la puerta del conductor.

—Este coche no es gran cosa, socio —dijo, adoptando un acento norteco que me arrancó una sonrisa pese a la tristeza que sentía—. Aun así, calculo que me llevará un buen trecho.

—Le quiero —dije.

—Yo también te quiero a ti —contestó—. Pero no vuelvas a llorar, Jamie. Ya tengo el corazón más roto de lo que puedo soportar.

No volví a llorar hasta que se marchó. Me quedé allí y lo observé salir del camino de acceso marcha atrás. Lo observé hasta que se perdió de vista. Luego me fui a casa. Por aquel entonces aún teníamos un surtidor en el jardín trasero, y me lavé la cara con

aquella agua gélida antes de entrar. No quería que mi madre viese que había estado llorando y me preguntara la causa.

Correspondería a las Damas Auxiliadoras darle a la rectoría un buen baldeo de arriba abajo para eliminar todo rastro de la malhadada familia Jacobs y prepararla para el nuevo predicador, pero no había prisa, dijo mi padre; la maquinaria del obispado metodista de Nueva Inglaterra era lenta, y sería una suerte si se nos asignaba un nuevo pastor antes del verano.

«Dejemos pasar un tiempo», fue el consejo de mi padre, y las Auxiliadoras lo siguieron de buena gana. No se pusieron manos a la obra con las escobas y los cepillos y las aspiradoras hasta después de Navidad (ese año fue Andy quien pronunció el sermón laico, y mis padres casi reventaron de orgullo). Hasta entonces la rectoría permaneció vacía, y algunos niños del colegio empezaron a decir que estaba encantada.

Pero sí hubo un visitante: yo. Fui un sábado por la tarde, una vez más a través del maizal de Dorrance Marstellar para eludir la vigilante mirada de Gagá Harrington. Entré utilizando la llave dejada bajo el felpudo. Daba miedo. Me había burlado de la fantasía de que la casa estuviese encantada, pero una vez dentro era muy fácil imaginar a Patsy y a Morrie el Lapa allí de pie, cogidos de la mano, con los ojos desorbitados, ambos en estado de descomposición.

No seas tonto, me dije. O se han ido a otro sitio, o sencillamente han desaparecido en la nada negra, como dijo el reverendo Jacobs. Así que déjate de miedos. Déjate de tonterías y no seas gallina.

Pero no pude dejarme de tonterías y no ser gallina en igual medida que no podía evitar el dolor de estómago después de comer demasiados perritos calientes un sábado por la noche. Sin embargo no salí corriendo. Quería ver qué me había dejado. *Necesitaba* ver qué me había dejado. Fui, pues, hasta la puerta en la que aún había un póster (Jesús con dos niños cogidos de la mano, que se parecían a Dick y Jane, los personajes de mi libro de lectura de primero) y el rótulo donde se leía DEJAD QUE LOS NIÑOS VENGAN A MÍ.

Encendí la luz, bajé por la escalera y miré las sillas plegables apiladas contra la pared, y el piano con la tapa bajada, y el Rincón de los Juguetes, donde ahora, en la pequeña mesa, no había fichas de dominó ni libros de colorear ni ceras. Pero el Lago Apacible seguía allí, y también la cajita de madera con el Jesús Eléctrico dentro. Eso era lo que me había dejado, y me llevé una tremenda decepción. Aun así, abrí la caja y

saqué el Jesús Eléctrico. Lo coloqué en el borde del lago, donde sabía que estaba el carril, y empecé a palpar bajo la túnica para encenderlo. En ese momento me asaltó el mayor ataque de rabia de mi corta vida. Fue tan repentino como uno de esos rayos que, según me había contado el reverendo Jacobs, se veían en Lo Alto del Cielo. De un manotazo, arrojé el Jesús Eléctrico a la otra punta del sótano.

—*¡No eres real!* —exclamé—. *¡No eres real! ¡Todo son trucos! ¡Maldito seas, Jesús! ¡Maldito seas, Jesús! ¡Maldito seas, maldito seas, maldito seas, Jesús!*

Corrí escaleras arriba, llorando de tal modo que apenas veía.

Ya no tuvimos otro pastor, como se vio. Algunos de los clérigos de la zona intentaron llenar el hueco, pero la asistencia se redujo a casi nada, y para cuando yo cursaba mi último año de instituto, la puerta de nuestra iglesia estaba cerrada con llave y las ventanas atrancadas. A mí me era indiferente. Había perdido la fe. Ignoro qué fue del Lago Apacible y el Jesús Eléctrico. Cuando volví a entrar en aquel sótano, en la sala de catequesis —eso ocurrió muchos años después—, estaba totalmente vacío. Tan vacío como el cielo.

IV

Dos guitarras. Los Rosas Cromadas.

Rayos en Lo Alto del Cielo.

Cuando volvemos la vista atrás, creemos que nuestras vidas se rigen por pautas; de pronto, todo suceso nos parece lógico, como si algo —o Alguien— hubiera planificado todos nuestros pasos (y pasos en falso). Pongamos, sin ir más lejos, el jubulado de lengua sucia que, sin saberlo, me predestinó para lo que sería mi trabajo durante veinticinco años. ¿Llamamos a eso sino o simple casualidad? No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo? Yo ni siquiera estaba allí la noche que Hector el Barbero fue a buscar su vieja guitarra Silverstone. En otro tiempo yo habría dicho que elegimos nuestros caminos al azar: sucedió esto, luego aquello, después lo otro. Ahora sé que no es así.

Existen fuerzas.

En 1963, antes de la irrupción de los Beatles, se adueñó de Estados Unidos un breve pero incontenible furor por la música folk. El programa televisivo que surgió en el momento oportuno para sacar provecho de esta fiebre fue *Hootenanny*, donde aparecían intérpretes de la experiencia negra tan caucásicos como los integrantes del Chad Mitchell Trio o los New Christy Minstrels. (No se invitaba a actuar en el programa a músicos caucásicos presuntamente *rojos* como Pete Seeger y Joan Baez). Mi hermano era íntimo amigo del hermano mayor de Billy Paquette, Ronnie, y se reunían para ver *The Hoot*, como ellos lo llamaban, cada sábado por la noche en casa de los Paquette.

En aquellos tiempos el abuelo de Ronnie y Billy vivía con la familia. Se lo conocía como Hector el Barbero, porque ese había sido su oficio durante casi cincuenta años, aunque costaba imaginarlo en el papel; se supone que los barberos, al igual que los camareros, son individuos gratamente locuaces, y Hector el Barbero casi nunca despegaba los labios. Inmóvil en el salón, se limitaba a echarse chorritos de bourbon en el café y a fumar Tiparillos. El olor a tabaco impregnaba toda la casa. Cuando hablaba, sazonaba su prosa con palabras soeces.

Pero el caso es que le gustaba *Hootenanny*, y siempre lo veía con Ronnie y Con. Una noche, después de interpretar un chico blanco una canción en la que explicaba su profunda tristeza porque su nena lo había abandonado, Hector el Barbero soltó un resoplido y dijo:

—Joder, chicos, eso no es blues.

—¿Qué quieres decir, abuelo? —preguntó Ronnie.

—El blues es una música con *malicia*. Viendo a ese muchacho, uno diría que acaba de mearse en la cama y teme que su madre se entere.

Al oír el comentario, los chicos se echaron a reír, en parte porque les hizo gracia, en parte porque los asombró que Hector se revelase como todo un crítico musical.

—Esperad un momento —dijo, y subió lentamente por la escalera sujetándose a la barandilla con su mano nudosa.

Tardó tanto que los chicos casi se habían olvidado ya de él cuando regresó con una maltrecha guitarra Silverstone cogida del mástil. Tenía la caja rayada, sujeta con una madeja de cordel de esparto, y las clavijas torcidas. Hector, al sentarse, dejó escapar un gruñido y un pedo, y se apoyó la guitarra en las rodillas huesudas.

—Apaga esa mierda —ordenó.

Ronnie obedeció; de todos modos, el *Hoot* de esa semana ya casi había terminado.

—No tenía ni idea de que supieras tocar, abuelo —dijo.

—Hace años que no toco —contestó Hector—. Lo dejé cuando la artritis empezó a cebarse en mí. No sé ni si podré afinar a esta mala puta.

—Esa lengua, papá —reprendió la señora Paquette desde la cocina.

Hector el Barbero no le hizo caso; a menos que la necesitara para acercarle el puré de patatas en la mesa, rara vez le prestaba atención. Afinó la guitarra lentamente, profiriendo maldiciones entre dientes, y después tocó un acorde que en efecto sonaba un poco a música. «Se notaba que seguía desafinada —comentó Con cuando me contó la anécdota más tarde—, pero igualmente fue una pasada».

—¡Uau! —exclamó Ronnie—. ¿Qué acorde es ese, abuelo?

—Mi. Toda esta mierda empieza por mi. Pero espera, aún no has oído nada. A ver si me acuerdo de cómo va esta gran zorra.

Desde la cocina:

—Esa lengua, papá.

Esta vez no le hizo más caso que la anterior y, utilizando una uña endurecida y amarillenta por efecto de la nicotina a modo de púa, empezó a rasguear la vieja guitarra. Comenzó despacio, a la vez que profería entre dientes más vocabulario no aprobado, pero al cabo de un rato entró en un ritmo sincopado y uniforme, y los

chicos cruzaron miradas de asombro. Al principio deslizaba los dedos por los trastes con torpeza; luego, a medida que las viejas sinapsis de la memoria cobraban vida, con un poco más de fluidez: de si a la, de la a sol, y otra vez a mi. Es una progresión que he tocado cien mil veces, pero en 1963 no habría sabido la diferencia entre un acorde y un acordeón.

Con voz aguda y gemebunda, muy distinta de aquella con la que hablaba (cuando hablaba), el abuelo de Ronnie cantó: «¿Por qué no te agachas?, cariño, deja que papá vea... que ahí hay algo, cariño, *preocupado* me tienes...».

La señora Paquette salió de la cocina secándose las manos con un paño. A juzgar por su cara, se habría dicho que acababa de ver un ave exótica —un avestruz o un emú, por ejemplo— pasearse por el medio de la Interestatal 9. Billy y la pequeña Rhonda Paquette, que no debía de tener más de cinco años, bajaron hasta media escalera, donde, apoyados en la barandilla, miraron atónitos al viejo.

«Qué *ritmo* —me contó Con más tarde—. Desde luego no se parecía a nada de lo que tocaban en *Hootenanny*».

Hector el Barbero ahora marcaba el compás con el pie y sonreía. Con dijo que nunca antes había visto sonreír al viejo, y que daba un poco de miedo, como si se hubiera transformado en un vampiro cantante o algo así.

—Mi madre no me deja andar tonteando por ahí toda la noche... teme que una mujer pueda... pueda... —Arrastró la vocal—. ¡*Pueeeda* tratarme mal!

—¡Bravo, abuelo! —exclamó Ronnie, y echándose a reír, aplaudió.

Hector acometió la segunda estrofa, esa en la que la jota de diamantes animaba a la reina de picas a portarse *mal*, pero en ese momento se rompió una cuerda: *TUANNNG*.

—Vaya, cabrona de mierda —protestó, y ahí terminó el concierto improvisado de Hector el Barbero.

La señora Paquette agarró la guitarra (pasando la cuerda rota peligrosamente cerca de su ojo) y lo conminó a salir y a sentarse en el porche si quería hablar de esa manera.

Hector el Barbero no salió al porche, pero sí se sumió en su acostumbrado silencio. Los chicos nunca más lo oyeron cantar ni tocar. Murió el verano siguiente, y Charles Jacobs —todavía en pleno apogeo en 1964, el Año de los Beatles— ofició en su funeral.

Un día después de esa versión abreviada de *My Mama Don't Allow Me*, de Arthur Crudup, alias Big Boy, Ronnie Paquette encontró la guitarra en uno de los cubos de

basura de la parte de atrás de la casa, abandonada allí por su indignada madre. Ronnie se la llevó al colegio, donde la señora Calhoun, la profesora de lengua, que además daba clases de música en secundaria, le enseñó a cambiar las cuerdas y a afinarla tarareando las tres primeras notas de *Taps*. También dio a Ronnie un ejemplar de *Sing Out!*, una revista de música folk que contenía las letras y los acordes de canciones como *Barb'ry Allen*.

Durante los dos años siguientes (con un breve paréntesis durante el tiempo en que el Bastón de Esquí del Destino dejó mudo a Connie), los dos chicos aprendieron una canción folk tras otra, turnándose a la guitarra para aprender los mismos acordes básicos que sin duda Leadbelly tañó durante sus años en la cárcel. Los dos tocaban de puta pena, pero Con tenía una voz más que aceptable —aunque demasiado dulce para resultar convincente en los blues que tanto le gustaban—, y actuaron en público unas cuantas veces, haciéndose llamar Con y Ron. (Para decidir qué nombre iría primero, se lo jugaron a cara y cruz).

Pasado un tiempo, Con consiguió su propia guitarra, una Gibson acústica con acabados en madera de cerezo. Era mil veces más bonita que la vieja Silverstone de Hector el Barbero, y la utilizaban cuando cantaban cosas como *Seventh Son* y *Sugarland* en el Eureka Grange la Noche de las Jóvenes Promesas. Nuestros padres los animaban, y también los de Ronnie, pero la máxima «entra basura, sale basura» es aplicable tanto a los ordenadores como a las guitarras.

Yo no presté gran atención a los esfuerzos de Con y Ron por alcanzar el estrellato a nivel local como dúo de folk, y apenas me di cuenta cuando empezó a apagarse el interés de mi hermano por su guitarra Gibson. El día que el reverendo Jacobs se marchó de Harlow en su coche viejo-nuevo, tuve la sensación de que quedaba un vacío en mi vida. Había perdido tanto a Dios como a mi único amigo adulto, y durante mucho tiempo sentí tristeza y un vago temor. Mi madre trataba de animarme; también Claire. Incluso mi padre lo intentó. Procuré recuperar la alegría, y al final lo conseguí, pero cuando 1965 dio paso a 1966 y este a 1967, mi radar apenas percibió el cese de malas interpretaciones de temas como *Don't Think Twice* en el piso de arriba.

Para entonces Con vivía entregado a las actividades deportivas en el instituto (se le daban mucho mejor de lo que se le había dado jamás la guitarra), y en cuanto a mí... una chica nueva se había instalado en el pueblo, Astrid Soderberg. Tenía el cabello rubio y sedoso, los ojos de color azul aciano, y en su suéter se dibujaban unos pequeños bultos que en el futuro podían convertirse en pechos de verdad. Dudo mucho que pensara alguna vez en mí durante nuestros primeros años juntos en el colegio; a menos que quisiera copiar mis deberes, claro está. Yo, en cambio, la tenía

en mente a todas horas. Sospechaba que si alguna vez me permitía tocarle el pelo, quizá me diera un ataque al corazón. Un día cogí el diccionario Webster de la estantería de libros de referencia, me lo llevé al pupitre y, muy cuidadosamente, escribí en mayúsculas ASTRID junto a la definición de «beso», con el corazón acelerado y un hormigueo en la piel. «Derretido» es una palabra acertada para describir el estado en que uno se encuentra durante esa clase de enamoramiento, porque derretido es como yo me sentía.

Jamás se me pasó por la cabeza coger la Gibson de Con; si quería oír música, encendía la radio. Sin embargo el talento es una cosa extraña, y tiene una manera discreta pero firme de anunciarse cuando llega el momento. Igual que ciertas drogas adictivas, se presenta como un amigo mucho antes de que uno se dé cuenta de que es un tirano. Eso lo descubrí el año que cumplí los trece.

Primero esto, luego aquello, después lo otro.

Mi talento musical distaba mucho de ser inconmensurable, pero era mucho mayor que el de Con... o el de cualquier otro miembro de la familia, dicho sea de paso. Descubrí su existencia un sábado nublado y aburrido del otoño de 1969. Toda mi familia —incluso Claire, que había venido de la universidad a pasar el fin de semana en casa— había ido a ver un partido de fútbol americano a Gates Falls. Con cursaba primero en el instituto y empezaba a jugar de *halfback* con el equipo del centro, los Gates Falls Gators. Yo me quedé en casa porque me dolía el estómago, aunque no tanto como fingí; sencillamente no me entusiasmaba el fútbol americano y, además, amenazaba lluvia.

Vi la televisión un rato, pero ponían fútbol en dos canales y, aún peor, golf en el tercero. Ahora la antigua habitación de Claire la ocupaba Connie, pero algunos de los libros de ella seguían apilados en el armario y se me ocurrió probar con alguna novela de Agatha Christie. Claire decía que eran fáciles de leer, y resultaba divertido investigar en compañía de Miss Marple o Hercule Poirot. Entré y vi en el rincón la Gibson de Con, en medio de un desordenado montón de números antiguos de *Sing Out!* Me quedé mirándola, allí apoyada y olvidada desde hacía mucho tiempo, y me pregunté: *¿Podría tocar Cherry, Cherry con eso?*

Recuerdo ese momento con la misma nitidez que mi primer beso, porque la idea era una anomalía exótica, totalmente ajena a cualquier otra cosa que hubiese tenido en la cabeza cuando entré en la habitación de Con. Lo juraría sobre una pila de Biblias. Ni siquiera fue una idea. Fue como una voz.

Cogí la guitarra y me senté en la cama de Con. En un primer momento me limité a pensar un poco más en esa canción, sin tocar las cuerdas. Sabía que sonaría bien en la acústica de Connie porque *Cherry, Cherry* se basa en un riff acústico (aunque por entonces no conocía la palabra). La escuché dentro de mi cabeza y descubrí con asombro que era capaz no solo de oír la progresión de acordes, sino también de verla. Lo supe todo sobre ellos excepto dónde se ocultaban en los trastes.

Cogí un ejemplar de *Sing Out!* a voleo y busqué un blues, cualquier blues. Encontré uno titulado *Turn Your Money Green*, vi cómo se obtenía un mi («*Toda esta mierda empieza por mi*», había dicho Hector el Barbero a Con y a Ronnie) y lo toqué con la guitarra. Era un sonido ahogado pero fiel. La Gibson era un buen instrumento, y había permanecido afinada pese a su estado de abandono. Apreté más con el índice, el medio y el anular de la mano izquierda. Me dolió, pero no me importó. Porque el mi sonó bien. El mi sonó divino. Se correspondió perfectamente con el sonido que tenía en la cabeza.

Con tardó seis meses en aprender *The House of the Rising Sun*, y nunca era capaz de cambiar de re a fa sin vacilar al poner los dedos. Yo aprendí el riff de tres tonos de *Cherry, Cherry* —de mi a la y a re y de nuevo a mi— en diez minutos; luego me di cuenta de que podía emplear los tres mismos tonos para tocar *Gloria*, de Shadows of Knight, y *Louie, Louie*, de los Kingsmen. Toqué hasta rabiar de dolor de dedos y no poder extender apenas la mano izquierda. Cuando por fin paré, no fue porque quisiera sino porque no me quedó más remedio. Y estaba impaciente por volver a empezar. Me traían sin cuidado los New Christy Minstrels, o Ian & Sylvia, o cualquier otro cantante de folk, pero podría haberme pasado el día entero tocando *Cherry, Cherry*: tenía algo que me llegaba al alma.

Si aprendía a tocar relativamente bien, quizá Astrid Soderberg me viera como algo más que una simple fuente de tareas escolares. No obstante, incluso eso era una consideración secundaria, porque tocar llenó el vacío que había en mí. Era algo al margen de todo, una verdad emocional. Tocar me permitía sentirme de nuevo como una persona real.

Al cabo de tres semanas, otro sábado por la tarde, Con llegó a casa temprano después del partido de fútbol en lugar de quedarse a la tradicional barbacoa posterior al encuentro organizada por los seguidores del equipo. Yo, sentado en el descansillo de lo alto de la escalera, rasgueaba *Wild Thing*. Pensé que se pondría hecho un basilisco y me quitaría su guitarra, o quizá incluso me acusaría de sacrílego por tocar

aquella idiotez de tres tonos de los Troggs en un instrumento concebido para canciones protesta tan rebosantes de sensibilidad como *Blowin' in the Wind*.

Pero ese día Con había anotado tres *touchdowns*, había batido el récord de metros en carrera del instituto, y los Gators iban camino de entrar en los playoffs de la Clase C. Solo dijo:

—Esa es la canción más tonta que se ha oído jamás en la radio.

—No —contesté—. Creo que el premio se lo lleva *Surfin' Bird*. Esa también sé tocarla, si quieres oírla.

—No, por Dios. —Podía pronunciar el nombre de Dios en vano porque mi madre estaba en el jardín, mi padre y Terry en el garaje, trabajando en el Cohete de la Carretera III, y nuestro hermano mayor de orientación religiosa ya no vivía en casa. Al igual que Claire, Andy estudiaba ahora en la Universidad de Maine (que, sostenía él, estaba plagada de «hippies inútiles»).

—Pero ¿no te importa que toque tu guitarra, Con?

—Tú mismo —respondió al pasar por mi lado en la escalera. Tenía un moretón llamativo en una mejilla y olía a sudor de después de un partido de fútbol—. Pero si la rompes, la pagas.

—No la romperé.

En efecto, no la rompí, pero sí me cargué muchas cuerdas. Con el rock and roll las cuerdas sufren más que con la música folk.

En 1970 ingresé en el instituto de Gates Falls, al otro lado del río Androscoggin. Con, ya en último curso y toda una figura gracias a sus hazañas deportivas y a su presencia en el cuadro de honor por sus notas, no me hacía el menor caso. Y por mí mejor, por mí estupendo. Lamentablemente, tampoco Astrid Soderberg me hacía el menor caso, pese a sentarse en la fila de detrás en nuestra aula común, y justo a mi derecha en la clase de lengua. Llevaba el pelo recogido en una coleta y las faldas como mínimo cinco centímetros por encima de la rodilla. Cada vez que cruzaba las piernas, yo me moría. Me derretía más que nunca, pero la había oído hablar con sus amigas en las gradas del gimnasio durante la hora del almuerzo, y sabía que solo tenían ojos para los chicos mayores. Yo solo era un figurante más en la gran epopeya de sus vidas de estudiantes de instituto recién inauguradas.

Pero alguien sí se fijó en mí: un chico de último curso, desgalichado y melenudo, con todo el aspecto de uno de esos «hippies inútiles» a los que se refería Andy. Vino un día a buscarme mientras yo estaba comiendo en el gimnasio, dos gradas por

encima de Astrid y su risueña pandilla.

—¿Tú eres Jamie Morton? —preguntó.

Lo admití con cautela. El chico vestía unos vaqueros holgados con parches en las rodillas y tenía ojeras, como si no durmiera más de tres o cuatro horas por noche. O se la meneara mucho.

—Acompáñame a la sala de música —dijo.

—¿Para qué?

—Porque yo lo digo, novato.

Lo seguí, zigzagueando entre la muchedumbre de alumnos que se reían, vociferaban, se empujaban y aporreaban las taquillas. Confiaba en que aquello no acabara en una paliza. Concebía la posibilidad de recibir una paliza de un estudiante de segundo por cualquier nimiedad —en principio las novatadas a los de primero por parte de los de segundo estaban prohibidas, pero de hecho se practicaban profusamente—, pero no de recibirla de un estudiante de último año. Estos rara vez percibían siquiera la existencia de los chicos de primero, y buena muestra de ello era mi propio hermano.

La sala de música estaba vacía. Eso fue un alivio. Si ese individuo se proponía sacudirme, al menos no contaba con la ayuda de toda una panda de amigos. En lugar de darme una paliza, me tendió la mano. Se la estreché. Tenía los dedos flácidos y pegajosos.

—Norm Irving.

—Encantado de conocerte. —No sabía hasta qué punto eso era cierto.

—Novato, he oído que tocas la guitarra.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tu hermano. El Rey del Fútbol. —Norm Irving abrió un armario de material lleno de guitarras en sus fundas. Sacó una, abrió los cierres y dejó a la vista una magnífica Yamaha eléctrica de color negro azabache.

»Una SA 30 —dijo lacónicamente—. La tengo desde hace dos años. Pinté paredes todo el verano con mi padre. Enciende el ampli. No, el grande no; el Bull Nose, justo delante de ti.

Me acerqué al miniamplificador, eché un vistazo en busca de un interruptor o botón, y no lo vi.

—En la parte de atrás, novato.

—Ah. —Encontré un interruptor basculante y lo accioné. Se encendió una luz roja y se oyó un leve zumbido. Ese zumbido me gustó desde el primer momento. Era el sonido de la fuerza.

Norm sacó un cable del armario de las guitarras y lo enchufó. Rozó las cuerdas con los dedos y del pequeño amplificador salió un breve *BRONK*. Era atonal, antimusical y de una belleza absoluta. Me tendió la guitarra.

—¿Qué? —Me alarmé y me entusiasmé al mismo tiempo.

—Tu hermano dice que tocas la guitarra rítmica. Toca algo, pues.

Cogí la guitarra, y a mis pies el pequeño ampli volvió a emitir ese *BRONK*. La guitarra pesaba mucho más que la acústica de mi hermano.

—Nunca he tocado una eléctrica —dije.

—Son iguales.

—¿Qué quieres que toque?

—*Green River*, por ejemplo. ¿Sabes tocarla? —Se metió la mano en el bolsillo pequeño de los holgados vaqueros y sacó una púa. Conseguí cogerla sin que se me cayera.

—¿En mi mayor? —Como si tuviera que preguntarlo. «Toda esta mierda siempre empieza por mi».

—Tú mismo, novato.

Me pasé la correa por encima de la cabeza y me acomodé la almohadilla en el hombro. La Yamaha me quedaba muy baja —Norman Irving era mucho más alto que yo—, pero estaba tan nervioso que ni siquiera se me ocurrió ajustar la altura de la correa. Toqué un acorde en mi mayor y me sobresalté por lo fuerte que se oyó en la sala de música cerrada. Él sonrió, y yo, viendo su sonrisa —que reveló unos dientes que iban a darle muchos problemas en el futuro si no empezaba a cuidárselos—, me sentí mejor.

—La puerta está cerrada, novato. Sube el volumen y dale caña.

El volumen estaba a cinco. Lo subí a siete, y el *WHANGGG* resultante fue de una intensidad satisfactoria.

—Como cantante, doy pena —dije.

—No tienes que cantar. Canto yo. Solo necesito un guitarra rítmico.

Green River tiene un compás básico de rock, no exactamente como *Cherry, Cherry*, pero casi. Volví a tocar un mi mayor, escuchando en la cabeza la primera frase de la canción y decidiendo que estaba bien. Norman empezó a cantar. El sonido de la guitarra casi ahogaba su voz, pero oí lo suficiente para saber que tenía buen pulmón. «Llévame de vuelta allí donde corre el agua fresca...».

Cambié a la, y él se interrumpió.

—Sigue en mi, ¿no? —dije—. Perdona, perdona.

Los primeros tres versos eran todos en mi, pero cuando cambié otra vez a la,

como hace el rock más básico, continuaba estando mal.

—¿Dónde? —pregunté a Norman.

Él, con las manos en los bolsillos de atrás, se limitó a mirarme. Yo escuché en mi cabeza y empecé de nuevo. Cuando llegué al cuarto verso, cambié a do, y esta vez acerté. Tuve que volver a empezar, pero a partir de ese punto todo fue como la seda. Solo necesitábamos un batería, un bajo... y un guitarra principal, claro. John Fogerty, de la Creedence, cumplía esa función de un modo inaccesible para mí hasta en mis sueños más delirantes.

—Trae la guitarra —dijo Norman.

Se la entregué, lamentando tener que separarme de ella.

—Gracias por dejarme tocarla —dije, y me dirigí hacia la puerta.

—Un momento, Morton. —No era un gran cambio, pero al menos representaba un ascenso respecto al grado de «novato»—. La audición aún no ha terminado.

¿Audición?

Del armario del material sacó una funda más pequeña. La abrió y extrajo una semiacústica Kay muy rayada: una 900G, para quienes entiendan de estas cosas.

—Enchúfala al ampli grande, pero ponlo a medio volumen. Esa Kay se acopla como una mala puta.

Obedecí. La Kay se acomodaba mejor a mi cuerpo que la Yamaha; no necesitaría encorvarme para tocarla. Tenía una púa prendida bajo las cuerdas y la cogí.

—¿Listo?

Asentí.

—Uno... dos... un, dos, tres y...

Me puse nervioso al producir el ritmo sencillo y progresivo de *Green River*, pero si hubiese sabido lo bien que tocaba Norman, dudo que hubiese sido capaz siquiera de tocar; habría salido corriendo de la sala. Acometió el fraseo de Fogerty a la perfección, interpretándolo igual que en aquel viejo single de Fantasy. Así las cosas, me dejé llevar.

—¡Más fuerte! —exclamó—. ¡Dale caña y a la mierda el acople!

Subí el amplificador grande al máximo y volví a empezar. Con las dos guitarras sonando y un acople en el ampli que parecía el silbato de un policía, la voz de Norm se perdió en medio del ruido. Daba igual. Me atuve a la pauta y me dejé guiar. Fue como surfear en una ola de cristal que, sin romper, avanzaba durante dos minutos y medio.

Acabó y el silencio volvió a imponerse. Me zumbaban los oídos. Norm miró al techo, pensativo, y finalmente asintió.

—No es espectacular, pero tampoco es espantoso. Con un poco de práctica, podrías ser mejor que Snuffy.

—¿Quién es Snuffy? —pregunté. Me zumbaban los oídos.

—Un chico que se marcha a Massachusetts —contestó—. Probemos con *Needles and Pins*. La conoces, ¿no? De los Searchers.

—¿En mi mayor?

—No, esta en re, pero no un re puro. Tienes que forzarlo.

Me mostró cómo se obtenía un mi mayor aumentado con el meñique, y lo capté de inmediato. No sonaba exactamente igual que en el disco, pero no andaba lejos. Cuando acabamos, yo sudaba a mares.

—Vale —dijo a la vez que se descolgaba la guitarra—. Vamos a la zona de fumadores. Necesito un pitillo.

La zona de fumadores estaba detrás del edificio de tecnología y oficios. Por allí rondaban los porreros y los hippies, junto con chicas que llevaban faldas ajustadas, pendientes oscilantes y demasiado maquillaje. En el extremo opuesto del taller de metalistería había dos tipos en cuclillas. Los conocía de vista, como a Norman, pero no personalmente. Uno era rubio rojizo, con mucho acné. El otro tenía una mata de pelo rojo y rizado que apuntaba en nueve direcciones distintas. Tenían pinta de perdedores, pero me dio igual. Norman Irving tenía esa misma apariencia de perdedor, pero era el mejor guitarrista que yo había oído fuera de un disco.

—¿Qué tal lo hace? —preguntó el rubio. Resultó llamarse Kenny Laughlin.

—Mejor que Snuffy —contestó Norman.

El del pelo rojo y revuelto sonrió.

—Eso no es mucho decir.

—Ya, pero necesitamos a alguien, o no podremos tocar en el Grange el sábado por la noche. —Sacó un paquete de Kool y lo ladeó en dirección a mí—. ¿Fumas?

—No —contesté. Y a continuación, sintiéndome ridículo pero incapaz de evitarlo, añadí—: Lo siento.

Norman lo pasó por alto y encendió su cigarrillo con un Zippo que llevaba grabados una serpiente y el rótulo NO ME PISES.

—Te presento a Kenny Laughlin. Toca el bajo. El pelirrojo es Paul Bouchard. Batería. Este renacuajo es el hermano de Connie Morton.

—Jamie —dije. Deseaba con toda mi alma caer bien a esos tipos, ser aceptado por ellos, pero no quería iniciar la relación, fuera cual fuese, como simple hermano

pequeño del Rey del Fútbol—. Soy Jamie. —Tendí la mano.

Tenían un apretón tan flácido como el de Norman. He hecho bolos con cientos de músicos desde el día que Norman Irving me sometió a una audición en la sala de música del instituto de Gates Falls, y casi todos aquellos con quienes he trabajado daban la mano como si fuera un pescado muerto. Es como si los roqueros consideraran que tienen que ahorrar toda su energía para el trabajo.

—¿Qué dices? —preguntó Norman—. ¿Quieres entrar en el grupo?

¿Que si quería? Si me hubiese dicho que debía comerme los cordones de los zapatos en un rito de iniciación, los habría sacado inmediatamente de los ojetes y habría empezado a masticar.

—Claro, pero no puedo tocar en ningún sitio donde sirvan alcohol. Solo tengo catorce años.

Sorprendidos, cruzaron las miradas y se echaron a reír.

—Ya nos preocuparemos por tocar en el Holly y el Deuce-Four cuando tengamos un representante —dijo Norman, expulsando el humo por la nariz—. De momento solo tocamos en bailes de adolescentes. Como el de Eureka Grange. Tú eres de allí, ¿no? ¿De Harlow?

—De Jau-Miau —se burló Kenny Laughlin—. Nosotros lo llamamos así. Porque suena a pelagatos.

—Oye, tú quieres tocar, ¿no? —dijo Norm. Levantó el pie para poder apagar la colilla en uno de sus botines a lo Beatles, viejos y gastados—. Tu hermano dice que tocas su Gibson, que no tiene pastilla, pero puedes usar la Kay.

—¿El Departamento de Música no tendrá inconveniente?

—El Departamento de Música no se enterará. Tú ven al Grange el jueves por la tarde. Yo llevaré la Kay. Basta con que no te cargues esa puta acopladora. Nos instalaremos allí y ensayaremos. Trae un cuaderno para anotar los acordes.

Sonó el timbre. Los chicos apagaron sus pitillos y empezaron a desfilas hacia el instituto. Una chica, al pasar junto a nosotros, dio a Norman un beso en la mejilla y una palmada en los fondillos de los holgados vaqueros. Él actuó como si no la viera, lo cual se me antojó el colmo de la sofisticación. Mi respeto por él ascendió un punto más.

Aparentemente ninguno de mis compañeros de grupo prestó la menor atención al timbre, así que me marché yo solo. De pronto me asaltó otra duda y me volví.

—¿Cómo se llama el grupo?

—Nos llamábamos Pistoleros —contestó Norm—, pero la gente pensaba que eso era un tanto... ya sabes, militarista. Así que ahora somos los Rosas Cromadas. Se le

ocurrió a Kenny un día que estábamos fumados mientras veíamos un programa de jardinería en casa de mi padre. Mola, ¿no?

En el cuarto de siglo siguiente toqué con los J-Tones, con Robin y los Jays y con los Hey-Jays (todos encabezados por un estiloso guitarrista llamado Jay Pederson). Toqué con los Calefactores, los Fiambres, los Pompas Fúnebres, los Última Llamada y los Roqueros de Andersonville. Durante el florecimiento del punk, toqué con El Carmín de Patsy Cline, los Bebés Probeta, los Placentas y El Mundo Está Lleno de Ladrillos. Incluso toqué con un grupo de rockabilly llamado Asma Asma Llama a la Pasma. Pero, en mi opinión, no había un nombre mejor para un grupo que Rosas Cromadas.

—No sé —dijo mi madre. Más que enfadada, parecía al borde de una jaqueca—. Solo tienes catorce años, Jamie. Dice Conrad que esos chicos son *muy* mayores. —Cenábamos sentados a la mesa, que se veía mucho más grande desde que se habían marchado Claire y Andy—. ¿Fuman?

—No —contesté.

Mi madre se volvió hacia Con.

—¿Fuman?

Con, que en ese momento entregaba la crema de maíz a Terry, no se perdía detalle.

—No.

Lo habría abrazado. A lo largo de los años habíamos tenido nuestras diferencias, como todos los hermanos, pero a la hora de la verdad los hermanos tienden a permanecer unidos.

—No será en bares ni nada por el estilo, mamá —dije... a sabiendas, por pura intuición, que *sí sería* en bares, y probablemente mucho antes de que el miembro más joven de los Rosas Cromadas cumpliera los veintiuno—. Solo en el Grange. El jueves ensayamos.

—Mucho vas a tener que ensayar —comentó Terry con insidia—. Dame otra chuleta.

—Di por favor, Terence —dijo mi madre distraídamente.

—Dame otra chuleta, *por favor*.

Mi padre entregó la bandeja. No había hecho el menor comentario. Eso podía ser buena o mala señal.

—¿Cómo irás al ensayo? Y ya puestos, ¿cómo irás a esos... esos *bolos*?

—Norm tiene un microbús Volkswagen. Bueno, es de su padre, ¡pero le ha dejado

pintar el nombre del grupo en el costado!

—Ese tal Norm no debe de tener más de dieciocho años —dijo mi madre. Había dejado de comer—. ¿Cómo sé que es un conductor fiable?

—¡Mamá, me *necesitan*! Su guitarrista rítmico se ha ido a vivir a Massachusetts. ¡Sin guitarrista rítmico, perderán el bolo del sábado por la noche! —Una idea atravesó mi cabeza como un meteorito: a lo mejor Astrid Soderberg iba al baile—. ¡Es importante! ¡Es un asunto muy serio!

—No me gusta. —Ahora se frotaba las sienes.

Mi padre se pronunció por fin.

—Déjalo, Laura. Ya sé que estás preocupada, pero eso es lo que se le da bien.

Ella exhaló un suspiro.

—De acuerdo. Supongo.

—¡Gracias, mamá! ¡Gracias, papá!

Mi madre cogió el tenedor y al cabo de un momento volvió a dejarlo.

—Prométeme que no fumarás tabaco ni marihuana y que no beberás.

—Lo prometo —dije, y fue una promesa que cumplí durante dos años.

Poco más o menos.

Lo que más recuerdo de aquel primer bolo en Eureka Grange, n.º 7 es el hedor de mi propio sudor cuando los cuatro subimos en bloque al tablado. En lo que se refiere a sudor, nadie supera a un adolescente de catorce años. Me había dado una ducha de veinte minutos antes de mi actuación inaugural —hasta agotar el agua caliente—, pero cuando me agaché a coger mi guitarra prestada, apestaba a miedo. Cuando me colgué la Kay al hombro, tuve la impresión de que pesaba al menos cien kilos. Tenía sobradas razones para estar asustado. Aun partiendo de la simplicidad inherente del rock and roll, la tarea encomendada por Norm Irving —aprender treinta canciones entre el jueves por la tarde y el sábado por la noche— era imposible, y así se lo dije.

Se encogió de hombros y me dio el consejo más útil que he oído como músico: ante la duda, lánzate. «Además —dijo, enseñando los dientes cariados en una sonrisa malévola—, voy a poner el volumen tan alto que en cualquier caso no te oirán».

Paul tocó un breve riff en la batería para captar la atención del público y lo remató con un golpe de platillos. Se produjo una breve salva de aplausos de expectación. Un sinfín de ojos (millones, me pareció) miraban el pequeño escenario, donde estábamos apiñados bajo los focos. Recuerdo que me sentí de lo más ridículo con mi chaleco salpicado de estrás (los chalecos eran un vestigio del breve período en que los Rosas

Cromadas habían sido los Pistoleros) y me pregunté si acabaría vomitando. No parecía muy probable, ya que apenas había probado la comida a mediodía y había sido incapaz de cenar, pero desde luego tenía esa sensación. De pronto pensé: *A vomitar no. A desmayarme. Eso es, voy a desmayarme.*

Ciertamente podría haberme sucedido, pero Norm no me dio tiempo. «Somos los Rosas Cromadas, ¿vale? Vosotros a bailar. —Luego, dirigiéndose a nosotros—: Un... dos... tres... ya sabéis qué hacer».

Paul Bouchard inició el tam-tam que da comienzo a *Hang On Sloopy*, y arrancamos. Norm era la voz solista; salvo por un par de canciones en que intervenía Kenny, siempre lo era. Paul y yo nos encargábamos del acompañamiento vocal. Al principio me sentí muy cohibido, pero eso se me pasó en cuanto oí lo distinta que sonaba mi voz amplificadora, lo adulta que parecía. Más adelante comprendí que de todos modos nadie presta mucha atención al acompañamiento vocal... aunque esas voces se echarían en falta si no estuvieran.

Vi a las parejas salir a la pista y empezar a bailar. Para eso habían ido, pero en el fondo de mi alma no creía que de verdad fueran a hacerlo, no al son de una música en la que yo intervenía. Cuando quedó claro que no iban a echarnos del escenario a fuerza de abucheos, sentí una creciente euforia cercana al éxtasis. Desde entonces he consumido drogas más que suficientes para parar un tren, pero ni siquiera las mejores podían compararse a ese primer subidón. *Nosotros* estábamos tocando. *Ellos* estaban bailando.

Tocamos desde las siete hasta las diez y media, con un descanso de unos veinte minutos a eso de las nueve, momento en el que Norm y Kenny soltaron sus instrumentos, apagaron los amplificadores y salieron a toda prisa a fumar. Para mí, esas horas transcurrieron como en un sueño, así que no me sorprendí cuando, durante uno de los temas más lentos —creo que era *Who'll Stop the Rain*—, mi madre y mi padre salieron a bailar.

Mi madre, con los ojos cerrados y una sonrisa un tanto ensoñadora en el rostro, apoyaba la cabeza en el hombro de mi padre. Este, con los ojos abiertos, me guiñó uno cuando pasaron junto al estrado. No tenía por qué avergonzarme de su presencia; si bien los bailes de instituto y las fiestas de la Liga Atlética de la Policía en la pista de patinaje de Lewiston eran exclusivamente para jóvenes, siempre había muchos adultos cuando tocábamos en el Eureka Grange, o en el Elks y la Asociación de Veteranos de Gates. Lo único malo de ese primer bolo fue que, pese a estar allí algunas amigas de Astrid, ella no apareció.

Mis padres se marcharon temprano, y Norm me llevó en el viejo microbús. Ebrios

de éxito, reíamos y revivíamos el concierto, y cuando Norm me tendió un billete de diez dólares, no entendí por qué era.

—Tu parte —dijo—. Nos han pagado cincuenta por el bolo. Veinte para mí, porque el microbús es mío y yo soy el líder del grupo, y diez para cada uno de vosotros.

Lo acepté, sintiéndome aún como en un sueño, y deslicé la puerta lateral con la mano izquierda dolorida.

—Este jueves ensayamos —recordó Norm—. Esta vez en la sala de música, después de clase. Pero al acabar no podré llevarte. Mi padre me necesita para ayudarlo a pintar una casa en Castle Rock.

Dije que no había problema. Si Con no podía acompañarme, haría autostop. La mayor parte de la gente que circulaba por la Interestatal 9 entre Gates Falls y Harlow me conocía y me recogería.

—Tienes que trabajar más *Brown-Eyed Girl*. Vas muy rezagado.

Dije que eso haría.

—Y otra cosa, Jamie.

Lo miré.

—Por lo demás, has estado bien.

—Mejor que Snuffy —dijo Paul.

—*Mucho* mejor que ese manazas —añadió Kenny.

Eso casi compensó la ausencia de Astrid en el baile.

Mi padre ya se había acostado, pero mi madre estaba sentada a la mesa de la cocina con una taza de té. Se había puesto un camisón de franela, pero aún iba maquillada, y la encontré muy guapa. Cuando sonrió, vi que tenía lágrimas en los ojos.

—¿Mamá? ¿Te pasa algo?

—No —contestó—. Solo me alegro por ti. Y tengo un poco de miedo.

—Pues no lo tengas —dije, y la abracé.

—No empezarás a fumar con esos chicos, ¿verdad? Prométemelo.

—Ya te lo prometí, mamá.

—Prométemelo otra vez.

Se lo prometí. A los catorce años hacer promesas es incluso más fácil que sudar.

En el piso de arriba, Con, tendido en la cama, leía un libro de ciencias. Me costaba creer que alguien leyera libros como ese por placer (y más aún una figura del fútbol americano), pero Connie los leía. Lo dejó y dijo:

—Has estado bastante bien.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrió.

—Me he asomado por allí, solo un momento. Estabas tocando esa gilipollez de canción.

—*Wild Thing*. —Ni siquiera tuve que preguntarlo.

Fue en la Asociación de Veteranos donde tocamos la noche del viernes siguiente, y el sábado en el baile del instituto. En este, Norm cambió el verso «no voy a comerme ya más el corazón» por «no voy a comerme ya más a mi chica». Las carabinas no se dieron cuenta —nunca se fijaban en las letras—, pero los chicos sí, y les encantó. El gimnasio del Gates tenía espacio suficiente para actuar él mismo como amplificador, y el sonido que produjimos, sobre todo en los temas más estridentes, como *Good Lovin'*, fue impresionante. Si se me permite parafrasear el título de una canción de Slade, «nosotros, los chicos, hicimos mucho ruido». Durante el intermedio, Kenny se fue con Norm y Paul a la zona de fumadores, y yo también.

Había allí varias chicas, incluida Hattie Greer, la que había dado una palmada en el culo a Norm el día de mi audición. Le echó los brazos al cuello y apretó el cuerpo contra el de él. Norm le metió las manos en los bolsillos de atrás para estrecharla aún más. Procuré no mirar.

A mis espaldas sonó una tímida vocecilla.

—¿Jamie?

Me di la vuelta. Era Astrid. Vestía una falda blanca de corte recto y una blusa azul sin mangas. Prescindiendo de la pudorosa coleta de estudiante, se había soltado el pelo, que le enmarcaba el rostro.

—Hola. —Saludé. Y como eso no me pareció suficiente—: Hola, Astrid. No te he visto dentro.

—He llegado tarde, porque he tenido que venir en coche con Bonnie y el padre de Bonnie. Vuestro grupo es muy *bueno*.

—Gracias.

Norm y Hattie se besaban vigorosamente. Norm era un besador ruidoso, y emitía un sonido semejante a la Electrolux de mi madre. Tenía lugar también otro magreo más discreto, pero Astrid no pareció darse cuenta. No apartaba de mi cara aquellos luminosos ojos suyos. Llevaba unos pendientes en forma de rana. Ranas *azules* a juego con su blusa. En ocasiones como esa uno se fija en todo.

Entretanto, parecía esperar que yo añadiera algo, así que amplié mi respuesta

anterior:

—Muchas gracias.

—¿Vas a fumarte un cigarrillo?

—¿Yo? —Se me pasó por la cabeza la posibilidad de que acaso estuviera espiándome al servicio de mi madre—. No fumo.

—Acompáñame, pues.

La acompañé. La distancia entre la zona de fumadores y la puerta de atrás del gimnasio era de cuatrocientos metros. Deseé que hubieran sido cuatro kilómetros.

—¿Has venido con alguien? —pregunté.

—Solo con Bonnie y Carla —contestó—. No con un chico ni nada por el estilo. Mis padres no me dejan salir con chicos hasta que cumpla los quince.

Entonces, como para demostrarme lo que opinaba de esa idea absurda, me cogió de la mano. Cuando llegamos a la puerta de atrás, me miró. En ese momento estuve a punto de besarla, pero me faltó el valor.

Los chicos pueden ser muy tontos.

Mientras cargábamos la batería de Paul en el microbús después del baile, Norm me habló con voz severa y casi paternal.

—Después del intermedio, no has dado pie con bola. ¿Qué te pasaba?

—No lo sé —respondí—. Perdona. La próxima vez lo haré mejor.

—Eso espero. Si somos buenos, conseguimos bolos. Si no lo somos, no los conseguimos. —Dio una palmada en el costado herrumbroso del microbús—. Aquí Betsy no funciona con burbujas de aire.

—Era por esa chica —dijo Kenny—. La rubita mona de la falda blanca.

Norm pareció darse por enterado. Apoyó las manos en mis hombros y me dio una paternal sacudida para acompañar el tono paternal que adoptó:

—Móntatelo con ella, chaval. Lo antes posible. Tocarás mejor.

A continuación me entregó quince dólares.

Tocamos en el Grange en Nochevieja. Nevaba. Astrid estaba allí. Vestía un anorak con la capucha forrada de piel. La llevé bajo la escalera de incendios y la besé. Su carmín sabía a fresa. Cuando me aparté, me miró con aquellos ojos grandes suyos.

—Pensaba que nunca te decidirías —dijo, y soltó una risita.

—¿Ha estado bien?

—Repítelo y te lo diré.

Nos quedamos besándonos bajo la escalera de incendios hasta que Norm me tocó en el hombro.

—Cortad ya, chicos. Es hora de hacer un poco de música.

Astrid me dio un beso en la mejilla.

—Tocad *Wild Thing*, esa me encanta —dijo, y resbalando con sus zapatos de baile, corrió hacia la puerta de atrás.

Norm y yo la seguimos.

—¿Bolas muy inflamadas? —preguntó.

—¿Eh?

—Da igual. Primero tocaremos su canción. Sabes cómo va, ¿no?

Sí lo sabía, porque el grupo tocaba muchos temas a petición del público. Y a mí me complacía la idea de hacerlo, porque ahora, cuando tenía la Kay delante, me sentía más seguro: un escudo eléctrico conectado y listo para vibrar.

Subimos al escenario. Paul tocó su acostumbrado riff con la batería para indicar que el grupo estaba de vuelta y a punto para el rock. Norm me dirigió un gesto de asentimiento a la vez que se ajustaba la correa de la guitarra pese a no necesitar ajustársela. Me acerqué al micrófono central y bramé:

—Esta es para Astrid, *Wild Thing*, porque la ha pedido y porque... *¡creo que te quiero!*

Y aunque por lo común era tarea de Norm —su prerrogativa como líder del grupo—, marqué el tiempo para dar inicio a la canción: «Un, dos, tres, ya sabéis qué hacer». En la pista, las amigas de Astrid la zarandeaban y chillaban. Ella tenía las mejillas encendidas. Me lanzó un beso.

Astrid Soderberg me lanzó un beso.

Así que los chicos de los Rosas Cromadas tenían novias. O quizá fueran grupis. O quizá lo uno y lo otro. Cuando alguien forma parte de un grupo de rock no siempre es fácil determinar dónde está la línea entre lo uno y lo otro. Norm tenía a Hattie. Paul tenía a Suzanne Fournier. Kenny tenía a Carol Plummer. Y yo tenía a Astrid.

Hattie, Suzanne y Carol a veces se apretujaban con nosotros en el microbús cuando íbamos a nuestros bolos. A Astrid no se lo permitían, pero cuando Suzanne conseguía prestado el coche de sus padres, Astrid sí tenía autorización para viajar con las chicas.

A veces salían a la pista y bailaban juntas; la mayor parte del tiempo se limitaban a

formar un estrecho corrillo y a mirar. En los intermedios, Astrid y yo dedicábamos casi todo el tiempo a besarnos, y empecé a notar el sabor a tabaco en su aliento. No me importó. Cuando ella se dio cuenta (las chicas tienen un sexto sentido para esas cosas), comenzó a fumar en mi presencia, y un par de veces me echó un poco de humo en la boca mientras nos besábamos. Con eso, se me empinó de tal modo que habría podido romper el hormigón a golpes.

Una semana después de cumplir los quince años, Astrid recibió permiso para acompañarnos en el microbús al bolo de la Liga Atlética de la Policía de Lewiston. Nos besamos durante todo el viaje a casa, y cuando deslicé la mano bajo su abrigo para ahuecarla en torno a un pecho que por entonces era poco más que un nódulo, no me la apartó como hacía antes.

—Me gusta —me susurró al oído—. Ya sé que está mal pero me gusta.

—Quizá sea por eso —dije. A veces los chicos son muy tontos.

Pasó otro mes hasta que me dejó meter la mano por debajo del sujetador, y dos hasta que me permitió explorar bajo la falda, todo el camino, pero cuando llegué al final, reconoció que eso también le gustaba. Pero de ahí no podía pasar.

—Sé que me quedaría embarazada a la primera —me susurró al oído una noche mientras estábamos aparcados y la situación se había calentado especialmente.

—Puedo conseguir algo en la farmacia. Podría ir a Lewiston. Allí no me conocen.

—Dice Carol que a veces esas cosas se rompen. A ella le pasó una vez con Kenny. Estuvo todo un mes muerta de miedo. Pensaba que nunca le llegaría la regla. Pero podemos hacer otras cosas. Eso me dijo ella.

Las otras cosas no estaban nada mal.

Me saqué el carnet de conducir a los dieciséis años, el único entre mis hermanos que superó el examen práctico a la primera. Se lo debí en parte a la autoescuela Driver's Ed y, sobre todo, a Cicero Irving. Norm vivía con su madre, una rubia teñida de buen corazón con una casa en Gates Falls, pero él pasaba casi todos los fines de semana con su padre, que vivía en un mísero camping de caravanas cerca de Harlow, en Motton, al otro lado de la vía del ferrocarril.

Si teníamos un bolo un sábado por la noche, a menudo los miembros del grupo —junto con nuestras chicas— nos reuníamos en la caravana de Cicero la tarde del sábado para comer pizza. Liaban y fumaban porros, y yo, después de rehusarlos durante casi un año, me rendí y probé uno. Al principio me costó retener el humo, pero —como muchos de mis lectores sabrán por propia experiencia— con el tiempo

es más fácil. Por aquel entonces nunca fumaba demasiado; lo justo para relajarme antes de la actuación. Tocaba mejor cuando conservaba en el cuerpo cierto cuelgue residual, y en aquella vieja caravana siempre nos reíamos mucho. Cuando conté a Cicero que iba a presentarme al examen de conducir a la semana siguiente, me preguntó si tenía cita en Castle Rock o en la ciudad, refiriéndose a Lewiston-Auburn. Cuando dije que era en L-A, movió la cabeza en un sagaz gesto de asentimiento.

—Eso quiere decir que te tocará Joe Cafferty. Lleva veinte años en el puesto. Yo, cuando era alguacil, iba de copas con él al Mellow Tiger de Castle Rock, en los tiempos en que Castle Rock no era aún lo bastante grande para tener un departamento de policía propio, ya me entiendes.

Costaba imaginar a Cicero Irving —entrecano, con los ojos enrojecidos, delgado como un palo de escoba, vestido casi siempre con pantalones viejos de color caqui y camisetas de tirantes— al servicio de las fuerzas del orden, pero la gente cambia; a veces suben en la escala y a veces bajan. Con frecuencia quienes descienden cuentan con la ayuda de diversas sustancias, como aquella que era tan aficionado a liar y a compartir con los compañeros adolescentes de su hijo.

—El viejo Joey casi nunca da el carnet a nadie al primer intento —comentó Cicero—. Es algo en lo que no cree por principio.

Eso yo ya lo sabía: Claire, Andy y Con habían suspendido todos con Joey Cafferty. A Terry le tocó otro examinador (quizá aquel día el agente Cafferty estaba enfermo), y aunque era un conductor excelente desde la primera vez que se sentó al volante, aquel día era un manojo de nervios y se las arregló para embestir una boca de riego al echar marcha atrás cuando intentaba aparcar en paralelo.

—Si quieres aprobar te conviene saber tres cosas —dijo Cicero a la vez que entregaba el porro que acababa de liar a Paul Bouchard—. Primero, no pruebes esta mierda hasta después del examen práctico.

—Vale.

En realidad eso fue en cierto modo un alivio. Me gustaba la hierba, pero con cada calada que daba me acordaba de la promesa que le había hecho a mi madre y ahora estaba incumpliendo... aunque me consolaba pensando que aún no fumaba cigarrillos ni bebía, lo cual me parecía todo un logro.

—Segundo, háblale de usted. «Gracias, señor» cuando subas al coche y «gracias, señor» cuando bajes. Eso le gusta. ¿Captas?

—Capto.

—Tercero, y lo más importante, córtate el puto pelo. Joe Cafferty detesta a los hippies.

Eso no me gustó ni pizca. Había dado un estirón de ocho centímetros desde que me incorporé al grupo, pero, en lo que se refería al pelo, iba con retraso. Me había costado un año dejármelo casi hasta los hombros. Además, había tenido muchas discusiones sobre eso con mis padres, que me decían que parecía un vagabundo. El dictamen de Andy era aún más contundente: «Si quieres parecer una chica, Jamie, ¿por qué no te pones un vestido?». Dios santo, no hay nada como el discurso cristiano razonado, ¿verdad?

—Pero, hombre, si me corto el pelo pareceré un remilgado.

—Ya lo pareces —dijo Kenny, y todos se echaron a reír.

Incluso Astrid se rio (luego apoyó una mano en mi muslo para atenuar el efecto).

—Sí —dijo Cicero Irving—, parecerás un remilgado con carnet de conducir. Paulie, ¿vas a encender ese porro o vas a quedarte ahí admirándolo?

Prescindí de la hierba. Hablé de usted al agente Cafferty. Me hice un corte de pelo de ejecutivo, que me partió el corazón y alegró a mi madre. Mientras aparcaba en paralelo, toqué el parachoques del coche de atrás, pero el agente Cafferty me dio el carnet de todos modos.

—Confío en ti, hijo —afirmó.

—Gracias, señor —respondí—. No lo decepcionaré.

Cuando cumplí los diecisiete, me organizaron una fiesta en casa, que ahora se hallaba en una calle asfaltada: el progreso. Astrid estaba invitada, naturalmente, y me regaló un suéter que había tejido ella misma. Me lo puse en el acto, pese a que era agosto y hacía calor.

Mi madre me regaló la colección de novelas históricas de Kenneth Roberts en tapa dura (que de hecho leí). Andy me regaló una Biblia encuadernada en piel (que también leí, sobre todo por fastidiar al propio Andy) con mi nombre grabado en letras doradas en la portada. La frase inscrita en la guarda era del Apocalipsis 3: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él». La implicación —que yo era un apóstata— no era precisamente injustificada.

De Claire —que ahora tenía veinticinco años y ejercía de maestra en New Hampshire— recibí una elegante americana de sport. Con, siempre un tanto tacaño, me obsequió seis juegos de cuerdas de guitarra. Bueno, al menos eran Dollar Slicks.

Mi madre trajo una tarta de cumpleaños y todos cantaron la canción tradicional. Si

Norm hubiese estado allí, probablemente habría apagado las velas de un soplido con su voz de roquero, pero, como no estaba, las apagué yo. Mientras mi madre distribuía los platos, caí en la cuenta de que no tenía regalos de mi padre ni de Terry, ni siquiera una corbata de flores.

Después del pastel y el helado (de vainilla, chocolate y fresa, por supuesto), vi a Terry lanzarle una mirada de soslayo a mi padre. Este miró a mi madre, y ella le dirigió una sonrisita nerviosa. Solo en retrospectiva caí en la cuenta de que había visto esa sonrisa nerviosa en el rostro de mi madre cada vez con mayor frecuencia a medida que sus hijos crecían y accedían al mundo.

—Ven al granero, Jamie —dijo mi padre, y se puso en pie—. Terence y yo tenemos un detalle para ti.

El «detalle» resultó ser un Ford Galaxie de 1966. Estaba lavado y encerado, y era tan blanco como la luz de la luna sobre la nieve.

—Dios mío —dije con voz apagada, y todos se echaron a reír.

—La carrocería estaba bien, pero el motor necesitaba un poco de trabajo —explicó Terry—. Papá y yo hemos limpiado las válvulas, cambiado las bujías, puesto una batería nueva... y toda la pesca.

—Neumáticos nuevos —añadió mi padre, señalándolos—. Negros, pero no son recauchutados. ¿Te gusta, hijo?

Lo abracé. Los abracé a los dos.

—Solo tienes que prometernos a tu madre y a mí que nunca te sentarás al volante si has bebido. Procura que un día no tengamos que mirarnos el uno al otro y decir que te regalamos algo que utilizaste para hacerte daño o hacérselo a otra persona.

—Lo prometo —dije.

Astrid —con quien compartiría poco más o menos los últimos dos centímetros de un porro al llevarla a casa en mi coche nuevo— me dio un apretón en el brazo.

—Y yo lo obligaré a cumplirlo.

Después de conducir hasta el Estanque de Harry dos veces (tuve que hacer el viaje dos veces para poder llevarlos a todos), se repitió la historia. Sentí un tirón en la mano. Era Claire. Me llevó al zaguán, tal como había hecho el día que el reverendo Jacobs utilizó su Estimulador Eléctrico de los Nervios para devolverle la voz a Connie.

—Mamá quiere que le hagas otra promesa —dijo—, pero le daba vergüenza pedírtelo. Así que le he dicho que te lo pediría yo por ella.

Esperé.

—Astrid es buena chica —continuó Claire—. Fuma, se lo huelo en el aliento, pero no por eso es mala. Y es una chica con buen gusto. Salir contigo durante tres años es

prueba de ello.

Esperé.

—Además, es lista. Irá a la universidad. Así que esta es la promesa, Jamie: no la dejes embarazada en el asiento trasero de ese coche. ¿Puedes prometerlo?

Casi sonreí. Si hubiese sonreído, habría sido en un cincuenta por ciento porque me hizo gracia y en un cincuenta por ciento porque me dolió. Durante los dos últimos años Astrid y yo teníamos una palabra en clave: «receso». Significaba masturbación mutua. Yo le había mencionado los condones en varias ocasiones después de la primera vez, incluso había llegado al extremo de comprar una caja de Trojans de tres (uno lo llevaba en el billetero, los otros dos los tenía escondidos detrás del zócalo de mi habitación), pero ella estaba convencida de que el primero que utilizáramos se rompería o tendría una pérdida. Así que... receso.

—Te has enfadado conmigo, ¿verdad? —preguntó Claire.

—No —contesté—. Nunca me enfado contigo, Clari-Claire. —Y así era. La ira se la reservaba al monstruo con quien se casó, y nunca disminuía.

La abracé y prometí no dejar embarazada a Astrid. Fue una promesa que cumplí, aunque estuvimos cerca antes de aquel día en la cabaña cercana a Lo Alto del Cielo.

En aquellos años a veces soñaba con Charles Jacobs —lo veía hincar los dedos en mi falsa montaña para formar cuevas, o pronunciar el Sermón Tremebundo con fuego azul en torno a la cabeza como una diadema eléctrica—, pero prácticamente desapareció de mi conciencia hasta un día de junio de 1974. Yo tenía dieciocho años. Astrid también.

Habían terminado las clases en el instituto. Los Rosas Cromadas teníamos un bolo detrás de otro a lo largo de todo el verano (incluidos un par en bares, donde mis padres, a regañadientes, me habían dado permiso por escrito para actuar), y durante el día yo trabajaba en la granja de los Marsteller, como el año anterior. Morton Fuel iba viento en popa, y mis padres podían permitirse pagar la matrícula en la Universidad de Maine, aunque se esperaba que yo contribuyera. Pero me faltaba aún una semana para incorporarme a mi puesto en la granja, así que Astrid y yo podíamos pasar mucho tiempo juntos. A veces íbamos a mi casa; a veces íbamos a la suya. Muchas tardes paseábamos en mi Galaxie por carreteras secundarias. Buscábamos dónde estacionar y allí... receso.

Aquella tarde nos hallábamos en una gravera a un paso de la Interestatal 9, pasándonos un porro de hierba autóctona no muy buena. El día estaba bochornoso, y

en poniente se formaban nubes de tormenta. Se oyó un trueno, y debió de caer algún rayo. No llegué a verlo, pero el altavoz de la radio del salpicadero crepitó a causa de la interferencia estática, imponiéndose momentáneamente a *Smokin' in the Boys' Room*, una canción que los Rosas tocábamos ese año en todos los conciertos.

Fue en ese momento cuando el reverendo Jacobs volvió a mi memoria como un invitado tras una larga ausencia, y puse el coche en marcha.

—Apaga ese canuto —dije—. Vamos a dar un paseo.

—¿Adónde?

—A un sitio del que me habló alguien hace mucho tiempo. Si es que aún existe.

Astrid dejó el resto del porro en una caja de caramelos Sucrets y la escondió debajo del asiento. Recorrí un par de kilómetros por la Interestatal 9 y luego doblé hacia el oeste por la carretera del Monte Cabra. Allí, voluminosos árboles se alzaban muy cerca de la calzada a ambos lados, y la brumosa luz del sol desapareció tras los nubarrones.

—Si estás pensando en el complejo turístico, no nos dejarán entrar —advirtió Astrid—. Mis padres ya no son socios. Dijeron que tenían que ahorrar si yo voy a ir a la universidad en Boston. —Arrugó la nariz.

—No vamos al complejo turístico —dije.

Dejamos atrás Longmeadow, donde solíamos organizar la barbacoa anual en catequesis. La gente lanzaba miradas nerviosas al cielo a la vez que recogía sus mantas y sus neveras y volvía apresuradamente a sus coches. Los truenos eran ahora más fuertes, como carromatos cargados a través del cielo, y vi caer un rayo al otro lado de Lo Alto del Cielo. Empecé a sentir cierta euforia. *Hermoso*, había dicho Charles Jacobs aquel último día. *Hermoso y aterrador*. Dejamos atrás un indicador donde se leía GARITA MT. CABRA 2 KM POR FAVOR MUESTRE SU CARNET DE SOCIO.

—Jamie...

—Debería haber un desvío hacia Lo Alto del Cielo —dije—. Quizá ha desaparecido, pero...

No había desaparecido, y seguía siendo de grava. Accedí a una velocidad un poco excesiva, y el Galaxie derrapó primero a un lado y luego al otro.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —dijo Astrid. No parecía asustada por estar avanzando directamente hacia una tormenta de verano; parecía más bien interesada y un poco excitada.

—Eso mismo espero yo.

La pendiente aumentó. Las ruedas de atrás del Galaxie perdían tracción en la grava suelta de vez en cuando, pero en general permanecía estable. Cinco kilómetros más

allá del desvío, los árboles desaparecieron y allí surgió Lo Alto del Cielo. Astrid ahogó una exclamación y se irguió en el asiento. Pisé el freno y el coche se detuvo entre los crujidos de la grava. A la derecha había una vieja cabaña con el techo hundido, cubierto de musgo, y las ventanas rotas. Una maraña de pintadas, en su mayoría tan descoloridas que eran ilegibles, cubría los costados grises. Al frente y por encima de nosotros se elevaba un gran promontorio de granito. En la cima, tal como Jacobs me había dicho hacía media vida, un poste de hierro apuntaba hacia las nubes, ahora negras y aparentemente tan bajas que podían tocarse. A nuestra izquierda, hacia donde Astrid miraba, se extendían hacia el mar montes y campos y kilómetros de bosque verde grisáceo. En esa dirección todavía brillaba el sol, envolviendo el mundo en su resplandor.

—¡Dios mío! ¿Esto ha estado siempre aquí? ¿Y nunca me has traído?

—Yo tampoco había venido nunca —respondí—. Mi antiguo pastor me dijo...

Solo llegué hasta ahí. Un reluciente rayo cayó del cielo. Astrid lanzó un grito y se llevó las manos a la cabeza. Por un momento —extraño, terrible, prodigioso— tuve la impresión de que el aire había sido sustituido por aceite eléctrico. Sentí erizarse el vello por todo mi cuerpo, incluso el más fino de la nariz y las orejas. A continuación sonó el *chasquido*, como si procediera de los dedos de un gigante invisible. Un segundo rayo destelló y alcanzó el poste, confiriéndole el mismo color azul vivo que yo había visto alrededor de la cabeza de Charles Jacobs en mis sueños. Tuve que cerrar los ojos para no quedarme ciego. Cuando volví a abrirlos, el poste despedía un brillo rojo cereza. *Como un herradura en una forja*, había dicho el reverendo, y en efecto así era. Retumbó el trueno posterior.

—¿*Quieres marcharte de aquí?* —pregunté a pleno pulmón. Tuve que levantar la voz para oírme yo mismo por encima del zumbido en los oídos.

—¡*No!* —contestó ella también a gritos—. ¡*Entremos allí!* —Y señaló los restos desmoronados de la cabaña.

Pensé en decirle que estaríamos más seguros en el coche —recordando vagamente el principio de que los neumáticos de caucho actuaban como toma de tierra y lo protegían a uno de los rayos—, pero en Lo Alto del Cielo había habido millares de tormentas, y la vieja cabaña seguía en pie. Cuando echamos a correr hacia ella cogidos de la mano, comprendí que existía una buena razón para eso. La barra de hierro atraía los rayos. Al menos así había sido hasta ese momento.

Cuando llegamos a la puerta abierta, empezó a granizar, trozos de hielo del tamaño de guijarros que resonaban en el granito.

—¡Ay, ay, *ay!* —chilló Astrid... pero a la vez se reía.

Entró como una flecha. Yo la seguí en el preciso momento en que un rayo destellaba de nuevo, como artillería en un campo de batalla apocalíptico. Esta vez lo precedió una *detonación* en lugar de un *chasquido*.

Astrid me cogió del hombro.

—*¡Mira!*

Me había perdido la segunda acometida de la tormenta contra el poste de hierro, pero sí vi claramente qué ocurrió a continuación. Varias bolas de fuego de San Telmo rebotaron y rodaron pedregal abajo. Media docena. Se esfumaron una tras otra.

Astrid me abrazó, pero eso no bastó. Entrelazó las manos por detrás de mi cuello y *trepó* a mí, rodeándome la cadera con los muslos.

—*¡Es fantástico!* —exclamó.

El granizo se convirtió en lluvia, y esta cayó torrencialmente. Lo Alto del Cielo quedó oculto tras la cortina de agua, pero no perdimos de vista el poste de hierro, porque lo alcanzó un rayo tras otro. Emitía un resplandor azul o morado, después rojo, después el brillo desaparecía, y entonces caía otro rayo.

Esa clase de lluvia casi nunca duraba demasiado. Cuando amainó, vimos que, más abajo, la pendiente de granito se había convertido en un río. Seguía el estruendo de los truenos, pero perdía furia y quedaba en simple mal genio. Oímos correr el agua por todas partes, como si la tierra susurrara. Al este todavía brillaba el sol, por encima de Brunswick, Freeport y Jerusalem's Lot, donde vimos no uno ni dos arco iris sino media docena, entrelazados como anillos olímpicos.

Astrid se volvió hacia mí.

—Tengo que decirte una cosa —anunció. Hablaba en voz baja.

—¿Qué? —De pronto tuve la certeza de que ella echaría a perder ese momento transcendental diciéndome que teníamos que romper.

—El mes pasado mi madre me llevó al médico. Dijo que no quería saber si tú y yo íbamos muy en serio, que eso no era asunto suyo, pero sí necesitaba saber que yo me andaba con cuidado. Así lo expresó. «Lo único que has de decir es que las quieres porque tienes unas reglas muy dolorosas e irregulares», eso dijo. «Como verá que te acompaño yo, no pondrá inconveniente».

Estuve un poco lento, supongo, y me dio un puñetazo en el pecho.

—Píldoras anticonceptivas, memo. Ovral. Ahora ya no hay peligro, porque he tenido una regla desde que empecé a tomarlas. He estado esperando el momento idóneo, y si no es este, nunca lo será.

Aquellos ojos luminosos suyos fijos en los míos. De pronto bajó la mirada y se mordió el labio.

—Pero no... no te dejes llevar, ¿vale? Piensa en mí y sé tierno. Porque tengo miedo. Según me contó Carol, la primera vez duele un horror.

Nos desvestimos el uno al otro —totalmente, por fin— mientras el cielo clareaba y el sol asomaba y el murmullo del agua empezaba a desvanecerse. Ella tenía los brazos y las piernas bronceados y el resto del cuerpo tan blanco como la nieve. Su vello púbico era oro fino, que acentuaba su sexo más que ocultarlo. En el rincón, donde el tejado seguía entero, había un colchón viejo; no éramos los primeros en utilizar aquella cabaña para lo que se utilizó ese día.

Ella me guio al penetrarla y de repente me detuvo. Le pregunté si pasaba algo. Dijo que no, pero prefería hacerlo ella misma.

—Aguanta, cariño. Tú aguanta.

Aguanté. Aguantar era un martirio, pero era también maravilloso. Levantó la cadera. Entré un poco más. Ella repitió el movimiento y volví a entrar un poco más. Recuerdo que miré el colchón y vi el viejo dibujo descolorido, y manchurroneos de mugre, y una única hormiga que avanzaba penosamente. Y que ella levantó otra vez la cadera. Penetré del todo y ahogó una exclamación.

—¡Dios mío!

—¿Te duele? Astrid, ¿te...?

—No, es maravilloso. Creo que... ahora puedes hacerlo.

Lo hice. Lo *hicimos*.

Ese fue nuestro verano del amor. Lo hicimos en varios sitios —una vez en el dormitorio de Norm en la caravana de Cicero Irving, donde le rompimos la cama y tuvimos que volver a montarla—, pero sobre todo recurrimos a la cabaña de Lo Alto del Cielo. Era nuestro sitio, y escribimos nuestros nombres en una de las paredes, entre otros centenares. Sin embargo no hubo ninguna otra tormenta. No aquel verano.

En otoño fui a la Universidad de Maine, y Astrid a la Universidad de Suffolk, en Boston. Supuse que esa sería una separación pasajera: que nos veríamos en vacaciones, y que en algún otro momento borroso del futuro, cuando los dos estuviéramos licenciados, nos casaríamos. Una de las pocas cosas que he aprendido desde entonces sobre las diferencias fundamentales entre los sexos es esta: los hombres hacen suposiciones; las mujeres, rara vez.

El día de la tormenta, mientras volvíamos a casa en coche, Astrid dijo: «Me alegro de que tú hayas sido el primero». Le dije que yo también me alegraba, sin pararme siquiera a pensar qué se insinuaba detrás de eso.

No hubo ninguna gran escena de ruptura. Sencillamente nos fuimos distanciando, y si existió un arquitecto de esa gradual extinción, fue Delia Soderberg, la madre guapa y discreta de Astrid, que era invariablemente amable conmigo pero siempre me miraba como un tendero examina un billete de veinte dólares sospechoso. *Quizá es bueno*, piensa el tendero, *pero tiene algo... raro*. Si Astrid se hubiera quedado embarazada, tal vez mis suposiciones sobre nuestro futuro se habrían hecho realidad. Y bueno, quizá incluso hubiéramos sido muy felices: tres niños, un garaje para dos coches, piscina en el jardín, todo lo demás. Pero no lo creo. Creo que los continuos bolos —y las chicas que siempre rondan en torno a los grupos de rock— habrían causado nuestra ruptura. Volviendo la vista atrás, debo pensar que los recelos de Delia Soderberg estaban justificados. Yo *era* un billete de veinte falso. Bastante aceptable para entrar en muchos sitios, tal vez, pero no en *su* tienda.

Tampoco hubo una gran escena de ruptura con los Rosas Cromadas. El primer fin de semana que volví a casa de la universidad, en Orono, toqué con el grupo en la Asociación de Veteranos el viernes por la noche y en el Scooter's Pub de North Conway el sábado. Sonamos tan bien como siempre, y a esas alturas nos embolsábamos ya ciento cincuenta por bolo. Recuerdo que fui el cantante solista en *Shake Your Moneymaker* y toqué un solo de armónica más que decente.

Pero cuando regresé a casa en Acción de Gracias descubrí que Norm había contratado a un nuevo guitarrista rítmico y cambiado el nombre del grupo, que ahora se llamaba los Caballeros de Norman.

—Lo siento, tío —dijo, y se encogió de hombros—. Las ofertas se amontonaban, y yo no puedo trabajar con un trío. Batería, bajo, dos guitarras: eso es el rock and roll.

—Vale —dije—, lo entiendo.

Y en efecto así era, porque él tenía razón. O casi. Batería, bajo, dos guitarras y todo empieza por mí.

—Mañana por la noche tocamos en el Ragged Pony de Winthrop, por si quieres apuntarte. ¿Como artista invitado o algo así?

—Paso —contesté.

Había oído al nuevo guitarra rítmico. Era un año menor que yo, y ya tocaba mejor; era capaz de rascar los acordes como un cabrón. Además, así podría pasar la noche del sábado con Astrid. Y eso hice. Sospecho que por entonces ella ya salía con otros —era demasiado guapa para quedarse en casa—, pero era discreta. Y afectuosa. Fue un buen día de Acción de Gracias. No eché en absoluto de menos a los Rosas Cromadas (o los Caballeros de Norman, nombre al que nunca tendría que acostumbrarme, lo cual ya me parecía bien).

Bueno. Ya se sabe.

Casi en absoluto.

Un día no mucho antes de las vacaciones de Navidad, me dejé caer por el Bear's Den, en el Memorial Union de la Universidad de Maine, para tomar una hamburguesa y una Coca-Cola. Al salir, me detuve a mirar el tablón de anuncios. Entre la morralla de tarjetas que anunciaban la venta de libros de texto, la venta de coches y peticiones para viajar a distintos destinos, encontré lo siguiente:

¡BUENA NOTICIA! ¡Los Cumberland se juntan de nuevo! ¡MALA NOTICIA! ¡NOS FALTA UN GUITARRISTA RÍTMICO! ¡Somos un GRUPO DE VERSIONES ORGULLOSO! Si sabes tocar a los Beatles, los Stones, los Badfinger, los McCoys, los Barbarians, los Standells, los Byrds, etcétera, ven a la habitación 421, Cumberland Hall, y trae tu guitarra. Si te gustan Emerson, Lake and Palmer, o Blood, Sweat and Tears, que te den por el c**o.

Para entonces yo tenía una Gibson SG de color rojo intenso, y aquella tarde, después de clase, me acerqué al Cumberland Hall, donde conocí a Jay Pederson. Debido a las restricciones de ruido durante las horas de estudio, tocamos en su habitación al estilo raqueta de tenis. Más tarde esa noche nos conectamos en la zona de esparcimiento de la residencia. Sacudimos aquel sitio durante media hora, y conseguí el puesto. Él era mucho mejor que yo, pero yo ya estaba acostumbrado a eso, al fin y al cabo había empezado mi carrera en el rock and roll con Norm Irving.

—Estoy pensando en cambiarle el nombre al grupo y llamarlo los Calefactores —dijo Jay—. ¿Qué te parece?

—Siempre y cuando me quede tiempo para estudiar durante la semana y repartáis con justicia, por mí como si os llamáis los Gilipollas del Infierno.

—Un buen nombre, a la altura de Doug y los Requetechiflados, pero dudo que nos salieran muchos bailes de instituto. —Me tendió la mano, se la cogí, y nos dimos el clásico apretón flácido—. Bienvenido a bordo, Jamie. Ensayo el miércoles por la noche. Preséntate a tocar o sé convencional.

Yo era muchas cosas pero convencional no era una de ellas. Fui a tocar. Durante casi dos décadas en una docena de grupos y un centenar de ciudades, me presenté a tocar. Un guitarrista rítmico siempre encuentra trabajo, incluso si lleva tal cuelgue que apenas se tiene en pie. En esencia, todo se reduce a dos cosas: tienes que presentarte y tienes que ser capaz de tocar un acorde en mi.

Mis problemas empezaron cuando dejé de presentarme.

El fluido paso del tiempo.

Retratos en Relámpagos. Mi problema con las drogas.

Cuando me licencié en la Universidad de Maine (con una media de 2,9, no entré en el cuadro de honor por los pelos), contaba veintidós años. Cuando me reencontré con Charles Jacobs, contaba treinta y seis. Él no aparentaba su edad, quizá porque en nuestro último encuentro estaba consumido y demacrado a causa del dolor. En 1992, yo aparentaba mucha más edad de la que tenía.

Siempre he sido aficionado al cine. Durante los años ochenta iba mucho, por lo regular solo. Alguna que otra vez me adormilaba (con *Escuela de jóvenes asesinos*, por ejemplo; esa desde luego daba sueño), pero en la mayoría de los casos aguantaba hasta el final por muy colocado que estuviese, dejándome llevar por el ruido y el color y aquellas mujeres de belleza extraordinaria y ligeras de ropa. Los libros están bien, y leo lo mío, y la televisión no está mal, si uno se queda aislado en la habitación de un motel durante una tormenta, pero para Jamie Morton no había nada como una película en la gran pantalla. Allí, solo yo, mis palomitas de maíz y mi Coca-Cola de tamaño «maxi». Además de mi heroína. Cogía una pajita de más en el bar, la partía en dos con los dientes y la utilizaba para esnifar el polvo del dorso de la mano. No llegué a la aguja hasta 1990 o 1991, pero al final llegué. Nos pasa a casi todos. Créanme.

Para mí, lo más cautivador del cine es el fluido paso del tiempo. Al principio de la película tenemos, por ejemplo, a un adolescente retraído —sin amigos, sin dinero, hijo de unos padres penosos—, y de pronto el adolescente se transforma en Brad Pitt en todo su esplendor. Lo único que separa al chico retraído del dios es un intertítulo en el que se lee 14 AÑOS DESPUÉS.

«No está bien desear el paso del tiempo», acostumbraba a sermonearnos mi madre —por lo general, cuando en pleno febrero ardíamos ya en deseos de que empezaran las vacaciones de verano o cuando no veíamos la hora de que llegara por fin Halloween—, y seguramente tenía razón, pero no puedo por menos de pensar que quizá esos saltos temporales fueran beneficiosos para personas que llevan una mala

vida, y entre el inicio de la administración Reagan en 1980 y la Feria Estatal de Tulsa de 1992 yo llevé una vida pésima. Hubo fundidos a negro pero no intertítulos. No me quedó más remedio que vivir día a día todos esos años, y cuando no podía colocarme, se me antojaba que algunos días duraban cien horas.

El fundido de entrada es el siguiente: los Cumberland se convirtieron en los Calefactores y los Calefactores se convirtieron en los J-Tones. Nuestro último bolo como grupo universitario fue en el colosal y animadísimo Baile de Graduación del 78, en el Memorial Gym. Tocamos desde las ocho de la tarde hasta las dos de la madrugada. Poco después Jay Pederson contrató a una vocalista muy popular en la ciudad que, además, tocaba de perlas el saxo tenor y el saxo alto. Se llamaba Robin Storrs. Como se vio, cuadraba a la perfección con nosotros, y en agosto los J-Tones se habían convertido en Robin y los Jays. Pasamos a ser uno de los grupos de Maine más solicitados en fiestas. Teníamos tantos bolos que no dábamos abasto, y la vida nos sonreía.

En este punto es donde se disuelve la imagen.

Catorce años después Jamie Morton despertó en Tulsa. No en un buen hotel, ni siquiera en un motel normal y corriente de una cadena hostelera; aquello, el Fairgrounds Inn, era un nido de cucarachas. Esa clase de establecimientos se correspondían con la idea de ahorro que tenía Kelly Van Dorn. Eran las once de la mañana, y la cama estaba húmeda. No me sorprendió. Cuando uno soba diecinueve horas seguidas, con la colaboración de Madame H., mojar la cama es casi inevitable. Supongo que eso ocurriría incluso si uno muriese en ese estado de sopor inducido por la droga, pero veamos el lado positivo: en ese caso ya nunca volvería a despertar con los calzoncillos empapados en orina.

Con los ojos llorosos, fui al baño como un zombi, sorbiéndome la nariz y quitándome los gayumbos por el camino. Mi primera parada fue el neceser de afeitado... pero no para rasurarme la barba de varios días. Allí seguía mi instrumental, así como una pequeña bolsa precintada con cinta adhesiva que contenía un par de gramos. No había ningún motivo para temer que alguien entrara en la habitación con el propósito de robar tan risible alijo, pero un yonqui verifica esas cosas de manera instintiva.

Resuelto esto, me volví hacia la taza del váter y evacué la orina acumulada desde mi accidente nocturno. Mientras estaba allí de pie, caí en la cuenta de que se me había pasado algo importante. Por entonces yo tocaba con un grupo de country fusión, y la

noche anterior salíamos como teloneros de Sawyer Brown en el gran Oklahoma Stage, en la Feria Estatal de Tulsa. Un bolo de primera, sobre todo para un grupo como Relámpago Blanco, que no estaba precisamente a la altura de Nashville.

—Prueba de sonido a las cinco —me había dicho Kelly Van Dorn—. Estarás allí, ¿verdad?

—Claro —había contestado yo—. Por mí no te preocupes.

Uy.

Al salir del cuarto de baño, vi una nota plegada que asomaba por debajo de la puerta. Me formé una idea aproximada de lo que decía, pero la cogí y la leí, solo para mayor certeza. Era lacónica y no precisamente amable.

He llamado al Departamento de Música del Instituto Union y he tenido la suerte de encontrar a un chico capaz de tocar la guitarra rítmica y slide lo suficiente para salir del paso. Se ha embolsado tus seiscientos dólares la mar de contento. Para cuando leas esto, iremos ya camino de Wildwood Green. Ni se te ocurra seguirnos. Estás despedido. Lo siento muchísimo, pero todo tiene un límite.

KELLY

PD.: Seguramente no me harás caso, pero si no te enmiendas, en menos de un año estarás en la cárcel. Eso con suerte. Sin suerte, estarás muerto.

Hice el gesto de guardarme la nota en el bolsillo de atrás, y cayó a la rala moqueta verde: me había olvidado de que iba desnudo. La recogí, la tiré a la papelera y eché un vistazo por la ventana. El aparcamiento, en el patio central, estaba totalmente vacío, salvo por mi viejo Ford y la furgoneta destartalada de un granjero. Tanto el Explorer en el que viajaba el grupo como la camioneta del equipo, que conducía el técnico de sonido, habían desaparecido. Kelly hablaba en serio. Aquellos pirados discordantes me habían abandonado. Y tanto mejor, posiblemente. A veces pensaba que si tenía que tocar una sola más de esas canciones sobre desengaños amorosos y borracheras, perdería la poca cordura que me quedaba.

Decidí que mi máxima prioridad era reabastecerme de material. No sentía el menor deseo de pasar una noche más en Tulsa, y menos con la feria estatal a toda marcha en las calles, pero necesitaba un poco de tiempo para reflexionar sobre mi siguiente paso en el terreno profesional. También necesitaba pillar droga, y si uno no encuentra a nadie que trapichee en una feria estatal, es porque no pone el menor empeño.

Lancé los gayumbos húmedos a un rincón con el pie —*una propina para la camarera de la habitación*, pensé con cierto sarcasmo— y abrí la cremallera del

petate. No contenía más que ropa sucia (el día anterior me había propuesto buscar una lavandería, otro detalle que se me había pasado), pero al menos se trataba de ropa sucia *seca*. Me vestí y me dirigí hacia la recepción del motel por el asfalto agrietado del patio, y en el camino mi andar de zombi se reavivó gradualmente hasta convertirse en un arrastrarse de zombi. Me dolía la garganta cada vez que tragaba saliva. Una molestia nueva, para mayor diversión.

La recepcionista, ya cincuentona, era una pueblerina de expresión adusta, que en ese momento vivía la vida bajo un volcán de pelo rojo cardado. En su pequeño televisor, un presentador entrevistaba con entusiasmo a Nicole Kidman. Por encima del aparato colgaba una imagen enmarcada de Jesús entregando un cachorro a un niño y una niña. No me sorprendió en absoluto. Tierra adentro, la gente tiende a confundir a Jesucristo con Papá Noel.

—El grupo ya se ha marchado —anunció la recepcionista después de buscar mi nombre en el registro. Tenía el acento propio de la zona, que recuerda al sonido de un banjo desafinado—. Hará un par de horas que se han ido. Han dicho que viajarían derechos a Carolina del Norte.

—Estoy al corriente —respondí—. Ya no soy del grupo.

Ella enarcó una ceja.

—Diferencias creativas —añadí.

Levantó aún más la ceja.

—Me quedaré otra noche.

—Ajá, de acuerdo. ¿En efectivo o con tarjeta de crédito?

En dinero contante y sonante, me quedaban unos doscientos dólares, pero casi todo ese efectivo lo tenía ya reservado para la droga que, según esperaba, compraría en la feria, así que le di mi BankAmericard. Llamó por teléfono para verificar el saldo, y esperé mientras ella, con el auricular entre la oreja y el carnoso hombro, veía ahora un anuncio de paños de papel capaces, por lo visto, de secar líquidos derramados de un volumen equivalente al lago Michigan. Al reanudarse el programa de entrevistas, Tom Selleck se sumó a Nicole Kidman, mientras la pueblerina seguía a la espera. A ella aparentemente la espera le traía sin cuidado, pero a mí no. Sentía ya una comezón y empezaba a palpitarme la pierna mala. Justo cuando volvía la publicidad, la pueblerina se reanimó. Giró en su silla, miró por la ventana el deslumbrante cielo azul de Oklahoma y cruzó unas breves palabras. A continuación colgó y me entregó la tarjeta de crédito.

—Rechazada. Lo que me lleva a dudar si es conveniente aceptar el pago en efectivo. En el supuesto de que tengas.

El comentario iba con mala intención, pero la obsequié con mi mejor sonrisa.

—La tarjeta está operativa. Se han equivocado. Pasa continuamente.

—Entonces podrás rectificar el error en algún otro motel —contestó ella. (¡*Rectificar!* ¡Qué palabra tan altisonante para una pueblerina!)—. Hay cuatro más en esta misma manzana, pero no son gran cosa.

A diferencia de este Ritz-Carlton de carretera, pensé, pero dije:

—Vuelva a comprobar la tarjeta.

—Encanto, no me hace falta; me basta con mirarte —dijo.

Estornudé, volviendo la cabeza para contener el resoplido en la manga corta de mi camiseta de la Charlie Daniels Band. Lo cual no tenía importancia, dado que no la lavaba desde hacía ya un tiempo. Un tiempo considerable, para ser exactos.

—¿Qué quiere decir con eso, si puede saberse?

—Quiero decir que abandoné a mi primer marido cuando a él y a sus dos hermanos les dio por fumar piedra. No te ofendas, pero sé lo que tengo delante de los ojos. Esta noche pasada ya está cubierta, con la tarjeta de crédito del grupo, pero ahora que eres lo que llaman un «solista», las habitaciones se desocupan a la una.

—En la puerta dice que es a las tres.

Con una uña astillada, la recepcionista señaló un letrero colocado a la izquierda de la imagen de la Donación del Cachorro de Manos de Jesús: DURANTE LA FERIA ESTATAL, DEL 25 DE SEPTIEMBRE AL 4 DE OCTUBRE, LAS ABITACIONES SE DESOCUPARÁN A LAS 13 H.

—«Abitaciones» está mal escrito —indiqué—. Debería rectificarlo.

La mujer lanzó una ojeada al letrero y se volvió hacia mí.

—Así es, pero la parte en la que dice «13 h» no necesita rectificarse. —Consultó su reloj—. Eso te deja una hora y media. No me obligues a avisar a la policía, encanto. Durante la feria estatal abundan como moscas en una cagada de perro reciente, y se plantarán aquí en un santiamén.

—Esto es una idiotez —dije.

Esa es una época muy desdibujada en mi memoria, pero recuerdo su respuesta con la misma claridad que si acabara de pronunciarla a mi oído hace dos minutos:

—Ajá, encanto, esto es la realidad.

A continuación se volvió hacia el televisor, donde un imbécil bailaba claqué.

No pretendía pillar droga en pleno día, ni siquiera durante la feria estatal, así que me quedé en el Fairgrounds Inn hasta la una y media (solo por incordiar a la pueblerina).

A esa hora cogí el petate con una mano y la guitarra enfundada con la otra, y me eché a andar. Hice un alto en una gasolinera de Texaco más o menos allí donde North Detroit Avenue pasa a llamarse South Detroit. Para entonces, mi andar había degenerado en un renqueo a babor y la cadera me palpitaba al ritmo del corazón. En el lavabo de hombres, me preparé y me administré la mitad del material en la concavidad por debajo del hombro izquierdo. Me invadió un estado de languidez. Comenzaron a remitir tanto el dolor de garganta como el de la pierna.

Mi pierna izquierda ilesa había pasado a ser mi pierna izquierda mala un día soleado del verano de 1984. Iba en una Kawasaki; el viejo gilipollas que venía en sentido contrario pilotaba un Chevrolet del tamaño de un yate a motor. Invadió mi carril y me dejó una sola alternativa: la cuneta blanda o la colisión frontal. Me decanté por la opción obvia y logré esquivar al gilipollas. El error fue intentar acceder de nuevo a la calzada a sesenta y cinco kilómetros por hora. Un consejo a los motoristas novatos: girar sobre grava a sesenta y cinco kilómetros por hora es una pésima idea. La moto quedó para el desguace y me partí la pierna por cinco sitios. Además me hice picadillo la cadera. Poco después descubrí los Placeres de la Morfina.

Con la pierna ya mejor y la comezón y las contracciones a raya, al salir de la gasolinera pude seguir adelante con algo más de brío, y para cuando llegué a la estación de autobuses de Greyhound, me preguntaba por qué me había quedado tanto tiempo con Kelly Van Dorn y su delirante grupo country. Tocar lacrimógenas baladas (en do mayor, por el amor de Dios) no era lo mío. Yo era un roquero, no un destripaterrones.

Compré un billete para el autocar de las doce de la mañana del día siguiente con destino a Chicago, y simultáneamente adquirí el derecho a guardar el petate y la Gibson SG —la única posesión valiosa que me quedaba— en la consigna. El billete me costó veintinueve dólares. Sentado en un cubículo de los lavabos, conté el resto. Ascendía a ciento cincuenta y nueve pavos, más o menos lo que preveía. El futuro pintaba ya mejor. Pillaría material en la feria, buscaría un sitio donde sobar —quizá un refugio para indigentes de la ciudad, quizá al aire libre—, y al día siguiente viajaría a Chicago con Greyhound, la compañía del gran perro gris. Había allí, como casi en todas las ciudades grandes, una bolsa de trabajo para músicos donde los instrumentistas se sentaban, contaban chistes, intercambiaban chismorreos y buscaban bolos. Para algunos, encontrarlos no era fácil (los acordeonistas, por ejemplo), pero siempre había algún grupo que necesitaba a un guitarrista rítmico competente, y yo era

algo más que eso. Allá por 1992 podía tocar un poco como guitarra solista, si se me invitaba. Y si no estaba hecho caldo. Lo importante era llegar a Chicago y conseguir un bolo antes de que Kelly Van Dorn hiciera correr la voz de que yo no era de fiar, y la muy tarada era muy capaz de hacerlo.

Con un mínimo de seis horas por delante hasta la noche, me preparé el resto de la mierda y me lo metí donde mejor provecho podía sacarle. Resuelto esto, me compré una novela del Oeste en un quiosco, me senté en un banco con el libro abierto más o menos por la mitad y eché una cabezada. Cuando desperté en medio de una andanada de estornudos, eran las siete, hora de que el exguitarra rítmico de Relámpago Blanco saliera en busca de un poco de mercancía de la buena.

Para cuando llegué a la feria, la puesta de sol era solo una encendida línea de color naranja en poniente. Pese a que quería reservar la mayor parte del dinero para mi compra, derroché algo en un taxi para llegar hasta allí, porque no me encontraba nada bien. No eran solo los acostumbrados dolores y contracciones propios de la bajada. Además, volvía a sentir irritación en la garganta. Notaba un zumbido agudo y molesto en los oídos, y una sensación de calor por todo el cuerpo. Me dije que esto último era normal, porque esa noche hacía un calor achicharrante. En cuanto a lo otro, tenía la convicción de que seis o siete horas de sueño lo resolverían. Podía descansar en el autocar. Quería ser todo lo que pudiera ser antes de reengancharme en el Ejército del Rock and Roll.

Pasé de largo ante la entrada principal de la feria, porque solo un idiota intentaría comprar heroína en una exposición de productos artesanales o una muestra ganadera. Más allá se hallaba la entrada al Parque de Atracciones Bell. Ese complemento de la Feria Estatal de Tulsa ya ha desaparecido, pero en septiembre de 1992 el Bell funcionaba a pleno rendimiento. En las dos montañas rusas —Zingo, de madera, y Wildcat, más moderna— los vagones viraban y reviraban dejando en su estela alegres chillidos después de cada curva cerrada y cada descenso suicida. Se formaban largas colas en los toboganes acuáticos, el Himalaya y el siniestro túnel del terror Phantasmagoria.

Prescindí de todo esto y avancé con parsimonia por el paseo central, entre los puestos de comida, donde los olores a masa frita y salchichas —normalmente tentadores— me revolvieron un poco el estómago. Vi a un individuo con la pinta oportuna en las inmediaciones de la barraca de lanzamiento de aro y estuve a punto de abordarlo, pero al acercarme me olí que era un estupa. La camiseta que llevaba

(¡COCAÍNA, EL DESAYUNO DE LOS CAMPEONES!) era poco sutil. Seguí adelante, dejé atrás la galería de tiro, la barraca de los bolos de madera, la máquina de Skee-ball, la Rueda de la Fortuna. Me encontraba cada vez peor, me ardía la piel y el zumbido me ensordecía. A causa de la irritación de garganta, hacía una mueca de dolor cada vez que tragaba saliva.

Más adelante había un enrevesado campo de minigolf. Lo utilizaban en su mayor parte adolescentes risueños, y tuve la sensación de que había llegado a la zona cero. Allí donde hay adolescentes en una noche de diversión hay camellos cerca que gustosamente los ayudan a maximizar dicha diversión. Y sí, en efecto vi a un par de individuos con la pinta oportuna. Por sus miradas esquivas y su pelo sucio los conocerán.

El paseo central terminaba en una bifurcación en T más allá del minigolf: un ramal partía de regreso al espacio ferial y el otro conducía hacia el autódromo. Yo no tenía el menor deseo de ir en ninguna de esas direcciones, pero venía oyendo a mi derecha extrañas crepitaciones eléctricas seguidas de aplausos, risas y exclamaciones de asombro. Ya cerca de la bifurcación, vi que cada crepitación iba acompañada de un fulgurante destello azul que recordaba a un rayo. Para ser más exactos, a los rayos de Lo Alto del Cielo. No pensaba en eso desde hacía años. Fuera cual fuese el número, había atraído a una considerable muchedumbre. Decidí que los espabilados que rondaban cerca del campo de minigolf bien podían esperar unos minutos. Esa clase de individuos nunca se marchan hasta que se apaga el neón, y yo quería ver quién producía semejantes rayos en esa noche calurosa y despejada de Oklahoma.

Una voz amplificadora anunció: «Ahora que han visto el poder de mi Generador de Rayos —el único del mundo, se lo aseguro—, les ofreceré una demostración real del magnífico retrato que pueden adquirir mediante el desembolso de un retrato de Alexander Hamilton salido de sus carteras o monederos; una *asombrosa* demostración antes de abrir mi Estudio Eléctrico y concederles la oportunidad de posar para hacerse esta representación fotográfica única. Pero necesitaré un voluntario para que vean ustedes qué recibirán *exactamente* a cambio de los diez dólares mejor gastados de su vida. ¿Un voluntario? ¿Cuento con algún voluntario? No existe el menor riesgo, se lo aseguro. Vamos, amigos, siempre he oído decir que los “tempraneros”, como se conoce a los habitantes de Oklahoma, son famosos en los estados de la Unión por su valentía».

Se congregaba frente al estrado un nutrido público, cincuenta o sesenta personas. El telón de fondo, de lona, medía unos dos metros de ancho y seis de altura como mínimo. En él aparecía una fotografía casi tan grande como la imagen de una pantalla

cinematográfica. Mostraba a una hermosa joven en lo que parecía una pista de baile. Tenía el pelo negro y lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza en una serie de complicadas trenzas y mechones remetidos, un peinado que debía de haber requerido horas. Lucía un traje de noche sin tirantes, muy escotado, y por encima asomaba la suave curva de sus pechos. Unos pendientes de diamantes colgaban de sus orejas y un carmín de color rojo sangre realzaba sus labios.

Frente a la chica gigante del salón de baile se alzaba una cámara fotográfica antigua, una de esas del siglo XIX, con trípode y un paño negro para que el fotógrafo se cubriera la cabeza. Tal y como estaba situada, habría cabido pensar que solo retrataría a la chica del salón de baile de rodillas para abajo. Al lado, sobre un poste, había una bandeja de pólvora destellante. El responsable del número, con traje negro y chistera, mantenía una mano apoyada relajadamente en la cámara, y lo reconocí en el acto.

Hasta ahí mis recuerdos son claros, pero en cuanto a lo que ocurrió a continuación cabe la posibilidad de que me engañe la memoria, lo admito sin el menor reparo. Yo era un yonqui empedernido que había pasado a la aguja hacía dos años, al principio pinchándome solo bajo la piel pero cada vez más a menudo directo a la vena. Estaba desnutrido y muy por debajo de mi peso. Para colmo, tenía fiebre. Era gripe, y me había acometido deprisa. Al levantarme esa mañana, había pensado que se trataba solo del habitual moqueo del heroinómano, o un resfriado en el peor de los casos, pero cuando vi a Charles Jacobs de pie junto a aquella cámara antigua montada en un trípode, frente a un telón de fondo con el rótulo RETRATOS EN RELÁMPAGOS escrito por encima de la chica gigante, tuve la sensación de que vivía en un sueño. No me sorprendió ver a mi antiguo pastor, ahora con mechones grises en las sienes y arrugas (ligeras) en las comisuras de los labios. No me habría sorprendido ni aunque mis difuntas madre y hermana lo acompañaran en el escenario vestidas de conejitas del Playboy.

Un par de hombres levantaron la mano en respuesta a la petición de voluntarios, pero Jacobs se rio y señaló a la hermosa chica que se cernía por encima de su hombro.

—No dudo de que son ustedes dos tan valientes como el mismísimo diablo un sábado por la noche, pero ese vestido sin tirantes no les favorecería.

El comentario arrancó afables risas.

—Busco a una *chica* —dijo el hombre que me había mostrado el Lago Apacible cuando yo era solo un crío en pantalón corto—. ¡Busco a una chica *guapa*! Una *tempranera* guapa. ¿Ustedes qué opinan, amigos míos? ¿Coinciden conmigo o no?

Batieron palmas para manifestar lo mucho que coincidían con él. Y Jacobs, quien sin duda tenía ya el ojo puesto en alguien, señaló con el micrófono inalámbrico a una chica de la primera fila.

—¿Por qué no usted, señorita? ¡Más guapa imposible!

Yo estaba al fondo del todo, pero la muchedumbre pareció separarse ante mí como si poseyera una fuerza repelente mágica. Probablemente no hice más que abrirme paso a codazos, pero no lo recuerdo así, y si alguien me devolvió los codazos, tampoco lo recuerdo. Tuve la impresión de que flotaba hacia delante. Ahora todos los colores eran más intensos; el calíope del tio vivo y los gritos procedentes del Zingo, más sonoros. El zumbido en mis oídos había ido en aumento hasta convertirse en un melodioso tañido: sol mayor séptima, creo. Avancé a través de un aromático ambiente de perfume, loción para después del afeitado y laca barata.

La tempranera guapa protestó, pero sus amigas no quisieron ni oírla. A empujones, la obligaron a avanzar, y ella subió por los peldaños del lado izquierdo del escenario, destellando sus muslos bronceados bajo el dobladillo deshilachado de la minifalda vaquera. Por encima de la falda llevaba una blusa verde que era alta en el cuello pero dejaba a la vista, coquetamente, dos centímetros de cintura. Exhibía una larga melena rubia. Varios hombres silbaron.

—¡Toda chica guapa lleva su propia carga positiva! —dijo Jacobs al público, y se quitó la chistera con una floritura.

Lo vi apretar el puño de la mano con que la sostenía. Por un instante me asaltaron sensaciones que no experimentaba desde aquel día en Lo Alto del Cielo: carne de gallina en los brazos, el vello erizado en la nuca, el aire demasiado denso en los pulmones. De repente la bandeja situada junto a la cámara estalló por efecto de algo que desde luego no era pólvora destellante, y un deslumbrante resplandor azul iluminó el telón de fondo. El rostro de la chica del traje de noche se desdibujó. Cuando el fogonazo se desvaneció, vi en su lugar —o creí ver— la cara de la pueblerina cincuentona que me había echado del Fairgrounds Inn unas nueve horas antes. Luego reapareció la chica del vestido escotado de lentejuelas.

Aquello causó la admiración del público y también la mía... pero no me sorprendió del todo. El reverendo Jacobs y sus trucos de siempre, no era más que eso. Tampoco me sorprendió cuando rodeó a la chica con el brazo, la volvió de cara a nosotros, y por un momento creí que era Astrid Soderberg, de nuevo a los dieciséis años y preocupada por el riesgo de embarazo. Astrid, la que a veces me echaba el humo de sus Virginia Slim en la boca, provocándome erecciones memorables.

Al cabo de unos segundos volvía a ser solo una tempranera guapa, llegada de la

granja y lista para una noche de diversión.

El ayudante de Jacobs, un chico con granos en la cara y el pelo mal cortado, se apresuró a sacar una silla de madera normal y corriente. La colocó frente a la cámara y acto seguido, con actitud cómica, quitó el polvo a la anticuada levita de Jacobs.

—Siéntese, encantadora señorita —dijo Jacobs a la vez que acompañaba a la chica hasta la silla—. Le prometo que pasará un buen rato, un rato *increíble*.

Con un movimiento de cejas, dio una indicación a su joven ayudante, y este imitó un tembleque eléctrico. El público se desternilló. Jacobs posó los ojos en mí, que estaba ya en primera fila, la apartó y volvió a mirarme. Después de detenerse a pensar por un instante, dejó vagar de nuevo la vista.

—¿Me dolerá? —preguntó la chica, y entonces vi que en realidad no se parecía apenas a Astrid. Claro que no. Era mucho más joven de lo que mi primera novia habría sido en ese momento... y dondequiera que Astrid estuviese, su apellido casi con toda seguridad no era ya Soderberg.

—Para nada —aseguró Jacobs—. Y su retrato, a diferencia del de cualquier otra dama que se atreva a dar un paso al frente, será...

Desvió la mirada y la dirigió de nuevo al público, esta vez directamente a mí.

—... gratis.

Sin dejar de parlotear, sentó a la chica en la silla, pero ahora se lo notaba un tanto vacilante, como si hubiera perdido el hilo. Siguió lanzándome miradas mientras su ayudante tapaba los ojos a la chica con una venda blanca de seda. Si Jacobs estaba alterado, el público no se dio cuenta; una chica guapa y menuda iba a ser fotografiada a los pies de una chica preciosa y gigantesca —y con los ojos vendados, para colmo—, y todo eso era muy interesante. Como también lo era el hecho de que la chica real enseñaba mucha pierna y la del telón de fondo enseñaba mucho escote.

—¿Quién va a querer —empezó a decir la chica guapa, y Jacobs de inmediato le acercó el micrófono a la boca para que compartiera la pregunta con todo el público— un retrato mío con los ojos tapados?

—¡Desde luego el resto del cuerpo no lo tienes tapado, encanto! —exclamó alguien, y el público prorrumpió en afables vítores.

La chica allí sentada apretó las rodillas, pero también ella sonreía un poco. Era la clásica sonrisa con la que uno decía: me lo tomo deportivamente.

—Querida, va a llevarse una sorpresa, creo yo —dijo Jacobs. A continuación se volvió para hablar al público—. ¡La electricidad! ¡Pese a ser algo que damos por sentado, es el mayor prodigio natural de nuestro mundo! ¡En comparación, la gran pirámide de Guiza no es más que un hormiguero! ¡La electricidad es el fundamento de

nuestra civilización moderna! Algunos afirman que la comprenden, señoras y señores, pero nadie comprende la electricidad *secreta*, esa fuerza que cohesiona el mismísimo universo en un todo armónico. ¿La comprendo *yo*? No, no la comprendo. No plenamente. ¿Cómo se llama, señorita?

—Cathy Morse.

—Cathy, según un viejo dicho, la belleza está en la mirada de quien la contempla. Esta noche usted y yo, y todos los presentes, vamos a ver que ese dicho es cierto, y cuando usted se marche, tendrá un retrato que podrá enseñar a sus nietos. ¡Un retrato que ellos enseñarán a *sus propios* nietos! Y esos descendientes aún no nacidos también se maravillarán, como que me llamo Dan Jacobs.

Pero no es así como te llamas, pensé.

Yo me balanceaba, como al son de la música del calíope y de la música que oía en mis oídos. Al tratar de permanecer inmóvil, descubrí que me era imposible. Tenía en las piernas una sensación de extraña flacidez, como si estuvieran extrayéndome los huesos centímetro a centímetro.

Tú eres Charles, no Dan. ¿Crees que no reconozco al hombre que devolvió la voz a mi hermano?

—¡Ahora, señoras y señores, conviene que se protejan los ojos!

El ayudante se los cubrió en un gesto teatral. Jacobs dio media vuelta, levantó el paño negro situado detrás de la cámara y desapareció debajo.

—¡Cierre los ojos, Cathy! —indicó en voz alta—. Incluso con venda, un pulso eléctrico de esta intensidad puede cegar. Contaré hasta tres. ¡Uno... dos... y... *tres*!

Nuevamente percibí aquella extraña densidad en el aire, y no era yo el único; el público retrocedió uno o dos pasos. A continuación se oyó un *chasquido* seco, como si alguien acabase de chascar los dedos junto a mi oído derecho. El mundo se iluminó en un estallido de luz azul.

Oooohhh, exclamó la multitud. Y cuando volvieron a ver y descubrieron lo que había ocurrido en el telón de fondo: ¡OOOOOOHHHHHHH!

El traje de noche era el mismo: amplio escote, lentejuelas plateadas. La tentadora curva del busto era la misma, como lo era también el elaborado peinado. Pero ahora la imagen tenía los pechos más pequeños y el cabello era rubio en lugar de negro. También el rostro había cambiado. Era Cathy Morse, allí de pie en la pista de baile. Parpadeé, y la tempranera guapa había desaparecido. Volvía a ser Astrid, Astrid tal como era a los dieciséis años, el amor de mis días y la lujuria por fin correspondida de mis noches.

El público exhaló un leve suspiro de asombro, y a mí me asaltó una idea que era

descabellada y convincente a la vez: también ellos veían a personas de su propio pasado, aquellos que o bien se habían ido, o bien habían cambiado por el fluido paso del tiempo.

De pronto era solo Cathy Morse, pero eso era ya de por sí bastante asombroso: Cathy Morse, de seis metros de altura, ataviada con la clase de vestido caro que nunca tendría en la vida real. Allí estaban los pendientes de diamantes, y aunque el carmín de la chica sentada en la silla era de color rosa caramelo, el de la Cathy gigante que se alzaba detrás de ella era de un rojo intenso.

Tampoco se veía ni rastro de la venda.

El mismo reverendo Jacobs de siempre, pensé, pero ha aprendido algún que otro truco mucho más impresionante que el Jesús Eléctrico que cruzaba el Lago Apacible o el cinturón de tela con un motor de juguete dentro.

Salió de debajo del paño negro, lo echó atrás y extrajo una placa de la parte posterior de la cámara. La mostró a los espectadores, y estos exclamaron otra vez ¡OOOOOOHHHHHHH! Jacobs saludó con una inclinación de cabeza y después se volvió hacia Cathy, que parecía en extremo perpleja. Él sostuvo la placa ante ella y dijo:

—Puede quitarse la venda, Cathy. Ya no hay peligro.

Ella se bajó la venda y vio el retrato en la placa: una chica de Oklahoma transformada de algún modo en una suntuosa cortesana francesa de vida alegre. Se llevó las manos a la boca, pero Jacobs tenía el micrófono justo allí y todo el mundo oyó su *Dios mío*.

—¡Ahora dese la vuelta! —indicó Jacobs.

Ella se puso en pie, se volvió, miró y se tambaleó al ver su propia imagen, ahora de seis metros de altura y engalanada con los oropeles de las clases altas. Jacobs le rodeó la cintura con un brazo para que no se cayera. Volvió a apretar el puño con el que sostenía el micro, que ocultaba también algún tipo de dispositivo de control, y esta vez el público no solo ahogó una exclamación. Se oyeron incluso gritos.

La Cathy Morse gigantesca ejecutó un lento giro, como una modelo en la pasarela, revelando la espalda del vestido, mucho más escotada que la parte delantera. Miró por encima del hombro... y guiñó un ojo.

Jacobs no se olvidó del micro —saltaba a la vista que tenía mucha experiencia en eso—, y el público oyó la segunda exclamación de la Cathy real con la misma claridad con que había oído la primera: «¡Joder, Dios mío!».

La gente se echó a reír. La vitorearon. Y cuando vieron su intenso rubor, la vitorearon más aún. Por encima de Jacobs y la chica, la Cathy gigantesca estaba

cambiando. El cabello rubio se enturbió. Las facciones se desdibujaron, pese a que el carmín rojo siguió igual de intenso, como la sonrisa del Gato de Cheshire en *Alicia*.

Al cabo de un momento allí estaba la chica original. La imagen de Cathy Morse había dejado de existir.

—Pero *esta* otra versión nunca desaparecerá —dijo Jacobs, sosteniendo en alto nuevamente la anticuada placa—. Mi ayudante la sacará en papel y la enmarcará, y puede usted pasar a recogerla antes de marcharse a casa esta noche.

—¡Cuidado, maestro! —exclamó alguien desde la primera fila—. ¡La chica va a desmayarse!

Pero no se desmayó. Solo se tambaleó un poco.

Fui yo quien se desmayó.

Cuando volví a abrir los ojos, estaba en una cama de matrimonio. Una manta me cubría hasta la barbilla. Cuando miré a mi derecha, vi una pared revestida de paneles de madera de imitación. Cuando miré a mi izquierda, vi un agradable espacio de cocina: nevera, fregadero, microondas. Más allá, la zona de estar incluía un sofá, una mesa de comedor con cuatro sillas, e incluso una butaca frente al televisor empotrado. No podía estirar el cuello lo suficiente para ver la cabina, pero como músico ambulante que había recorrido decenas de miles de kilómetros en vehículos similares (aunque pocos tan bien arreglados como ese) supe dónde estaba: en una amplia autocaravana, probablemente una Bounder. La casa de alguien lejos de casa.

Yo tenía fiebre, ardía. Me notaba la boca seca como el polvo de la carretera. Además, me estaba entrando un mono tremendo. Aparté la manta y de inmediato empecé a temblar. Una sombra se proyectó sobre mí. Era Jacobs, con una cosa hermosa en la mano: zumo de naranja en un vaso alto del que asomaba una pajita curva. Lo único mejor habría sido una jeringuilla cargada, pero todo a su debido tiempo. Tendí la mano hacia el vaso.

Antes volvió a taparme con la manta y apoyó una rodilla en el suelo junto a la cama.

—Despacio, Jamie. Ahora eres un americano enfermo, me temo.

Bebí. Me sentó de maravilla en la garganta. Intenté coger el vaso para apurarlo de un trago, pero él lo alejó.

—Despacio, he dicho.

Dejé caer la mano y me dio otro sorbo. El zumo pasó bien, pero al tercer trago se me contrajo el estómago y volvieron los temblores. Eso no era la gripe.

—Necesito pillar droga —dije. No era esa precisamente la manera en que habría deseado volver a presentarme ante mi antiguo pastor y primer amigo adulto, pero un yonqui en su momento de necesidad no siente pudor. Además, quizá él mismo guardaba algún que otro secreto. ¿Por qué, si no, utilizaba el nombre de Dan en lugar de Charles, Dan Jacobs?

—Sí —dijo—. He visto las marcas de la aguja. Y tengo pensado suministrarte al menos hasta que hayas superado el virus que te ronda por el organismo. O de lo contrario empezarás a vomitar toda la comida que intente darte, y eso no nos conviene, ¿verdad? No cuando estás al menos veinte kilos por debajo de tu peso.

Sacó del bolsillo un frasco marrón de un gramo. Llevaba una cuchara minúscula acoplada al tapón. Tendí la mano. Él movió la cabeza en un gesto de negación y apartó el frasco.

—El mismo trato. Yo impongo el ritmo.

Desenroscó el tapón, extrajo una cucharadita de polvo blanco sucio y la sostuvo bajo mi nariz. Esnifé por el orificio derecho. Extrajo otra cucharadita, y me la administré por el orificio izquierdo. No era lo que yo necesitaba —no lo *suficiente*, para ser exactos—, pero los temblores empezaron a remitir, como también la sensación de que de un momento a otro tal vez vomitara aquel agradable zumo de naranja frío.

—Ahora puedes echar una cabezada —dijo—. O una siesta, si prefieres llamarlo así. Voy a prepararte un poco de caldo de pollo. No como el que te hacía tu madre. Una sopa Campbell vulgar y corriente, que es lo que tengo.

—No sé si lo retendré —contesté, pero resultó que sí lo hice.

Cuando me acabé el tazón, que él sostuvo, le pedí más droga. Me administró otras dos dosis muy escasas.

—¿De dónde la ha sacado? —pregunté mientras él volvía a guardarse el frasco en el bolsillo delantero de los vaqueros que ahora llevaba.

Sonrió. La cara se le iluminó y volvió a ser un hombre de veinticinco años con una mujer a quien quería y un hijo pequeño a quien adoraba.

—Jamie —respondió—, hace ya mucho tiempo que hago el circuito de los parques de atracciones y las ferias ambulantes. Si no fuera capaz de encontrar droga, estaría ciego o sería idiota.

—Necesito más. Necesito un chute.

—No, un chute es lo *quieres*, y no vas a conseguirlo de mí. No cuentes conmigo para colocarte, no tengo el menor interés en eso. Sencillamente no quiero que te entren las convulsiones y mueras en mi catre. Ahora duérmete. Son casi las doce de la

noche. Si por la mañana estás mejor, hablaremos de muchas cosas, entre ellas de cómo desengancharte de eso que te tiene atrapado. Si no estás mejor, te llevaré al St. Francis o al centro médico de la Universidad Estatal de Oklahoma.

—Va a hacerle falta mucha suerte para que me acepten —dije—. Estoy a un paso de la quiebra y mi plan de asistencia médica se reduce a comprar paracetamol en la farmacia más a mano.

—En palabras de Scarlett O’Hara: «Ya nos preocuparemos de eso mañana, porque mañana será otro día».

—Memeces —grazné.

—Si tú lo dices.

—Deme un poco más.

Para mí, las exiguas dosis que me había dispensado eran casi tan útiles como un Marlboro Lights para un hombre que lleva toda la vida fumando un Chesterfield King tras otro, pero incluso esas mínimas dosis eran mejor que nada.

Se detuvo a pensar y a continuación me suministró otros dos toques. Más escasos aún que el último par.

—Mira que darle heroína a un enfermo con semejante gripazo —comentó, y ahogó una risa—. Debo de estar loco.

Eché un vistazo bajo la manta y vi que me había desvestido, dejándome en calzoncillos.

—¿Dónde está mi ropa?

—En el armario. La he separado de la mía, lamento decir. Huele un poco a tigre.

—Llevo la cartera en el bolsillo delantero de los vaqueros. Dentro hay un recibo de la consigna para recuperar el petate y la guitarra. La ropa da igual, pero la guitarra no.

—¿En la estación de autobuses o en la del ferrocarril?

—La de autobuses.

Quizá la droga fuese solo polvo, y administrado en cantidades medicinales, pero o bien era un material de excelente calidad, o bien mi organismo consumido era especialmente sensible a los efectos. El caldo me calentaba el vientre, y los párpados me pesaban como lastres de una ventana de guillotina.

—Duérmete, Jamie —dijo, y me dio un ligero apretón en el hombro—. Para vencer ese virus, tienes que dormir.

Me recosté en la almohada. Era mucho más mullida que la de mi habitación en el Fairgrounds Inn.

—¿Por qué se hace llamar Dan?

—Porque ese es mi nombre: Charles Daniel Jacobs. Y ahora duérmete.

Esa era mi intención, pero antes debía hacerle otra pregunta. Los adultos cambian, desde luego, pero, a menos que los aqueje una enfermedad debilitante o queden desfigurados en un accidente, por lo general los reconocemos. Los niños, en cambio...

—Me ha reconocido. Me he dado cuenta. ¿Cómo?

—Porque tu madre está presente en tu cara, Jamie. Espero que Laura siga bien.

—Murió. Ella y Claire, las dos.

No sé cómo se lo tomó. Cerré los ojos, y al cabo de diez segundos estaba en otro mundo.

Cuando desperté, me había bajado la fiebre, pero temblaba de mala manera. Jacobs me puso un termómetro de tira plástica en la frente, lo sostuvo durante más o menos un minuto y movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Quizá sobrevivas —dictaminó, y me dio otras dos insignificantes dosis del frasco marrón—. ¿Te ves capaz de levantarte y comer unos huevos revueltos?

—Primero tengo que ir al baño.

Me señaló el camino. Sujetándome aquí y allá, entré en el pequeño cubículo. Solo necesitaba orinar pero, en mi estado de debilidad, no me tenía en pie, así que me senté y lo hice como una mujer. Cuando salí, él revolvía huevos y silbaba. Me gruñó el estómago. Intenté recordar cuándo había comido por última vez algo más consistente que una sopa de lata. Me vinieron a la memoria unos fiambres en el camerino antes del último bolo, hacía dos noches. Si después había comido algo más, no me acordaba.

—Ingiere despacio —aconsejó, y dejó el plato en la mesa—. No querrás echarlo todo nada más acabar, ¿verdad?

Comí despacio y rebañé el plato. Sentado frente a mí, se tomó un café. Cuando le pedí un poco, me dio media taza, con mucha leche.

—El truco del retrato —dije—. ¿En qué consiste?

—¿Truco? Me ofendes. La imagen del telón de fondo está recubierta de una sustancia fosforescente. La cámara es también un generador eléctrico...

—Hasta ahí llego.

—El destello es muy potente y muy... especial. Proyecta la imagen del sujeto sobre la de la chica del traje de noche. No permanece mucho tiempo; la superficie es demasiado grande. Los retratos que vendo, en cambio, duran mucho más.

—¿Tanto como para que esa chica pueda enseñárselo a sus nietos? ¿En serio?

—Bueno, no tanto.

—¿Cuánto tiempo?

—Dos años, poco más o menos.

—Y para entonces usted ya estará lejos.

—Exacto. Y las imágenes que de verdad importan... —Se tocó la sien con el dedo

—. Esas quedan aquí arriba. Para todos nosotros. ¿No estás de acuerdo?

—Pero... reverendo Jacobs...

Vi un momentáneo asomo del hombre que había pronunciado el Sermón Tremebundo allá en los tiempos en que Lyndon B. Johnson era presidente.

—No me llames así, por favor. Basta con un simple Dan. Ahora soy ese: Dan el Retratista de los Relámpagos. O Charlie, si te resulta más cómodo.

—Pero la chica del telón de fondo se dio la vuelta, un giro de trescientos sesenta grados.

—Un sencillo truco de proyección cinematográfica. —Pero desvió la mirada al decirlo. Luego la fijó de nuevo en mí—. ¿Quieres curarte?

—Ya *estoy* casi curado. Debe de haber sido uno de esos estados de veinticuatro horas.

—No es un estado de veinticuatro horas; es la gripe. Y si intentas marcharte de aquí e ir a la estación de autobuses, recaerás de pleno antes de las doce del mediodía. Quédate, y entonces sí, probablemente te curarás del todo dentro de unos días. Pero yo no hablaba de la gripe.

—Estoy bien —dije, pero esta vez me tocó a mí desviar la mirada.

Fue el pequeño frasco marrón lo que me obligó a dirigir los ojos de nuevo al frente y al centro. Jacobs lo sostenía por la cucharilla, suspendido de su pequeña cadena plateada, y lo hacía oscilar como si se tratara del amuleto de un hipnotizador. Alargué el brazo. Retiró el frasco.

—¿Cuándo tiempo hace que consumes?

—¿Heroína? Unos tres años. —Hacía seis—. Tuve un accidente de moto. Me destrocé la cadera y la pierna. Me dieron morfina...

—Lógicamente.

—... y luego me pasaron a la codeína. Como eso no me hacía efecto, empecé a complementar las pastillas con jarabe para la tos. Hidrato de terpina. ¿Te suena?

—¿Tú qué crees? En el circuito lo llaman «la ginebra del soldado».

—La pierna mejoró, pero no del todo. Más adelante... por entonces formaba parte de un grupo llamado los Roqueros de Andersonville, o quizá a esas alturas se habían

cambiado ya el nombre y eran los Gigantes de Georgia... El caso es que más adelante cierto individuo me dio conocer la hidrocodona. Ese fue un gran paso en la dirección correcta por lo que se refiere al control del dolor. Oye, ¿de verdad quieres oír esto?

—Claro que sí.

Me encogí de hombros, como si me trajese sin cuidado tanto si le interesaba como si no, pero soltarlo me representó todo un desahogo. Hasta aquel día, allí en la Bounder de Jacobs, no se lo había contado a nadie. En los grupos con los que había tocado, mis compañeros reaccionaban con indiferencia y miraban en otra dirección. Siempre y cuando yo siguiera presentándome, claro está, y recordara los acordes de *In the Midnight Hour*... lo cual, créanme, no es ingeniería aeroespacial.

—Es otro jarabe para la tos. Más potente que el hidrato de terpina, pero solo si uno sabe depurarlo. Para eso, hay que atar un cordel al cuello del frasco y hacerlo girar como un poseso. La fuerza centrífuga separa el jarabe en tres niveles. La parte buena, el extracto de hidrocodona en sí, queda en medio. Se sorbe con una cañita.

—Fascinante.

No mucho, pensé.

—Al cabo de un tiempo, como aún me dolía, empecé a pillar morfina otra vez. Un día descubrí que la heroína daba el mismo resultado y costaba la mitad. —Sonreí—. Hay una especie de mercado bursátil de la droga, ¿sabes? Cuando todo el mundo empezó a consumir cocaína en piedra, el precio del caballo cayó en picado.

—Yo no te veo la pierna tan mal —comentó con benevolencia—. La cicatriz es considerable, y salta a la vista que has perdido algo de músculo, pero no mucho. Algún médico hizo un buen trabajo contigo.

—Aún camino, eso sí. Pero tú quédate una noche de pie durante tres horas, apoyado en una pierna llena de placas y tornillos, bajo el calor de los focos y con una guitarra de cuatro kilos al hombro. Ya puedes sermonearme todo lo que quieras. Al fin y al cabo, me recogiste en mis horas bajas y supongo que te lo debo. Pero no quieras darme lecciones sobre el dolor. Eso nadie lo conoce a no ser que lo padezca.

Asintió con la cabeza.

—Como persona que ha sufrido... pérdidas..., eso puedo comprenderlo. Pero he aquí una cosa que, en el fondo, seguramente ya sabes. El dolor está en tu *cerebro*, y le echa la culpa a tu pierna. En ese sentido el cerebro es muy taimado.

Se guardó el frasco en el bolsillo (lo vi desaparecer con profundo pesar) y se echó al frente, su mirada fija en la mía.

—Pero creo que puedo resolver tu problema con un tratamiento eléctrico. Sin garantías, y el tratamiento quizá no cure tu anhelo mental para siempre, pero creo que

puedo «crearte un espacio», como dicen en el fútbol americano.

—Curarme como curaste a Connie, imagino. Cuando aquel niño le sacudió con el bastón de esquí.

Pareció sorprenderse, pero al cabo de un momento se echó a reír.

—Te acuerdas de eso.

—¡Claro! ¿Cómo iba a olvidarme?

También recordaba que Con se había negado a acompañarme a ver a Jacobs después del Sermón Tremebundo. No fue exactamente como cuando Pedro negó a Jesús, pero no le andaba lejos.

—Una curación dudosa, Jamie, en el mejor de los casos. Muy probablemente fue el efecto placebo. A ti te ofrezco una curación *real*, una que provoque, o eso creo, un cortocircuito en el doloroso proceso de abstinencia.

—Ya, pero tú qué vas a *decir*.

—Estás juzgándome por el personaje que encarno en la feria. Pero lo que viste, Jamie, es solo eso: un personaje. Cuando no llevo mi traje de escena ni estoy ganándome la vida, procuro decir la verdad. De hecho, cuando estoy trabajando, en esencia también digo la verdad. Ese retrato asombrará a los amigos de la señorita Cathy Morse.

—Sí —dije—. Durante unos dos años, más o menos.

—Déjate de evasivas y contesta a mi pregunta. ¿Quieres curarte?

Lo que me vino a la cabeza fue la posdata de la nota que Kelly Van Dorn me había dejado por debajo de la puerta. En la cárcel al cabo de un año si no me enmendaba, había escrito. Y eso con suerte.

—Hace tres años lo dejé. —Era verdad a medias, porque de hecho me había sometido a un programa de deshabituación por medio del consumo de marihuana—. A rajatabla. Pasé por los temblores, los sudores, las diarreas. Tenía la pierna tan mal que ni renqueando podía apenas andar. Tengo dañado algún nervio.

—Eso también puedo resolverlo, me parece.

—¿Obras milagros o algo así? Eso es lo que esperas que crea.

Jacobs estaba sentado en la moqueta junto a la cama. En ese momento se puso en pie.

—Por ahora ya basta. Necesitas dormir. Aún no estás bien ni mucho menos.

—Pues dame algo que me ayude.

Me lo dio sin discutir, y esnifar me ayudó. Pero no me ayudó lo suficiente. En 1992, la verdadera ayuda llegaba a través de la aguja. No había otra opción. Sencillamente no es posible hacer desaparecer esa mierda con una varita mágica.

O eso creía yo.

Me quedé en su Bounder durante casi toda una semana, viviendo a base de caldo, bocadillos y dosis de heroína administrada por vía nasal, que servían escasamente para mantener a raya los temblores más agudos. Me trajo la guitarra y el petate. En este guardaba instrumental de reserva, pero cuando lo busqué (era la segunda noche, y él volvía a presentar ante el público su número Retratos en Relámpagos) había desaparecido. Le supliqué que me lo devolviera, junto con heroína suficiente para prepararme un chute.

—No —contestó—. Si la quieres en vena...

—Solo me pincho a través de la piel.

Me miró como diciendo: *Vamos, por favor.*

—Si eso es lo que quieres, tendrás que buscarte el equipo adecuado tú mismo. Si no estás tan recuperado como para eso esta noche, lo estarás mañana, y por estos alrededores no te llevará mucho tiempo. Pero aquí no vuelvas.

—¿Cuándo será esa supuesta curación milagrosa?

—Cuando estés en condiciones de soportar una pequeña dosis de electricidad en el lóbulo frontal.

Sentí frío al oírlo. Bajé las piernas de la cama (él dormía en el sofá plegable) y lo observé mientras se quitaba el traje de escena, lo colgaba cuidadosamente y se ponía un sencillo pijama blanco que parecía una de esas prendas que llevaban los internos en las películas de terror ambientadas en manicomios. A veces me preguntaba si su lugar no estaría en un manicomio, y no porque se dedicara a lo que en esencia era un número de feria. A veces —sobre todo cuando hablaba de las facultades curativas de la electricidad— asomaba a sus ojos una expresión que no parecía propia de una persona cuerda. Una expresión no muy distinta de la que tenía cuando perdió el empleo por su sermón en Harlow.

—Charlie... —Así lo llamaba ahora—. ¿Estás hablándome de un tratamiento de electroshock?

Me miró seriamente mientras se abotonaba el pijama blanco de interno.

—Sí y no. Desde luego no en el sentido convencional, porque no tengo intención de tratarte con electricidad convencional. En el escenario, mis palabras suenan increíbles, porque es lo que los clientes quieren. No vienen a la feria por la realidad, Jamie; vienen por la fantasía. Pero de verdad existe una electricidad secreta, y sus utilidades son muchas. Solo que aún no las he descubierto todas, y eso incluye la que

más me interesa.

—¿Quieres explicarte?

—No. He hecho varias actuaciones agotadoras, y necesito dormir. Espero que por la mañana sigas aquí, pero si no, la decisión es tuya.

—En otro tiempo habrías dicho que no hay decisiones reales, sino solo la voluntad de Dios.

—Ese era un hombre distinto. Un joven con creencias ingenuas. ¿Vas a darme las buenas noches?

Eso hice, y después me tendí en la cama que él me había cedido. No era ya predicador, pero conservaba algo de buen samaritano en muchos sentidos. No me había encontrado desnudo, como el hombre asaltado por los ladrones de camino a Jericó, pero desde luego la heroína me había robado muchas cosas. Jacobs me había dado de comer, y me había acogido y me había proporcionado caballo suficiente para evitar que enloqueciera. Ahora la duda era si yo quería o no darle la oportunidad de aplanarme las ondas cerebrales. O matarme directamente a fuerza de enchufarme megavoltios de «electricidad especial» en la cabeza.

Cinco veces, quizá diez o doce, pensé en levantarme y recorrer a rastras el paseo central hasta encontrar a alguien que me vendiera lo que necesitaba. Esa necesidad era como un taladro en mi cabeza, penetrando cada vez a mayor profundidad. Los sorbos de H administrada por vía nasal no la atajaban. Necesitaba una dosis grande, directa al sistema nervioso central. En una ocasión llegué a apoyar los pies en el suelo y a tender la mano hacia la camisa, resuelto a hacerlo de una vez por todas, pero al final volví a tumbarme, tembloroso y sudoroso, con convulsiones.

Al cabo de un rato me adormecí. Me dejé llevar, pensando: *Mañana. Me marcharé mañana*. Pero me quedé. Y en mi quinta mañana —creo que era la quinta—, Jacobs se sentó al volante de su Bounder, puso el motor en marcha y dijo:

—Demos un paseo.

No me quedaba otra elección, a menos que quisiera abrir la puerta y saltar, porque estábamos ya en movimiento.

El tratamiento eléctrico. Una excursión nocturna.
Un patán de Oklahoma hecho una furia.
Un billete para el Mountain Express.

Jacobs tenía el taller eléctrico en West Tulsa. No sé cómo es ahora esa parte de la ciudad, pero en 1992 era una zona industrial desolada donde muchas de las fábricas parecían muertas o agonizantes. En Olympia Avenue, entró en el aparcamiento de un centro comercial casi en quiebra y estacionó frente a la Chapistería Wilson.

—Llevaba desocupado mucho tiempo, según me dijo el agente inmobiliario —explicó Jacobs. Vestía unos vaqueros descoloridos y un polo azul, llevaba el pelo lavado y peinado, y le brillaban los ojos de entusiasmo. Me ponía nervioso de solo mirarlo—. Tuve que pagar el alquiler de todo un año; aun así, me salió tirado. Entremos.

—Deberías quitar el letrero y poner el tuyo —sugerí. Lo encuadré con las manos, que me temblaban solo un poco—. «Retratos en Relámpagos, C. D. Jacobs, Propietario». Quedaría bien.

—No me quedaré en Tulsa tanto tiempo —dijo—, y los retratos en realidad son solo una manera de mantenerme mientras llevo a cabo mis experimentos. He recorrido un largo camino desde mi época de pastor, pero aún tengo mucho camino por recorrer. No te haces una idea. Entra, Jamie. Entra.

Sacó una llave, abrió una puerta y me guio a través de un despacho sin muebles. En el linóleo mugriento se veían aún los recuadros limpios allí donde en su día descansaron las patas de un escritorio. En la pared colgaba un calendario abarquillado con el mes de abril de 1989 a la vista.

El garaje tenía el tejado de metal acanalado, y supuse que sería un horno bajo el sol de septiembre; sin embargo resultaba asombrosamente fresco. Oí el susurro del aire acondicionado. Cuando accionó una serie de interruptores —recientemente modificados, a juzgar por el aspecto improvisado de los cables que asomaban de los boquetes al descubierto donde antes debían de estar las placas—, se encendieron una docena de intensas luces. De no ser por el cemento oscurecido a causa del aceite y los

fosos rectangulares donde en otro tiempo hubo dos elevadores, habría cabido pensar que era un quirófano.

—Debe de costar una fortuna el aire acondicionado en un sitio como este —comenté—. Y más con todas esas luces encendidas.

—Me sale tirado. Los aparatos de aire acondicionado los he diseñado yo mismo. Consumen poquísimo y la energía la genero yo en su mayor parte. Podría generarla toda, pero no me gustaría que la compañía de la luz de Tulsa sospechara que punteo el contador y se presentara aquí a husmear. En cuanto a las luces... puedes rodear con la mano una de las bombillas sin quemarte. Sin sentir siquiera el calor en la piel, si a eso vamos.

Nuestros pasos reverberaron en aquel amplio espacio vacío. También nuestras voces. Era como estar en compañía de fantasmas. *Solo tengo esa sensación porque estoy tenso*, me dije.

—Oye, Charlie... no estarás tonteando con algo radiactivo, ¿verdad?

Hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Nada me interesa menos que la energía nuclear. Eso es para idiotas. Un callejón sin salida.

—¿Y cómo generas la corriente?

—La electricidad engendra electricidad, si sabes lo que te traes entre manos. Dejémoslo en eso. Ven por aquí, Jamie.

Al fondo de la sala había tres o cuatro mesas alargadas con material eléctrico. Reconocí un osciloscopio, un espectrómetro y un par de objetos que parecían amplificadores Marshall pero podrían haber sido baterías de algún tipo. El equipo incluía un panel de control en apariencia averiado y varias consolas apiladas con los cuadrantes a oscuras. Gruesos cables eléctricos serpenteaban en todas las direcciones. Algunos desaparecían en el interior de contenedores metálicos cerrados que, por su aspecto, podrían haber sido cajas de herramientas Craftsman; otros formaban bucles y volvían al equipo oscuro.

Todo esto podría ser una fantasía, pensé. *Equipo que solo cobra vida en su imaginación*. Pero los Retratos en Relámpagos no eran ficticios. Yo ignoraba cómo los creaba; sus explicaciones habían sido imprecisas como mucho. Pero los creaba. Y aunque me hallaba justo debajo de una de aquellas luces intensas, ciertamente no parecía emitir calor alguno.

—Esto no parece gran cosa —comenté con recelo—. Me esperaba algo más.

—¡Luces intermitentes! ¡Interruptores cromados en paneles de control de ciencia ficción! ¡Telepantallas a lo *Star Trek*! ¡Posiblemente una cámara de teletransporte, o

un holograma del arca de Noé en una cámara de niebla! —Soltó una alegre carcajada.

—Eso no —contesté, pese a que no iba muy desencaminado—. Es solo que parece un tanto... escaso.

—Lo es. He llegado todo lo lejos que puedo llegar por el momento. He vendido parte de mi equipo. Otras cosas, cosas más controvertidas, las he desmontado y las tengo guardadas. En Tulsa he trabajado bien, en especial si pensamos en el poco tiempo libre de que dispongo. Subsistir es una labor engorrosa, como imagino que ya sabes.

Sin duda lo sabía.

—Pero sí, he hecho ciertos avances hacia mi objetivo final. Ahora necesito pensar, y no creo que pueda hacerlo con media docena de funciones cada noche.

—¿Y cuál es tu objetivo final?

También esta vez hizo caso omiso de la pregunta.

—Pasa por aquí, Jamie. ¿Te apetece un pequeño reconstituyente antes de empezar?

No estaba muy seguro de *querer* empezar, pero sí quería el reconstituyente, eso desde luego. No por primera vez, me planteé agarrar sin más el pequeño frasco marrón y salir corriendo. Solo que probablemente me atraparía y me lo quitaría. Yo era más joven, y casi me había recuperado de la gripe; aun así, él estaba en mejor forma. De entrada, no había sufrido una fractura múltiple de cadera y pierna en un accidente de moto.

Cogió una silla de madera salpicada de pintura y la colocó frente a una de las cajas negras que parecían amplificadores Marshall.

—Siéntate aquí.

Pero no me senté, no de inmediato. En una de las mesas había un marco, de esos que se apoyaban en una pequeña cuña situada en la parte de atrás. Me vio tender la mano hacia él e hizo ademán de impedírmelo. Pero de pronto se quedó inmóvil.

Una canción en la radio puede devolvernos el pasado con una inmediatez brutal (aunque afortunadamente pasajera): un primer beso, un buen rato con los amigos o una etapa de la vida desdichada. Siempre que oigo *Go Your Own Way*, de Fleetwood Mac, pienso en las últimas y dolorosas semanas de mi madre; esa primavera tenía la impresión de que sonaba por la radio cada vez que la encendía. Una foto puede ejercer el mismo efecto. Miré aquella y de repente volví a ser un niño de ocho años. Mi hermana ayudaba a Morrie a colocar piezas de dominó en el Rincón de los Juguetes mientras Patsy Jacobs tocaba *Bringing in the Sheaves*, meciéndose en la banqueta del piano, oscilando su cabello rubio y lacio.

Era un retrato de estudio. Patsy llevaba uno de esos vestidos con vuelo y falda

hasta la pantorrilla que habían pasado de moda ya hacía años, pero a ella le quedaban bien. El niño, con pantalón corto y un chaleco de lana, estaba en su regazo. Un bucle que yo recordaba bien se erguía en la parte de atrás de su cabeza.

—Lo llamábamos Morrie el Lapa —dije a la vez que deslizaba los dedos suavemente por el cristal.

—¿Ah, sí?

No alcé la vista. Su voz trémula me indujo a temer lo que pudiera ver en sus ojos.

—Sí. Y todos los niños estábamos enamorados de tu mujer. Claire también. Creo que ella quería ser como la señora Jacobs.

Con el recuerdo de mi hermana, a mí mismo se me empañaron los ojos. Podría aducir que se debió a que estaba en un mal momento físico y rebosaba ansia, y sería verdad, pero no toda la verdad.

Me froté la cara con un brazo y dejé el marco. Cuando levanté la vista, él manipulaba un regulador de voltaje que al parecer no necesitaba ser manipulado.

—¿Nunca has vuelto a casarte?

—No —respondió—. Ni siquiera he estado cerca de eso. Patsy y Morrie eran lo único que quería. Que necesitaba. No hay un solo día que no piense en ellos, ni un solo mes que no sueñe que están bien. El sueño fue el accidente, me digo, y entonces despierto. Dime una cosa, Jamie. En cuanto a tu madre y tu hermana, ¿alguna vez te preguntas dónde están? ¿*Si* están?

—No. —Todo retazo de fe que pudiera haber sobrevivido al Sermón Tremebundo había acabado de desvanecerse en el instituto y la universidad.

—Ah. Ya veo. —Dejó caer el regulador y encendió el objeto que parecía un amplificador Marshall, la clase de amplificador que los grupos con los que yo tocaba rara vez podían permitirse. Emitió un zumbido, pero no como el de un Marshall. Era un sonido más grave, y casi musical—. En fin, vamos allá, ¿te parece?

Miré la silla, pero no me senté.

—Primero ibas a darme una pequeña dosis.

—Es verdad. —Sacó el frasco marrón, lo contempló por un momento y me lo entregó—. Como cabe esperar que esta sea la última vez, ¿por qué no haces tú los honores?

No tuvo que pedírmelo dos veces. Esnifé dos veces con fuerza, y habría repetido de no ser porque me arrebató el frasco. Aun así, se abrió en mi cabeza una ventana que daba a una playa tropical. Entró una suave brisa, y de pronto ya no me preocupaban los posibles efectos de aquello en mis ondas cerebrales. Me senté en la silla.

Abrió uno de los varios armarios empotrados y sacó unos auriculares maltrechos, remendados mediante esparadrapo, con las almohadillas recubiertas de malla metálica entrecruzada. Los conectó al artefacto semejante a un amplificador y me los tendió.

—Si oigo *In-A-Gadda-Da-Vida*, salgo por piernas —dije.

Sonrió pero guardó silencio.

Me puse los auriculares. Noté la malla fría en las orejas.

—¿Has probado esto con alguien? —pregunté—. ¿Me dolerá?

—No te dolerá —dijo, sin contestar la primera pregunta. Como en contradicción con su respuesta, me entregó un protector bucal, de esos que a veces usan los jugadores de baloncesto, y sonrió al ver mi expresión.

—Pura precaución. Póntelo.

Me lo puse.

Del bolsillo extrajo una caja blanca de plástico no mayor que un timbre de puerta.

—Creo que...

Pero apretó un botón de la cajita, y no oí el resto.

No hubo fundido a negro, ni sensación de paso del tiempo, ni discontinuidad alguna. Solo un *chasquido*, muy sonoro, como si Jacobs hubiese chascado los dedos junto a mis oídos, pese a que se hallaba a un metro y medio de mí. Sin embargo, de repente, estaba inclinado sobre mí, no de pie junto al objeto que no era un amplificador Marshall. La pequeña caja blanca, el mando, no estaba a la vista, y me pasaba algo en el cerebro. Se me atascaba.

—Algo —dije—. Algo, algo, algo. Ha pasado. Ha pasado. Algo ha pasado. Algo ha pasado, pasado, algo ha pasado. Ha pasado. Algo.

—Para ya. Estás bien. —Pero no se lo veía muy convencido. Se lo veía asustado.

Los auriculares habían desaparecido. Intenté ponerme en pie y, en lugar de eso, levanté una mano, como un niño de segundo de primaria que sabe la respuesta correcta y se muere de ganas de darla.

—Algo. Algo. Algo. Ha pasado. Ha pasado, ha pasado. Algo ha pasado.

Me abofeteó, y con fuerza. Di una sacudida hacia atrás, y me habría caído de espaldas si la silla no hubiese estado colocada casi contra la mampara metálica que delimitaba el taller.

Bajé la mano, dejé de repetir palabras y me limité a mirarlo.

—¿Cómo te llamas?

Diré que me llamo algo ha pasado, pensé. Nombre de pila: Algo; apellido: Ha

Pasado.

Pero no fue así.

—Jamie Morton.

—¿Segundo nombre?

—Edward.

—¿Y yo cómo me llamo?

—Charles Jacobs. Charles *Daniel* Jacobs.

Sacó el pequeño frasco de heroína y me lo entregó. Lo miré por un momento y se lo devolví.

—Por ahora estoy bien. Acabas de darme un poco.

—¿Ah, sí? —Me enseñó su reloj. Habíamos llegado allí a media mañana. Eran las dos y cuarto del mediodía.

—Imposible.

Mi respuesta pareció interesarle.

—¿Y eso por qué?

—Porque no ha pasado el tiempo. Solo que... supongo que sí ha pasado. ¿No?

—Sí. Hemos hablado largamente.

—¿De qué hemos hablado?

—De tu padre. De tus hermanos. Del fallecimiento de tu madre. Y el de Claire.

—¿Qué he dicho de Claire?

—Que se casó con un maltratador y, por vergüenza, lo llevó en secreto durante tres años. Al final se sinceró con tu hermano Andy, y...

—Se llamaba Paul Overton —dije—. Daba clases de lengua y literatura en un colegio pijo de New Hampshire. Andy fue hasta allí en coche, esperó en el aparcamiento, y cuando Overton apareció, Andy le dio una paliza de muerte. Todos queríamos mucho a Claire... todos, incluso Paul Overton a su manera, supongo... pero ella y Andy eran los mayores, y estaban muy unidos. ¿Es eso lo que te he contado?

—Casi palabra por palabra. Andy dijo: «Si vuelves a ponerle la mano encima te mataré».

—¿Qué más he dicho?

—Que Claire se marchó de allí, consiguió una orden de alejamiento y pidió el divorcio. Se fue a North Conway y encontró otro empleo de profesora en un colegio. Seis meses después de dictarse la sentencia definitiva de divorcio, Overton se presentó allí y la mató de un tiro en su aula mientras ella corregía unos exámenes después de clase. Luego se suicidó.

Sí. Claire muerta. Su funeral fue la última vez en que se reunió lo que quedaba de mi familia amplia, bulliciosa y por lo general feliz. Un día soleado de octubre. Después del entierro, me fui en coche a Florida por el simple hecho de que nunca había estado allí. Al cabo de un mes tocaba con El Carmín de Patsy Cline en Jacksonville. Los precios de la gasolina eran altos, el clima por norma era templado, y troqué mi coche por una Kawasaki. No fue una buena decisión, como más tarde se vio.

En un rincón del taller había una pequeña nevera. La abrió y me trajo una botella de zumo de manzana. La apuré de cinco largos tragos.

—A ver si la retienes.

Me levanté de la silla y me tambaleé. Jacobs me sujetó por el codo para que no me cayera.

—De momento va bien. Ahora cruza el taller.

Obedecí, al principio haciendo eses como un borracho, pero a la vuelta, caminaba ya normalmente. Con paso estable.

—Bien —dijo—. Ni rastro de la cojera. Volvamos al recinto de la feria. Necesitas descansar.

—*Sí* ha pasado algo —dije—. ¿Qué?

—Una reestructuración menor de tus ondas cerebrales, creo.

—Crees.

—Sí.

—Pero ¿no lo *sabes*?

Se detuvo a pensar durante lo que se me antojó un largo rato, aunque acaso fueran solo unos segundos; tardé una semana en recuperar la noción del tiempo. Al final dijo:

—He encontrado ciertos libros importantes, que son realmente difíciles de obtener, y como consecuencia tengo un largo camino por recorrer en mis estudios. A veces eso implica correr pequeños riesgos. Solo riesgos asumibles. Te encuentras bien, ¿verdad?

Pensé que aún era pronto para saberlo, pero callé. A fin de cuentas, lo hecho hecho estaba.

—Vamos, Jamie. Tengo por delante una larga noche de trabajo, y también yo necesito descansar.

Cuando llegamos a su Bounder, intenté tender la mano hacia la puerta y una vez más la levanté verticalmente. Se me trabó el codo; era como si la articulación se hubiese convertido en hierro. Por un momento aterrador pensé que nunca volvería a bajarla, que iba a pasarme el resto de la vida con una mano en alto en aquel gesto de niño de primaria: *Profe, profe, yo lo sé*. Al final, se me pasó. Bajé el brazo, abrí la

puerta y entré.

—Eso se te pasará —aseguró.

—¿Cómo lo sabes? Si en realidad no tienes ni idea de qué has hecho exactamente.

—Porque ya lo he visto antes.

Después de aparcar en su sitio habitual en el recinto de la feria, volvió a enseñarme el pequeño frasco de heroína.

—Puedes quedártelo si lo quieres.

Pero yo no lo quería. Me sentía como alguien que contempla un banana split minutos después de zamparse una comida de nueve platos en Acción de Gracias. Uno sabe que esa delicia rebosante de azúcar está exquisita, y uno sabe que en determinadas circunstancias la engulliría ávidamente, pero no después de un atracón. Después de un atracón, un banana split no es un objeto de deseo sino solo un objeto.

—Más tarde, puede —contesté, pero ese más tarde aún no ha llegado.

Ahora que voy para viejo, con una pizca de artritis, y escribo sobre aquellos tiempos lejanos, sé que ya nunca llegará. Él me curó, pero fue una curación peligrosa, y él lo sabía; cuando alguien habla de «riesgos asumibles», la cuestión es: *¿asumibles para quién?* Charlie Jacobs era un buen samaritano. También era un científico medio loco, y aquel día en el taller de chapistería abandonado, yo fui su último conejillo de Indias. Podría haberme matado, y a veces —muchas veces, de hecho— lamento que no fuera así.

El resto de esa tarde dormí. Cuando desperté, me sentí como una versión anterior de Jamie Morton, con la cabeza despejada y rebosante de vitalidad. Bajé los pies al suelo desde su cama y lo vi ponerse el traje de escena.

—Dime una cosa —pedí.

—Si tiene que ver con nuestra pequeña aventura en West Tulsa, preferiría no hablar del tema. ¿Por qué no esperamos y vemos si sigues como hasta ahora, o si recaes en el ansia...? Maldita corbata, jamás consigo hacerme bien el nudo, y Briscoe para eso es un absoluto inútil.

Briscoe era su ayudante, el individuo que hacía muecas y distraía al público cuando era necesario distraerlo.

—Quédate quieto —dije—. La estás enredando. Déjame a mí.

Me coloqué detrás de él. Alargué los brazos por encima de los hombros y le anudé

la corbata. Ya sin temblores en las manos, me fue fácil. Se me habían estabilizado, igual que el andar después de los efectos iniciales de la sacudida cerebral.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso?

—Después del accidente, cuando ya podía tenerme en pie y tocar durante un par de horas sin caerme, trabajé con un grupo que se llamaba Pompas Fúnebres. —No era nada del otro mundo, ni aquel ni ninguno de los grupos en los que yo era el mejor músico—. Nos poníamos levitas, chisteras y corbatas estrechas. El batería y el bajo se pelearon por una chica y el grupo se separó, pero yo acabé con una habilidad nueva.

—Bueno... gracias. ¿Qué querías preguntarme?

—Una cosa sobre tu número, Retratos en Relámpagos. Solo fotografías a mujeres. Me da la impresión de que así pierdes el cincuenta por ciento del mercado.

Desplegó su sonrisa más juvenil, la que exhibía cuando organizaba los juegos en el sótano de la rectoría.

—Cuando inventé esa cámara... que en realidad es una combinación de generador y proyector, como sin duda tú ya sabes... intenté *en efecto* retratar tanto a hombres como a mujeres. Eso fue en un pequeño parque de atracciones de Carolina del Norte, Joyland, a orillas del mar. Ya ha cerrado, pero era un sitio encantador, Jamie. Allí yo disfrutaba enormemente. Durante mi época en el paseo central del parque, que se llamaba Joyland Avenue, había una Galería de Maleantes al lado de la Misteriosa Mansión de los Espejos. Contenía siluetas de cartón con espacios recortados allí donde deberían haber estado las caras. Había un pirata, un gángster con una pistola automática, una chica dura con una metralleta, el Joker y Catwoman de los cómics de Batman. La gente ponía allí la cara y las fotografías ambulantes del parque... Hollywood Girls, se llamaban... les hacían la foto.

—¿De ahí sacaste la idea?

—Sí. En aquella época yo me presentaba como Mister Eléctrico, un homenaje a Ray Bradbury, pero dudo que ninguno de aquellos paletos lo supiera, y aunque ya había inventado una versión rudimentaria de mi actual proyector, jamás se me había pasado por la cabeza incluirlo en el espectáculo. Básicamente utilizaba la bobina de Tesla y un generador de chispas llamado Escalera de Jacob. A vosotros, los niños, os enseñé una pequeña Escalera de Jacob cuando era vuestro pastor. Utilicé sustancias químicas para que las chispas que se elevaban cambiaran de color. ¿Te acuerdas?

Sí me acordaba.

—Gracias a la Galería de Maleantes tomé consciencia de las posibilidades inherentes de mi proyector, y creé Retratos en Relámpagos. Un número de feria más, dirás... pero a la vez me sirvió para dar impulso a mis estudios, y todavía es así.

Durante mi etapa en Joyland utilizaba un telón de fondo en el que aparecía un hombre con una corbata negra cara, además de la chica guapa del traje de noche. Algunos hombres me seguían el juego, pero muy pocos, curiosamente. Sospecho que los palurdos de sus amigos se reían de ellos cuando los veían vestidos así, de punta en blanco. Las mujeres nunca se reían, porque a las mujeres les *encanta* vestirse de tiros largos. Larguísimos, si es posible. Y cuando ven la demostración, hacen cola.

—¿Cuánto tiempo llevas con estos bolos?

Entornando un ojo, hizo cálculos. De pronto abrió los dos como platos en una expresión de sorpresa.

—Ya casi quince años.

Meneé la cabeza, sonriente.

—Pasaste de predicador a charlatán.

En cuanto esas palabras salieron de mi boca, caí en la cuenta de que eran una crueldad, pero la idea de que mi antiguo pastor se dedicara al espectáculo aún me desconcertaba. Sin embargo no se ofendió. Se limitó a lanzar una última mirada de admiración en el espejo al nudo perfecto de su corbata y me guiñó un ojo.

—No hay ninguna diferencia —declaró—. Tanto lo uno como lo otro consiste en convencer a paletos. Y ahora discúlpame mientras voy a vender unos relámpagos.

Dejó la heroína en la pequeña mesa situada en el centro de la Bounder. Le eché alguna que otra ojeada, incluso llegué a cogerla en una ocasión, pero no sentí el deseo de consumirla. A decir verdad, no me explicaba por qué había echado a perder una parte tan grande de mi vida por eso. Toda esa ansia desesperada me parecía de pronto un sueño. Me pregunté si todo el mundo sentía eso una vez superadas sus compulsiones. No lo sabía.

Sigo sin saberlo.

Briscoe se marchó en busca de nuevos horizontes, como es propio de los feriantes, y cuando pregunté a Jacobs si podía ocupar su puesto, accedió de inmediato. La verdad es que no había gran cosa que hacer, pero así le ahorré tener que buscar a un lugareño para subir la cámara al escenario y bajarla, entregarle la chistera y simular que se electrocutaba. Incluso sugirió que tocara unos acordes con mi Gibson durante las demostraciones. «Algo de suspense —indicó—. Algo que plante en la cabeza de esos paletos la idea de que la chica podría acabar frita de verdad».

Eso era relativamente fácil. Saltar entre la menor y mi mayor (los acordes básicos de *House of the Rising Sun* y *The Springhill Mining Disaster*, por si les interesa

saberlo) siempre augura la inminencia de una catástrofe. Me lo pasaba bien, pero pensaba que un sonoro y lento redoble de tambor habría añadido algo más.

—No le cojas demasiado apego al trabajo —me aconsejó Charlie Jacobs—. Tengo previsto marcharme. Cuando la feria cierre, Bell se quedará sin público.

—Marcharte ¿adónde?

—No estoy muy seguro, pero me he acostumbrado a viajar solo. —Me dio una palmada en el hombro—. Te lo digo para que lo sepas.

Yo ya lo sabía. Tras las muertes de su mujer y su hijo, Charlie Jacobs era en rigor un solista.

Sus visitas al taller eran cada vez más breves. Empezó a traer parte del equipo y a guardarlo en el pequeño remolque que acoplaría a la Bounder cuando reanudara su vagabundeo. Los amplificadores que no eran amplificadores no los trajo, como tampoco dos de las cuatro cajas metálicas alargadas. Me dio la impresión de que se proponía partir de cero, al margen de dónde acabara. Como si hubiera recorrido un camino hasta el final, y pretendiera probar por otro.

Yo no sabía qué hacer con mi propia vida, ahora libre de la droga (y libre de la cojera; eso también), pero viajar con el Rey del Alto Voltaje no era mi deseo. Sentía gratitud, pero dado que ya no recordaba los horrores de la adicción a la heroína (del mismo modo, supongo, que una mujer que ha tenido un hijo no recuerda los dolores del parto), no tanta gratitud como cabría pensar. Además, me daba miedo. Él y su electricidad secreta. Hablaba de ello con desmesura —«el secreto del universo», «el camino al conocimiento último»—, pero no sabía qué era en realidad, tal como un niño de dos años no sabe qué es un arma que encuentra en el armario de su padre.

Y hablando de armarios... fisgoneé, ¿vale? Y lo que encontré fue un álbum con fotos de Patsy, Morrie, y los tres juntos. Las hojas estaban muy manoseadas y desencuadradas. No hacía falta ser Sam Spade para saber que dedicaba mucho tiempo a contemplar esas fotos, pero nunca lo vi hacerlo. Ese álbum era un secreto.

Como su electricidad.

En la madrugada del 3 de octubre, poco antes de que la Feria Estatal de Tulsa cerrara por ese año, experimenté otro efecto secundario de la sacudida cerebral administrada por Jacobs. Este me pagaba por mis servicios (bastante más de lo que en realidad merecían esos servicios), y yo había alquilado una habitación por semanas a unas cuatro manzanas del recinto ferial. Saltaba a la vista que él quería estar solo, por más simpatía que me tuviera (si es que me la tenía), e intuí que ya iba siendo hora de

devolverle la cama.

Me retiraba allí a las doce de la noche, más o menos una hora después de cerrar el tenderete, y me dormía de inmediato. Casi siempre. Sin droga en el organismo, dormía bien. Solo que aquella noche desperté dos horas más tarde en el sórdido patio de la pensión. Un gélido cuarto de luna pendía en el cielo. Debajo se hallaba Jamie Morton, desnudo excepto por un calcetín, y con un trozo de tubo de goma alrededor del bíceps. Ignoraba de dónde lo había sacado, pero, por encima del tubo, los vasos sanguíneos —cualquiera de ellos perfecto para inyectarse— estaban hinchados. Por debajo, mi antebrazo estaba blanco, frío y muy dormido.

—Ha pasado algo —dije. Tenía un tenedor en una mano (a saber de dónde había sacado también eso), y me lo clavaba una y otra vez en la parte superior del brazo, la parte hinchada. Manaba sangre al menos de una docena de pinchazos—. Algo. Ha pasado. Algo ha pasado. Madre mía, algo ha pasado. Algo, algo.

Me dije que debía parar, pero al principio no pude. No estaba fuera de control exactamente, pero sí fuera de *mi* control. Me acordé del Jesus Eléctrico que cruzaba penosamente el Lago Apacible por un carril oculto. Mi situación era algo así.

—Algo.

Pinchazo.

—Algo ha pasado.

Pinchazo, pinchazo.

—Algo...

Saqué la lengua y me la mordí. El *chasquido* sonó otra vez, no junto a mis oídos, sino en el fondo de mi cabeza. La compulsión de hablar y pincharme desapareció, así sin más. Se me cayó el tenedor de la mano. Me retiré el torniquete improvisado y sentí un hormigueo en el brazo al volver a circular la sangre.

Miré la luna, temblando y preguntándome quién, o qué, había estado controlándome. Porque *había* estado bajo control ajeno. Cuando volví a mi habitación (dando gracias porque nadie me viera con el pito al aire), vi que había pisado unos cristales rotos y tenía cortes de consideración en el pie. Eso debería haberme despertado, pero no había sido así. ¿Por qué? Porque no estaba dormido. Tenía la certeza de que así era. Algo me había obligado a salir de mí mismo y se había adueñado de mí, conduciendo mi cuerpo como si de un coche se tratara.

Me lavé el pie y volví a la cama. Nunca conté a Jacobs esta experiencia. ¿De qué habría servido? Habría dicho que un corte en el pie durante un paseo nocturno era un precio insignificante a cambio de la curación milagrosa de la adicción a la heroína, y habría tenido razón. Aun así:

Algo había pasado.

Ese año, la Feria Estatal de Tulsa se clausuraba el 10 de octubre. Aquella tarde llegué a la Boucher de Jacobs a eso de las cinco y media, con tiempo de sobra para afinar la guitarra y hacerle el nudo de la corbata, lo cual se había convertido en tradición. Mientras estaba en ello, llamaron a la puerta. Charlie fue a abrir con expresión ceñuda. Esa noche tenía por delante seis funciones, la última a las doce, y no le gustaba que lo interrumpieran antes.

Al abrir, dijo:

—Si no se trata de algo importante, preferiría que volviera usted más tar...

Y en ese momento un granjero con peto y el emblema de Case, la marca de maquinaria agrícola, en la gorra (un patán de Oklahoma donde los hubiera, hecho una furia) le asestó un puñetazo en la boca. Jacobs, tambaleante, retrocedió, trastabilló y se desplomó, y por muy poco no se dio con la cabeza contra la mesa del comedor, o de lo contrario posiblemente habría quedado sin conocimiento.

Acto seguido nuestro visitante irrumpió en la caravana, se agachó y agarró a Jacobs por las solapas. Era más o menos de su misma edad, pero mucho más corpulento. Y estaba colérico. Aquello podía traer complicaciones, pensé. Por supuesto ya las había, pero yo pensaba en las que terminan con una prolongada estancia en el hospital.

—¡Por tu culpa la detuvo la policía! —vociferó—. ¡Maldito seas! Ahora tendrá antecedentes, y cargará con eso el resto de su vida. Como un perro con una lata atada al rabo.

Sin detenerme a pensar, agarré un cazo vacío del fregadero y le aticé de pleno a un lado de la cabeza. No fue un golpe fuerte, pero el patán soltó a Jacobs y me miró con expresión de asombro. Las lágrimas empezaron a resbalar por los surcos a ambos lados de su considerable narigón.

Charlie, apoyándose en las manos e impulsándose con los pies, se escabulló a toda prisa. Le sangraba el labio inferior, partido por dos sitios.

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño? —pregunté. Una argumentación poco razonada, lo sé, pero es curioso cómo revive uno el patio del colegio cuando se ve envuelto en un conflicto así.

—¡Acabó en el juzgado! —exclamó en dirección a mí con aquel acento de Oklahoma que recordaba a un banjo desafinado—. ¡La culpa es de ese mamón! ¡Ese mamón de ahí, ese que se arrastra como un recondenado *cangrejo*!

Dijo «recondenado». De verdad lo dijo.

Dejé el cazo en la cocina y le mostré las manos vacías. Hablé con mi tono más tranquilizador.

—No sé de quién me habla, y estoy seguro de que... —Por poco no dije «Charles»—. Estoy seguro de que Dan tampoco lo sabe.

—¡Mi hija! ¡Mi hija Cathy! ¡Cathy Morse! Él le dijo que el retrato era gratis, por subir al escenario, ¡pero de gratis nada! Ese recondenado retrato le ha salido muy caro. Le ha arruinado la vida, el dichoso retrato.

Con cautela, le rodeé los hombros con un brazo. Pensé que quizá me sacudiera, pero ahora que había desahogado su rabia inicial solo se lo veía triste y desconcertado.

—Vamos afuera —propuse—. Buscaremos un banco a la sombra, y puede contármelo todo.

—¿Quién es usted?

Estuve a punto de contestar *el ayudante del señor Jacobs*, pero eso no quedaba muy convincente. Mis años en el mundo de la música acudieron en mi ayuda.

—Su agente.

—¿Ah, sí? ¿Puede darme una indemnización? Porque eso es lo que quiero. Solo la minuta del abogado casi me ha llevado a la ruina. —Señalaba Jacobs con el dedo—. ¡Por ti! ¡Por tu culpa!

—No... no tengo la menor idea... —Charlie se enjugó la sangre del mentón con la palma de la mano—. No tengo la menor idea de qué me habla, señor Morse, se lo aseguro.

Había conseguido llevar a Morse hasta la puerta, y no quería perder el terreno ganado.

—Tratemos este asunto al aire libre.

Me permitió guiarlo afuera. Había un puesto de bebidas en el extremo del aparcamiento reservado al personal, con mesas oxidadas a la sombra de parasoles de lona hechos jirones. Le pedí una Coca-Cola grande y se la entregué. Derramó un par de dedos en la mesa y a continuación se bebió la mitad del vaso de papel a grandes tragos. Lo dejó y se apretó la frente con la base de la mano.

—Nunca he aprendido a no tomarme así una bebida fría —comentó—. Es como si te hundieran un clavo en la cabeza, ¿no?

—Sí —dije, y me acordé de mí mismo bajo la exigua luz de la luna, desnudo, hincándome las púas de un tenedor en la parte superior del brazo, hinchada de sangre. *Algo había pasado.* A mí, y por lo visto también a Cathy Morse.

—Cuénteme cuál, según parece, es el problema.

—El retrato que ese hombre le dio, ese es el puñetero problema. Cathy llevaba el retrato casi a todas partes. Sus amigas empezaron a burlarse de ella, pero le daba igual. Decía a la gente: «Así soy yo *en realidad*». Una noche intenté sacarle la idea de la cabeza, y su madre me dijo que lo dejara, que ya se le pasaría. Y pareció que así era: mi hija dejó el retrato en su habitación, no sé, dos o tres días. Se fue a la academia de peluquería sin el retrato. Pensamos que aquello ya había acabado.

No fue así. El 7 de octubre, tres días antes, su hija había entrado en la joyería J. David, en Broken Arrow, un pueblo al sudeste de Tulsa. Llevaba una bolsa de supermercado. Los dos dependientes la reconocieron, porque había estado allí varias veces desde su momento estelar en el número de Jacobs en la feria. Uno de ellos le preguntó qué deseaba. Cathy, sin mediar palabra, pasó junto a él y fue a la vitrina donde guardaban la quincalla más cara. De la bolsa sacó un martillo, que utilizó para romper el cristal superior de la vitrina. Indiferente al estruendo de la alarma y a dos cortes tan graves como para necesitar puntos («Y le dejarán cicatrices», se lamentó su padre), metió la mano y sacó unos pendientes de diamantes.

«Son míos —dijo la chica—. Hacen juego con el vestido».

Cuando Morse apenas había concluido su relato, aparecieron dos muchachos de anchas espaldas con la palabra SEGURIDAD estampada en sus camisetas negras.

—¿Algún problema? —preguntó uno de ellos.

—No —contesté, y no lo había. Contar el episodio le había servido para acabar de desahogar la rabia, y era mejor así—. El señor Morse ya se iba.

Se levantó, aferrado a los restos de su Coca-Cola. La sangre de Charlie Jacobs se secaba en sus nudillos. Se la miró como si no supiera de dónde había salido.

—Echarle a la poli encima no serviría de nada, ¿verdad? —preguntó—. Solo le sacó un retrato, dirían. Diantre, incluso era gratis.

—Vamos, caballero —instó uno de los guardias de seguridad—. Si le apetece visitar la feria, con mucho gusto le estamparé el sello en la mano.

—Ni hablar —respondió Morse—. Mi familia ya ha tenido suficiente de esta feria. Me marchó a casa. —Hizo ademán de irse, pero se dio la vuelta—. Dígame, ¿ese hombre lo ha hecho antes? ¿Ha trastornado a otros tal como ha trastornado a mi Cathy?

Algo ha pasado, pensé. Algo, algo, algo.

—No —dije—. En absoluto.

—Como que usted lo diría si lo hubiera hecho... siendo su agente y tal.
A continuación se marchó, con la cabeza gacha, sin volver la vista atrás.

En la Bounder, Jacobs se había cambiado la camisa manchada de sangre y se aplicaba hielo envuelto en un paño de cocina contra el labio inferior, ya menos hinchado. Escuchó con atención mientras le contaba lo que Morse me había explicado y después dijo:

—Vuelve a hacerme el nudo de la corbata, ¿quieres? Ya llegamos tarde.

—Eh —contesté—. Eh, eh, eh. Tienes que arreglárselo también a ella. Tal como me lo arreglaste a mí. Con los auriculares.

Me lanzó una mirada peligrosamente próxima al desprecio.

—¿Tú te crees que su querido papaíto me dejaría acercarme a menos de un kilómetro? Además, el problema de esa chica... la compulsión... se le pasará por sí solo. Lo superará, y cualquier abogado que se precie convencerá al juez de que estaba fuera de sí. Saldrá del paso con un tirón de orejas.

—Nada de esto es precisamente nuevo para ti, ¿verdad?

Se encogió de hombros, vuelto aún hacia mí pero sin mirarme ya a los ojos.

—Ha habido efectos secundarios alguna que otra vez, sí, aunque nunca nada tan espectacular como ese intento de robo con fractura.

—Aprendes sobre la marcha, ¿no? Todos tus clientes son en realidad conejillos de Indias. Solo que no lo saben. *Yo* fui un conejillo de Indias.

—¿Ahora estás mejor o no?

—Sí. —Salvo por algún que otro episodio nocturno de autoapuñalamiento, claro.

—Pues hazme el nudo.

Estuve en un tris de negarme. Me había enfadado con él —para colmo, había salido furtivamente por la parte de atrás y avisado a Seguridad—, pero estaba en deuda con él. Me había salvado la vida, lo cual era bueno. Ahora yo llevaba una vida *ordenada*, y eso era aún mejor.

Así que le hice el nudo de la corbata. Ofrecimos el espectáculo. De hecho, lo ofrecimos seis veces. La gente prorrumpió en exclamaciones durante los fuegos artificiales de clausura de la feria, pero no tan sonoras como cuando Dan el Retratista de los Relámpagos obraba su magia. Y cuando cada una de las chicas se miró ensoñadoramente en el telón de fondo mientras yo cambiaba de la a mi, me pregunté cuál entre ellas descubriría que había perdido una pequeña porción de su mente.

Un sobre asomaba en la puerta. «*Déjà vu* una vez más», como habría dicho el exjugador de béisbol Yogi Berra. Solo que en esta ocasión no me había meado en la cama, la pierna quirúrgicamente recompuesta no me dolía, no estaba pillando la gripe, ni me inquietaba la necesidad de apropiarme de material. Me agaché, lo cogí y lo abrí.

Mi quinto en discordia no era dado a las despedidas sensibleras, eso debo reconocérselo. El sobre contenía un billete de Amtrak, a su vez en un sobre, con una hoja de papel de carta prendida mediante un clip. Esta tenía escritos un nombre y una dirección de la localidad de Nederland, en Colorado. Debajo, Jacobs había anotado tres frases: *Este hombre te proporcionará un trabajo, si lo quieres. Está en deuda conmigo. Gracias por hacerme el nudo de la corbata. CDJ.*

Abrí el sobre de Amtrak y encontré un billete de ida de Tulsa a Denver en el *Mountain Express*. Me quedé mirándolo largo rato, pensando que quizá si lo devolvía, me reembolsaran el coste. O que podía utilizarlo y apearme en Denver para ir a la bolsa de trabajo de allí. Aunque me llevaría un tiempo volver a cogerle el tono a eso. Se me habían reblandecido los dedos y había perdido el tranquilo. También debía tenerse en cuenta el asunto de la droga. Cuando uno sale a la carretera, hay droga en todas partes. La magia se desvanecía de los Retratos en Relámpagos después de unos dos años, había dicho Jacobs. ¿Cómo podía yo saber que no ocurriría lo mismo con la cura de la adicción? ¿Cómo *podía* yo saberlo si él mismo no lo sabía?

Esa tarde fui en taxi a la chapistería que Jacobs tenía alquilada en West Tulsa. Estaba abandonada y totalmente vacía. No quedaba ni un insignificante trozo de cable en el suelo oscurecido por la grasa.

Algo me pasó aquí, pensé. La duda era si volvería a ponerme o no aquellos auriculares modificados en caso de tener la oportunidad. Llegué a la conclusión de que sí, y en cierto modo que no acabé de entender, eso me ayudó a tomar una decisión con respecto al billete. Lo utilicé, y cuando llegué a Denver, tomé el autobús a Nederland, a considerable altitud en la vertiente occidental de las Montañas Rocosas. Allí conocí a Hugh Yates, y mi vida empezó por tercera vez.

VII

Una vuelta a casa. Rancho Wolfjaw.

Dios sana como el rayo.

Sordo en Detroit. Prismáticos.

Mi padre murió en 2003, después de sobrevivir a su mujer y a dos de sus cinco hijos. Claire Morton Overton no tenía aún treinta años cuando su marido, del que se había separado, le quitó la vida. Tanto mi madre como mi hermano mayor murieron a los cincuenta y un años.

Pregunta: ¿Dónde está, oh, muerte, tu aguijón?

Respuesta: ¿Dónde va a estar, joder? En todas partes.

Volví a Harlow para el oficio fúnebre de mi padre. Ahora la mayoría de las calles y carreteras estaban asfaltadas, no solo la nuestra y la Interestatal 9. Había una urbanización donde antes íbamos a nadar, y una tienda de Big Apple a un kilómetro de la iglesia de Shiloh. Aun así, el pueblo seguía igual en muchos aspectos básicos. Nuestra iglesia se hallaba todavía a un paso de la casa de Myra Harrington (aunque la propia Gagá disfrutaba ya de la gran línea colectiva del cielo), y el columpio hecho con un neumático aún pendía del árbol en nuestro jardín. Los hijos de Terry lo habían utilizado, supongo, pero ahora debían de ser ya demasiado mayores para esas cosas. La cuerda estaba deshilachada y oscurecida por el tiempo.

Quizá la sustituya, pensé. Pero ¿por qué? ¿Para quién? No para mis hijos, eso desde luego, porque no tenía, y esa casa no era ya mi casa.

El único coche aparcado en el camino de acceso era un Ford del 51 destartado. Parecía el Cohete de la Carretera original, pero eso, por supuesto, era imposible: Duane Robichaud había dejado para el desguace el Cohete de la Carretera I en el autódromo de Castle Rock durante la primera vuelta de su única carrera. Sin embargo tenía el adhesivo de Baterías Delco en el portón del maletero y el número 19 de color rojo sangre en el costado. Un cuervo descendió y se posó en el capó. Recordé que nuestro padre, para prevenir el mal de ojo, nos había enseñado a todos sus hijos a hacer la señal de los cuernos con los dedos cuando veíamos un cuervo (*No es que me lo crea, pero por si acaso*, decía), y pensé: *Esto no me gusta. Aquí algo no cuadra.*

Podía entender que Con no hubiera llegado —Hawái estaba mucho más lejos que Colorado—, pero ¿dónde estaba Terry? Él y su mujer, Annabelle, *vivían* aún en la casa. ¿Y los Bowie, los Clukey, los Paquette, los DeWitt? ¿Y el personal de Morton Fuel? Mi padre había llegado a una edad muy avanzada, pero no podía ser que hubiera sobrevivido a todos los vecinos del pueblo.

Estacioné, me apeé del coche y vi que este no era ya el Ford Focus con el que había salido del aparcamiento de Hertz en Portland. Era el Galaxie del 66 que me habían regalado mi padre y mi hermano al cumplir diecisiete años. En el asiento del acompañante estaba la colección de novelas de Kenneth Roberts encuadernadas en tapa dura que me había regalado mi madre: *Oliver Wiswell*, *Arundel* y todas las demás.

Esto es un sueño, pensé. Un sueño que he tenido ya antes.

Tomar conciencia de eso no me representó el menor alivio, sino que aumentó mi temor.

Un cuervo se posó en el tejado de la casa en la que yo me había criado. Otro se colocó en la rama de la que colgaba el columpio, la que tenía la corteza pelada y sobresalía como un hueso.

No quería entrar en la casa, porque sabía qué encontraría allí. Sin embargo los pies me llevaron hacia ella. Subí por los peldaños, y aunque Terry me había enviado una foto del porche reconstruido ocho años antes (o quizá fueran diez), la misma vieja tabla, la segunda contando desde arriba, emitió el mismo crujido malhumorado cuando la pisé.

Me esperaban en el comedor. No toda la familia; solo los muertos. Mi madre era poco más que una momia, tal como la recordaba cuando yacía moribunda aquel frío mes de febrero. A mi padre se lo veía pálido y marchito, en gran medida la apariencia que ofrecía en la foto de la postal navideña que Terry me había enviado no mucho antes de su infarto definitivo. Andy seguía corpulento —mi flaco hermano había acumulado gran cantidad de carne en la mediana edad—, pero su rubicundez de hipertenso se había desvaído hasta quedar reducida a la palidez cérea de la tumba. Claire era quien peor aspecto presentaba. Su exmarido, un demente, no se había conformado con matarla; ella había tenido la osadía de abandonarlo, y a él solo le valía la eliminación absoluta. Le descerrajó tres tiros en la cara, los dos últimos mientras yacía muerta en el suelo del aula, antes de meterse una bala él mismo en el cerebro.

—Andy —dije—. ¿Qué te pasó?

—La próstata —contestó—. Debería haberte hecho caso, hermanito.

En la mesa había una tarta de cumpleaños enmohecida. Mientras la observaba, el glaseado se encorvó, se agrietó, y de dentro salió una hormiga negra del tamaño de un salero. Ascendió trabajosamente por el brazo de mi hermano muerto, prosiguió por el hombro y subió a la cara. Mi madre volvió la cabeza. Oí los crujidos de los tendones reseco, un sonido semejante al del cierre neumático oxidado de una vieja puerta de cocina.

—Feliz cumpleaños, Jamie. —Su voz sonaba chirriante e inexpresiva.

—Feliz cumpleaños, hijo. —Mi padre.

—Feliz cumpleaños, chaval. —Andy.

Claire se volvió para mirarme, aunque solo le quedaba una cuenca de ojo en carne viva desde la que mirar. *No hables*, pensé. *Si hablas, enloqueceré*.

Pero habló, y las palabras surgieron de un boquete gelatinoso lleno de dientes rotos.

—No la dejes embarazada en el asiento trasero de ese coche.

Y mi madre asentía como la marioneta de un ventrílocuo mientras otras hormigas enormes salían del viejísimo pastel.

Intenté taparme los ojos, pero me pesaban las manos. Colgaban flácidas a mis costados. Oí a mis espaldas el crujido malhumorado de la tabla del porche. No una vez sino dos. Dos recién llegados, y supe quiénes eran.

—No —dije—. No más. Por favor. No más.

Pero entonces se posó en mi hombro la mano de Patsy Jacobs, y las de Morrie el Lapa me rodearon una pierna justo por encima de la rodilla.

—Algo ha pasado —me dijo Patsy al oído. Sentí el cosquilleo de un mechón de pelo en la mejilla, y supe que pendía de un colgajo de cuero cabelludo, arrancado del cráneo en el accidente.

—Algo ha pasado —coincidió Morrie, abrazándose con más fuerza a mi pierna.

De pronto todos empezaron a cantar. Era la melodía de *Cumpleaños feliz*, pero la letra era distinta.

—*¡Algo te ha pasado... A TI! ¡Algo te ha pasado... a TI! ¡Algo te ha pasado, querido Jamie; algo te ha pasado... A TI!*

Fue entonces cuando rompí a gritar.

Tuve este sueño por primera vez en el tren que me llevó a Denver, aunque —por suerte para las personas que viajaban en el mismo vagón— mis gritos salieron al mundo real en una sucesión de gruñidos guturales desde lo más hondo de mi

garganta. En las últimas dos décadas lo he tenido veintitantas veces. Siempre despertaba aterrorizado, con la misma idea en la cabeza: *Algo ha pasado*.

Por aquel entonces Andy aún vivía y gozaba de buena salud. Empecé a telefonearle para insistirle en que vigilara la próstata. Al principio sencillamente se reía de mí; más adelante comenzó a enojarse, señalando que nuestro padre tenía aún una salud de hierro y parecía en condiciones de vivir otros veinte años.

—Puede ser —dije—, pero mamá murió de cáncer, y murió joven. Igual que su madre.

—Por si no lo sabes, ninguna de las dos tenía próstata.

—Dudo que eso les importe mucho a los dioses de la herencia —dije—. Ellos se limitan a mandar el Gran C allí adonde mejor acogida recibe. Cielo santo, ¿qué más te da? Solo te meterán un dedo por el culo; no dura ni diez segundos, y siempre y cuando no notes las dos manos del médico en los hombros, no tienes por qué temer por tu virginidad trasera.

—Lo haré cuando cumpla los cincuenta —contestó—. Eso es lo que recomiendan, eso es lo que voy a hacer, y no se hable más. Me alegra que hayas sentado la cabeza, Jamie. Me alegra que conserves lo que pasa por un empleo adulto en el mundo de la música. Pero nada de eso te da derecho a supervisar mi vida. Para eso ya está Dios.

A los cincuenta será demasiado tarde, pensé. A los cincuenta el mal ya habrá arraigado.

Como yo quería a mi hermano (pese a que, en mi humilde opinión, se había convertido en un meapilas moderadamente irritante), adopté una táctica evasiva y acudí a Francine, su mujer. A ella podía decirle algo de lo que, me constaba, Andy se mofaría: que tenía una premonición, y poderosa. Por favor, Francie, *por favor*, consigue que se someta a un examen de próstata.

A modo de concesión («Solo para cerraros la boca a los dos»), accedió a hacerse un control de PSA poco después de cumplir los cuarenta y siete, protestando entre dientes porque, según él, la condenada prueba no era fiable. Podía ser, pero incluso para mi hermano, con fobia a los médicos y gran afición por las citas bíblicas, era difícil cuestionar el resultado: un diez perfecto a lo Bo Derek. A eso siguió una visita a un urólogo de Lewiston, luego una operación. Lo declararon libre de cáncer al cabo de tres años. Un año después —a los cincuenta y uno— sufrió un derrame cerebral mientras regaba el jardín, y estaba ya entre los brazos de Jesús antes de que la ambulancia llegara al hospital. Eso sucedió en el norte del estado de Nueva York, donde se celebró el funeral. No hubo oficio fúnebre en Harlow. Por mí, mucho mejor. Ya volvía a casa con demasiada frecuencia en mis sueños, que eran una prolongada

secuela del tratamiento de Jacobs para la drogadicción. De eso no me cabía duda.

Desperté una vez más de ese sueño un lunes soleado de junio de 2008, y permanecí en la cama durante diez minutos hasta recuperar el control. Al final, se me acompasó la respiración y quedó atrás la idea de que si abría la boca, no saldría nada salvo la frase «Algo ha pasado», una y otra vez. Me recordé que estaba limpio y sobrio, y eso seguía siendo lo más importante de mi vida, lo que había cambiado esa vida para mejor. Ahora ese sueño me asaltaba con menor frecuencia, y hacía ya al menos cuatro años desde la última vez que al despertar me descubría clavándome algún objeto en la piel (en esa ocasión fue una espátula, que no causó ningún daño). *No es peor que una pequeña cicatriz quirúrgica*, me decía, y por lo general era capaz de verlo así. Solo inmediatamente después del sueño percibía que algo se escondía *detrás*, algo malévolo. Y femenino. De eso estaba seguro. Incluso por entonces.

Para cuando acabé de ducharme y vestirme, el sueño había quedado reducido a una tenue bruma. Pronto se disiparía por completo. Lo sabía por experiencia.

Tenía un apartamento en la primera planta de un edificio de Boulder Canyon Drive, en Nederland. En 2008 habría podido comprarme una casa, pero eso implicaba una hipoteca, y no me apetecía. Como soltero, el apartamento me bastaba. La cama era de matrimonio, del tamaño del catre de Jacobs en la autocaravana, y aunque matrimonio no hubo ninguno, fueron muchas las mujeres que la compartieron conmigo a lo largo de los años. Ahora eran menos y más espaciadas, como cabía prever, suponía yo. Pronto cumpliría los cincuenta y dos, la edad, año más o año menos, en que los casanovas engatusadores inician su inevitable transformación en viejos chivos greñudos.

Además, me complacía ver engrosarse poco a poco mi cuenta de ahorros. No era avaro ni remotamente, pero tampoco consideraba el dinero una cuestión desdeñable. El recuerdo de despertar en el Fairgrounds Inn, enfermo y a dos velas, nunca me había abandonado. Como tampoco la cara de la pueblerina pelirroja cuando me devolvió la tarjeta con el límite de crédito excedido. *Vuelva a comprobar la tarjeta*, le había dicho. *Encanto*, había contestado ella, *no me hace falta; me basta con mirarte*.

Ya, pero mírame ahora, ricura, pensé mientras conducía mi 4Runner en dirección oeste por Caribou Road. Pesaba veinte kilos más que la noche que coincidí con Charles Jacobs en Tulsa, pero con una estatura de uno ochenta y tres, ochenta y seis kilos me quedaban bien. No tenía el vientre del todo plano, lo admito, y mi último nivel de colesterol era más bien cuestionable, pero por aquellos tiempos yo parecía un

superviviente de Dachau. Nunca iba a tocar en el Carnegie Hall, ni en estadios con la E Street Band, pero sí seguía tocando —mucho— y tenía un trabajo que me gustaba y se me daba bien. Si un hombre o una mujer quiere más, me decía con frecuencia, ese hombre o esa mujer está tentando a los dioses. Así que no los tientes, Jamie. Y si por casualidad oyeras a Peggy Lee cantar aquel clásico melancólico de Leiber y Stoller —*Is That All There Is?*—, cambia de emisora y pon la buena música marchosa de siempre.

Después de recorrer siete kilómetros por Caribou Road, allí donde la pendiente que asciende a las montañas se hace más empinada, tomé el desvío en cuyo indicador se leía RANCHO WOLFJAW, 3 KILÓMETROS. Introduje mi código en el panel de la verja y estacioné en el aparcamiento de grava destinado a PERSONAL Y ARTISTAS. Solo había visto lleno ese aparcamiento cuando Rihanna grabó un EP en Wolfjaw. Y ese día había coches también en el camino de acceso, casi hasta la verja. La muchacha llevaba un séquito de cuidado.

Pagan Starshine (nombre verdadero: Hillary Katz) debía de haber dado de comer a los caballos hacía dos horas; aun así, me paseé entre la doble hilera de cuadras repartiendo trozos de manzana y zanahoria. En su mayoría eran animales grandes y hermosos; a veces pensaba en ellos como limusinas Cadillac de cuatro patas. Mi preferido, no obstante, era un Chevrolet maltrecho. Bartleby, un tordo rodado sin pedigrí propiamente dicho, estaba ya en Wolfjaw cuando yo llegué sin nada más que una guitarra, un petate y los nervios a flor de piel, y entonces era ya un caballo de cierta edad. El tiempo se le había llevado la mayor parte de los dientes como se lo lleva todo en esta vida, pero masticaba su trozo de manzana con los pocos que le quedaban, moviendo la quijada perezosamente de un lado a otro. No apartaba de mi cara sus afables ojos oscuros.

—Eres un buen elemento, Bart —dije, acariciándole el hocico—. Y si algo aprecio en este mundo es a un buen elemento.

Movió la cabeza de arriba abajo como para decir que ya lo sabía.

Pagan Starshine —Paig, para los amigos— daba de comer a las gallinas sacando puñados de grano del delantal. Como no podía saludar con la mano, me dirigió un «Hola» amplio y cascado, seguido de los dos primeros versos de *Mashed Potato Time*. Me sumé a la canción en los dos siguientes: es lo último, es lo mejor, etcétera, etcétera. En otro tiempo Pagan hacía acompañamientos vocales, y en su etapa culminante tenía una voz comparable a las de las Pointer Sisters. Además, fumaba

como un carretero, y a los cuarenta su voz sonaba más bien como la de Joe Cocker en Woodstock.

El Estudio 1 estaba cerrado y a oscuras. Encendí la luz y consulté las sesiones del día en el tablón de anuncios. Eran cuatro: una a las diez, una a las dos, una a las seis y una a las nueve, que probablemente se alargaría hasta pasadas las doce. El Estudio 2 estaría igual de solicitado. Nederland es un pueblo pequeño enclavado en la vertiente occidental de las Rocosas, donde el aire está enrarecido —menos de mil quinientos vecinos permanentes—, pero posee una vigorosa presencia musical que no guarda proporción con su tamaño; los adhesivos que uno ve en los coches, ¡NEDERLAND! ¡DONDE NASHVILLE LLEGA A LA CIMA!, no son del todo exagerados. Joe Walsh grabó su primer álbum en Wolfjaw 1, allá cuando el padre de Hugh Yates estaba al frente de los estudios, y John Denver grabó el último suyo en Wolfjaw 2. Hugh una vez me puso una grabación de Denver hablando a su grupo de un avión experimental que acababa de comprar, algo llamado Long EZ. Al escucharlo se me puso la carne de gallina.

En el centro del pueblo había nueve bares donde se oía música en vivo todas las noches de la semana, y tres centros de grabación además del nuestro. Pero el Wolfjaw Ranch era el mejor y más grande. El día que entré tímidamente en el despacho de Hugh y le dije que me mandaba Charles Jacobs, colgaban en sus paredes más de veinte fotografías, incluidas las de Eddie Van Halen, Lynyrd Skynyrd, Axl Rose (en su apogeo) y U2. Aun así, de la que más orgulloso se sentía, y en la única en la que aparecía él mismo, era la de los Staples Singers. «Mavis Staples es una diosa —me dijo—. La mejor cantante de Estados Unidos. Nadie le llega ni a la suela del zapato».

Durante mis años de aprendizaje en la carretera yo mismo había grabado no pocos singles baratos y malos álbumes indie, pero nunca me había oído en un sello importante hasta que sustituí a un guitarra rítmico que había enfermado de mononucleosis en una sesión con Neil Diamond. Ese día yo estaba aterrorizado —convencido de que me doblaría por la cintura y echaría las papas encima de mi SG—, pero desde entonces había tocado en muchas sesiones de grabación, casi siempre como sustituto, aunque alguna que otra vez a petición expresa. La paga no era gran cosa, pero tampoco era mala ni mucho menos. Los fines de semana tocaba con el grupo de la casa en un bar del pueblo que se llamaba Comstock Lode, y de vez en cuando me caía un bolo suelto en Denver. Además, daba clases de música a aspirantes a guitarrista del instituto en los cursos de verano que Hugh había inaugurado tras la muerte de su padre. El título de esos cursos era Rock-Atomic.

—No puedo hacer una cosa así —protesté ante Hugh cuando me propuso que lo añadiera a mis obligaciones—. ¡No sé leer música!

—No sabes leer las *notas*, querrás decir —contestó—. Pero sí sabes leer tablaturas a la perfección, y eso es lo único que esos chicos quieren. Por suerte para nosotros y para ellos, es lo único que necesita la mayoría de ellos. Tío, aquí en la montaña no vas a encontrar a ningún Andrés Segovia.

En eso Hugh tenía razón, y en cuanto superé el miedo, disfruté de las clases. Para empezar, me traían recuerdos de mis tiempos en los Rosas Cromadas. Por otro lado... quizá debería avergonzarme de decirlo, pero el placer que sentía trabajando con los adolescentes de Rock-Atomic se asemejaba al placer que obtenía dando a Bartleby su trozo de manzana matutino y acariciándole el morro. Esos chicos solo querían tocar rock, y la mayoría de ellos descubrían que eran capaces... en cuanto dominaban un compás en mi mayor, claro está.

El Estudio 2 estaba también a oscuras, pero Mookie McDonald había dejado encendida la mesa de mezclas. Lo apagué todo y tomé nota de que debía comentárselo. Era un buen técnico de sonido, pero a esas alturas, después de fumar hierba durante cuarenta años, se había vuelto olvidadizo. Mi Gibson SG permanecía apoyada junto a los demás instrumentos, porque ese día, más tarde, iba a tocar en la grabación de una maqueta de un conjunto local de rockabilly llamado Gotta Wanna. Me senté en un taburete y rasguéé arpegios durante unos diez minutos más o menos, temas como *Hi-Heel Sneakers* y *Got My Mojo Working*, solo para entrar en calor. Ahora tocaba mejor que durante mis años en la carretera, mucho mejor, pero nunca llegaría a ser Clapton.

Sonó el teléfono, aunque en los estudios en realidad no sonaba, sino que el contorno se iluminaba de azul. Dejé la guitarra y atendí la llamada.

—Estudio 2, aquí Curtis Mayfield.

—¿Qué tal la otra vida, Curtis? —preguntó Hugh Yates.

—Oscura. La parte positiva es que ya no estoy paralítico.

—Me alegra oírlo. Vente a la casa grande. Quiero enseñarte una cosa.

—Venga, hombre, tenemos sesión de grabación dentro de media hora. Con la nena country de las piernas largas, creo.

—Mookie se ocupará de ella.

—Lo dudo mucho. Todavía no ha llegado. Además, se dejó encendida la mesa del Dos. Otra vez.

Hugh exhaló un suspiro.

—Hablaré con él. En todo caso, vente para aquí.

—Vale, pero... una cosa, Hugh: ya hablaré yo con el Mookster. Forma parte de mi trabajo, ¿no?

Se echó a reír.

—A veces me pregunto qué ha sido del penoso individuo que contraté, aquel que no decía esta boca es mía por no molestar —dijo—. Date prisa. Vas a alucinar con esto.

La casa grande era un rancho de amplias dimensiones. Delante, en el ensanchamiento del camino de acceso, se hallaba el Continental antiguo de Hugh. Le pirraba cualquier cosa que chupara gasolina por un tubo, y se podía permitir el capricho. Aunque Wolfjaw cubría gastos y poco más, las sucesivas generaciones Yates habían acumulado mucha pasta, ahora depositada en inversiones de mínimo riesgo, y Hugh —dos veces divorciado, con acuerdos prenupciales en ambas ocasiones, sin hijos de ningún matrimonio— era el último vástago del árbol genealógico Yates. Tenía caballos, gallinas, ovejas y unos cuantos cerdos, pero eso era poco más que un pasatiempo. Lo mismo podía decirse de sus coches y su colección de camionetas con motores trucados de gran potencia. Lo que le interesaba de verdad era la música, y eso le interesaba profundamente. Sostenía que él mismo había sido instrumentista en su día, aunque yo nunca lo había visto coger una trompeta o una guitarra.

«La música importa —me dijo una vez—. La literatura popular cae en el olvido, las series de televisión caen en el olvido, y a ver si eres capaz de decirme qué películas viste en el cine hace dos años. En cambio la música perdura, incluso la música pop. *Sobre todo* la música pop. Por más que desprecies *Raindrops Keep Fallin' On My Head*, la gente seguirá escuchando esa bobada de mierda dentro de cincuenta años».

Me era fácil recordar el día que lo conocí, porque Wolfjaw seguía exactamente igual, incluido el Continental de color azul oscuro, con sus ventanillas de ópera, aparcado delante. Solo yo había cambiado. Aquel día de otoño de 1992 Hugh me recibió en la puerta, me estrechó la mano y me acompañó a su despacho. Allí se dejó caer en una butaca de respaldo alto detrás de un escritorio en el que, por su superficie, habría podido aterrizar una avioneta Piper Cub. Yo ya estaba nervioso antes de entrar, pero cuando vi todas aquellas caras famosas mirarme desde las paredes, se me secó del todo la poca saliva que me quedaba en la boca.

Me miró de arriba abajo —un visitante con una camiseta sucia de AC/DC y vaqueros aún más sucios— y dijo:

—Me ha llamado Charlie Jacobs. Debo un gran favor al Reve desde hace ya unos

años. Es un favor tan grande que nunca podré devolvérselo, pero me ha dicho que contigo la deuda queda saldada.

Permanecí allí plantado ante el escritorio, incapaz de despegar los labios. Sabía cómo manejar una audición para un grupo, pero aquello era distinto.

—Dice que le dabas a la droga.

—Sí —contesté. De nada servía negarlo.

—Dice que consumías la gran H.

—Sí.

—Pero ¿ahora estás limpio?

—Sí.

Pensé que me preguntaría desde hacía cuánto tiempo, pero se abstuvo.

—Siéntate, por Dios. ¿Quieres una Coca-Cola? ¿Una cerveza? ¿Una limonada? ¿Un té con hielo, quizá?

Me senté, pero me fue imposible recostarme relajadamente en el respaldo de la silla.

—Un té con hielo estaría bien.

Utilizó el intercomunicador de su escritorio.

—¿Georgia? Dos té con hielo, guapa. —Luego, dirigiéndose a mí—: Este es un rancho en activo, Jamie, pero el ganado que me interesa a mí son los animales que aparecen por aquí con algún instrumento.

Intenté esbozar una sonrisa, pero me sentí como un idiota y desistí.

No pareció darse cuenta.

—Grupos de rock, grupos de country, solistas. Son la base de nuestro negocio, pero también nos dedicamos a las sintonías publicitarias para emisoras de radio de Denver y grabamos veinte o treinta audiolibros al año. Michael Douglas grabó una novela de Faulkner en Wolfjaw, y Georgia casi se mea encima. En público es la viva imagen de la despreocupación, y luego en el estudio, uf, no veas qué perfeccionista.

A esto no se me ocurrió respuesta alguna, así que guardé silencio y esperé el té con hielo. Tenía la boca seca como el esparto.

Se inclinó hacia delante.

—¿Sabes qué necesita todo rancho en activo más que nada en el mundo?

Negué con la cabeza, pero antes de que él pudiera esclarecerlo, entró una negra joven y guapa con dos vasos altos de té rebosantes de hielo en una bandeja de plata. Contenían una ramita de menta. Exprimí dos rodajas de limón en mi té, pero prescindí del azucarero. Durante mis años de heroinómano, me atraía el azúcar más que a un oso, pero desde el día en que me puse los auriculares en la chapistería, el mínimo

dulzor me empalagaba. Me había comprado una tableta de Hershey en el vagón restaurante poco después de salir de Tulsa, y descubrí que era incapaz de comérmela. Solo el olor ya me provocaba arcadas.

—Gracias, Georgia —dijo Yates.

—De nada. No olvides el horario de visita. Empieza a la dos, y Les estará esperándote.

—No me olvidaré. —Georgia salió y cerró la puerta con delicadeza. Hugh se volvió otra vez hacia mí—. Lo que todo rancho en activo necesita es un capataz. Aquí en Wolfjaw quien se ocupa de las labores del rancho y la granja es Rupert Hall, que disfruta de buena salud; en cambio, mi capataz *musical* convalece en el hospital comunitario de Boulder. Les Calloway. Supongo que el nombre no te dice nada.

Negué con la cabeza.

—¿Y los Excellent Board Brothers?

Eso sí me sonó.

—Es un grupo instrumental, ¿no? Sonido surf, un poco en plan Dick Dale and The Del-Tones.

—Sí, esos. No deja de ser un poco raro, si pensamos que todos son de Colorado, que es lo más lejos que uno puede estar de ambos océanos. Consiguieron meter un tema en los cuarenta principales: *Aloona Ana Kaya*. Que en pésimo hawaiano significa «Acostémonos».

—Claro, de eso me acuerdo. —Cómo no iba a acordarme: mi hermana lo puso un millón de veces—. Es esa en la que se oye reírse a una chica de principio a fin.

Yates sonrió.

—Esa risa fue su pase al maravilloso mundo de los artistas con un único éxito, y yo soy el papaíto que la incluyó en la grabación. En realidad, se me ocurrió por casualidad. En esa época mi padre estaba al frente. Y la chica que se troncha de risa también trabaja aquí. Hillary Katz, aunque hoy día se hace llamar Pagan Starshine. Ahora está serena, pero aquel día llevaba tal colocón de óxido nitroso que no podía *parar* de reír. La grabé allí mismo en la cabina; ella ni se enteró. La risa llegó al disco, y el grupo le pagó siete de los grandes.

Asentí. Los anales del rock están repletos de golpes de suerte similares.

—El caso es que los Excellent Board Brothers hicieron una gira y luego tuvieron el doble crac. ¿Sabes qué es eso?

De sobra lo sabía, y por experiencia propia.

—Quebraron y rompieron.

—Ajá. Les volvió a casa y se puso a trabajar para mí. Como productor ha llegado

mucho más lejos que en su día como músico, y ha sido mi principal supervisor en el apartado musical durante ya quince años. Cuando me llamó Charlie Jacobs, se me ocurrió nombrarte ayudante y suplente de Les, en la idea de que podías ganarte un dinero a la vez que aprendías, hacer algún bolo extra, el rollo de siempre. Esa sigue siendo la idea, pero más vale que tu curva de aprendizaje sea muy pronunciada, hijo, porque Les tuvo un infarto la semana pasada. Se pondrá bien, o eso me han dicho, pero tiene que perder un mogollón de peso y tomar un mogollón de pastillas y habla de jubilarse dentro de un año más o menos. Lo que me deja tiempo de sobra para ver si das la talla.

Sentí algo cercano al pánico.

—Señor Yates...

—Hugh.

—Hugh, no sé prácticamente nada sobre A&R. Los únicos estudios de grabación que he pisado son aquellos en los que el grupo para el que tocaba pagaba por horas.

—Y en la mayoría de los casos eran los abnegados padres del guitarra solista quienes pagaban la factura —apuntó—. O la mujer del batería, que se pasaba ocho horas al día sirviendo mesas y arrancando propinas en un restaurante con los pies doloridos.

Sí, en esencia así era. Hasta que la mujercita espabilaba y le daba puerta, claro está. Hugh se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas.

—Puede que aprendas, puede que no. El Reve sostiene que sí. A mí eso me basta. Tiene que bastarme. Estoy en deuda con él. De momento tu única tarea será abrir los estudios, controlar los HA... sabes lo que es eso, ¿no?

—Los horarios de los artistas.

—Ajá, y cerrar el tenderete por la noche. Cuento con alguien que puede enseñarte los rudimentos hasta que Les vuelva. Se llama Mookie McDonald. Si prestas tanta atención a lo que Mookie hace mal como a lo que hace bien, aprenderás mucho. En ningún caso le permitas llevar el registro. Y una cosa más: si fumas hierba, es cosa tuya, siempre y cuando te presentes a trabajar puntualmente y no provoques un incendio. Pero si me entero de que vuelves a montarte en el caballo blanco...

Me obligué a mirarlo a los ojos.

—No voy a caer otra vez en eso.

—Una afirmación valiente, y la he oído muchas veces, en unos cuantos casos a personas que ya están muertas. Sin embargo a veces resulta que es verdad. Espero que ese sea tu caso. Pero quiero dejar las cosas bien claras: consumes heroína, y a la calle, deba yo un favor o no. ¿Queda claro?

Quedaba claro. Como el agua.

Georgia Donlin seguía tan guapa en 2008 como en 1992, pero había engordado unos kilos, tenía mechones plateados en el pelo oscuro y llevaba bifocales.

—¿No sabrás por casualidad qué lo tiene tan alterado esta mañana? —me preguntó.

—Ni idea.

—Se ha puesto a echar pestes, luego se ha reído un poco, luego ha echado pestes otra vez. Ha dicho «Ya lo sabía yo, joder»; ha dicho «Menudo hijo de puta», y luego ha lanzado algo, o eso me ha parecido oír. Solo quiero saber si va a despedir a alguien. Si es así, me declaro enferma y me voy a casa. No resisto los enfrentamientos.

—Eso dice la mujer que el invierno pasado tiró una maceta al repartidor de carne.

—Aquello era distinto. Ese pedazo de alcornoque, el muy hijo de puta, intentó tocarme el culo.

—Un pedazo de alcornoque con buen gusto —comenté, y cuando me dirigió una mirada torcida—: Era solo un comentario.

—Ya. Hace unos minutos que no se oye nada. Espero que no se haya provocado un infarto.

—Quizá sea por algo que ha visto en la televisión. ¿O que ha leído en el diario?

—Ha apagado el televisor un cuarto de hora después de llegar yo, y en cuanto al *Camera* y el *Post*, dejó de recibirlos hace dos meses. Dice que lo encuentra todo en internet. Yo le digo: «Hugh, todas esas noticias de internet las escriben chicos que aún ni se afeitan y chicas que están usando su primer sujetador. No son de fiar». Él piensa que soy una vieja y no me entero de nada. No lo dice pero se lo veo en la mirada. Como si yo no tuviera una hija estudiando informática en la Universidad de Colorado. Fue *Bree* la que me dijo que no me creyera nada de lo que leyera en esos blogs de mierda. Entra ya. Pero si le ha dado un pasmo y está tieso en su silla, no me llames para que le haga reanimación.

Alta y regia, se alejó, su andar fluido en absoluto distinto del de la joven que había traído el té con hielo al despacho de Hugh hacía dieciséis años.

Llamé a la puerta con los nudillos. Hugh no estaba muerto, pero sí desplomado detrás de su descomunal escritorio, frotándose las sienes como un hombre con migraña. Tenía ante sí el ordenador portátil abierto.

—¿Vas a despedir a alguien? —pregunté.

Alzó la vista.

—¿Eh?

—Dice Georgia que si vas a despedir a alguien, se declara enferma y se marcha a casa.

—No voy a despedir a nadie. ¡Qué idea tan absurda!

—Dice que has lanzado algo.

—Tonterías. —Guardó silencio por un momento—. Aunque *sí* le he dado una patada a la papelera al ver esa mierda de los anillos sagrados.

—Cuéntame eso de los anillos sagrados. Luego también yo le daré a la papelera una patada ritual y me iré a trabajar. Hoy tengo dieciséis mil millones de cosas que hacer, entre ellas aprender dos melodías para la sesión de Gotta Wanna. Un gol de campo con la papelera podría ser justo lo que necesito para ponerme en marcha.

Hugh volvió a frotarse las sienes.

—Ya me imaginaba yo que esto podía llegar a ocurrir, sabía que ese hombre era muy capaz, pero no me esperaba una cosa así... así de *excesiva*. Pero ya sabes lo que dicen: hazlo a lo grande o no lo hagas.

—No sé de qué coño me estás hablando.

—Ahora te enterarás, Jamie, ahora te enterarás.

Aparqué el trasero en el borde de su escritorio.

—Cada mañana veo el noticiario de las seis mientras hago mis abdominales y pedaleo en la bicicleta estática, ¿vale? Sobre todo porque ver a la nena del tiempo tiene sus propios beneficios aeróbicos. Y esta mañana, aparte de los anuncios de cremas antiarrugas mágicas y colecciones de viejos éxitos de la Warner, he visto algo distinto. No me lo podía creer. Joder, no me lo podía creer. Y a la vez sí me lo creía. —En ese momento se rio. No era una risa como diciendo *Qué gracioso es esto*, sino *Joder, no me lo puedo creer*—. Así que he apagado la caja tonta y he ido a investigar por internet.

Hice ademán de rodear el escritorio, pero alzó una mano para detenerme.

—Primero, Jamie, debo preguntarte si vendrás a una cita entre hombres conmigo. Para ver a alguien que, después de un par de arranques en falso, por fin ha hecho realidad su destino.

—Sí, claro, ¿por qué no? Siempre y cuando no sea un concierto de Justin Bieber. Ya estoy un poco talludito para Bieb.

—Uy, no. Esto es mucho mejor que Bieb. Echa un vistazo. Pero cuidado no vaya a hacerte daño en los ojos.

Rodeé el escritorio y me encontré con mi quinto en discordia por tercera vez. Lo primero que advertí fue la mirada de hipnotizador de pega. Tenía las manos abiertas a

ambos lados de la cara y llevaba sendos anillos de oro en los dedos medios, anillos muy gruesos.

Era un póster reproducido en una página web. El encabezamiento rezaba: GIRA DE REVIVISCENCIA SANADORA DEL REVERENDO C. DANNY JACOBS 2008.

¡REVIVISCENCIA BAJO UNA CARPA A LA ANTIGUA USANZA!

13-15 DE JUNIO
FERIA DEL CONDADO DE NORRIS
A 30 kilómetros al este de Denver

CON LA PRESENCIA DEL EX «CANTANTE DE SOUL» AL STAMPER

**CON LA PRESENCIA DE LOS MIRLOS DEL EVANGELIO,
CON DEVINA ROBINSON**

*****Y*****

EL EVANGELISTA C. DANNY JACOBS

**TAL COMO APARECE EN LA HORA DEL PODER CURATIVO
DEL EVANGELIO A CARGO DE DANNY JACOBS**

RENUEVA TU ALMA MEDIANTE EL CANTO
REGENERA TU FE MEDIANTE LA SANACIÓN
EMOCIÓNATE CON LA HISTORIA DE LOS ANILLOS SAGRADOS,
CONTADA COMO SOLO EL PASTOR DANNY PUEDE HACERLO.

«Y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, y ciegos y cojos; obliga a entrar hasta que se llene mi casa». Lucas, 14:21 y 23.

¡CONTEMPLA EL PODER QUE POSEE DIOS PARA CAMBIAR TU VIDA!

VIERNES, 13: 19.00 H
SÁBADO, 14: 14.00 H. y 19.00 H
DOMINGO, 15: 14.00 H. y 19.00 H

DIOS HABLA EN VOZ BAJA (1 REYES 19:12)
DIOS SANA COMO EL RAYO (MATEO 24:27)

¡VENID!
¡VENID TODOS!
¡RENOVAOS!

Debajo aparecía una foto de un niño que arrojaba a un lado sus muletas mientras la gente congregada a su alrededor lo observaba con expresión de gozoso sobrecogimiento. En el pie de la foto se leía: *Robert Rivard, curado de distrofia muscular, 30/5/07, St. Louis, Missouri.*

Me quedé atónito, tal como se quedaría una persona, supongo, si viera de pronto a un viejo amigo de quien sabía que estaba muerto o encarcelado por cometer un delito grave. Pero una parte de mí —la parte cambiada, la parte sanada— no se sorprendió. Esa parte venía esperando aquello desde el principio.

Hugh se echó a reír y dijo:

—Tío, se diría que te ha entrado un pájaro en la boca y te lo has tragado. —A continuación expresó de viva voz el único pensamiento coherente que yo tenía en el cerebro en ese momento—. Parece que el Reve ha vuelto a las andadas.

—Sí —convine, y señalé la referencia al Evangelio según san Mateo—. Pero ese versículo no habla de sanación.

Hugh enarcó las cejas.

—No sabía que eras un experto en la Biblia.

—Hay muchas cosas que tú no sabes —dije—, porque nunca hemos hablado de él. Pero conocí a Charlie Jacobs mucho antes de mi paso por Tulsa. Cuando era niño, él era pastor en nuestra iglesia. Ese fue su primer trabajo pastoral, y suponía que había sido el último. Hasta ahora.

Su sonrisa se desvaneció.

—¡Me tomas el pelo! ¿Qué edad tenía? ¿Dieciocho años?

—Unos veinticinco, calculo. Yo tenía seis o siete.

—¿Ya curaba a gente por aquel entonces?

—Qué va. —Excepto a mi hermano Con, claro está—. En aquellos tiempos era un metodista en el sentido pleno de la palabra. Ya sabes, zumo de uva en la comunión en lugar de vino. Todo el mundo lo apreciaba. —Al menos hasta el Sermón Tremebundo—. Lo dejó después de perder a su mujer y a su hijo en un accidente de tráfico.

—¿El Reve estuvo casado? ¿Tuvo un hijo?

—Sí.

Hugh se detuvo a pensar.

—Así que tiene derecho a llevar al menos una de esas alianzas nupciales... si es que *son* alianzas nupciales. Cosa que dudo. Fíjate en esto.

Desplazó el cursor a la franja superior de la pantalla, lo colocó en la pestaña *testimonio milagroso* y pulsó. Apareció una columna de vídeos de YouTube, como mínimo una docena.

—Hugh, si quieres ir a ver a Charlie Jacobs, te acompañaré encantado, pero, en serio, esta mañana no tengo tiempo para hablar de él.

Me observó con más atención.

—No parece que te hayas tragado un pájaro. Parece que te hayan dado un puñetazo en la barriga. Mira solo este vídeo, y te dejaré marchar.

Hacia la mitad de la columna se veía al niño del póster. Cuando Hugh clicó, vi que el clip, de una duración de poco más de un minuto, había recibido más de cien mil visualizaciones. No exactamente viral, pero casi.

Cuando las imágenes cobraron movimiento, alguien acercó un micrófono con la sigla KSDK a la cara de Robert Rivard. Una mujer invisible decía: «Cuenta qué pasó cuando se produjo la supuesta curación, Bobby».

«Verá, señora —contestó Bobby—, cuando me cogió por la cabeza, noté los anillos sagrados a los lados, aquí mismo. —Se señaló las sienes—. Oí un crujido, como si se partiera una ramita seca. Puede que estuviera sin conocimiento uno o dos segundos. Luego una... no sé... una sensación de *calor* me bajó por las piernas... y... —El niño rompió a llorar—. Y ya podía tenerme en pie. ¡Ya podía andar! ¡Estaba curado! ¡Dios bendiga al Pastor Danny!».

Hugh se recostó en la butaca.

—No he visto todos los demás testimonios, pero los que *sí* he visto son poco más o menos iguales. ¿Te recuerda algo?

—Tal vez —contesté. Con cautela—. ¿Y a ti?

Nunca habíamos hablado del favor que «el Reve» le había hecho a Hugh, un favor tan grande como para que el jefe del rancho Wolfjaw contratara a un heroinómano apenas rehabilitado solo a partir de una llamada telefónica.

—Ahora no, si vas mal de tiempo. ¿Qué haces para comer?

—Pediré una pizza. Después de la nena country, tengo a un tío de Longmont... según la ficha, un intérprete barítono de canciones populares...

Hugh permaneció inexpresivo por un momento y de pronto se dio una palmada en la frente.

—Cielo santo, ¿no será George Damon?

—Sí, así se llama.

—Por Dios, pensaba que ese mamón ya estaba muerto. Han pasado tantos años... Tú aún no habías llegado. El primer disco que grabó con nosotros se titulaba *Damon interpreta a Gershwin*. Eso fue mucho antes del cedé, aunque es posible que ya existieran las ocho pistas. Todas las canciones... en serio, *todas y cada una de esas putas canciones*... sonaban igual que cuando Kate Smith canta *Dios bendiga América*. Déjalo en manos de Mookie. Se conocen desde hace mucho. Si el Mookster la pifia, ya lo arreglarás tú en la mesa de mezclas.

—¿Seguro?

—Sí. Si vamos al sagrado espectáculo de mierda del Reve, antes quiero que me cuentes qué sabes de él. Probablemente deberíamos haber tenido esa conversación hace años.

Reflexioné al respecto.

—Vale... pero si quieres recibir, tendrás que dar. Un intercambio total y justo de información.

Entrelazó las manos en su nada despreciable cintura sobre la camisa de estilo vaquero y se retrepó en la butaca.

—No es algo de lo que me avergüence, por si es eso lo que estás pensando. Sencillamente es tan... increíble...

—Me lo creeré —dije.

—Puede ser. Antes de irte, explícame qué dice ese versículo de san Mateo y cómo es que lo sabes.

—No puedo reproducirlo exactamente después de tantos años, pero viene a ser algo así: «El relámpago sale por el este y brilla hasta el oeste, y así será la venida de Jesús». No tiene que ver con la sanación; tiene que ver con el Apocalipsis. Y lo recuerdo porque era uno de los versículos preferidos del reverendo Jacobs.

Eché un vistazo al reloj. La chica country de las piernas largas —Mandy no sé

cuántos— era de una puntualidad crónica y ya debía de estar sentada en los peldaños frente al Estudio 1 con la guitarra apoyada a un lado, pero necesitaba averiguar una cosa en ese mismo momento.

—¿A qué te referías al decir que dudabas que fueran alianzas nupciales?

—Contigo no utilizó anillos, veo. Cuando resolvió tu pequeño problema con la droga.

Me acordé de la chapistería abandonada.

—No. Usó unos auriculares.

—Eso fue... ¿cuándo? ¿En 1992?

—Sí.

—Mi experiencia con el Reve fue en 1983. Después debió de actualizar su método. Seguramente más tarde volvió a los anillos porque dan una imagen más religiosa que los auriculares. Pero juraría que ha avanzado en su trabajo desde mi época... y desde la tuya. Así es el Reve, ¿no crees? Siempre intentando pasar al nivel siguiente.

—Lo llamas Reve. ¿Era predicador cuando lo conociste?

—Sí y no. Es complicado. Venga, vete, tu chica te espera. Quizá lleve minifalda. Así no pensarás en el Pastor Danny.

Efectivamente llevaba minifalda, y sus piernas eran de todas todas espectaculares. Sin embargo apenas me fijé en ellas, y a menos que consultara el registro, no sería capaz de acordarme de uno solo de los temas que cantó aquel día. Tenía la mente puesta en Charles Daniel Jacobs, alias el Reve. Conocido ahora como Pastor Danny.

Mookie McDonald sobrellevó la reprimenda por su descuido con la mesa de mezclas en silencio, la cabeza gacha, asintiendo, y al final prometió que se corregiría. Y eso haría. Durante un tiempo. Luego, pasada una semana o dos, yo llegaría y volvería a encontrarme encendida la mesa del Estudio 1 o el Estudio 2, o ambas. Considero que la idea de meter a la gente en la cárcel por fumar hierba es absurda, pero no me cabe la menor duda de que el consumo diario a largo plazo es la mejor fórmula para contraer el NRM, trastorno también conocido como No Recuerdo una Mierda.

Se animó cuando le dije que se ocuparía él de la grabación de George Damon.

—¡Ese tío siempre me ha encantado! —exclamó el Mookster—. Todo lo que cantaba sonaba como...

—Cuando Kate Smith canta *Dios bendiga América*. Ya lo sé. Que te diviertas.

Había una agradable zona de pícnic entre unos alisos detrás de la casa grande. Georgia y un par de chicas de la oficina almorzaban allí. Hugh me llevó a una mesa alejada de la suya y sacó de su amplio bolso un par de sándwiches envueltos y dos latas de Dr Pepper.

—Son de Tubby's, uno de ensalada de pollo y otro de ensalada de atún. Tú eliges.

Escogí el de atún. Comimos en silencio durante un rato, allí a la sombra de las grandes montañas, hasta que Hugh dijo:

—Yo también tocaba la guitarra rítmica, ¿sabes?, y era bastante mejor que tú.

—Muchos lo son.

—Al final de mi carrera formaba parte de un grupo de Michigan, los Johnson Cats.

—¿De los años setenta? ¿Aquellos que llevaban camisas militares y sonaban como los Eagles?

—En realidad fue a principios de los ochenta cuando nos abrimos paso, pero sí, esos éramos nosotros. Colocamos cuatro singles en las listas, todos del primer álbum. ¿Y quieres saber qué fue lo que llamó la atención de ese álbum en un principio? El título y la funda, los dos idea mía. Se llamaba *El tío Jack toca todos los superéxitos*, y en la carátula salía mi propio tío, Jack Yates, sentado en su salón tañendo el ukulele. Dentro había mucho heavy y distorsión. No ganamos el Grammy al mejor álbum, pero era de prever: corrían los tiempos de Toto. Puto *Africa*, vaya pedazo de mierda. —Se quedó pensativo—. En cualquier caso, yo formaba parte de los Cats, llevaba ya dos años con ellos, y era yo quien tocaba en el disco que nos lanzó a la fama. Toqué en los dos primeros compromisos de la gira, y luego lo dejé.

—¿Por qué? —pregunté, pensando: «Debieron de ser las drogas. En aquella épocas siempre era eso». Pero me sorprendió.

—Me quedé sordo.

La gira de los Johnson Cats empezó en Bloomington —Circus One— y luego pasó al Congress Theater de Oak Park. Locales pequeños, bolos de calentamiento con destripaguitarras locales de teloneros. Después a Detroit, donde estaba previsto que empezara la gira a lo grande, y los Johnson Cats como teloneros de Bob Seger y la Silver Bullet Band. Rock en los estadios, lo auténtico. El sueño de cualquier músico.

Hugh empezó a notar el zumbido en los oídos en Bloomington. Al principio, no le dio importancia, diciéndose que era solo parte del precio que uno pagaba cuando vendía su alma por el rock and roll; ¿qué instrumentista que se preciara no sufría de

acúfenos de vez en cuando? Ahí estaba Pete Townshend. O Eric Clapton, o Neil Young. Luego, en Oak Park, empezaron los vértigos y las náuseas. A medio concierto, Hugh salió tambaleante del escenario y vomitó en un cubo lleno de arena.

—Todavía recuerdo el cartel en el poste justo encima —dijo—: UTILÍCESE SOLO EN CASO DE INCENDIOS MENORES.

Terminó el bolo —mal que bien—, se despidió del público con las inclinaciones de rigor y salió tambaleante del escenario.

—¿Qué te pasa? —preguntó Felix Granby. Era el guitarra y vocalista principal, lo que para el público en general, al menos la parte del público que iba a los conciertos por la marcha roquera, significaba que él *era* los Johnson Cats—. ¿Estás borracho?

—Gripe estomacal —contestó Hugh—. Ya estoy mejor.

Era eso lo que él realmente creía; una vez apagados los amplificadores, los acúfenos parecieron remitir. Pero a la mañana siguiente le volvieron, y aparte del horrendo zumbido, apenas oía nada.

Dos miembros de los Johnson Cats vieron claramente el inminente desastre: Felix Granby y el propio Hugh. Solo faltaban tres días para el concierto en el Silverdome de Pontiac. Aforo: noventa mil personas. Con el favorito de Detroit, Bob Seger, de cabeza de cartel, habría casi un lleno total. Los Johnson Cats estaban en la cúspide de la fama, y en el rock and roll esas oportunidades rara vez se presentan dos veces. Así que Felix Granby hizo con Hugh lo que Kelly Van Dorn, de Relámpago Blanco, había hecho conmigo.

—No le guardo rencor —dijo Hugh—. Si yo hubiera estado en su lugar, quizá habría actuado igual. Contrató a un músico de L'Amour, un estudio de Detroit, y fue ese el que subió al escenario con ellos aquella noche en el Dome.

Granby lo despidió en persona, no de viva voz sino por escrito, sosteniendo las notas en alto para que Hugh las leyera. Adujo que Hugh, a diferencia de los otros miembros de los JC, todos ellos de clase media, procedía de una familia que estaba forrada. Podía volver en avión a Colorado, en un cómodo asiento de la parte delantera, y consultar a los mejores médicos. La última nota de Granby, escrita en mayúsculas, rezaba: NO TE HABRÁS DADO CUENTA Y YA ESTARÁS OTRA VEZ CON NOSOTROS.

—Sí, cómo no —dijo Hugh mientras, sentados allí a la sombra, comíamos nuestros sándwiches de Tubby's.

—Sigues echándolo de menos, ¿no? —pregunté.

—No. —Una larga pausa—. Sí.

No regresó a Colorado.

—De haberlo hecho, desde luego no habría ido en avión. Tenía la impresión de que podía estallarme la cabeza en cuanto sobrepasáramos los veinte mil pies de altitud. Además, volver a casa no era lo que yo quería. Lo único que quería era lamerme las heridas, que aún sangraban, y para lamérselas Detroit era tan buen sitio como cualquier otro. Al menos eso me dije a mí mismo.

Los síntomas no remitieron: vértigos, náuseas entre moderadas y agudas, y siempre aquel horrendo zumbido, a veces suave, a veces tan intenso que creía que se le iba a partir en dos la cabeza. De vez en cuando todos esos síntomas se retiraban como la marea, y entonces dormía diez e incluso doce horas de un tirón.

Aunque podría haberse pagado algo mejor, vivía en un hotel de mala muerte en Grand Avenue. Postergó la visita al médico durante dos semanas, por miedo a que le dijera que padecía un tumor cerebral maligno e inoperable. Cuando por fin se obligó a entrar en un dispensario de Inkster Road, un médico hindú que aparentaba unos diecisiete años escuchó, asintió, realizó unas pruebas e instó a Hugh a que ingresara en un hospital para someterse a más pruebas y obtener medicación antiemética experimental que él no podía recetarle, así que lo sentía mucho.

En lugar de ir al hospital, Hugh empezó a dar largas y absurdas caminatas (cuando se lo permitían los vértigos, claro está) por la legendaria calle de Detroit conocida como 8-Mile. Un día pasó frente a un escaparate polvoriento que exhibía radios, guitarras, tocadiscos, casetes, amplificadores y televisores. Según el cartel, aquello era la Tienda de Aparatos Electrónicos Nuevos y de Segunda Mano Jacobs... aunque, en opinión de Hugh Yates, allí casi nada se veía nuevo y la mayor parte parecía chatarra.

—No sabría decirte exactamente qué me impulsó a entrar. Quizá fuera una inquietante nostalgia al ver todas aquellas audiochucherías. Quizá estaba flagelándome. Quizá solo pensaba que la tienda tendría aire acondicionado, y podría así escaparme del calor. Tío, a ese respecto desde luego estaba muy equivocado. O quizá se debiera al letrero colgado encima de la puerta.

—¿Qué ponía? —pregunté.

Hugh me sonrió.

—*Puede usted confiar en el Reve.*

Era el único cliente. En los estantes se amontonaban aparatos mucho más exóticos que el género del escaparate. Algunos los conocía ya: medidores, osciloscopios,

voltímetros y reguladores de voltaje, rectificadores, inversores. Otros no los identificó. Había cables tendidos por todas partes, y otros serpenteaban por el suelo. El propietario salió de una puerta encuadrada en luces navideñas intermitentes («Puede que sonara una campanilla cuando entré, pero yo desde luego no la oí», dijo Hugh). Mi antiguo quinto en discordia vestía unos vaqueros desteñidos y una sencilla camisa blanca con el cuello abotonado. Formó con los labios un *Hola* y algo que quizá fuera *¿En qué puedo ayudarlo?* Hugh lo saludó con la mano, movió la cabeza en un gesto de negación y empezó a recorrer los estantes con la mirada. Por curiosidad, para ver si estaba afinada, cogió una Stratocaster y la rasgueó.

Jacobs lo observó con interés pero sin aparente preocupación, a pesar de que la melena de roquero de Hugh colgaba ahora en sucias greñas hasta los hombros, y llevaba la ropa igual de mugrienta. Al cabo de unos cinco minutos, justo cuando empezaba a perder interés y se disponía a volver al hotel de mala muerte donde ahora paraba, lo asaltó el vértigo. Tambaleándose, alargó un brazo y tiró al suelo un altavoz desmontado. Casi se recuperó, pero últimamente comía poco, y el mundo se tornó gris. Era ya del todo negro cuando Hugh cayó al polvoriento suelo de madera de la tienda. Era un calco de mi propia historia. Solo que la ubicación era distinta.

Cuando despertó, estaba en el despacho de Jacobs con un paño frío en la frente. Hugh se disculpó y se ofreció a pagar cualquier desperfecto que pudiera haber ocasionado. Jacobs retrocedió y parpadeó con expresión de sorpresa. Esa era una reacción que Hugh veía a menudo en las últimas semanas.

—Perdone si hablo demasiado alto —dijo Hugh—. No me oigo a mí mismo. Estoy sordo.

Jacobs revolvió en un cajón de su desordenado escritorio y sacó un cuaderno (imaginé ese escritorio, salpicado de trozos de cable y pilas). Escribió algo y levantó el cuaderno.

¿Reciente? Lo he visto c/ guitarra.

—Reciente —confirmó Hugh—. Se llama enfermedad de Ménière. Soy músico. —Se detuvo a pensar y se rio... sin oírse, aunque Jacobs respondió con una sonrisa—. Mejor dicho, lo era.

Jacobs pasó una hoja del cuaderno, escribió brevemente y lo sostuvo en alto: *Si es Ménière, es posible que yo pueda ayudarlo.*

—Obviamente, te ayudó —comenté.

Había acabado la hora del almuerzo; las chicas habían vuelto adentro. Yo podría

haber estado ocupándome de otras cosas —muchas—, pero no tenía intención de marcharme antes de oír el resto de la historia de Hugh.

—Nos quedamos sentados en su despacho mucho tiempo: una conversación es lenta cuando una de las personas tiene que escribir su parte. Le pregunté cómo creía que podía ayudarme. Escribió que recientemente estaba experimentando con la electroestimulación nerviosa transcutánea, conocida como TENS. Dijo que la idea de utilizar la electricidad para estimular nervios dañados se remontaba mil años atrás, que la inventó un antiguo romano...

Se abrió una polvorienta puerta en el fondo de mi memoria.

—Un antiguo romano que se llamaba Escribonio. Descubrió que si un hombre con una lesión en una pierna pisaba una anguila eléctrica a veces el dolor desaparecía. Y eso de «recientemente» era una trola, Hugh. Tu Reve andaba jugueteando con la TENS antes de que se inventara oficialmente.

Me miró con las cejas enarcadas.

—Sigue —dije.

—Vale, pero volveremos sobre el tema más adelante, ¿verdad?

Asentí.

—Tú enséñame lo tuyo, yo te enseñaré lo mío. Ese era el trato. Te daré una pista: en mi historia también hay un desvanecimiento.

—En fin... le dije que la enfermedad de Ménière era un misterio: los médicos no sabían si tenía que ver con los nervios, si se trataba de un virus que causaba una acumulación crónica de fluidos en el oído medio, o de un problema bacteriano, o si quizá era algo genético. Escribió: *Todas las enfermedades son de carácter eléctrico*. Dije que eso era un disparate. Él sonrió, pasó otra hoja y escribió, esta vez durante más tiempo. Luego me dio el cuaderno. No puedo reproducir sus palabras textualmente... hace ya mucho tiempo... pero nunca olvidaré la primera frase: *La electricidad es la base de toda vida*.

Ese era Jacobs, sin duda. La frase lo identificaba con mayor certeza que una huella dactilar.

—Aparte de eso, venía a decir algo así: *Pongamos el corazón, por ejemplo. Funciona con microvoltios. Esta corriente la proporciona el potasio, un electrolito. El cuerpo convierte el potasio en iones, partículas con carga eléctrica, y los utiliza para regular no solo el corazón, sino también el cerebro y TODO LO DEMÁS*.

»Las últimas palabras estaban en mayúsculas. Había trazado un círculo a su alrededor. Cuando le devolví el cuaderno, dibujó algo en una hoja, muy deprisa, luego señaló mis ojos, mis oídos, mi pecho, mi estómago y mis piernas. Después me

enseñó el dibujo. Era un rayo.

Como no podía ser de otro modo.

—Ve al grano, Hugh.

—En fin...

Hugh contestó a Jacobs que tenía que pensárselo. Lo que se calló (pero sin duda pensaba) fue que no lo conocía de nada, que bien podía ser uno de esos chiflados que rondan por todas las ciudades grandes.

Jacobs escribió que comprendía la vacilación de Hugh, y que él mismo tenía no pocas dudas. «Me la estoy jugando por el mero hecho de proponérselo. Al fin y al cabo, yo no lo conozco a usted más de lo que usted me conoce a mí».

—¿Es peligroso? —preguntó Hugh con una voz que empezaba a perder ya el tono y la inflexión, cada vez más robótica.

El Reve se encogió de hombros y escribió.

No lo engañaré: existe cierto riesgo en la aplicación de electricidad directamente en los oídos. Pero EL VOLTAJE ES BAJO, ¿ENTIENDE? Calculo que el peor efecto secundario que podría sufrir es mearse encima.

—Esto es un disparate —dijo Hugh—. El mero hecho de mantener esta conversación es una locura.

El Reve volvió a encogerse de hombros, pero esta vez no escribió. Solo miró.

Sentado en el despacho, con el paño (todavía húmedo pero ahora ya tibio) en una mano, Hugh se planteó seriamente la propuesta de Jacobs, y una gran parte de su mente consideró que planteársela en serio, pese a que se conocían desde hacía tan poco tiempo, era del todo normal. Él era músico, y ahora estaba sordo y excluido del grupo que había contribuido a fundar, un grupo al borde del éxito a nivel nacional. Otros músicos, y al menos un gran compositor —Beethoven—, habían convivido con la sordera, pero los males de Hugh no acababan con la pérdida de la audición. A eso se sumaban los vértigos, los temblores, las pérdidas periódicas de la visión. Tenía náuseas, vómitos, diarreas, taquicardias galopantes. Lo peor todo eran los acúfenos, casi continuos. Siempre había pensado que la sordera equivalía a silencio. No era así. Al menos no en su caso. Una alarma antirrobo sonaba sin cesar en medio de la cabeza de Hugh Yates.

Había también otro factor. Una verdad no reconocida hasta entonces, pero atisbada de vez en cuando, como con el rabillo del ojo. Se había quedado en Detroit porque estaba armándose de valor. En 8-Mile había muchas tiendas de empeños, y todas

vendían fuscas. ¿Lo que le ofrecía ese hombre era peor que el cañón de una pistola de calibre 37 de tercera mano entre los dientes apuntada al velo del paladar?

Con una voz robótica demasiado alta, dijo:

—¡Qué coño! Vamos allá.

Hugh contempló las montañas mientras contaba el resto, acariciándose la oreja derecha con la mano derecha a la vez que hablaba. Dudo que fuera consciente de que lo hacía.

—Puso en el cristal de la puerta el letrero de CERRADO, echó el pasador y bajó las persianas. Luego me hizo sentar en una silla de cocina junto a la caja registradora y colocó en el mostrador un objeto de acero del tamaño y la forma de un cofre pequeño. Dentro había dos anillos metálicos envueltos en algo que parecía malla dorada. Eran enormes, más o menos como esos pendientes que se pone Georgia cuando se arregla. ¿Sabes a cuáles me refiero?

—Claro.

—Cada uno tenía debajo un chisme de goma, del que salía un cable. Los cables estaban conectados a un mando no mayor que el timbre de una puerta. Abrió la base de la caja y me enseñó lo que parecía una pila AAA. Me relajé. Eso *no podía hacer mucho daño*, pensé, pero ya no me quedé tan tranquilo cuando vi que se ponía unos guantes de goma... ya sabes, como esos que usan las mujeres para lavar los platos... ¡y cogía los anillos con unas tenazas!

—Me parece que las pilas AAA de Charlie son distintas de las que se compran en las tiendas —dije—. Mucho más potentes. ¿No te habló nunca de la electricidad secreta?

—Uy, Dios mío, muchas veces. Era su monotema. Pero eso fue más adelante, y para mí no tenía ni pies ni cabeza. Sospecho que a él le pasaba lo mismo. Le asomaba cierta expresión en los ojos...

—De perplejidad —apunté—. Perplejidad, preocupación y excitación, todo a la vez.

—Sí, eso. Me acercó los anillos a las orejas... utilizando las tenazas, eh... y luego me pidió que apretara el botón del mando, porque él tenía las manos ocupadas. Estuve a punto de negarme, pero de pronto me vinieron a la memoria las pistolas de los escaparates de todas esas tiendas de empeño, y lo pulsé.

—Entonces te desmayaste. —No fue una pregunta, porque estaba seguro de ello. Pero me sorprendió con su respuesta.

—Hubo desmayos, sí, y lo que yo llamo «prismáticos», pero eso vino después. En ese momento solo oía un fuerte *crujido* en medio de la cabeza. Estiré las piernas y levanté las manos como un niño desesperado por anunciar al profesor que sabe la contestación correcta.

Eso me trajo recuerdos.

—Además, notaba un sabor raro en la boca. Como si hubiese estado chupando monedas. Pregunté a Jacobs si podía beber agua, y me *oí* preguntarlo, y me eché a llorar. Lloré un buen rato. Él me abrazó. —Finalmente Hugh apartó la mirada de las montañas y la posó en mí—. Después de eso, habría hecho cualquier cosa por él, Jamie. *Cualquier cosa.*

—Conozco esa sensación.

—Cuando recuperé el control, pasamos otra vez al centro de la tienda y me puso unos auriculares Koss. Los conectó a una emisora de FM y fue bajando el volumen de la música a la vez que me preguntaba si la oía. La oí hasta que quitó el volumen del todo, y casi habría jurado que incluso entonces la oía. No solo me devolvió el oído, sino que además lo tenía más agudo que nunca desde los catorce años, cuando tocaba con mi primera *jam band*.

Hugh preguntó cómo podía devolverle el favor a Jacobs. El Reve, por entonces un individuo desastrado que necesitaba urgentemente un corte de pelo y un baño, reflexionó al respecto.

—Le diré qué haremos —contestó por fin—. Aquí hay poca clientela, y algunas de las personas que entran son un tanto dudosas. Voy a trasladar todo este material a un almacén de North Side mientras pienso cuál será mi siguiente paso. Podría usted ayudarme.

—Puedo hacer algo mejor que eso —respondió Hugh, deleitándose aún con el sonido de su propia voz—. Yo mismo alquilaré el almacén y contrataré a un servicio de mudanzas que lo lleve todo. Por mi aspecto, nadie diría que puedo permitírmelo, pero sí puedo. De verdad.

Jacob pareció horrorizarse ante la perspectiva.

—¡Ni hablar! Los artículos que tengo a la venta son en general chatarra, pero mi equipo es valioso, y la mayor parte de lo que hay en la parte de atrás, mi laboratorio, además es frágil. Su ayuda sería pago más que suficiente. Aunque antes necesita descansar un poco. Y comer. Aumentar unos kilos. Ha pasado una época difícil. ¿Le interesaría ser mi ayudante, señor Yates?

—Si eso es lo que usted quiere —dijo Hugh—. Señor Jacobs, aún me cuesta creer que esté usted hablando y yo esté oyéndolo.

—Dentro de una semana oír le parecerá lo más normal del mundo —contestó Jacobs con displicencia—. Es lo que pasa con los milagros. Pero ¿para qué voy a quejarme? Así es la naturaleza humana. En todo caso, como al fin y al cabo *sí hemos* compartido un milagro en este rincón olvidado de la Ciudad del Motor, no puedo consentir que sigamos hablándonos de usted. Para ti, soy el Reve.

—¿Reve de Reverendo?

—Exacto —dijo, y sonrió—. Reverendo Charles D. Jacobs, en la actualidad prelado mayor de la Primera Iglesia de la Electricidad. Y te prometo que no te haré trabajar demasiado. No hay prisa; nos lo tomaremos con calma.

—**Seguro que os lo tomasteis con calma** —dije.

—¿Y eso cómo se interpreta?

—No quería que le pagaras la mudanza, ni quería tu dinero. Quería tu tiempo. Sospecho que te tenía bajo estudio. Observaba los efectos secundarios. ¿*Tú* qué pensaste?

—¿En aquel momento? Nada. Yo flotaba en una enorme nube de alegría. Si el Reve me hubiera pedido que atracase el Banco Nacional de Detroit, quizá lo habría intentado. Pero, en retrospectiva, puede que tengas razón. Al fin y al cabo, no había mucho que hacer, porque la verdad es que tenía muy poco que vender. En la trastienda guardaba más cosas, pero, alquilando una camioneta relativamente grande, podríamos habernos llevado hasta el último cachivache de 8-Mile en dos días. Sin embargo lo alargó una semana. —Se detuvo a pensar—. Sí, vale. Me observaba.

—Te tenía bajo *estudio*. Atento a los efectos secundarios. —Eché un vistazo al reloj. Debía estar en el estudio en un cuarto de hora, y si me entretenía más en la zona de pícnic llegaría tarde—. Acompáñame al Estudio Uno. Cuéntame cuáles fueron esos efectos.

En el camino Hugh me habló de las lagunas de memoria posteriores al tratamiento eléctrico de Jacobs para la sordera. Fueron breves pero frecuentes durante los primeros dos días, y no tuvo sensación real de pérdida del conocimiento. Sencillamente aparecía de pronto en un sitio distinto y descubría que habían pasado cinco minutos. O diez. En dos ocasiones eso ocurrió mientras Jacobs y él cargaban equipo y artículos de segunda mano para la venta en una furgoneta de suministros de fontanería que Jacobs había pedido prestada a alguien (quizá a cambio de otra de sus

curaciones milagrosas, aunque si era así, Hugh no llegó a saberlo; el Reve era muy reservado con esas cosas).

—Le pregunté qué había pasado durante ese tiempo, y dijo que nada, que solo habíamos seguido moviendo trastos y conversando con toda normalidad.

—¿Tú te lo creíste?

—En aquel momento sí. Ahora ya no sé.

Una noche, contó Hugh —debió de ser cinco o seis días después del tratamiento—, estaba sentado en una silla en la habitación de su hotel de mala muerte, leyendo un libro, y de pronto se descubrió de pie en el rincón, de cara a la pared.

—¿Estabas diciendo algo? —pregunté, pensando: *Algo ha pasado. Algo, algo, algo.*

—No —respondió—. Pero...

—Pero ¿qué?

Meneó la cabeza al recordarlo.

—Me había quitado el pantalón y luego había vuelto a ponerme las zapatillas. Estaba allí plantado en calzoncillos y con las Reebok. Absurdo, ¿eh?

—Mucho —convine—. ¿Durante cuánto tiempo tuviste esos minilapsus?

—A la segunda semana tuve solo un par. A la tercera habían desaparecido. Pero otra secuela duró más. Algo raro en la vista. Esos... sucesos, los prismáticos. No sé qué otro nombre darles. Me pasó quizá una docena de veces en los cinco años siguientes. Y nunca más desde entonces.

Llegamos al estudio. Mookie nos esperaba; llevaba su gorra con el logo de los Broncos y la visera para atrás, con lo que parecía el skater más viejo del mundo.

—El grupo está ahí. Están ensayando. —Bajó la voz—. Tíos, son una puta mierda.

—Diles que empezaremos más tarde —indiqué—. Lo alargaremos al final para compensarlo.

Mookie nos miró alternativamente a Hugh y a mí, tomando la temperatura emocional.

—Eh, no va a haber ningún despido, ¿verdad?

—No a menos que vuelvas a dejarte encendida la mesa de mezclas —respondió Hugh—. Ahora entra ahí, y deja hablar a los mayores.

Mookie le dirigió un saludo militar y entró.

Hugh se volvió de nuevo hacia mí.

—Los prismáticos eran algo mucho más extraño que las lagunas de memoria. La verdad es que no sé cómo describirlos. Tendrías que vivirlo, como dijo alguien.

—Inténtalo.

—Siempre sabía con antelación cuándo iba a pasar. Yo andaba dedicándome a mis asuntos, ya me entiendes, con total normalidad, y de pronto tenía la impresión de que se me *aguzaba* la vista.

—¿Como el oído después del tratamiento?

Negó con la cabeza.

—No, eso era real. Ahora sigo oyendo mejor que antes del tratamiento del Reve, y sé que una prueba de audición lo demostraría, aunque nunca me he tomado la molestia de hacérmela. No, lo de la visión... ¿sabes eso de que los epilépticos se dan cuenta de que se acerca un ataque por un cosquilleo en las muñecas, o un olor imaginario?

—Precursores.

—Exacto. Esa sensación de que se me aguzaba la vista era un precursor. Lo que ocurría después era... color.

—Color.

—El mundo se llenaba de rojos, azules y verdes en los contornos de los objetos. Los colores iban y venían. Era como mirar a través de un prisma, pero uno que aumentaba los objetos a la vez que los hacía añicos. —Se dio una palmada en la frente, un discreto gesto de frustración—. Eso es lo más que puedo acercarme. Y durante los treinta o cuarenta segundos que duraba, era casi como si pudiera ver a través del mundo, y hubiera detrás otro mundo. Un mundo *más real*.

Me miró con toda seriedad.

—Esos eran los prismáticos. Hasta el día de hoy no había hablado del tema a nadie. Me daban un miedo de muerte.

—¿Ni siquiera se lo contaste al Reve?

—Se lo habría dicho, pero la primera vez que me pasó él ya había desaparecido de mi vida. Sin grandes despedidas, solo una nota para informarme de que le había salido una oportunidad profesional en Joplin. El episodio de los prismáticos fue seis meses después de la curación milagrosa, y yo ya había vuelto aquí, a Nederland. Los prismáticos... eran algo hermoso en un sentido que jamás conseguiré describir, pero espero que nunca vuelva a pasarme. Porque si ese otro mundo de verdad está ahí, no quiero verlo. Y si está dentro de mi cabeza, quiero que se quede ahí.

Mookie salió.

—Se mueren de ganas de empezar, Jamie. Registraré un poco de sonido, si quieres. Seguro que no puedo cagarla, porque al lado de estos los Dead Milkmen suenan como los Beatles.

Quizá fuera así, pero habían pagado por su sesión en dinero contante y sonante.

—No, enseguida entro. Diles que esperen dos minutos más.

Desapareció.

—¿Y bien? —dijo Hugh—. Tú ya sabes lo mío, pero yo no sé aún lo tuyo. Y sigo interesado.

—Esta noche dispongo de una hora a eso de las nueve. Me pasaré por la casa grande y te lo contaré. No será mucho tiempo. En esencia, mi historia es como la tuya: tratamiento, curación, efectos secundarios que primero se atenuaron y al final desaparecieron por completo. —Eso no era del todo cierto, pero tenía una sesión de grabación por delante.

—¿Sin prismáticos?

—No. Otras cosas. El síndrome de Tourette sin palabras obscenas, para empezar. —Decidí reservarme los sueños con parientes muertos, al menos de momento. Tal vez eran *mi* propio atisbo de ese otro mundo de Hugh.

—Tenemos que ir a verlo. —Hugh me agarró del brazo—. Tenemos que ir, en serio.

—Sí, coincido contigo.

—Pero nada de grandes cenas de reencuentro, ¿vale? Ni siquiera me apetece hablar con él; solo quiero observar.

—Bien —dije, y le miré la mano—. Ahora suéltame antes de que me dejes un moretón. Tengo que grabar un poco de música.

Me soltó. Entré en el estudio, y me envolvió el sonido de un grupo punk del pueblo, una de esas bandas que hacían una música de cazadora de cuero e imperdible a la que los Ramones le sacaban mucho más partido en la década de los setenta. Cuando miré por encima del hombro, allí seguía Hugh, con la vista fija en las montañas.

El mundo más allá del mundo, pensé, y a continuación me lo quité de la cabeza —o lo intenté— y me puse a trabajar.

No sucumbí a los ordenadores hasta pasado otro año, que fue cuando adquirí mi propio portátil, pero en los Estudios 1 y 2 había potencia informática de sobra —en 2008 lo grabábamos casi todo con programas de Mac—, y cuando me tomé un descanso a eso de las cinco, busqué a Danny Jacobs en Google y encontré millares de referencias. Por lo visto, me había perdido muchas cosas desde que «C. Danny» apareció por primera vez en el panorama nacional diez años atrás, pero no me culpé. No soy muy aficionado a la televisión, mi interés en la cultura popular gira en torno a

la música, y hacía ya mucho tiempo que no frecuentaba las iglesias. No era de extrañar que hubiera pasado por alto al predicador que en su entrada de Wikipedia se describía como «el Oral Roberts del siglo XXI».

No tenía una megaiglesia, pero su *Hora del poder curativo del Evangelio* semanal se emitía de costa a costa en canales de la televisión por cable en los que el precio de entrada en el negocio era bajo y las ganancias en forma de «ofrendas de amor» eran, cabía suponer, altas. El programa se grababa en sus Reviviscencias bajo una Carpa a la Antigua Usanza, que recorrían la mayor parte del país (manteniéndose a distancia de la costa Este, donde supuestamente la gente es un poco menos crédula). En fotografías tomadas en el transcurso de los años, vi a Jacobs envejecer y encanecer, pero la expresión de sus ojos permanecía inalterable: una expresión de fanatismo y en cierto modo de dolor.

Más o menos una semana antes de que Hugh y yo fuéramos a ver a Jacobs en su ambiente natural, telefoneé a Georgia Donlin y le pedí el número de su hija, la que estudiaba informática en la Universidad de Colorado. La hija se llamaba Brianna.

Bree y yo sostuvimos una conversación sumamente interesante.

Espectáculo en la carpa.

Había ciento diez kilómetros desde Nederland hasta el recinto ferial del condado de Norris, por lo que Hugh y yo tuvimos tiempo de sobra para charlar, pero apenas despegamos los labios hasta que nos hallábamos al este de Denver, limitándonos hasta entonces a guardar silencio y a contemplar el paisaje. Aparte del permanente trazo de smog por encima de Arvada, era un día perfecto de finales de verano.

De pronto Hugh apagó la radio, sintonizada en KXKL, que emitía una sucesión de viejos éxitos, y dijo:

—¿Le quedó a tu hermano Conrad algún efecto residual después de arreglarle el Reve la laringitis o lo que fuera?

—No, pero eso no tiene nada de raro. Según el propio Jacobs, esa curación fue falsa, un placebo, y yo siempre he pensado que decía la verdad. Es posible que así fuera. Esos eran sus primeros tiempos, no lo olvides, cuando su idea de gran proyecto era mejorar la recepción de la televisión. Sencillamente el cerebro de Con necesitaba permiso para curarse.

—La confianza es poderosa —coincidió Hugh—. También lo es la fe. Fíjate en todos esos grupos y solistas que hacen cola para grabar un cedé pese a que ya casi nadie los compra. ¿Has investigado acerca de C. Danny Jacobs?

—Mucho. La hija de Georgia está ayudándome.

—Yo también he investigado un poco, y juraría que muchas de las curaciones son como las de tu hermano. Personas con enfermedades psicosomáticas que deciden que se han curado cuando el Pastor Danny los toca con esos anillos mágicos de Dios.

Quizá eso fuera verdad, pero después de ver actuar a Jacobs en la feria de Tulsa no me cabía duda de que había descubierto el auténtico secreto de cómo atraer al público: había que dar a los paletos alguna que otra nuez para acompañar el ruido. Estaba muy bien que apareciera una mujer declarando que se le había ido la migraña o un hombre exclamando que ya no tenía ciática, pero esas cosas eran poco visuales. No

eran Retratos en Relámpagos, podría decirse.

Había más de veinte páginas web que lo desacreditaban, incluida una titulada C. DANNY JACOBS: EL ENGAÑO DE LA FE. Cientos de personas habían colgado comentarios en esas páginas, afirmando que los «tumores cancerosos» que el Pastor Danny extraía eran hígados de cerdo o tripas de cabra. Si bien estaba prohibido que los espectadores acudieran con cámaras a los oficios de C. Danny, y se confiscaba la película si alguno de los «acomodadores» veía a alguien tomando fotos, habían circulado igualmente numerosas imágenes. Muchas de ellas parecían de hecho complementar los vídeos oficiales colgados en la web de C. Danny. En otras, por el contrario, el emplasto reluciente en las manos del Pastor Danny ciertamente parecía tripas de cabra. Conjeturé que los tumores *eran* en efecto falsos: esa parte del espectáculo olía demasiado a truco de feria para ser otra cosa. Pero eso no significaba que todo lo que Jacobs hacía fuera falso. Prueba de ello eran esos dos hombres que viajaban en ese momento a bordo de un Lincoln Continental del tamaño de un barco.

—Tú tuviste episodios de sonambulismo y movimientos involuntarios —dijo Hugh—. Lo que, según la página de medicina WebMD, se llama mioclonías. Pasajeras, en tu caso. También la necesidad de clavarte cosas, como si en el fondo todavía desearas darle a la aguja.

—Todo cierto.

—Yo tenía lagunas de memoria mientras hablaba y me movía, como las lagunas causadas por el alcohol, solo que sin alcohol.

—Y los prismáticos —añadí.

—Ajá. Por otro lado, está la chica de Tulsa de la que me hablaste. La que robó los pendientes. El robo con fractura más descarado del mundo.

—Pensó que eran suyos porque salían en la foto que él le sacó. Seguro que andaba rondando por las boutiques de Tulsa en busca también del vestido.

—¿Recordaba haber roto la vitrina?

Meneé la cabeza. Hacía tiempo que yo me había marchado de Tulsa cuando Cathy Morse compareció en el juzgado, pero Brianna Donlin había encontrado un breve artículo sobre ella en internet. La Morse sostuvo que no se acordaba de nada, y el juez la creyó. Encargó un examen psicológico y la dejó en libertad bajo la custodia de sus padres. Después de eso Cathy Morse desapareció del mapa.

Hugh guardó silencio por un rato. También yo. Contemplamos cómo se desplegaba la carretera ante nosotros. Ahora que habíamos dejado atrás las montañas, llegaba hasta el horizonte, recta como una cuerda. Por fin dijo:

—¿Por qué lo hace, Jamie? ¿Por dinero? Va de feria en feria durante unos años y

un buen día dice: «Bah, esto es calderilla; ¿por qué no pongo en marcha un ministerio sanador y voy a por la pasta gansa?».

—Puede ser, pero nunca tuve la sensación de que a Charlie Jacobs le interesara la pasta gansa. Tampoco Dios le interesa ya, a menos que haya dado un giro de trescientos sesenta grados desde que echó a perder su ministerio en mi pueblo, y yo no percibí la menor señal de sentimiento religioso cuando estaba en Tulsa. Su único interés eran su mujer y su hijo... aquel álbum fotográfico que encontré en su autocaravana estaba tan manoseado que prácticamente se caía a pedazos... y estoy seguro de que aún le interesan sus experimentos. En lo tocante a eso de la electricidad secreta, es como el señor Sapo con su automóvil.

—No te sigo.

—Está obsesionado. Puestos a adivinar, diría que necesita dinero para seguir adelante con sus diversos experimentos. Más de lo que ganaría con una barraca en el paseo central de una feria.

—O sea, ¿la sanación no es su fin último? ¿No es la meta?

Yo no lo sabía, pero dudaba mucho que la sanación *fuera* realmente la meta. Organizar un negocio en torno a la reviviscencia sin duda era un acto de cinismo contra la religión que él había rechazado, así como un medio para obtener dinero fácil y rápido a través de «ofrendas de amor». Sin embargo Jacobs no me había curado a mí por dinero; eso había sido la simple ayuda cristiana por parte de un hombre capaz de rechazar la etiqueta pero no los dos principios básicos del ministerio de Jesús: la caridad y la misericordia.

—No sé hacia dónde apunta Jacobs —dije.

—¿Crees que *él* sí?

—De hecho, sí, lo creo.

—Esa electricidad secreta... Quizá ni siquiera él sabe qué es.

Quizá ni siquiera le importaba, pensé. Lo cual era una idea temible.

La feria del condado de Norris se celebraba durante la segunda quincena de septiembre; yo había estado allí con una novia hacía un par de años, y era grande. Como corría el mes de junio, el recinto ferial estaba desierto, salvo por una única carpa de lona enorme. Muy adecuadamente, se hallaba en lo que sería el extremo más sórdido del paseo central cuando la feria estuviera en marcha: las barracas de juego amañado y los espectáculos de chicas en topless. Los amplios aparcamientos estaban llenos de coches y furgonetas, muchos de ellos trastos viejos con adhesivos en los que

se leían cosas como JESÚS MURIÓ POR MÍ, YO VIVO POR ÉL. Coronando la carpa, probablemente atornillado al poste central, se alzaba un enorme crucifijo eléctrico en ascendentes listas de colores rojo, blanco y azul como las de un poste de barbería. De dentro llegaba el sonido de un conjunto evangélico electrificado y las rítmicas palmadas del público. La gente entraba aún en tropel. En su mayoría peinaban canas, pero también había jóvenes.

—Parece que se lo están pasando bien —comentó Hugh.

—Sí. Como en la canción de Neil Diamond sobre el espectáculo ambulante de la salvación del hermano Amor.

Gracias a un viento fresco procedente de las llanuras, la temperatura fuera de la carpa era de unos agradables veinte grados, pero dentro debía de haber al menos diez grados más. Vi a granjeros con peto y a sus ancianas esposas, sonrojadas y felices. Vi a hombres trajeados y a mujeres bien arregladas, como si hubiesen ido allí directamente desde sus oficinas en Denver. Había un contingente de peones chicanos en vaqueros y camisas de faena, algunos exhibiendo por debajo de las mangas recogidas lo que parecían tatuajes carcelarios. Incluso vi unas cuantas lágrimas en tinta. En la parte delantera estaba la Brigada de las Sillas de Ruedas. El conjunto de seis instrumentos se balanceaba y tocaba briosos acordes. Delante de ellos, ataviadas con voluminosas túnicas de color burdeos, se paseaban exuberantemente de un lado al otro cinco o seis nenas robustas: Devina Robinson y los Mirlos del Evangelio. Exhibían dientes blancos en rostros negros y batían palmas con los brazos en alto.

Devina, bailando, micro inalámbrico en mano, dio un paso al frente, lanzó un alarido musical como los de Aretha en su apogeo y empezó a cantar.

*A Jesús llevo en el corazón,
siempre lo llevaré, siempre lo llevaré,
a la gloria voy a subir, ¡y contigo iré!
Si quisiera, podría ir ya hoy
porque, gracias a Él, limpia de pecado estoy.
A Jesús llevo en el corazón, ¡siempre lo llevaré!*

Instó a los fieles a que unieran sus voces a la de ella, cosa que hicieron con entusiasmo. Hugh y yo nos colocamos al fondo, porque a esas alturas ya no quedaban asientos libres en la carpa, que probablemente tenía un aforo de más de mil personas. Hugh se inclinó hacia mí y, a gritos, me dijo al oído:

—¡Atento a esa voz! ¡Es fantástica!

Asentí con la cabeza y empecé a batir palmas. Eran cinco estrofas con muchos «siempre lo llevaré», y cuando Devina acometía ya el final, el sudor le corría por la cara, e incluso la gente en silla de ruedas cantaba con ella. Culminó la canción con otro ululato al estilo Aretha, micro en alto. El organista y el guitarra solista sostuvieron ese último acorde como si la vida les fuera en ello.

Cuando por fin acabaron, ella exclamó:

—*¡Que se oiga ese aleluya, gente hermosa!*

Y se oyó.

—*¡Ahora que se oiga como si conocierais el amor de Dios!*

Y entonces se oyó como si los fieles conocieran el amor de Dios.

Satisfecha a este respecto, preguntó si estaban listos para un poco de Al Stamper. El público le hizo saber que estaba más que listo.

El conjunto, atenuando el tono, tocó algo lento y sensual. Los fieles ocuparon sus asientos en las hileras de sillas plegables. Un negro calvo salió vigorosamente al escenario, acarreando sus más de ciento cincuenta kilos con exquisita soltura.

Hugh se inclinó hacia mí, ahora que podía hablar más bajo.

—Ese era de los Vo-Lites, en los setenta. Por entonces era flaco como un palo de escoba, con un pelo afro en el que habría cabido una mesita de centro. Joder, pensaba que estaba muerto. Con la de coca que esnifaba, debería estarlo.

Stamper lo confirmó de inmediato.

—Yo fui un gran pecador —confió al público—. Ahora, alabado sea el Señor, soy solo un gran glotón.

El público soltó una carcajada. Él se rio también, pero enseguida volvió a su anterior seriedad.

—Me salvé por la gracia de Jesús, y el pastor Danny Jacobs me curó de mis adicciones. Algunos de vosotros quizá recordéis las canciones seculares que canté con los Vo-Lites, y unos cuantos *menos* quizá recordéis las que canté cuando empecé a actuar en solitario. Hoy día canto otra clase de canciones, todas esas canciones enviadas por Dios que antes rechazaba...

—¡Alabado sea Jesús! —exclamó alguien entre el público.

—Bien dicho, hermano, alabad su nombre. Eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

Inició *Let the Lower Lights Be Burning*, un himno que yo recordaba bien de mi infancia, con voz tan grave y sincera que me dolió la garganta. Para cuando ya se acercaba el final, la mayoría de los fieles cantaban con él y tenían los ojos empañados.

Interpretó dos canciones más (la melodía y el ritmo de la segunda se parecían

sospechosamente a *Let's Stay Together* de Al Green) y después volvió a presentar a los Mirlos del Evangelio. Ellas cantaron; él cantó con ellas; elevaron al Señor un sonido jubiloso y espolearon a los fieles hasta que todos entonaron con desenfreno «Buen Dios, vayamos hacia Jesús». Mientras los asistentes, ahora de pie, batían palmas hasta enrojecérseles las manos, las luces de la carpa se apagaron, excepto por un foco grande e intenso a la izquierda del escenario, que fue por donde apareció C. Danny Jacobs. Era mi Charlie, sin duda, y el Reve de Hugh, pero había cambiado mucho desde que lo vi por última vez.

Su voluminoso tres cuartos negro —parecido al que vestía Johnny Cash en el escenario— ocultaba parcialmente su extrema delgadez, pero su rostro enjuto delataba la verdad. Había allí también otras verdades. Creo que la mayor parte de la gente que ha sufrido grandes pérdidas en la vida —grandes tragedias— llega a una encrucijada. Quizá no en el primer momento, pero sí cuando la conmoción se desvanece. A veces unos meses después, a veces pasados unos años. Esas personas o bien se expanden como resultado de su experiencia, o bien se contraen. Si eso suena un poco a New Age, y supongo que así es, no voy a disculparme. Sé de qué hablo.

Charles Jacobs se había contraído. Su boca era un trazo pálido. Sus ojos azules refulgían, pero estaban atrapados en redes de arrugas y se veían más pequeños. En cierto modo parecían a cubierto. El alegre joven que me había ayudado a formar cuevas en Monte Calavera cuando yo tenía seis años; el hombre que había escuchado con tanta benevolencia cuando le conté que Con había enmudecido... ese hombre parecía ahora uno de aquellos maestros de escuela de los viejos tiempos en Nueva Inglaterra, a punto de azotar con la vara a un alumno recalcitrante.

De pronto sonrió, y como mínimo pude concebir la esperanza de que el joven con quien yo había trabado amistad existiera aún en algún lugar dentro de aquel voceador evangélico de feria. La sonrisa le iluminó todo el rostro. El público aplaudió. En parte por alivio, creo. Jacobs levantó las manos y luego las bajó con las palmas orientadas hacia el suelo.

—Sentaos, hermanos y hermanas. Sentaos, chicos y chicas. Estemos en comunión, unos con otros.

Se sentaron en medio de un sonoro susurro. La carpa quedó en silencio. Todas las miradas estaban puestas en él.

—Os traigo una buena nueva que ya conocéis: Dios os ama. Sí, a todos vosotros. A aquellos que han llevado vidas rectas y a aquellos que están hundidos hasta el cuello en el pecado. Os amaba tanto que entregó al único Hijo que había engendrado: san Juan, tres, dieciséis. En la víspera de su crucifixión, Su Hijo elevó una plegaria

para que os librara de todo mal: san Juan, diecisiete, quince. Cuando Dios nos corrige, cuando nos envía cargas y dolencias, lo hace por amor: Hechos de los Apóstoles, diecisiete, once. ¿Y acaso no puede retirar esas cargas y dolencias con el mismo ánimo amoroso?

—*¡Sí, alabado sea Dios!* —prorrumpió una voz exultante en la Hilera de las Sillas de Ruedas.

—Me presento ante vosotros, un hombre errante sobre la faz de América, y un receptáculo del amor de Dios. ¿Me aceptaréis, como yo os acepto a vosotros?

Alzando sus voces respondieron afirmativamente. El sudor resbalaba por mi rostro, y por el de Hugh, y por los de aquellos que teníamos a ambos lados, pero Jacobs tenía la cara seca y reluciente, pese a que el foco bajo el que se hallaba debía de calentar aún más el aire en torno a él. A eso se añadía el tres cuartos negro.

—En otro tiempo estuve casado, y tenía un hijo pequeño —explicó—. Hubo un accidente atroz, y los dos se ahogaron.

Eso fue para mí como un jarro de agua fría. Era una mentira donde no había necesidad de mentir, que yo supiera.

El público dejó escapar un murmullo, casi un gemido. Muchas mujeres lloraban, y algunos hombres también.

—Entonces le volví la espalda a Dios, y lo maldije en mi corazón. Erré por el desierto. Sí, estuve en Nueva York, y Chicago, y Tulsa, y Joplin, y Dallas, y Tijuana. Estuve en Portland, Maine, y Portland, Oregón, pero todo era lo mismo, todo era el desierto. Me aparté de Dios, pero nunca me aparté del recuerdo de mi mujer y mi hijo. Dejé de lado las enseñanzas de Jesús, pero nunca dejé de lado esto.

Levantando la mano izquierda, enseñó una sortija de oro que parecía demasiado ancha y gruesa para ser una alianza nupcial corriente.

—Me sentí tentado por las mujeres, claro que sí. Al fin y al cabo, soy un hombre, y la esposa de Putifar siempre está entre nosotros, pero yo me mantuve fiel.

—*¡Alabado sea Dios!* —prorrumpió una mujer. Una que seguramente se consideraba capaz de reconocer a una esposa de Putifar aunque tuviera ante los ojos a esa furcia calenturienta vestida de respetable matrona.

—Y un día, después de vencer una de esas tentaciones desacostumbradamente intensa... desacostumbradamente *seductora*... tuve una revelación de Dios como la que tuvo Saulo de camino a Damasco.

—*¡Palabra de Dios!* —prorrumpió un hombre, alzando las manos al cielo (o por lo menos hacia el techo de la carpa).

—Dios me dijo que yo tenía un trabajo que hacer, y que ese trabajo consistía en

librar a los demás de sus cargas y aflicciones. Se me apareció en un sueño y me dijo que me pusiera *otro* anillo, uno que representaría mi matrimonio con las enseñanzas de Dios a través de Su Santa Palabra y las enseñanzas de Su hijo, Jesucristo. Entonces yo estaba en Phoenix, trabajando en un número de feria impío, y Dios me pidió que me adentrara en el desierto sin comida ni agua, como cualquier peregrino del Antiguo Testamento sobre la faz de la tierra. Me dijo que en el desierto encontraría el anillo de mi segundo y último matrimonio. Me dijo que si permanecía fiel a ese matrimonio, haría mucho bien, y me reencontraría con mi mujer y mi hijo en el cielo, y nuestro verdadero matrimonio volvería a consagrarse junto a Su trono sagrado, y bajo Su sagrada luz.

Se oyeron más chillidos y exclamaciones. Una mujer con un impecable traje chaqueta, medias de color carne y modernos zapatos de tacón bajo se desplomó en el pasillo y empezó a dar testimonio en un idioma que parecía compuesto exclusivamente de vocales. El hombre que la acompañaba —marido o novio— se arrodilló a su lado, le sostuvo la cabeza con las manos, le dirigió una tierna sonrisa y la instó a seguir.

—No se cree ni una sola palabra de todo eso —dije. Yo estaba de una pieza—. Es todo mentira, de principio a fin. Por fuerza esta gente tiene que darse cuenta.

Pero no se daba cuenta, y Hugh no me oía. Subyugado, mantenía la mirada fija en el escenario. La carpa era pura algarabía, y la voz de Jacobs se elevaba por encima del bullicio, se imponía a los aleluyas por la gracia de la electricidad (y de un micrófono inalámbrico).

—Caminé todo el día. En un área de descanso encontré la comida que alguien había dejado en un cubo de basura y me la comí. Junto al sendero encontré media botella de Coca-Cola, y me la bebí. Entonces Dios me dijo que abandonara el camino, y aunque para entonces ya se echaba encima la noche, y viajeros más aptos que yo habían muerto en ese desierto, obedecí.

Para entonces debía de haber llegado ya a los barrios residenciales, pensé. Tal vez incluso a North Scottsdale, donde viven los ricos.

—Era una noche oscura, con el cielo nublado, sin una sola estrella a la vista, pero poco después de las doce, las nubes se separaron y un rayo de luna iluminó unas rocas. Me acerqué a ellas, y debajo encontré... esto.

Alzó la mano derecha. En el dedo medio lucía otra gruesa sortija de oro. El público prorrumpió en aplausos y aleluyas. Seguí buscándole sentido a todo aquello, y seguí fracasando en el intento. Había allí personas que utilizaban por norma sus ordenadores para mantenerse en contacto con sus amigos y conocer las noticias del

día, personas para quienes los satélites meteorológicos y los trasplantes de pulmón eran lo más normal del mundo, personas con una esperanza de vida de treinta y cuarenta años más que sus bisabuelos. Y allí estaban, tragándose una historia en comparación con la cual Papá Noel y el Ratoncito Pérez parecían crudo realismo. Jacobs estaba dándoles mierda y a ellos les encantaba. Tuve la desalentadora impresión de que también a él le encantaba, y eso era aún peor. Aquel no era el hombre a quien yo había conocido en Harlow, ni el que me había acogido aquella noche en Tulsa. Aunque cuando pensaba en cómo había tratado al padre granjero de Cathy Morse, un hombre desconcertado y deshecho, tuve que reconocer que ya entonces iba por ese camino.

No sé si detesta a esta gente, pensé, pero sí la desprecia.

O quizá no. Quizá sencillamente le traía sin cuidado. Salvo por la cifra a la que ascendía la recaudación al final del número, claro está.

Entretanto, Jacobs continuaba con su testimonio. El conjunto había empezado a tocar mientras él hablaba, enardeciendo aún más a la multitud. Los Mirlos del Evangelio se balanceaban y batían palmas, y el público se unió a las cantantes.

Jacobs habló de sus primeras curaciones vacilantes con los anillos de sus dos matrimonios: el secular y el sagrado. De su toma de conciencia de que Dios quería que él transmitiera Su mensaje de amor y sanación a un público más amplio. De sus reiteradas declaraciones —postrado de rodillas y atormentado— de que no era digno. De que Dios le respondió que Él no le habría entregado los anillos si eso fuera cierto. Jacobs lo presentó todo como si Dios y él hubieran mantenido largas conversaciones sobre esos asuntos en alguna sala de fumadores celestial, quizá chupando sus pipas y contemplando las onduladas colinas del cielo.

Aborrecí su actual apariencia: aquel rostro enjuto de maestro de escuela y el fulgor azul de sus ojos. Aborrecí también el tres cuartos negro. En las ferias llaman «mordaza» a esa clase de chaquetón. Me enteré en el Parque de Atracciones Bell, cuando trabajaba en el número de los Retratos en Relámpagos de Jacobs.

—Rezad conmigo, ¿queréis? —preguntó Jacobs, y se arrodilló y contrajo los ojos en lo que pareció una breve mueca de dolor. ¿Reuma? ¿Artritis?

Pastor Danny, cúrate a ti mismo, pensé.

Los fieles se pusieron de rodillas con otro generalizado susurro de ropa y murmullos de exaltación. Los que estábamos de pie al fondo de la carpa hicimos lo mismo. Yo me resistí por un momento —incluso para un metodista renegado como yo, aquel número apestaba a blasfemia del mundo del espectáculo—, pero lo último que quería era atraer su atención, como había ocurrido en Tulsa.

Te salvó la vida, pensé. No debes olvidarlo.

Cierto. Y los años transcurridos desde entonces habían sido buenos años. Cerré los ojos, no para rezar, sino por mi estado de confusión. Lamenté haber ido, pero en realidad no había tenido opción. No por primera vez lamenté haber pedido a Georgia Donlin que me pusiera en contacto con su hija experta en informática.

Ya era demasiado tarde.

El Pastor Danny rezó por los presentes. Rezó por los impedidos que querían estar allí con ellos pero no podían. Rezó por los hombres y las mujeres de buena voluntad. Rezó por Estados Unidos de América, y pidió a Dios que imbuyera de sabiduría a sus líderes. Luego fue al grano, y rogó a Dios que obrara la sanación a través de sus manos y sus anillos sagrados, conforme a Su voluntad.

Y el conjunto siguió tocando.

—¿Hay alguien entre vosotros que desee ser sanado? —preguntó, y se puso en pie con dificultad, también con una mueca de dolor. Al Stamper hizo ademán de acercarse para ayudarlo, pero Jacobs indicó al excantante soul que retrocediera—. ¿Hay alguien entre vosotros con pesadas cargas de las que desee aliviarse, y dolencias de las que desee librarse?

Los fieles contestaron afirmativamente a pleno pulmón. Los de las sillas de ruedas y los enfermos crónicos de las dos primeras filas lo miraban cautivados. También los que estaban en las filas de detrás, muchos de ellos demacrados y en apariencia a las puertas de la muerte. Se veían vendajes y desfiguraciones, y mascarillas de oxígeno, y miembros atrofiados, y aparatos ortopédicos. Algunos tenían convulsiones y se balanceaban descontroladamente por efecto de los frenéticos bailes que ejecutaban dentro de sus cráneos sus cerebros dañados por la parálisis cerebral.

Devina y los Mirlos del Evangelio empezaron a cantar *Jesús dice que deis un paso al frente* con voz tan suave como una brisa de primavera llegada desde el desierto. Los acomodadores en vaqueros bien planchados, camisas blancas y chalecos verdes aparecieron como por arte de magia. Unos cuantos comenzaron a organizar una cola en el pasillo central con aquellos que albergaban la esperanza de ser curados. Otros chalecos verdes —*muchos* otros— circulaban entre la gente. Estos llevaban cepillos de colecta grandes como cuévanos. Oí el tintineo de las monedas, pero era disperso y esporádico; en su mayoría, los presentes echaban billetes verdes plegados: lo que en las ferias llaman «el premio gordo». La mujer con don de lenguas volvió a sentarse en su silla plegable con la ayuda de su novio o marido. El pelo le caía suelto en torno al rostro sonrojado y exaltado y tenía la chaqueta del traje manchada.

Yo mismo me sentía manchado, pero habíamos llegado a la parte que realmente

deseaba ver. Saqué un cuaderno y un Bic. Contenía ya varias anotaciones, algunas de mi propia investigación; otras, las más, por gentileza de Brianna Donlin.

—¿Qué haces? —preguntó Hugh en voz baja.

Cabeceé. Estaba a punto de iniciarse el momento de la sanación, y yo había visto en la página web del Pastor Danny vídeos suficientes para saber cómo actuaba. *Esto es de la vieja escuela*, había comentado Bree después de ver ella misma varios vídeos.

Avanzó una mujer en silla de ruedas. Jacobs le preguntó cómo se llamaba y acercó el micrófono a sus labios. Ella, con voz trémula, declaró ser Rowena Mintour, una maestra de escuela que había viajado hasta allí desde Des Moines. Tenía una artritis atroz y ya no podía caminar.

Anoté su nombre en mi cuaderno bajo el de Mabel Jergens, curada de una lesión en la médula espinal hacía un mes en Albuquerque.

Jacobs se metió el micrófono en un bolsillo exterior del chaquetón mordaza y, con la cabeza de la mujer entre las manos, apretó los anillos contra sus sienes y le estrechó la cara contra sí. Cerró los ojos. Movié los labios en una plegaria muda... o la letra de *Here We Go Round the Mulberry Bush*, a saber. De pronto la mujer se sacudió. Levantó las manos, que se agitaron como pájaros blancos. Miró a Jacobs a la cara, sus ojos muy abiertos por el asombro o por efecto de una descarga eléctrica.

Acto seguido se puso en pie.

La multitud prorrumpió en aleluyas. Mientras la mujer abrazaba a Jacobs y le cubría de besos las mejillas, varios hombres lanzaron sus gorras al aire, cosa que yo había visto en las películas pero nunca en la vida real. Jacobs la agarró por los hombros, la volvió de cara a los espectadores —todos estupefactos, sin excluirme a mí— y se buscó el micrófono con la desenvoltura experta de un viejo feriante.

—¡Camina hacia tu marido, Rowena! —exclamó Jacobs al micrófono con voz atronadora—. ¡Camina hacia él y alaba a Jesús a cada paso! ¡Alaba a Dios a cada paso! ¡Alaba Su sagrado nombre!

Ella, tambaleante, se dirigió hacia su marido, abriendo los brazos para mantener el equilibrio y llorando. Un acomodador con chaleco verde mantuvo la silla de ruedas cerca de ella por si le flaqueaban las piernas... pero no lo hicieron.

Aquello prosiguió durante una hora. La música no se interrumpió en ningún momento, ni dejaron de circular los acomodadores con hondas cestas para las ofrendas. Jacobs no curó a todo el mundo, pero puedo asegurar que sus recaudadores desplumaron a aquellos paletos hasta que no les quedaron más que las tarjetas de crédito, sin duda con el límite superado. Muchos de los miembros de la Brigada de las Sillas de Ruedas no pudieron levantarse después del contacto de los anillos sagrados,

pero media docena de ellos sí lo hicieron. Anoté todos los nombres y taché aquellos que después del contacto sanador de Jacobs parecían tan jodidos como antes.

Una mujer con cataratas declaró que veía, y bajo las intensas luces realmente dio la impresión de que el velo lechoso había abandonado sus ojos. Un brazo torcido se enderezó. Un bebé gemebundo con algún tipo de defecto cardíaco dejó de llorar como si se hubiera accionado un interruptor. Un hombre ayudado de muletas, con la cabeza gacha, se arrancó el collarín que llevaba y lanzó a un lado las muletas. Una mujer aquejada de la enfermedad pulmonar obstructiva crónica dejó caer la mascarilla de oxígeno. Declaró que podía respirar fácilmente y la opresión en el pecho había desaparecido.

Muchas de las curaciones eran imposibles de cuantificar, y muy probablemente algunas eran cebos. Por ejemplo, el hombre con úlceras que afirmó que por primera vez en tres años no le dolía el estómago. O la mujer con diabetes —una pierna amputada por debajo de la rodilla— que dijo que volvía a notar las manos y los dedos del pie que le quedaba. Un par de enfermos de migraña crónica que atestiguaron que ya no sentían dolor, alabado sea Dios, ya no sentían el menor dolor.

Anoté los nombres de todos modos y —cuando los dijeron— las localidades y los estados de los que procedían. Bree Donlin sabía lo que se hacía, se había interesado en el proyecto, y yo quería darle la mayor información posible en la que basarse.

Esa noche Jacobs solo extrajo un tumor, y ni siquiera me planteé anotar el nombre de ese individuo, porque vi que Jacobs se llevaba las manos rápidamente bajo el chaquetón mordaza antes de aplicar los anillos mágicos. Lo que mostró al público extasiado y sobrecogido tenía, a mi juicio, el sospechoso aspecto de un hígado de ternera comprado en un supermercado. Se lo entregó a uno de sus ayudantes con chaleco verde, que lo metió en un tarro y lo hizo desaparecer apresuradamente.

Por fin Jacobs anunció que el tacto sanador se había agotado por esa noche. No sé hasta qué punto eso era verdad, pero desde luego *él* sí parecía agotado. De hecho, muerto de cansancio. Aún tenía el rostro seco, pero la tela de la camisa se le adhería al pecho. Cuando se apartó de los fieles que no habían tenido oportunidad de recibir el tratamiento y se dispersaban ya de mala gana (muchos sin duda lo seguirían al próximo acto de reviviscencia), dio un traspié. Al Stamper estaba allí para sujetarlo, y esta vez Jacobs aceptó la ayuda.

—Recemos —dijo Jacobs. Le costaba respirar, y no pude evitar preocuparme ante un posible desmayo o un paro cardíaco allí mismo—. Demos gracias a Dios a la vez que le ofrecemos nuestras cargas. Después de eso, hermanos y hermanas, Al y Devina y los Mirlos del Evangelio nos despedirán con una canción.

Esta vez no intentó arrodillarse, pero los fieles sí lo hicieron, incluidos unos cuantos que probablemente nunca habían imaginado que volverían a arrodillarse en su vida terrena. Se repitió aquel etéreo susurro de ropa, que casi ahogó las arcadas que se oían junto a mí. Me volví justo a tiempo de ver la espalda de Hugh con su camisa a cuadros desaparecer entre las cortinas de la entrada de la carpa.

Lo encontré de pie bajo una farola a unos cinco metros, doblado por la cintura y con las manos apoyadas en las rodillas. La noche había refrescado considerablemente, y el charco entre sus pies despedía un tenue vapor. Cuando me acerqué, todo su cuerpo se sacudió y el charco se agrandó. Al tocarle el brazo, lo apartó de un tirón y se tambaleó, casi cayendo en su propio vómito, lo que habría implicado un fragante viaje de regreso a casa.

La mirada de pánico que me dirigió fue la de un animal atrapado en un incendio en el bosque. De pronto se relajó y se irguió, sacando del bolsillo trasero un anticuado pañuelo ranchero. Se enjugó la boca con él. Le temblaba la mano. Estaba pálido como el papel. Sin duda eso se debía en parte a la dura luz de la farola, pero no era solo por eso.

—Perdona, Jamie. Me has asustado.

—Ya me he dado cuenta.

—Ha sido por el calor, supongo. Vámonos de aquí, ¿vale? Para ahorrarnos las aglomeraciones de la salida.

Se encaminó hacia el Lincoln. Le toqué el codo. Lo apartó. Más exactamente, dio un *respingo*.

—¿Qué te ha pasado realmente?

En un primer momento no contestó, limitándose a seguir hacia el extremo del aparcamiento, donde tenía estacionada su barcaza de Detroit. Permanecí a su lado. Alargó el brazo hacia el coche y apoyó la mano en el capó húmedo por el relente, como para reconfortarse.

—Ha sido un prismático. El primero en mucho, mucho tiempo. He sentido que iba a venirme mientras curaba a ese último, el hombre que ha dicho que quedó paralizado de cintura para abajo en un accidente de tráfico. Cuando se ha levantado de la silla, todo se ha *aguzado*. Todo se ha vuelto más *claro*. ¿Entiendes?

No lo entendía, pero asentí como si lo hiciera. A nuestras espaldas los fieles batían palmas jubilosamente y cantaban *Cuánto amo a mi Jesús* a pleno pulmón.

—Luego... cuando el Reve ha empezado a rezar... los colores. —Me miró. Le

temblaban los labios. Aparentaba veinte años más—. Eran mucho más intensos. Lo hacían pedazos todo.

Tendió la mano y me cogió de la camisa con tal fuerza que me arrancó dos botones. Era el agarrón de un hombre que se ahoga. Tenía los ojos muy abiertos y una expresión de horror en la mirada.

—Después... todos esos fragmentos han vuelto a unirse, pero los colores no desaparecían. Danzaban y ondeaban como la aurora boreal en una noche de invierno. Y la gente... ya no era gente.

—¿Qué era, Hugh?

—Hormigas —susurró—. Hormigas enormes, de esas que solo deben de existir en bosques tropicales. Marrones y negras y rojas. Lo miraban con ojos muertos y les goteaba de la boca ese veneno suyo, el ácido fórmico. —Tomó aire en una larga y entrecortada inhalación—. Si vuelvo a ver algo así, me quitaré la vida.

—Pero ya ha pasado, ¿no?

—Sí. Ha pasado. Gracias a Dios.

Sacó las llaves del bolsillo y se le cayeron al suelo. Las recogí.

—Ya conduciré yo.

—Sí. Conduce tú. —Hizo ademán de dirigirse al asiento del acompañante y de pronto me miró—. Tú también, Jamie. Me he vuelto hacia ti, y estaba al lado de una hormiga enorme. Te has vuelto... me has mirado...

—Hugh, eso no ha ocurrido. Apenas te he visto salir.

Pareció no oírme.

—Te has vuelto... me has mirado y creo que intentabas *sonreír*. Estabas rodeado de colores, pero tenías los ojos muertos, como los demás. Y veneno en la boca.

No dijo nada más hasta que llegamos a la enorme verja de madera a la entrada de Wolfjaw. Estaba cerrada, y me disponía ya a bajarme del coche para abrirla.

—Jamie.

Me volví y lo miré. Había recuperado el color, pero solo un poco.

—No me menciones nunca más su nombre. *Nunca*. Si lo haces, tu trabajo aquí se habrá acabado. ¿Queda claro?

Quedaba claro. Pero eso no significaba que yo fuera a dejarlo correr.

Mientras leía necrológicas en la cama.**Otra vez Cathy Morse. The Latches.**

Brianna Donlin y yo revisábamos necrológicas en la cama un domingo por la mañana a principios de agosto de 2009. Gracias a los diversos trucos informáticos que solo dominan los verdaderos expertos, Bree pudo reunir notificaciones de fallecimientos publicadas en una docena de periódicos estadounidenses y verlas en orden alfabético.

No era la primera vez que lo hacíamos en tan placenteras circunstancias, pero los dos éramos conscientes de que pronto sería la última vez. En septiembre ella viajaría a Nueva York para presentarse a entrevistas de trabajo en empresas del sector de la tecnología de la información que de entrada pagaban sueldos por encima de las seis cifras a nivel de acceso —tenía ya cuatro anotadas en su agenda—, y yo urdía mis propios planes. Pero ese tiempo en mutua compañía había sido beneficioso para mí de muy diversas maneras, y nada me inducía a dudar de su palabra cuando afirmaba que también lo había sido para ella.

Yo no era el primer hombre en disfrutar de un devaneo con una mujer a quien doblaba la edad, y si me dijeran que no hay mayor necio que un viejo necio y no hay mayor sátiro que un sátiro viejo, no lo discutiría, pero a veces esas relaciones están bien, al menos a corto plazo. Ninguno de los dos se había encariñado del otro más de la cuenta, y ninguno de los dos se hacía ilusiones sobre el futuro a largo plazo. Sencillamente había ocurrido, y Brianna había dado el primer paso. Sucedió unos tres meses después del acto de reviviscencia bajo la carpa en el condado de Norris y unos cuatro meses después de iniciar nuestras pesquisas informáticas. No me hice de rogar mucho, y menos cuando una noche en mi apartamento ella se quitó la blusa y la falda.

—¿Estás segura de que esto es lo que quieres? —le había preguntado yo.

—Totalmente. —Desplegó una sonrisa—. Pronto saldré al ancho mundo y quizá me convenga resolver antes mis conflictos edípicos.

—¿Tu padre era un exguitarrista blanco, pues?

Se rio.

—De noche todos los gatos son pardos, Jamie. Y ahora... ¿vamos a entrar en materia o no?

Entramos en materia, y fue magnífico. Mentiría si dijera que su juventud no me excitaba —contaba veinticuatro años— y también mentiría si dijera que yo siempre daba la talla. Tendido junto a ella aquella primera noche, y ya bastante extenuado después de la segunda ronda, le pregunté qué opinaría Georgia.

—Por mí no va a enterarse. ¿Y por ti?

—No, pero Nederland es un pueblo.

—Eso es verdad, y en los pueblos la discreción tiene un límite, supongo. Si *llegara* a decirme algo a mí, le recordaría que ella en su día no solo le llevaba la contabilidad a Hugh Yates.

—¿Lo dices en serio?

Bree se rio.

—Mira que sois *tontos*, ¿eh?, los chicos blancos.

Ahora, con un café a su lado de la cama y un té al mío, estábamos recostados en las almohadas y teníamos el portátil de ella entre ambos. El sol veraniego —el de la mañana, siempre el mejor— formaba un rectángulo en el suelo. Bree llevaba una camiseta mía, y nada más. Su pelo, muy corto, era un casquete negro rizado.

—Podrías seguir adelante sin mi ayuda perfectamente —comentó ella—. Te haces el inepto informático... sobre todo para tenerme donde poder achucharme por la noche, sospecho... pero el manejo de los motores de búsqueda no es ingeniería aeroespacial. Y diría que ya tienes información suficiente, ¿no crees?

A decir verdad, así era. Habíamos partido de tres nombres obtenidos en la sección de Testimonios Milagrosos de la página web de C. Danny Jacobs. Robert Rivard, el chico curado de distrofia muscular en St. Louis, encabezaba la lista. A esos tres casos, Bree había añadido los de aquellos asistentes a la sesión de reviviscencia en el condado de Norris que, a mi juicio, eran verídicos, como el de Rowena Mintour, cuya repentina recuperación era casi incontrovertible. Si aquellas lágrimas y aquel andar vacilante en dirección a su marido habían sido un montaje, esa mujer merecía un Oscar.

Bree había seguido la pista a la Gira de Reviviscencia Sanadora del Pastor Danny Jacobs desde Colorado hasta California, diez escalas en total. Juntos habíamos visto en YouTube los nuevos vídeos añadidos a la sección Testimonio Milagroso de la

página web con la avidez de biólogos marinos que estudian una especie de pez recién descubierta. Analizamos la validez de cada uno de ellos (primero en el salón de mi casa, después en esa misma cama), y al final los distribuimos en cuatro categorías: *patraña absoluta*, *patraña probable*, *imposible estar seguro* y *difícil no creerlo*.

Por medio de este proceso, había surgido paulatinamente una lista maestra. Esa soleada mañana de agosto, allí en el dormitorio de mi apartamento en un primer piso, la lista contenía quince nombres. Eran curaciones en cuanto a las cuales teníamos una certeza del noventa y ocho por ciento, cribadas de un total de casi setecientos cincuenta casos posibles. Robert Rivard estaba en esa lista; Mabel Jergens, de Albuquerque, también. Figuraban asimismo Rowena Mintour y Ben Hicks, el hombre que en el recinto ferial del condado de Norris se había arrancado el collarín y había tirado las muletas.

Hicks era un caso interesante. Tanto él como su mujer habían confirmado la autenticidad de la curación en un artículo aparecido en el *Denver Post* un par de semanas después de reanudar su viaje el espectáculo ambulante de Jacobs. Era profesor de historia en el Community College de Denver y tenía una reputación intachable. Él mismo se presentaba como escéptico en cuestiones religiosas y describía su asistencia al acto de reviviscencia del condado de Norris como «último recurso». Su mujer lo corroboró: «Quedamos asombrados y agradecidos». Añadió que habían empezado a ir otra vez a la iglesia.

Rivard, Jergens, Mintour, Hicks y todos los demás incluidos en la lista maestra habían sido tocados por los «anillos sagrados» de Jacobs entre mayo de 2007 y diciembre de 2008, cuando concluyó en San Diego la Gira de Reviviscencia Sanadora.

Bree había iniciado la labor de seguimiento con ánimo despreocupado, pero en octubre de 2008 su actitud se ensombreció. Fue cuando encontró una noticia sobre Robert Rivard —solo una nota satírica, de hecho— en el *Weekly Telegram* del condado de Monroe. Decía que el «niño del milagro» había ingresado en el hospital pediátrico de St. Louis «por razones ajenas a su anterior distrofia muscular».

Bree hizo indagaciones, tanto por internet como por teléfono. Los padres de Rivard se negaron a atenderla, pero al final una enfermera del hospital pediátrico sí accedió a hablar en cuanto Bree le dijo que su intención era desenmascarar las falsedades de C. Danny Jacobs. En realidad no era eso lo que nos proponíamos, pero dio resultado. Cuando Bree le aseguró que nunca mencionaría su nombre en ningún artículo o libro, la enfermera explicó que el ingreso de Bobby Rivard se debía a «jaquecas en cadena», textualmente, y se le había sometido a una serie de pruebas para descartar la existencia de un tumor cerebral. Posibilidad que en efecto se descartó.

Pasado un tiempo, el niño fue trasladado al Gad's Ridge, en Oakville, Missouri.

—¿Qué clase de hospital es ese? —había preguntado Bree.

—Psiquiátrico —contestó la enfermera. Y mientras Bree lo asimilaba, la mujer añadió—: La mayor parte de la gente que entra en el Gad's ya nunca sale.

En el Gad's Ridge, los esfuerzos de Bree para averiguar algo más toparon con un muro de piedra. Como yo consideraba a Rivard nuestro Paciente Cero, cogí un avión a St. Louis, alquilé un coche y viajé a Oakville. Después de pasar varias tardes en el bar más cercano al hospital, di con un auxiliar clínico dispuesto a hablar a cambio de unos módicos honorarios: sesenta dólares. Robert Rivard todavía caminaba bien, dijo el auxiliar, pero nunca iba más allá del rincón de su habitación. Cuando llegaba allí, sencillamente se quedaba inmóvil, como un niño castigado de cara a la pared por su mal comportamiento, hasta que alguien lo llevaba de vuelta a su cama o a la silla más próxima. En los días buenos, comía; durante sus períodos malos, mucho más habituales, era necesario entubarlo. Se lo había clasificado de semicatatónico. Un vegetal, en palabras del auxiliar.

—¿Padece aún jaquecas en cadena? —le pregunté.

El auxiliar encogió sus robustos hombros.

—¿Quién sabe?

Quién sabía, ciertamente.

Por los datos de que disponíamos, nueve de las personas incluidas en nuestra lista maestra estaban bien, entre ellas Rowena Mintour, que había vuelto a la enseñanza, y Ben Hicks, a quien entrevisté yo mismo en noviembre de 2008, cinco meses después de su curación. No se lo conté todo (para empezar, no mencioné la electricidad, ni la común ni la especial), pero sí le di información suficiente para dejar bien asentada mi buena fe: adicción a la heroína curada por Jacobs a principios de los años noventa, seguida de inquietantes efectos secundarios que con el tiempo disminuyeron y finalmente desaparecieron. Lo que yo quería saber era si también *él* había sufrido efectos secundarios: lagunas de memoria, destellos, sonambulismo, quizá algún episodio de síndrome de Tourette incurriendo en el vocabulario propio de este trastorno.

No a todo, contestó. Estaba tan bien como podía estar.

«No tengo la certeza de que Dios actuara por mediación de ese hombre o no —me dijo Hicks ante un café en su despacho—. Pero mi mujer sí la tiene, y ya está bien así; a mí me da igual. No siento dolor y camino tres kilómetros al día. Dentro de dos

meses espero estar en condiciones de jugar al tenis, al menos a dobles, donde solo hay que correr unos cuantos pasos. *Esas* son las cosas que a mí me preocupan. Si ese hombre hizo por usted lo que dice que hizo, ya sabe a qué me refiero».

Lo sabía, pero sabía también otras cosas.

Que Robert Rivard disfrutaba de su curación en una institución psiquiátrica, tomando glucosa por vía intravenosa en lugar de Coca-Colas con sus amigos.

Que Patricia Farmingdale, curada de neuropatía periférica, en Cheyenne, Wyoming, se había echado sal a los ojos, decidida aparentemente a cegarse. No recordaba haberlo hecho, y menos aún la razón.

Que Stefan Drew, de Salt Lake City, había empezado a dar caminatas después de curarse de un supuesto tumor cerebral. Esas caminatas, algunas de ellas maratones de veinticinco kilómetros, no se producían durante lagunas de memoria; sencillamente lo asaltaba la necesidad, según contaba, y tenía que ponerse en marcha.

Que Veronica Freemont, de Anaheim, había padecido lo que ella definía como «interrupciones de la visión». El resultado de una de estas había sido una colisión yendo a baja velocidad con otro vehículo. Dio negativo en las pruebas de alcoholemia y drogas, pero, por si acaso, renunció al carnet de conducir, no fuera a ocurrirle de nuevo.

Que, en San Diego, Emil Klein, después de la curación milagrosa de una lesión en el cuello, padeció durante un tiempo la compulsión esporádica de salir a su jardín y comer tierra.

Y estaba también Blake Gilmore, de Las Vegas, quien sostenía que C. Danny Jacobs lo había curado de un linfoma a finales del verano de 2008. Al cabo de un mes perdió su empleo de crupier de blackjack cuando empezó a dirigirse a los clientes en términos soeces, como por ejemplo: «Arriésgate, arriésgate, joder, cobarde de mierda». Cuando empezó a hablar así a gritos a sus tres hijos, su mujer lo echó de casa. Se instaló en un motel de citas al norte de Fashion Show Drive. Dos semanas después fue hallado muerto en el cuarto de baño, tendido en el suelo, con un tubo de pegamento Krazy Glue en una mano. Lo había utilizado para taponarse las fosas nasales y sellarse los labios. No era la única defunción vinculada a Jacobs que Bree había descubierto con su motor de búsqueda, pero sí era la única que incuestionablemente guardaba relación con él.

Hasta Cathy Morse, claro está.

Volvió a estar amodorrado a pesar del té muy cargado del desayuno. Lo atribuí a la

función de desplazamiento automático del portátil de Bree. Era útil, dije, pero también hipnótica.

—Cariño, si se me permites parafrasear a Al Jolson, todavía no has visto nada —dijo—. El año que viene Apple va a sacar un ordenador estilo tableta que revolucionará... —Se oyó un *bing* antes de que acabara, y el desplazamiento automático se detuvo. Miró la pantalla, donde aparecía una línea destacada en rojo—. Ajá. Ese es uno de los nombres que me diste cuando empezamos.

—¿Qué? —Quería decir «Quién». Al principio solo había podido darle unos cuantos, y uno de ellos era el de mi hermano Con. Jacobs había *afirmado* que en ese caso fue solo un efecto placebo, pero...

—Espera un momento, déjame pulsar el vínculo.

Me incliné a mirar. Mi primera sensación fue de alivio: no era Con, claro que no. La segunda fue una mezcla de consternación y horror.

La necrológica, publicada en el *World* de Tulsa, correspondía a una tal Catherine Anne Morse, treinta y ocho años. Muerte repentina, informaba la necrológica. Y añadía lo siguiente: «Los afligidos padres de Cathy piden que, en lugar de flores, se envíen donaciones a la Red de Acción para la Prevención del Suicidio. Dichas donaciones son desgravables».

—Bree —dijo—. Busca en la semana pasada...

—Ya sé qué tengo que hacer; tú déjame hacerlo. —A continuación, lanzándome una segunda mirada más atenta a la cara, preguntó—: ¿Estás bien?

—Sí —respondí, pero no sabía si lo estaba o no.

De vez en cuando me venía a la memoria la imagen de Cathy Morse subiendo al escenario de Retratos en Relámpagos hacía muchos años, una «tempranera» bonita y menuda, destellando sus piernas bronceadas bajo una falda vaquera con el dobladillo deshilachado. *Toda chica guapa lleva su propia carga positiva*, había dicho Jacobs, pero en algún punto del camino esa carga había pasado a ser negativa. No se mencionaba a ningún marido, aunque a una chica de tan buen ver no debían de haberle faltado pretendientes. Tampoco se mencionaban hijos.

Quizá le gustaban las chicas, pensé, pero no era un argumento muy convincente.

—Aquí tienes, cielo —dijo Bree. Volvió el portátil para que yo lo viera—. El mismo periódico.

SALTO MORTAL DE UNA MUJER DESDE EL PUENTE EN CONMEMORACIÓN DE CYRUS AVERY, rezaba el titular. Cathy Morse no había dejado ninguna nota aclaratoria, y sus afligidos padres no se lo explicaban. «Me pregunto si no la empujaría alguien», decía la señora Morse... pero, según el artículo, se descartaba todo indicio de delito, aunque

no se aclaraba la razón de esa certeza.

Dígame, ¿ese hombre lo ha hecho antes?, me había preguntado el señor Morse en 1992. Esto después de asestarle un puñetazo en la cara y partirle el labio a mi antiguo quinto en discordia. *¿Ha trastornado a otros tal como ha trastornado a mi Cathy?*

Sí, señor, pensé ahora. Creo que sí lo ha hecho.

—Jamie, no lo sabes con seguridad —adujo Bree, tocándome el hombro—. Dieciséis años son mucho tiempo. Pudo deberse a alguna otra cosa muy distinta. Tal vez se enterara de que tenía un cáncer muy grave, o alguna otra enfermedad terminal. Terminal y dolorosa.

—Fue él —dije—. Lo sé, y a estas alturas creo que tú también lo sabes. La mayoría de sus sujetos después están bien, pero algunos se marchan con una bomba de relojería en la cabeza. Ese fue el caso de Cathy Morse, y la bomba estalló. ¿Cuántas más van a estallar en los próximos diez o veinte años?

Estaba pensando que yo podía ser uno de esos casos, y seguramente Bree también lo sabía. Ignoraba lo de Hugh, porque yo no era quién para contarlo. El episodio de los prismáticos no se había repetido desde la noche de la reviviscencia en la carpa —y muy posiblemente ese se produjo por efecto del estrés—, pero podía volver a suceder, y aunque no habíamos hablado de eso, estoy seguro de que él lo sabía tan bien como yo.

Bombas de relojería.

—Así que ahora irás a buscarlo.

—Dalo por hecho. —La necrológica de Catherine Anne Morse era la última prueba que necesitaba, la que me llevó a la decisión final.

—Y a convencerlo de que lo deje.

—Si puedo.

—¿Y si se niega?

—En ese caso no sé qué haré.

—Te acompañaré, si quieres.

Pero *ella* no quería. Se le veía en la cara. Había emprendido la misión con el entusiasmo propio de una joven inteligente ante la investigación pura, y el sexo le había añadido sazón, pero aquello ya no era investigación pura, y ella había visto más que suficiente para asustarse de verdad.

—No vas a acercarte a él —contesté—. Pero hace ya ocho meses que no sale de gira y están reponiendo su programa de televisión semanal. Necesito que averigües dónde para en estos momentos.

—Eso puedo hacerlo. —Dejó el portátil a un lado y metió la mano bajo la sábana

—. Pero antes me gustaría hacer otra cosa, si estás dispuesto.
Lo estaba.

A finales de agosto Bree y yo nos dijimos adiós en esa misma cama. Fue una despedida muy física en su mayor parte, satisfactoria para ambos, pero también triste. Para mí en especial, creo. Ella tenía por delante toda una vida como profesional guapa y sin compromiso en Nueva York; yo tenía por delante los temidos cincuenta y cinco en menos de dos años. Pensaba que para mí ya no habría más mujeres jóvenes y animadas, y a ese respecto, como se vio, no me faltaba razón.

Abandonó la cama con sus largas piernas y su hermosa desnudez.

—He averiguado lo que querías —anunció, y empezó a revolver su bolso, que había dejado sobre la cómoda—. Ha sido más difícil de lo que preveía, porque actualmente se hace llamar Daniel Charles.

—Ese es mi hombre. No exactamente un alias, pero casi.

—Más bien una precaución, pienso. Tal como las celebridades se registran en un hotel con un nombre falso, o una variante de su nombre verdadero, para despistar a los cazadores de autógrafos. Tiene alquilada la casa donde vive a nombre de Daniel Charles, lo cual es legal siempre y cuando disponga de una cuenta bancaria y sus talones no lleguen devueltos, pero a veces a un hombre no le queda más remedio que utilizar su nombre verdadero si quiere permanecer a este lado de la ley.

—¿A veces? ¿A qué «veces» te refieres exactamente en este caso?

—El año pasado compró un coche en Poughkeepsie, Nueva York... no un coche de lujo, solo un sencillo Ford Taurus, y en la matriculación usó su nombre verdadero. —Volvió a la cama y me dio un papel—. Aquí tienes, guapo.

En él rezaba: «Daniel Charles (alias Charles Jacobs, alias C. Danny Jacobs), The Latches, Latchmore, Nueva York 12561».

—¿Qué es The Latches, si puede saberse?

—La casa que tiene alquilada. En realidad es una finca. Una finca *con verja*. Así que ve con cuidado. Latchmore está un poco al norte de New Paltz, con el mismo código postal. En los Catskills, donde en tiempos lejanos Rip Van Winkle jugó a los bolos con los enanos. Solo que por entonces... mmm, qué bonitas y cálidas tienes las manos... ese juego se llamaba «chirinola».

Se acurrucó a mi lado, y dije lo que los hombres de mi edad decían cada vez con mayor frecuencia: agradecía el ofrecimiento, pero no me sentía capaz de tomarle la palabra en ese momento. En retrospectiva, me arrepiento de no haberme esforzado

más. Hacerlo una última vez habría estado bien.

—No importa, cielo. Basta con que me abracés.

La abracé. Creo que nos adormilamos, porque cuando recobré la conciencia, el sol se había desplazado de la cama al suelo. Bree se levantó de un salto y empezó a vestirse.

—He de ponerme en marcha ahora mismo. Hoy tengo mil cosas que hacer. —Se abrochó el sujetador y me miró en el espejo—. ¿Cuándo irás a verlo?

—No antes de octubre, probablemente. Hugh va a traer a alguien de Minnesota para que me sustituya, pero la persona en cuestión no puede venir hasta entonces.

—Tienes que permanecer en contacto conmigo. Por email y por teléfono. Si no sé de ti cada día que estés allí, me preocuparé. Incluso puede que tenga que coger el coche e ir para asegurarme de que no te ha pasado nada.

—Eso no lo hagas —dije.

—Tú permanece en contacto, blanquito, y así no me veré obligada a hacerlo.

Ya vestida, se acercó y se sentó en el borde de la cama.

—Quizá ni siquiera sea necesario que vayas. ¿No te has planteado esa posibilidad? No tiene ninguna gira prevista, no hay actividad en su página web y en su programa de televisión solo repiten ediciones anteriores. El otro día me tropecé con un blog donde aparecía un post titulado: «¿Dónde se ha metido el Pastor Danny?». El hilo de la conversación se prolongaba páginas y páginas.

—¿Y con eso adónde quieres llegar?

Me cogió la mano y entrelazó sus dedos con los míos.

—Sabemos... bueno, no lo *sabemos*, pero estamos bastante seguros... de que ha causado daño a determinadas personas y que ha ayudado a otras. Vale, eso ya está hecho y no puede deshacerse. Pero si ha dejado de sanar, ya no causa daño a nadie. En ese caso, ¿qué sentido tendría enfrentarse a él?

—Si ha dejado de sanar, es porque ya ha reunido dinero suficiente para seguir con lo suyo.

—¿Con qué?

—No lo sé, pero, a juzgar por sus antecedentes, podría ser peligroso. Y Bree... escucha. —Me incorporé y le cogí la otra mano—. Aun dejando de lado todo lo demás, alguien tiene que pedirle que rinda cuentas de lo que ha hecho.

Se llevó mis manos a la boca y me besó primero una y luego la otra.

—Pero ¿ese alguien tienes que ser tú, cielo? Al fin y al cabo, fuiste uno de sus éxitos.

—Por eso mismo. Además, Charlie y yo... nos conocemos desde hace mucho.

Nos conocemos desde hace muchísimo.

No fui a despedirla al aeropuerto de Denver —eso era tarea de su madre—, pero me telefoneó cuando aterrizó, hirviéndole la sangre por una mezcla de nerviosismo y excitación. Miraba hacia el futuro, no hacia el pasado. Me alegré por ella. Cuando sonó el teléfono veinte minutos después, pensé que sería ella otra vez. No era ella. Era su madre. Georgia me preguntó si podíamos hablar. Quizá durante el almuerzo.

Uy, uy, uy, pensé.

Comimos en el McGee's: una comida agradable, con una conversación agradable, básicamente sobre el mundo de la música. Cuando descartamos el postre y pedimos el café, Georgia inclinó su considerable busto sobre la mesa y fue al grano.

—Y bien, Jamie: ¿ya lo habéis dejado estar?

—Yo... mmm... Georgia...

—Por Dios, déjate de balbuceos. Sabes de sobra a qué me refiero. No voy a pegarte la bronca. Si tuviera intención de hacerlo, lo habría hecho el año pasado, la primera vez que ella se metió en el catre contigo. —Vio mi expresión y sonrió—. No, no me lo dijo ella ni yo se lo pregunté. No hizo falta. Para mí, Bree es como un libro abierto. Seguro que incluso te dijo que yo, en su día, anduve en esas mismas con Hugh. ¿Cierto?

Me deslicé los dedos por los labios como si cerrara una cremallera. Su sonrisa se convirtió en una carcajada.

—Vaya, eso está muy bien. Me gusta. Y *tú* me gustas, Jamie. Me gustaste casi desde el primer momento, cuando eras flaco como un palo de escoba y estabas recuperándote de toda esa basura que te habías metido en el cuerpo. Te parecías a Billy Idol, solo que después de arrastrarlo por una cloaca. Tampoco tengo nada en contra de las aventuras entre razas mixtas. Ni contra la diferencia de edad. ¿Sabes qué me dio mi padre cuando tuve edad para sacarme el carnet de conducir?

Negué con la cabeza.

—Un Plymouth de 1960 con solo media calandra, los neumáticos gastados, los faldones oxidados y un motor que chupaba aceite reciclado a litros. Lo llamaba «bombardero». Dijo que todos los conductores novatos debían empezar con una carraca, antes de aspirar a un coche merecedor del adhesivo de la inspección técnica. ¿Entiendes por dónde voy?

Lo entendí perfectamente. Bree no era una monja; había tenido no pocas aventuras sexuales antes de que yo apareciera, pero su primera relación larga había sido

conmigo. En Nueva York, pasaría a una categoría superior, si no con un hombre de su propia raza, sí, sin duda, con uno algo más cercano en edad.

—Solo quería dejar claro eso de entrada, antes de decir lo que de verdad he venido a decir. —Se inclinó aún más, y la ondulada marea de su busto puso en peligro su taza de café y su vaso de agua—. Se resistió a hablarme de la investigación que ha estado haciendo para ti, pero sé que le daba miedo, y la única vez que intenté preguntárselo a Hugh, se puso como un basilisco.

Hormigas, pensé. Para él, todos los fieles eran hormigas.

—Tiene que ver con ese predicador. Eso me consta.

Guardé silencio.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

—Podría decirse que sí, supongo.

Asintió y se recostó en la silla.

—De acuerdo. No pasa nada. Pero de ahora en adelante quiero que dejes a Brianna fuera de eso. ¿De acuerdo? ¿Aunque solo sea porque en ningún momento he insinuado que deberías haber mantenido tu polla ya anciana a distancia de las bragas de mi hija?

—Bree ya está fuera de eso. Así lo hemos acordado.

Con toda seriedad, me dirigió un gesto de asentimiento. A continuación dijo:

—Dice Hugh que vas a tomarte unas vacaciones.

—Sí.

—¿Irás a ver al predicador?

Callé. Que era lo mismo que otorgar, y ella lo sabía.

—Ve con cuidado. —Tendió la mano por encima de la mesa y entrelazó sus dedos con los míos, como acostumbraba a hacer su hija—. Eso que andabais investigando, sea lo que sea, puso a Bree muy nerviosa.

Aterricé en el aeropuerto Stewart de Newburgh un día de primeros de octubre. Los árboles cambiaban de color, y el recorrido hasta la localidad de Latchmore era precioso. Para cuando llegué allí, ya atardecía y tomé una habitación en el Motel 6 del pueblo. No había conexión por cable a internet, y menos aún wifi, por lo cual el portátil no me servía para ponerme en contacto con el mundo exterior desde la habitación, pero no necesitaba wifi para localizar The Latches; Bree ya lo había hecho por mí. Estaba a siete kilómetros al este del centro de Latchmore por la Estatal 27, una finca propiedad en otro tiempo de una familia rica desde hacía generaciones,

apellidada Vander Zanden. Por lo visto, más o menos a principios del siglo XX se habían arruinado, porque The Latches se había vendido y convertido en clínica de lujo para señoras con exceso de peso y caballeros aficionados a la botella. Eso había durado casi hasta principios del siglo XXI. Desde entonces la finca estaba a la venta o en alquiler.

Pensé que me costaría conciliar el sueño, pero me dormí casi de inmediato, mientras pensaba qué le diría a Jacobs cuando lo viera. *Si* es que lo veía. Cuando desperté temprano a la mañana siguiente, otro día luminoso de otoño, decidí que lo mejor era improvisar. Si no colocaba previamente raíles, razoné (quizá falazmente), no descarrilaría.

Subí a mi coche de alquiler a las nueve de la mañana, recorrí los siete kilómetros, pero no encontré nada. Uno o dos kilómetros más allá paré ante un puesto repleto de frutas y verduras de temporada. A ojos de un chico de campo como yo, las patatas ofrecían un aspecto un tanto lamentable; las calabazas, por el contrario, eran dignas de admiración. Al frente del puesto había una pareja de adolescentes, un chico y una chica. Por su parecido, saltaba a la vista que eran hermanos. En su expresión se traslucía que se morían de aburrimiento. Les pedí indicaciones para llegar a The Latches.

—Ya se ha pasado —contestó la chica. Era la mayor.

—Lo suponía. Pero no me lo explico. Creía tener buenas indicaciones, y teóricamente es bastante grande.

—Antes había un letrero —dijo el chico—, pero lo quitó el hombre que tiene la casa alquilada ahora. Según mi padre, debe de ser muy reservado. Según mi madre, seguramente se las da de importante.

—Calla, Willy. Señor, ¿va a comprar algo? Nuestro padre dice que no podemos cerrar la parada hasta que vendamos género por treinta dólares.

—Compraré una calabaza. *Si* me dais unas indicaciones aceptables.

La chica dejó escapar un suspiro teatral.

—Una calabaza. Uno cincuenta. Bravo.

—¿Y si pago cinco dólares por la calabaza?

Willy y su hermana cruzaron una mirada y acto seguido ella sonrió.

—Eso ya está mejor.

Mi cara calabaza ocupaba el asiento trasero como una luna menor anaranjada cuando desanduve el camino. La chica me había indicado que permaneciera atento a

una enorme roca con la pintada VIVA METALLICA. La localicé y reduje la velocidad a quince kilómetros por hora. A unos trescientos metros pasada la gran roca, llegué al desvío que antes no había visto. Estaba asfaltado, pero la maleza había invadido la entrada y se amontonaban además las hojas caídas del otoño. Me dio la impresión de que aquello estaba allí a modo de camuflaje. Al preguntar a los chicos de la granja si sabían quién era el nuevo ocupante de la casa, se limitaron a encogerse de hombros.

—Según mi padre, seguramente ganó el dinero en la Bolsa —contestó la chica—. Debe de estar forrado, para vivir en un sitio así. Según mi madre, hay al menos cincuenta habitaciones.

—¿Por qué va a verlo? —Esto lo preguntó el chico.

Su hermana le dio un codazo.

—Eso es de mala educación, Willy.

—Si es quien creo que es —respondí—, lo conozco desde hace mucho. Y gracias a vosotros, chicos, puedo llevarle un regalo. —Levanté la calabaza.

—Con eso podrá hacer muchos pasteles, desde luego —comentó el chico.

O usarla en Halloween, pensé al doblar por el desvío que llevaba a The Latches. Las ramas rozaron el coche a los lados. *Con una potente luz eléctrica dentro en lugar de una vela. Justo detrás de los ojos.*

La carretera —que eso era, ancha y bien asfaltada, en cuanto uno superaba la confluencia con la autovía— ascendía en sucesivas **eses**. En dos ocasiones tuve que detenerme para dejar pasar a ciervos que cruzaban parsimoniosamente la calzada. Miraban el coche sin la menor inquietud. Deduje que nadie había cazado en esos bosques desde hacía mucho, mucho tiempo.

Al cabo de siete kilómetros llegué a una verja de hierro forjado flanqueada por letreros: PROPIEDAD PARTICULAR a la izquierda y PROHIBIDO EL PASO a la derecha. Había un interfono en un poste de piedra sin labrar coronado por una videocámara, ladeada para observar a los visitantes. Pulsé el botón del interfono. Tenía el corazón acelerado y sudaba.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Al principio nada. Por fin:

—¿En qué puedo ayudarlo?

La nitidez del sonido era muy superior a la de la mayoría de los sistemas de intercomunicación —extraordinaria, de hecho—, pero eso no me sorprendió, dados los intereses de Jacobs. La voz no era la suya, pero me resultó familiar.

—Vengo a ver a Daniel Charles.

—El señor Charles no recibe visitas sin cita previa —me informó el interfono.

Me detuve a reflexionar y volví a pulsar el botón de HABLAR.

—¿Y Dan Jacobs? Así se hacía llamar en Tulsa, donde tenía un número de feria, Retratos en Relámpagos.

La voz del interfono dijo:

—No sé de qué habla, y seguro que el señor Charles tampoco lo sabe.

Por fin caí en la cuenta y supe a quién correspondía esa voz vibrante de tenor.

—Señor Stamper, dígame que soy Jamie Morton. Y recuérdeme que estaba presente cuando hizo su primer milagro.

Siguió una pausa muy, muy larga. Pensé que quizá la conversación había terminado, que iba a dejarme allí colgado. A menos que yo echara abajo la verja con mi coche alquilado de gama baja, claro está. Ante tal conflicto casi con toda seguridad la verja cedería.

En el preciso momento en que me disponía a dar media vuelta, Al Stamper dijo:

—¿Cuál fue ese milagro?

—Mi hermano Conrad perdió la voz. El reverendo Jacobs se la devolvió.

—Mire a la cámara.

Obedecí. Al cabo de unos segundos sonó por el interfono una voz distinta.

—Adelante, Jamie —dijo Charles Jacobs—. Encantado de verte.

Un motor eléctrico empezó a ronronear, y la verja se deslizó por un carril oculto. *Como Jesús al cruzar el Lago Apacible*, pensé mientras montaba en el coche y avanzaba. A unos cincuenta metros más adelante había otra de aquellas curvas cerradas, y antes de doblarla vi cerrarse la verja. La asociación que me vino a la mente —los moradores originales del Paraíso expulsados por comerse la manzana que no debían— era lógica; al fin y al cabo, me había criado con la Biblia.

The Latches era una edificación dispersa que acaso hubiera iniciado su existencia como mansión victoriana, pero se había convertido en una mezcolanza de experimentos arquitectónicos. Tenía cuatro plantas, numerosas mansardas y un anexo redondeado y acristalado en el extremo occidental, hacia los valles, las hondonadas y los estanques de la cuenca del Hudson. La Estatal 27 era una hebra oscura que surcaba un paisaje rebosante de color. El edificio principal estaba revestido de tablones y tenía las molduras en blanco, y varias amplias dependencias se habían construido a juego. Me pregunté cuál de ellas albergaba el laboratorio de Jacobs. Una lo albergaba, eso seguro. Pasados los edificios, el terreno ascendía en una pendiente cada vez más pronunciada y daba paso al bosque.

Aparcado bajo la puerta cochera, donde en otro tiempo los botones descargaban los equipajes de las clientas del balneario y los alcohólicos, se hallaba el modesto Ford Taurus que Jacobs había matriculado usando su nombre verdadero. Estacioné detrás y subí por la escalera a un porche que parecía tan largo como un campo de fútbol americano. Tendí la mano hacia el timbre, pero la puerta se abrió antes de que lo pulsara. Allí estaba Al Stamper, con un pantalón de pata de elefante al estilo años setenta y una camiseta de tirantes teñida con nudos. Había engordado aún más desde la última vez que lo vi en la carpa de la reviviscencia, y parecía del tamaño de una camioneta de mudanzas poco más o menos.

—Hola, señor Stamper. Jamie Morton. Soy un gran admirador de su primera etapa. —Le tendí la mano.

No me la estrechó.

—No sé qué es lo que quiere, pero el señor Jacobs no necesita que lo molesten. Tiene mucho trabajo, y no se encuentra bien.

—¿No se referirá al Pastor Danny? —pregunté. (Con cierta intención burlona, la verdad).

—Pase a la cocina. —Era la voz cálida y vibrante del Número Uno del Soul, pero su semblante decía: *La cocina es un buen sitio para la gente de tu calaña*.

Lo acepté de buen grado —sí, en efecto, era *un* buen sitio para la gente de mi calaña—, pero antes de que pudiera conducirme allí, otra voz, una voz que yo conocía muy bien, exclamó:

—¡Jamie Morton! ¡Tienes el don de aparecer en los momentos más oportunos!

Renqueando ligeramente y escorándose a estribor, se acercó por el vestíbulo. El pelo, ahora del todo blanco, había seguido retrocediendo desde las sienes, dejando a la vista relucientes arcos de cuero cabelludo. Sin embargo sus ojos azules seguían tan penetrantes como siempre. Contraía los labios en una sonrisa de aspecto un tanto depredador, o esa impresión me dio a mí. Pasó junto a Stamper como si el grandullón no estuviera allí y tendió la mano derecha. Ese día no llevaba anillo en esa mano, pero sí en la otra: una sencilla sortija de oro, fina y rayada. Tuve la certeza de que la otra alianza del juego se hallaba bajo la tierra de un cementerio de Harlow, en un dedo que ahora era poco más que hueso.

Le estreché la mano.

—Ha pasado mucho tiempo desde Tulsa, Charlie, ¿no crees?

Asintió, agitándose la mano como un político con la esperanza de captar un voto.

—Mucho, *mucho* tiempo. ¿Cuántos años tienes ahora, Jamie?

—Cincuenta y tres.

—¿Y tu familia? ¿Todos bien?

—Apenas los veo, pero Terry sigue en Harlow, al frente del negocio del fuel. Tiene tres hijos, dos chicos y una chica. Ya casi adultos. Con sigue mirando a las estrellas en Hawái. Andy falleció hace unos años. De un derrame cerebral.

—Lamento oírlo. Pero tú estás estupendo. En plena forma.

—Tú también. —Eso era una mentira descarada. Pensé por un instante en las tres edades del Gran Macho Americano: la juventud, la mediana edad, y cuando tienes un aspecto de puta madre—. Debes de rondar ya... ¿los setenta?

—Casi. —Seguía agitándome la mano. Tenía un apretón firme y fuerte, pero, a pesar de eso, noté un leve temblor, al acecho bajo la piel—. ¿Y qué hay de Hugh Yates? ¿Sigues trabajando para él?

—Sí, y está bien. Es capaz de oír caer un alfiler en la habitación de al lado.

—Fantástico. *Fantástico*. —Por fin me soltó la mano—. Al, Jamie y yo tenemos mucho de que hablar. ¿Puedes traernos un par de limonadas? Estaremos en la biblioteca.

—Oye, ahora no vayas a excederte, ¿eh? —Stamper me miró con desconfianza y aversión. *Está celoso, pensé. Ha tenido a Jacobs para él solo desde la última gira, y es así como a él le gusta*—. Necesitas reservar las fuerzas para tu trabajo.

—Estoy perfectamente. No hay mejor tonificante que un viejo amigo. Acompáñame, Jamie.

Me guio por el pasillo principal y dejamos atrás un comedor largo como un coche-cama a la izquierda y uno, dos, tres salones a la derecha, el del medio engalanado con una enorme araña de luces que semejaba un accesorio sobrante del decorado de la película *Titanic* de James Cameron. Atravesamos una rotonda en la que la madera abrillantada daba paso al mármol abrillantado, donde resonó el eco de nuestras pisadas. Era un día caluroso, pero en la casa se estaba a gusto. Oía el suave susurro del aire acondicionado, y me pregunté cuánto costaba mantener fresco un sitio así en agosto, cuando las temperaturas eran mucho más altas. Acordándome del taller de Tulsa, conjeturé que muy poco.

La biblioteca era una sala circular situada al fondo de la casa. Los estantes curvos contenían millares de libros, pero no me explicaba cómo podía alguien leer allí, con semejante vista. La pared orientada al oeste era toda de cristal, y se veían leguas y leguas de la cuenca del Hudson, con el resplandor azul cobalto del río a lo lejos.

—La sanación deja grandes beneficios. —Pensé en Monte Cabra, aquel patio de recreo para ricos donde no se admitía a pueblerinos como los Morton. Algunas vistas solo pueden conseguirse con dinero.

—En muy diversos sentidos —contestó—. No hace falta que te pregunte si sigues sin drogarte; lo veo en tu color. Y en tus ojos. —Tras recordarme así mi deuda con él, me pidió que me sentara.

Ahora que estaba allí, en su presencia, no sabía cómo empezar ni por dónde. Ni quería hacerlo con Al Stamper —ahora en funciones de ayudante y mayordomo— a punto de aparecer con las limonadas. Pero eso no fue inconveniente. Antes de que encontrara un tema de conversación banal para ganar tiempo, entró el excantante principal de los Vo-Lites, con expresión aún más malhumorada que antes. Colocó la bandeja en una mesa de madera de cerezo entre nosotros.

—Gracias, Al —dijo Jacobs.

—No hay de qué. —Habló al jefe como si yo no estuviera presente.

—Un pantalón bonito —comenté—. Me recuerda a los tiempos en que los Bee Gees abandonaron los temas trascendentales y se dedicaron a la música disco. Solo le faltan unos zapatos de plataforma de la época a juego.

Me lanzó una mirada muy poco acorde con el espíritu soul (y con el espíritu cristiano, dicho sea de paso) y se marchó. No sería una exageración decir que Stamper se marchó de estampía.

Jacobs cogió su limonada y tomó un sorbo. Por los trozos de pulpa que frotaban en la superficie, deduje que era casera. Y por el tintineo de los cubitos cuando dejó el vaso, deduje que no me había equivocado acerca de los temblores. Ese día Sherlock no podía echarme nada en cara.

—Eso ha sido de mala educación, Jamie —dijo Jacobs, pero la situación parecía divertirse—. Y más viniendo de un invitado, y para colmo uno que se presenta por propia iniciativa. Laura se habría avergonzado de ti.

Pasé por alto la alusión a mi madre, sin duda calculada.

—Al margen de que haya venido por mi propia iniciativa, me ha dado la impresión de que te alegrabas de verme.

—Claro, cómo no. Prueba la limonada. Se te ve acalorado. Y un tanto incómodo, para serte franco.

Lo estaba, pero al menos ya no sentía temor. Lo que sentía era ira. Allí estaba yo, en una casa descomunal, en una parcela de tierra descomunal que sin duda incluía una piscina descomunal y un campo de golf, quizá ahora demasiado invadido por la maleza para la práctica del deporte, pero, aun así, dentro de la finca. Una casa lujosa para los experimentos eléctricos de Charles Jacobs en los últimos años de su vida. En algún otro lugar Robert Rivard permanecía de pie en un rincón, probablemente en pañales, porque a esas alturas ya nada le preocupaba menos que sus funciones

fisiológicas. Veronica Freemont iba a trabajar en autobús, porque ya no se atrevía a conducir, y Emil Klein quizá comiera aún tierra a modo de tentempié. Estaba asimismo Cathy Morse, una «tempranera» guapa y menuda, ahora en un ataúd.

Tú, tranqui, blanquito, oí aconsejarme a Bree. *Tranqui*.

Probé la limonada y volví a dejarla en la bandeja. No habría querido estropear el caro acabado de la mesa de cerezo; aquel condenado trasto debía de ser una antigüedad. Y sí, quizá estaba aún un poco asustado, pero al menos en mi vaso los cubitos no tintineaban. Entretanto Jacobs cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, y advertí que tenía que ayudarse con las manos.

—¿Artritis?

—Sí, pero no muy acusada.

—Me sorprende que no te la cures con los anillos sagrados. ¿O eso se consideraría autoagresión?

Contempló la espectacular vista sin responder. Juntó las greñudas cejas —en realidad una única ceja— de color gris acero por encima de los intensos ojos azules.

—O tal vez temes los efectos secundarios. ¿Es eso?

Alzó una mano para interrumpirme.

—Ya basta de insinuaciones. Conmigo no las necesitas, Jamie. Nuestros destinos están demasiado entrelazados para eso.

—No creo en el destino más de lo que tú crees en Dios.

Se volvió hacia mí, dirigiéndome una vez más esa sonrisa que era todo dientes y nula emoción.

—Repito: ya basta. Dime por qué has venido, y yo te diré por qué me alegro de verte.

En realidad no había más manera de decirlo que diciéndolo.

—He venido para pedirte que abandones la sanación.

Tomó un sorbo de limonada.

—¿Y por qué habría de hacerlo, Jamie, cuando ha causado tanto bien a tantas personas?

Ya sabes por qué he venido, pensé. A continuación me asaltó una idea aún más inquietante. *Estabas esperándome*.

Me la quité de la cabeza.

—A algunas no les ha causado tanto bien.

Llevaba nuestra lista maestra en el bolsillo trasero, pero no era necesario sacarla. Había memorizado los nombres y los efectos secundarios. Empecé por Hugh y sus prismáticos, y expliqué que había sufrido uno de esos episodios en la sesión de

reviviscencia en el condado de Norris.

Jacobs le restó importancia con un gesto.

—El estrés del momento. ¿Ha tenido más desde entonces?

—Si ha sido así, no me lo ha dicho.

—Creo que te lo habría dicho, dado que tú estabas presente cuando tuvo el último. Hugh está bien, no me cabe duda. ¿Y tú, Jamie? ¿Algún efecto secundario en la actualidad?

—Pesadillas.

Emitió un educado sonido de desdén.

—Eso le pasa a todo el mundo, incluido yo. Pero las lagunas de memoria han desaparecido, ¿no? ¿Ya no hablas compulsivamente, ni te sobrevienen movimientos mioclónicos, ni te clavabas objetos?

—No.

—Bien, pues. ¿Lo ves? No es mucho peor que el escozor en el brazo después de una vacuna.

—Bueno, me parece que los efectos secundarios de algunos de tus seguidores son algo peores. Los de Robert Rivard, por ejemplo. ¿Te acuerdas de él?

—El nombre me suena vagamente, pero he curado a muchas personas.

—¿De Missouri? ¿Distrofia muscular? Su vídeo aparecía en tu página web.

—Ah, sí, ahora me acuerdo. Sus padres hicieron una generosísima ofrenda de amor.

—Su distrofia muscular ha desaparecido, pero también su psique. Está en uno de esos hospitales que algunos llaman «apartadero de vegetales».

—Lamento mucho oírlo —respondió Jacobs, y depositó de nuevo la atención en la vista: la zona centro del estado de Nueva York en pleno cambio de color camino del invierno.

Enumeré los otros casos, aunque saltaba a la vista que sabía ya buena parte de lo que le contaba. En realidad, lo sorprendí solo una vez, al final, cuando le hablé de Cathy Morse.

—Dios mío —dijo—. Aquella chica, la del padre furioso.

—Creo que esta vez el padre furioso no se conformaría con darte un puñetazo en la boca. Si pudiera encontrarte, claro está.

—Quizá, Jamie, pero no ves las cosas con perspectiva. —Se inclinó hacia delante, entrelazó las manos entre las rodillas huesudas y fijó la mirada en la mía—. He curado a muchos pobres desdichados. Algunos, los que tenían trastornos psicosomáticos, en realidad se curaban por sí solos, como sin duda ya sabes. Pero otros *sí* se han curado

por efecto de la electricidad secreta. Aunque el mérito se lo lleva Dios, naturalmente.

Enseñó los dientes por unos instantes en una sonrisa espasmódica, desprovista de alegría.

—Permíteme plantearte una situación hipotética. Supón que yo fuera un neurocirujano y acudieras a mí con un tumor maligno en el cerebro, uno no imposible de operar pero casi. Muy arriesgado. Supón que yo te dijera que tus probabilidades de morir en el quirófano eran... mmm... del veinticinco por ciento, digamos. ¿No te operarías, a sabiendas de que la alternativa era una etapa de sufrimiento seguida de una muerte segura? Claro que lo harías. Me suplicarías que te operara.

Callé, porque la lógica era inapelable.

—Dime una cosa: ¿cuántas personas crees que he curado realmente con intervención de la electricidad?

—No lo sé. Mi ayudante y yo solo incluimos en la lista a aquellos de los que estábamos seguros. Eran muy pocos.

Asintió.

—Buena técnica de investigación.

—Me alegro de que la apruebes.

—Yo tengo mi propia lista, y es mucho más amplia. Porque cuando ocurre, lo sé, ¿entiendes? Cuando da resultado. Nunca cabe la menor duda. Y basándome en mi seguimiento, solo unos cuantos padecen efectos negativos. El tres por ciento, quizá el cinco. En comparación con el ejemplo del tumor cerebral que acabo de ponerte, diría que son unas probabilidades magníficas.

No supe qué decir ante la palabra «seguimiento». Yo contaba solo con Brianna. Él disponía de cientos e incluso miles de adeptos que de buena gana permanecían atentos a sus curaciones; le bastaba con pedirlo.

—Salvo por Cathy Morse, estabas al corriente de cada uno de los casos que acabo de mencionar, ¿verdad?

No contestó. Sencillamente me observó. En su rostro no se advertía el menor asomo de duda, sino solo una férrea certidumbre.

—Claro que sí. Porque sigues de cerca los casos. Para ti son ratas de laboratorio, ¿y qué más da si unas cuantas ratas enferman? ¿O mueren?

—Eso es muy injusto.

—No lo creo. Montas ese número religioso porque si llevaras a cabo esas actividades en el laboratorio que con toda seguridad tienes aquí en The Latches, te detendrían por experimentar con seres humanos... y matar a algunos de ellos. —Me incliné sin apartar de él la mirada—. La prensa te calificaría de Josef Mengele.

—¿Llama alguien Josef Mengele a un neurocirujano solo porque pierde a algunos de sus pacientes?

—No acuden a ti con tumores cerebrales.

—Algunos sí, y muchos de esos ahora viven y disfrutan de la vida en lugar de yacer bajo tierra. ¿Mostré tumores falsos cuando hacía el circuito de las ferias? Pues sí, y no me enorgullezco pero era *necesario*. Porque no puedes mostrar algo que sencillamente ha desaparecido. —Se detuvo a pensar—. Es verdad que la mayor parte de la gente que acudía a mis sesiones de reviviscencia no padecía enfermedades *terminales*, pero en cierto modo esas dolencias físicas no fatales son peores. Esas son las que llevan a la gente a vivir largas vidas llenas de dolor. Sufrimiento, en algunos casos. Y tú te sientas ahí y me juzgas. —Movi6 la cabeza en un gesto pesaroso, pero su mirada no traslucía el menor pesar. Traslucía cólera.

—Cathy Morse no tenía ningún dolor, ni se ofreció voluntaria. La elegiste entre el público porque era un bombón. Un manjar para los ojos de los paletos.

Al igual que Bree, Jacobs señal6 que quizá hubiera alguna otra razón para el suicidio de Morse. Dieciséis años eran mucho tiempo. Podía haber ocurrido un sinfín de cosas.

—Tú sabes que no —contesté.

Bebi6, y cuando dejó el vaso, la mano le temblaba visiblemente.

—Esta conversación no tiene sentido.

—¿Porque no tienes intención de dejarlo?

—Porque ya lo he dejado. C. Danny Jacobs nunca levantará otra carpa de la reviviscencia. Ahora hay cierto debate y especulaciones sobre ese individuo en internet, pero el interés no dura mucho. Pronto ese personaje se habrá borrado de la memoria del público.

Si eso era verdad, había ido a echar la puerta abajo solo para descubrir que no estaba cerrada con llave. La idea, en lugar de tranquilizarme, aumentó mi desazón.

—Dentro de seis meses, quizá un año, la web anunciará que el Pastor Jacobs se retira por razones de salud. Después, dejará de existir.

—¿Por qué? ¿Porque has acabado tu investigación? —Solo que no creía que las investigaciones de Charlie Jacobs acabaran nunca.

Se volvió de nuevo a contemplar la vista. Finalmente descruzó las piernas y, apoyándose en los brazos de su butaca, se levantó.

—Acompáñame afuera, Jamie. Quiero enseñarte una cosa.

Al Stamper estaba sentado a la mesa de la cocina, una montaña de grasa con un pantalón discotequero de los años setenta. Clasificaba el correo. Delante tenía una pila de gofres que chorreaban mantequilla y sirope, y a un lado un tetrabrik de una bebida alcohólica. En el suelo, junto a la silla, había tres cajas de plástico del Servicio de Correos con más cartas y paquetes. Mientras observaba, Stamper abrió un sobre de color marrón. Extrajo una carta escrita a mano, una foto de un niño en silla de ruedas y un billete de diez dólares. Metió el billete en el tetrabrik de ginebra y leyó la carta por encima a la vez que engullía un gofre. De pie junto a él, Jacobs parecía aún más delgado. Esta vez no pensé en Adán y Eva, sino en Jack Sprat y su mujer, aquella pareja en la que uno no podía comer grasa y la otra no podía comer magro, y entre los dos dejaban limpio el plato.

—Puede que la carpa esté plegada —comenté—, pero veo que las ofrendas de amor siguen llegando.

Stamper me lanzó una mirada de malévola indiferencia —si tal cosa existe— y se concentró de nuevo en abrir y clasificar cartas. Y en devorar gofres, por supuesto.

—Leemos todas las cartas —dijo Jacobs—. ¿Verdad, Al?

—Sí.

—¿Las contestáis todas? —pregunté.

—Deberíamos hacerlo —respondió Stamper—. Al menos eso creo *yo*. Y podríamos, si tuviera ayuda. Bastaría con una sola persona, además de un ordenador para sustituir el que el Pastor Danny se llevó a su taller.

—Ya hemos hablado de eso, Al —dijo Jacobs—. En cuanto empezáramos a mantener correspondencia con los suplicantes...

—Nunca acabaríamos, lo sé. Solo que me pregunto qué ha sido de la obra del Señor.

—Tú te ocupas de ella —afirmó Jacobs. La voz era amable. A sus ojos, en cambio, asomaba una sonrisa: era la mirada de un hombre que contempla a un perro hacer un truco.

Stamper, sin contestar, se limitó a abrir el sobre siguiente. Este no incluía foto, sino solo una carta y un billete de cinco.

—Vamos, Jamie —dijo Jacobs. Dejémoslo con lo suyo.

Desde el camino de acceso, las dependencias exteriores se veían cuidadas y en

óptimo estado de conservación, pero de cerca advertí que los tablones estaban astillados aquí y allá y las molduras necesitaban retoques. La grama por la que caminábamos, sin duda un considerable gasto cuando los jardines de la finca se reformaron por última vez, estaba demasiado crecida. Si no se cortaba pronto, los ocho mil metros cuadrados de césped de la parte de atrás se convertirían de nuevo en pradera.

Jacobs se detuvo.

—¿Cuál de esos edificios crees que es el laboratorio?

Señalé el granero. Era el más grande, más o menos del tamaño de la chapistería alquilada en Tulsa.

Sonrió.

—¿Sabías que el personal que participó en el Proyecto Manhattan disminuyó gradualmente antes de la primera prueba de la bomba atómica en Arenas Blancas?

Negué con la cabeza.

—Para cuando se detonó la bomba, varios de los barracones prefabricados destinados a alojar a los trabajadores estaban vacíos. He aquí una norma poco conocida sobre la investigación científica: conforme uno avanza hacia su objetivo final, las necesidades de apoyo tienden a disminuir.

Me guio hacia lo que parecía un modesto cobertizo para las herramientas, sacó un llavero y abrió la puerta. Yo esperaba que dentro hiciera calor, pero se estaba tan fresco como en la casa grande. Un banco de trabajo se extendía a lo largo de la pared de la izquierda, pero encima solo vi cuadernos y un ordenador Macintosh, cuyo salvapantallas mostraba en ese momento unos caballos en incesante galope. Frente al Mac había una silla de aspecto ergonómico y caro.

En el lado derecho del cobertizo se alzaba una estantería repleta de cajas semejantes a cartones de tabaco chapados en plata... solo que los cartones de tabaco no zumban como amplificadores en modo de espera. En el suelo había otra caja, esta pintada de verde y aproximadamente de las dimensiones de una mininevera de hotel. Encima descansaba un monitor de televisión. Jacobs dio una ligera palmada y la pantalla se encendió, mostrando una serie de barras verticales —rojas, azules y verdes— que subían y bajaban de una forma que inducía a pensar en la respiración. En cuanto a su valor como medio de entretenimiento, dudé que llegara a sustituir a *Gran Hermano*.

—¿Aquí es donde trabajas?

—Sí.

—¿Dónde está el equipo? ¿Los instrumentos?

Señaló primero el Mac y luego el monitor.

—Ahí y ahí. Pero la parte más importante... —Se indicó la sien, imitando el gesto de un suicida—. Aquí arriba. Da la casualidad de que te encuentras en el centro de investigación electrónica más avanzado del mundo. En comparación con todo lo que yo he descubierto en este taller, los hallazgos del laboratorio de Edison en Menlo Park son insignificantes. Mis descubrimientos podrían cambiar el mundo.

Pero ¿lo cambiarían para mejor?, me pregunté. No me gustó la expresión ensoñadora y posesiva que vi en su rostro mientras contemplaba lo que, a mis ojos, no era casi nada. Aun así, no podía considerar sus afirmaciones una vana ilusión y restarles importancia. Los cartones de tabaco plateados y la caja verde del tamaño de una mininevera transmitían una sensación de poder latente. Estar en aquel cobertizo era como hallarse demasiado cerca de una central eléctrica a pleno rendimiento, tan cerca como para sentir en los empastes metálicos de los dientes el silbido de los voltios extraviados.

—En la actualidad genero electricidad por medios geotérmicos. —Dio unas palmadas a la caja verde—. Esto es un generador geosíncrono. Debajo hay una tubería de pozo artesiano no mayor que la que abastecería a una vaquería de dimensiones normales. Sin embargo, a potencia media, este generador podría crear vapor supercalentado para proporcionar suministro no solo a The Latches, sino a toda la cuenca del Hudson. A plena potencia, podría poner en ebullición el acuífero entero como agua en un hervidor. Lo cual iría contra nuestros propios intereses. —Se rio con ganas.

—No es posible —dije. Pero por supuesto tampoco lo era curar tumores cerebrales y espinas dorsales seccionadas con anillos sagrados.

—Te aseguro que sí lo es, Jamie. Con un generador un poco más grande, que podría construir con piezas que se compran fácilmente por correo, conseguiría iluminar toda la costa Este. —Lo dijo con toda calma, no jactándose, sino presentándolo como una realidad—. Si no lo hago, es porque la producción de energía no me interesa. Que el mundo se ahogue en sus propios vertidos; por lo que a mí se refiere, es lo que se merece. Y para mis objetivos, me temo que la energía geotérmica es un callejón sin salida. No basta. —Contempló pensativamente los caballos que galopaban en la pantalla de su ordenador—. Esperaba más de este sitio, sobre todo en verano, cuando... pero dejémoslo.

—¿Y nada de esto funciona con electricidad tal y como ahora la entendemos?

Me dirigió una mirada de risueño desdén.

—Claro que no.

—Funciona con la electricidad *secreta*.

—Sí. Así es como la llamo.

—Una forma de electricidad que nadie más ha descubierto en todo el tiempo transcurrido desde Escribonio. Hasta que tú apareciste. Un pastor que construía juguetes a pilas por puro pasatiempo.

—Sí es conocida. O lo era. En *De Vermis Mysteriis*, obra escrita a finales del siglo XV, Ludvig Prinn la menciona. La llama *potestas magnum universum*, la fuerza que mueve el universo. En realidad Prinn cita a Escribonio. Desde que me marché de Harlow, *potestas universum*... buscarla, intentar dominarla... se ha convertido en el centro de mi vida.

Quise creer que era un delirio, pero las curaciones y los extraños retratos tridimensionales que le había visto crear en Tulsa lo desmentían. Quizá no importara. Quizá lo único que importara fuese si de verdad se proponía aparcar a C. Danny Jacobs o no. Si había dado por terminadas las curaciones milagrosas, mi misión estaba cumplida. ¿O no?

Adoptó un tono profesoral.

—Para comprender cómo he avanzado tanto y descubierto tantas cosas yo solo, debes tener en cuenta que la ciencia es en muchos sentidos tan efímera como la industria de la moda. La explosión de la prueba Trinity, en Arenas Blancas, se produjo en 1945. Los rusos detonaron su primera bomba atómica en Semipalatinsk cuatro años después. La electricidad se generó por primera vez mediante fisión nuclear en Arco, Idaho, en 1951. En el medio siglo transcurrido desde entonces, la electricidad se ha convertido en la dama de honor fea; la energía nuclear es la hermosa novia por la que todos suspiran. Pronto la fisión quedará relegada al papel de dama de honor fea y la fusión se convertirá en la hermosa novia. En lo que se refiere a la investigación en el terreno de la teoría eléctrica, han desaparecido las becas y las subvenciones. Lo que es más importante, ha desaparecido el *interés*. ¡Ahora la electricidad se ve como una antigualla, pese a que *toda* fuente de energía moderna debe convertirse a amperios y voltios!

El tono era ya menos profesoral y más iracundo.

—A pesar de su inmenso poder para matar y curar, a pesar de lo mucho que ha cambiado las vidas de todas las personas del planeta, *y a pesar del hecho de que todavía no se la comprende*, las investigaciones científicas en este campo se contemplan ahora con benévolo desprecio. ¡Los neutrones seducen! La electricidad es insípida, el equivalente al polvoriento almacén del que se han retirado todos los objetos valiosos, quedando solo la chatarra inútil. Pero ese almacén no está vacío. Al

fondo hay una puerta no descubierta, una puerta que conduce a unas cámaras que pocos han visto, llenas de objetos de una belleza sobrenatural. Y esas cámaras son interminables.

—Empiezas a ponerme nervioso, Charlie. —Mi intención era decirlo con desenfado, pero me salió con absoluta seriedad.

Sin prestar atención, se limitó a renquear por el taller entre el banco de trabajo y la estantería, mirando al suelo, tocando la caja verde cada vez que pasaba por su lado, como para asegurarse de que seguía allí.

—Sí, otros han visitado esas cámaras. No soy el primero. Por ejemplo, Escribonio. O también Prinn. Pero en su mayoría han sido muy reservados con respecto a sus descubrimientos. Igual que yo. Porque el poder es enorme. Incognoscible, en realidad. ¿La energía nuclear? ¡Bah! ¡Es un juego! —Tocó la caja verde—. Al lado de lo que hay aquí dentro, si se conectara a una fuente con potencia suficiente, la energía nuclear es tan insignificante como la pistola de pistones de un niño.

Lamenté no haberme llevado la limonada, porque tenía la garganta seca. Tuve que aclarármela antes de hablar.

—Charlie, supongamos que todo lo que dices es cierto. ¿Entiendes qué es lo que tienes entre manos? ¿Cómo funciona?

—Una pregunta justa. Permíteme que plantee yo otra a cambio. ¿Entiendes *tú* qué ocurre cuando pulsas el interruptor de una pared? ¿Podrías enumerar la secuencia de acontecimientos que concluye cuando la luz disipa las sombras en una habitación a oscuras?

—No.

—¿Sabes siquiera si ese movimiento de tu dedo cierra o abre un circuito?

—Ni idea.

—Sin embargo eso nunca te ha impedido encender una luz, ¿verdad? ¿Ni enchufar tu guitarra eléctrica llegado el momento de tocar?

—Cierto, pero yo nunca me he conectado a un amplificador tan potente como para iluminar toda la costa Este.

Me dirigió una mirada de recelo tan sombría que parecía rayar en la paranoia.

—Si eso es un argumento, lamento decir que no lo comprendo.

Creí que a ese respecto decía la verdad, lo cual podía ser lo más temible de todo.

—Da igual. —Lo cogí por los hombros para interrumpir sus paseos y esperé hasta que me miró. Pero incluso con los ojos muy abiertos, fijos en mi cara, tuve la impresión de que miraba sin verme.

—Charlie, si has dejado las curaciones, y si no quieres acabar con la escasez de

energía, ¿qué quieres?

Al principio no contestó. Parecía en trance. De pronto se apartó de mí de un tirón y empezó a pasearse de nuevo, adoptando otra vez el tono profesoral.

—Los dispositivos de transferencia, los que utilizo en los seres humanos, han sobrellevado sucesivas modificaciones. Cuando curé a Hugh Yates de su sordera, utilizaba unos anillos grandes revestidos de oro y paladio. Ahora me parecen cómicamente anticuados, videocasetes en la era de las descargas por internet. Los auriculares que usé contigo eran más pequeños y más potentes. Para cuando tú apareciste con el problema de la heroína, había sustituido el paladio por osmio. El osmio es más barato... un factor decisivo para un hombre con limitaciones de presupuesto, como era mi caso entonces... y los auriculares eran eficaces pero no quedarían bien en una sesión de reviviscencia, ¿verdad que no? ¿Acaso Jesús llevaba auriculares?

—Seguramente no —contesté—, pero también dudo que llevara alianza nupcial, siendo soltero.

No prestó atención. Se paseó de un lado a otro como un hombre en una celda. O como los paranoicos que rondan por cualquier gran ciudad, esos que quieren hablar de la CIA, la conspiración judía internacional o los secretos de los rosacruces.

—Así que volví a los anillos, y me inventé una historia que los presentara como algo... apetecible... ante mis fieles.

—Dicho de otro modo, un camelo.

Eso lo devolvió al presente. Sonrió, y por un momento me hallé en presencia del reverendo Jacobs que yo recordaba de la infancia.

—Sí, de acuerdo un camelo. Para entonces, yo utilizaba una aleación de rutenio y oro, y por consiguiente los anillos eran ya mucho más pequeños. E incluso más potentes. ¿Salimos, Jamie? Se te ve un poco inquieto.

—Lo estoy. Puede que no comprenda esa energía tuya, pero la siento. Casi como si me burbujeara la sangre.

Se echó a reír.

—¡Sí! ¡Podría decirse que aquí hay un ambiente *eléctrico*! ¡Ja! Para mí es una sensación placentera; pero, claro, yo estoy acostumbrado. Ven, salgamos y respiremos un poco de aire fresco.

El olor del mundo exterior nunca me había parecido tan dulce como cuando, paseando, nos encaminamos de regreso hacia la casa.

—Una pregunta más, Charlie. Si no te importa.

Él dejó escapar un suspiro, pero no pareció disgustarle. Una vez fuera del claustrofóbico taller, en apariencia recobró la cordura.

—Te contestaré con mucho gusto si puedo.

—Cuentas a los paletos que tu mujer y tu hijo se ahogaron. ¿Por qué mientes? No veo la necesidad.

Se interrumpió y agachó la cabeza. Cuando la levantó, advertí que aquella serena normalidad se había esfumado, si es que alguna vez había existido. A su rostro asomó una ira tan profunda y tan negra que involuntariamente di un paso atrás. La brisa le había alborotado el cabello ralo por encima de la frente arrugada. Se lo apartó y luego se apretó las sienes con las palmas de las manos, como un hombre aquejado de una jaqueca horrenda. Sin embargo, cuando habló, lo hizo en voz baja y desprovista de tono. De no ser por la expresión de su cara, tal vez habría confundido aquello con sensatez.

—No merecen la verdad. Los llamas «paletos», y qué razón tienes. Han renunciado a usar el cerebro... y eso que algunos de ellos ciertamente lo tienen... y han depositado su fe en esa compañía de seguros gigantesca y fraudulenta conocida como religión. Esta les promete una eternidad jubilosa en la otra vida si se atienen a las normas en esta, y muchos de ellos lo intentan, pero ni siquiera con eso basta. Cuando llega el dolor, quieren milagros. Para ellos, no soy más que un hechicero que les toca con sus anillos mágicos en lugar de agitar un sonajero de hueso sobre ellos.

—¿Ninguno ha averiguado la verdad?

A partir de mis investigaciones con Bree me había convencido de que Fox Mulder tenía razón sobre una cosa: la verdad está ahí fuera, y cualquiera en nuestros tiempos, cuando casi todos vivimos en una casa de cristal, puede descubrirla con un ordenador y una conexión a internet.

—¿No me escuchas? No merecen la verdad, y no tiene nada de malo que no la *quieran*. —Sonrió, y asomaron sus dientes, los superiores e inferiores, muy apretados—. Tampoco quieren las Bienaventuranzas del Cantar de los Cantares. Solo quieren la curación.

Stamper no alzó la vista cuando cruzamos la cocina. Dos de las cajas de correos estaban ya vacías, y se ocupaba de la tercera. El tetrabrik de ginebra parecía ya medio lleno. Había algunos cheques, pero en su mayoría eran billetes arrugados. Pensé en lo que Jacobs había dicho sobre los hechiceros. En Sierra Leona, sus clientes habrían

hecho cola frente a la puerta, cargando con frutas, verduras y pollos con el pescuezo recién retorcido. Aquello era lo mismo, en realidad; todo se reducía al furor. La ganancia. El lucro.

De regreso en la biblioteca, Jacobs se sentó con una mueca de dolor y se bebió el resto de la limonada.

—Voy a pasarme la tarde meando —comentó—. Es la maldición de la vejez. El motivo por el que me he alegrado de verte, Jamie, es que quiero contratarte.

—Quieres *¿qué?*

—Ya me has oído. Al pronto se marchará. No estoy muy seguro de que él lo sepa ya, pero lo hará. No quiere formar parte de mi trabajo científico; a pesar de que sabe que es la base de mis curaciones, piensa que es una abominación.

Estuve a punto de decir: *¿Y si tiene razón?*

—Tú puedes hacer su trabajo: abrir diariamente las cartas, clasificar los nombres y las dolencias de los corresponsales, apartar las ofrendas de amor, ir a Latchmore una vez por semana e ingresar los cheques. Echar un vistazo a quienes se presentan ante la verja... cada vez son menos, pero aún vienen al menos una docena por semana... y decirles que se vayan. —Se volvió para mirarme a la cara—. También puedes hacer lo que Al se niega a hacer: ayudarme en las últimas fases previas a mi meta. Estoy muy cerca, pero me fallan las fuerzas. Un ayudante tendría para mí un valor inestimable, y ya antes hemos trabajado bien juntos. No sé cuánto te paga Hugh, pero lo duplicaré... no, lo triplicaré. ¿Qué dices?

Al principio fui incapaz de contestar. Me quedé atónito.

—¿Jamie? Estoy esperando.

Cogí la limonada, y esta vez los restos fundidos de los cubitos *sí* tintinearón. Bebí y volví a dejar el vaso.

—Hablas de una meta. Dime cuál es.

Se detuvo a pensar. O esa impresión dio.

—Todavía no. Ven a trabajar para mí y llega a comprender el poder y la belleza de la electricidad secreta un poco mejor. Quizá entonces.

Me puse en pie y le tendí la mano.

—Ha sido un placer volver a verte. —Otra de esas cosas que uno dice por decir, como si echara un poco de grasa para mantener los engranajes en funcionamiento, pero esta mentira era mucho mayor que decirle que tenía un aspecto estupendo—. Cuídate. Y sé prudente.

Se levantó pero no aceptó mi mano.

—Me has decepcionado. Y, lo confieso, me has irritado. Vienes de muy lejos para

reprender a un viejo cansado que en otro tiempo te salvó la vida.

—Charlie, ¿y si esa electricidad secreta tuya escapa a tu control?

—Eso no ocurrirá.

—Seguro que los responsables de Chernobyl pensaban lo mismo.

—Eso es un golpe bajo. Te he permitido entrar en mi casa porque esperaba gratitud y comprensión. Veo que me equivocaba tanto por un lado como por el otro. Al te acompañará a la salida. Necesito acostarme un rato. Estoy muy cansado.

—Charlie, siento gratitud. Te agradezco lo que hiciste por mí. Pero...

—Pero. —Tenía el rostro inexpresivo y gris—. Siempre hay un pero.

—Dejando de lado la electricidad secreta, no puedo trabajar para un hombre que se venga de personas maltrechas porque no puede vengarse de Dios por matar a su mujer y a su hijo.

Su rostro pasó de gris a blanco.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo te *atreves*?

—Puede que estés curando a algunas de esas personas —dije—, pero te estás burlando de todas. Ya me marchó. No es necesario que el señor Stamper me acompañe a la salida.

Me encaminé hacia la puerta delantera. Estaba cruzando la rotonda, acompañado de mi propio taconeo en el mármol, cuando levantó la voz a mis espaldas, amplificado el sonido por todo aquel espacio abierto.

—No hemos acabado, Jamie. Eso te lo prometo. No hemos acabado ni remotamente.

Tampoco necesité que Stamper me abriera la verja; esta se desplazó automáticamente cuando me acerqué con el coche. Al pie del camino de acceso, me detuve, vi que tenía cobertura en el teléfono móvil y llamé a Bree. Contestó tras sonar el timbre una sola vez, y me preguntó si estaba bien sin dejarme siquiera abrir la boca. Contesté que sí, y a continuación le dije que Jacobs me había ofrecido trabajo.

—¿En serio?

—Sí, y le he dicho que no...

—¡Pues *claro* que le has dicho que no, maldita sea!

—Pero eso no es lo importante. Dice que ha acabado con las giras de reviviscencia, y con las curaciones. A juzgar por el malhumor del señor Al Stamper, antiguo miembro de los Vo-Lites y ahora ayudante personal de Charlie, me lo creo.

—¿Eso se ha acabado, pues?

—Como decía el Llanero Solitario a su fiel compinche indio: «Tonto, nuestro trabajo aquí ha terminado».

Siempre y cuando ese hombre no vuele el mundo en pedazos con su electricidad secreta.

—Lláname cuando llegues a Colorado.

—Eso haré, ricura. ¿Qué tal Nueva York?

—¡Fantástico!

Ante el entusiasmo que percibí en su voz, me sentí como si, en lugar de cincuenta y tres años, tuviera muchos más.

Hablamos de su nueva vida en la gran ciudad durante un rato y después arranqué el coche y accedí a la autovía, de regreso al aeropuerto. Tras recorrer unos kilómetros, miré por el retrovisor y vi una luna menor en el asiento de atrás.

Me había olvidado de darle a Charlie su calabaza.

Campanadas nupciales. Cómo cocer una rana.

La fiesta de vuelta a casa.

«Te interesa leer esto».

Aunque hablé con Bree muchas veces durante los dos años siguientes, en realidad no volví a verla hasta el 19 de junio de 2011, cuando, en una iglesia de Long Island, se convirtió en Brianna Donlin-Hughes. Muchas de nuestras conversaciones telefónicas tuvieron que ver con Charles Jacobs y sus inquietantes curaciones —nos enteramos de otra media docena de casos con posibles efectos secundarios—, pero con el transcurso del tiempo esas conversaciones se centraron cada vez más en su empleo y en George Hughes, a quien había conocido en una fiesta y con quien pronto compartiría vivienda. George era un dinámico abogado de empresa, afroamericano, y acababa de cumplir los treinta. No me cabía duda de que la madre de Bree se daba por satisfecha en todos los sentidos... o tan satisfecha como puede estarlo la madre soltera de una hija única.

Entretanto, la página web del Pastor Danny se había cerrado y las alusiones a él en chats se habían reducido a un simple goteo. Corrían especulaciones sobre su posible muerte o ingreso en una institución privada, probablemente bajo una identidad falsa y víctima del alzhéimer. A finales de 2010 yo había entresacado solo dos datos sólidos, ambos interesantes pero ninguno esclarecedor. Al Stamper había publicado un cedé de música góspel titulado *Gracias, Jesús* (entre los artistas invitados se incluía el ídolo de Hugh Yates, Mavis Staples), y The Latches estaba una vez más en alquiler a disposición de «particulares u organizaciones que reúnan los requisitos».

Charles Daniel Jacobs había desaparecido sin dejar rastro.

Hugh Yates alquiló un Gulfstream para las nupcias, y metió a bordo a todos los empleados de Wolfjaw Ranch. En la boda Mookie McDonald fue un digno representante de los años sesenta, luciendo una camisa con estampado de cachemira con mangas abombadas, pantalones pitillo, botines de ante a lo Beatle, y un pañuelo psicodélico en la cabeza. La madre de la novia estaba despampanante con un vestido

antiguo de Ann Lowe, comprado en una tienda de segunda mano, y mientras se intercambiaban los votos, regó el ramillete con abundantes lágrimas. El novio parecía recién salido de una novela de Nora Roberts: alto, moreno y apuesto. Él y yo mantuvimos una amigable conversación en recepción, antes de que el grupo iniciara el indefectible tránsito de la animada charla con una copa de más al baile en plena cogerza. No tuve la impresión de que Bree le hubiera contado que yo era la carraca de faldones oxidados al volante de la cual había aprendido, aunque con toda seguridad algún día lo haría, quizá en la cama después de un rato de sexo especialmente bueno. A mí me traía sin cuidado, porque no tendría que estar presente para la inevitable mirada al techo masculina.

Los invitados de Nederland regresaron a Colorado en un avión de American Airlines, porque el regalo de Hugh a los recién casados era el uso del Gulfstream, que los llevaría a Hawái para su luna de miel. Cuando lo anunció durante los brindis, Bree chilló como una niña de nueve años, brincó y lo abrazó. Estoy seguro de que en ese momento no tenía nada más lejos de la cabeza que Charles Jacobs, y así debía ser. En cambio yo nunca dejaba de pensar en él, no del todo.

Ya entrada la noche, vi a Mookie susurrar algo al líder del grupo, un conjunto de blues-rock muy aceptable con un potente vocalista y un buen repertorio de viejas canciones. El líder asintió y me preguntó si me apetecía subir al escenario y tocar la guitarra con ellos durante un tema o dos. Me sentí tentado, pero se impuso la sensatez y rehusé el ofrecimiento. Puede que uno no sea demasiado viejo para el rock and roll, pero las facultades menguan a medida que se acumulan los años, y las probabilidades de quedar en ridículo en público aumentan.

No me consideraba exactamente retirado, pero no había tocado en directo desde hacía más de un año y solo había intervenido en tres o cuatro sesiones de grabación, todas ellas casos de máxima urgencia. No me desenvolví bien en ninguna. En una, durante la reproducción, sorprendí al batería haciendo una mueca, como si hubiera mordido algo ácido. Me vio mirarlo y dijo que el bajo sonaba desafinado. No era así, y los dos lo sabíamos. Si es ridículo que un hombre de más de cincuenta años se entretenga en juegos de alcoba con una mujer que podría ser su hija, igual de absurdo es que toque una Strat y salte por el escenario al ritmo de *Dirty Water*. Aun así, observé con cierto anhelo y bastante nostalgia a aquellos tipos desarrollar sus improvisaciones.

Alguien me cogió de la mano y, al volverme, vi a Georgia Donlin.

—¿Lo añoras, Jamie?

—No tanto como lo respeto —respondí—, razón por la cual estoy aquí sentado.

Esos tíos son buenos.

—¿Y tú ya no lo eres?

De pronto recordé el día que entré en la habitación de mi hermano Con y oí que su Gibson acústica me susurraba. Que me decía que podía tocar *Cherry, Cherry*.

—¿Jamie? —Chasqueó los dedos ante mis ojos—. Vuelve, Jamie.

—Soy lo bastante bueno para divertirme —dije—, pero los tiempos de plantarme ante un público con una guitarra se han terminado para mí.

Resultó que a ese respecto me equivocaba.

En 2012 cumplí los cincuenta y seis. Hugh y su novia desde hacía muchos años me llevaron a cenar. De camino a casa recordé un cuento de viejas —es probable que lo hayan oído— sobre cómo cocer una rana. Se la pone en agua fría y empieza a aumentarse el calor. Si se hace gradualmente, la rana, tonta como es, no salta. No sé si es verdad o no, pero decidí que era una excelente metáfora del envejecimiento.

En mi adolescencia, veía a las personas de más de cincuenta años con lástima y desazón: caminaban muy despacio, hablaban muy despacio, veían la televisión en lugar de ir al cine y a los conciertos, su idea de una gran fiesta era un estofado con los vecinos, y se metían en la cama después del noticiario de las once. Pero —al igual que la mayoría de las personas de cincuenta y tantos, sesenta y tantos y setenta y tantos que gozan de una relativa buena salud— no me importó demasiado cuando me llegó el turno. Porque el *cerebro* no envejece, aunque sus ideas sobre el mundo puedan volverse rígidas y se dé una mayor tendencia a hablar por los codos sobre los viejos tiempos. (De esto al menos me libré, porque en mi caso esos viejos tiempos los pasé, en su mayor parte, sumido en la más desenfadada e impenitente drogadicción). Creo que para la mayor parte de la gente los delirios engañosos de la vida empiezan a desvanecerse a partir de los cincuenta años. Los días se aceleran, los dolores se multiplican, y el andar se hace más lento, pero hay compensaciones. Con la calma, llega la capacidad para valorar las cosas, y —en mi caso— una determinación de hacerlas bien durante el tiempo que me quedara. Eso implicó servir sopa una vez por semana en un refugio de indigentes de Boulder, y trabajar para tres o cuatro candidatos políticos con la idea radical de que Colorado no debía pavimentarse.

Salía aún con mujeres alguna que otra vez. Jugaba aún al tenis dos veces por semana y recorría en bicicleta al menos diez kilómetros diarios, lo que me permitía mantener el vientre liso y hacer fluir las endorfinas. Sí, veía unas cuantas arrugas más en las comisuras de mis labios y mis ojos cuando me afeitaba, pero en conjunto, creía

yo, tenía el mismo aspecto de siempre. Esa, naturalmente, es la benévola ilusión que todos nos forjamos en nuestros últimos años. Tuve que regresar a Harlow en el verano de 2013 para comprender la verdad: yo no era más que otra rana en un cazo. La buena noticia era que de momento la temperatura solo había subido a intensidad media. La mala era que el proceso no se interrumpiría a corto plazo. Las tres verdaderas edades del hombre son la juventud, la mediana edad y ¿cómo coño me he hecho viejo tan pronto?

El 19 de junio de 2013, exactamente dos años después de la boda de Bree con George Hughes y uno después del nacimiento de su primer hijo, llegué a casa tras una sesión de grabación no precisamente estelar y encontré en mi buzón un sobre alegremente adornado con globos. El remite me sonaba: RFD #2, Methodist Road, Harlow, Maine. Lo abrí y me encontré ante una fotografía de la familia de mi hermano Terry con este pie: ¡DOS SON MEJOR QUE UNO! ¡POR FAVOR, VEN A NUESTRA FIESTA!

Dejé pasar un momento antes de abrir la invitación, fijándome en el cabello blanco de Terry, la creciente barriga de Annabelle, y los tres jóvenes adultos que ahora eran sus hijos. La niña que en otro tiempo corría riéndose entre los aspersores del jardín sin más ropa que unas holgadas bragas Smurfette ahora era una atractiva joven con un bebé —mi sobrina nieta, Cara Lynne— en los brazos. Uno de mis sobrinos, el flaco, se daba un aire a Con. El más fornido tenía un extraño parecido con nuestro padre... y conmigo, el pobre.

Abrí la invitación.

¡AYÚDANOS A CELEBRAR DOS GRANDES DÍAS
EL 31 DE AGOSTO DE 2013!
¡EL 35 ANIVERSARIO DE BODA DE
TERENCE Y ANNABELLE!
¡EL PRIMER CUMPLEAÑOS DE CARA LYNNE!

HORA: 12 DEL MEDIODÍA HASTA?

LUGAR: NUESTRA CASA PARA EMPEZAR, LUEGO EL EUREKA GRANGE

COMIDA: ¡MUCHA!

GRUPO MUSICAL: LOS ASTROS DE CASTLE ROCK

QUÉ BEBIDAS TRAER: ¡NI SE TE OCURRA! ¡CORRERÁN LA CERVEZA & EL VINO!

Debajo aparecía una nota de mi hermano. Aunque le faltaban solo unos meses para cumplir los sesenta, Terry escribía con su misma mala letra de primaria, por la que uno de sus maestros lo había mandado a casa con una nota en la que advertía

«¡Terence DEBE mejorar su caligrafía!» sujeta con un clip a su boletín de calificaciones.

¡Eh, Jamie! Por favor, ven a la fiesta, ¿vale? No se aceptan excusas cuando tienes dos meses para organizar tu agenda. ¡Si Connie puede venir de Hawái, tú puedes apañártelas para viajar desde Colo! ¡Te echamos de menos, hermanito!

Dejé la invitación en la cesta de mimbre colgada detrás de la puerta de la cocina. La llamaba Cesta de Algún Día, porque contenía la correspondencia que, según creía vagamente, algún día contestaría... lo cual en realidad significaba que no lo haría nunca, como probablemente ya imaginarán. Me dije que no sentía el menor deseo de regresar a Harlow, y puede que esa fuera la verdad, pero el tirón de la familia seguía presente. Quizá Springsteen tenía algo de razón en aquel verso donde decía que nada sabe mejor que estar sangre con sangre.

Yo tenía una mujer de la limpieza llamada Darlene que venía una vez a la semana a pasar la aspiradora, a quitar el polvo y a cambiar las sábanas (tarea esta que delegaba en ella con cierto sentimiento de culpabilidad, porque en su día me habían enseñado a hacerlo yo mismo). Era una vieja taciturna, y yo procuraba ausentarme cuando ella venía. Un día, cuando regresé tras una de sus visitas, me encontré con que había sacado la invitación de la Cesta de Algún Día y la había dejado ladeada y abierta en la mesa de la cocina. Nunca antes había hecho algo así, y lo interpreté como un augurio. Esa noche me senté ante el ordenador, suspiré y envié a Terry un mensaje compuesto de dos palabras: «Contad conmigo».

Aquel puente de la primera semana de septiembre fue memorable. Me lo pasé en grande, y me costó creer que hubiese estado a punto de negarme a ir... o de no contestar siquiera, con lo cual posiblemente habría cortado para siempre mis ya frágiles lazos familiares.

En Nueva Inglaterra hacía calor, y el descenso en avión hacia el Portland Jetport el viernes por la tarde fue anormalmente agitado a causa de las turbulencias. El viaje en coche en dirección norte, hacia el condado de Castle, fue lento, pero no a causa del tráfico. Sentí la necesidad de contemplar todos los lugares que en otro tiempo habían sido especiales para mí —las granjas, las paredes de roca, la tienda, Brownie's, ahora cerrada y a oscuras— y maravillarme. Fue como si mi infancia siguiera allí, apenas visible bajo una lámina de plástico rayada, polvorienta y semiopaca por el paso del tiempo.

Eran más de las seis de la tarde cuando llegué a la casa, donde un nuevo anexo casi duplicaba la superficie original. En el camino de acceso había un Mazda rojo, a todas luces un coche de alquiler del aeropuerto (como mi Ford Eclipse), y en el césped una furgoneta de Morton Fuel. La furgoneta, adornada con guirnaldas de papel crepe y flores, semejaba la carroza de un desfile. En un enorme letrero apoyado contra las ruedas delanteras se leía: ¡LA PUNTUACIÓN ES TERRY Y ANNABELLE 35, CARA LYNNE 1! ¡AMBOS GANADORES! ¡HAS ENCONTRADO LA FIESTA! ¡ENTRA! Aparqué, subí por los peldaños, levanté el puño para llamar, pensé, «qué demonios, yo me crie aquí», y entré sin más.

Por un momento tuve la sensación de haber retrocedido en el tiempo a los años en que podía decir mi edad con una sola cifra. Los miembros de mi familia, apiñados en torno a la mesa del comedor igual que en los años sesenta, hablaban todos al mismo tiempo, se reían y reñían, hacían circular las chuletas de cerdo, el puré de patatas y una bandeja tapada con un paño húmedo: mazorcas de maíz, que mantenían calientes tal como hacía mi madre.

Al principio, no reconocí al distinguido caballero de pelo cano sentado al extremo de la mesa más próximo al salón, y desde luego no conocía al guaperas moreno que ocupaba la silla contigua a la suya. De pronto, ese individuo con aire de profesor emérito me vio y se puso en pie, iluminándosele el rostro, y caí en la cuenta de que era mi hermano Con.

—¡JAMIE! —exclamó, y casi derribando a Annabelle de su silla, corrió alrededor de la mesa. Me estrechó entre sus brazos y me cubrió la cara de besos. Me reí y le di palmadas en la espalda. Al instante también estaba allí Terry, agarrándonos a los dos, y los tres hermanos ejecutamos una especie de torpe *mitzvah tantz*, y el suelo tembló. Vi que Con tenía lágrimas en los ojos, y también a mí me entraron ciertas ganas de llorar.

—¡Basta, chicos! —terció Terry, aunque él mismo seguía saltando—. ¡Acabaremos en el sótano!

Durante un rato continuamos brincando. Se me antojó que teníamos que hacerlo. Y que estaba bien. Que era bueno.

Con presentó al guaperas, que debía de tener veinte años menos que él, como «mi buen amigo del Departamento de Botánica de la Universidad de Hawái». Mientras le estrechaba la mano, me pregunté si se habrían molestado en tomar habitaciones separadas en el Castle Rock Inn. En estos tiempos, lo más probable era que no. No recuerdo cuándo me di cuenta de que Con era homosexual; posiblemente cuando él

estudiaba el posgrado y yo tocaba aún *Land of 1000 Dances* con los Cumberland en la Universidad de Maine. Estoy seguro de que nuestros padres lo supieron mucho antes. No armaron demasiado revuelo, y por eso mismo tampoco nosotros le dimos mayor importancia. Los niños aprenden más del ejemplo mudo que de las normas expresadas, o eso me parece a mí.

Solo en una ocasión oí a mi padre mencionar la orientación sexual de su segundo hijo, a finales de los años ochenta. Imagino que me causó una gran impresión, porque corrían esos años de los que apenas recuerdo nada, y llamaba a casa lo menos posible. Quería que mi padre supiera que seguía vivo, pero siempre temía que él percibiera en mi voz mi muerte inminente, circunstancia que yo casi había aceptado.

«Rezo por Connie cada noche —dijo durante esa conversación telefónica—. Esta maldición del sida... Es como si dejaran que se propague a propósito».

Con se había librado de eso y ahora ofrecía un aspecto muy saludable, pero no podía negarse que el tiempo pasaba por él, y menos viéndolo allí sentado junto a su amigo del Departamento de Botánica. Me asaltó el recuerdo de Con y Ronnie Paquette en el sofá del salón, hombro con hombro, cantando *House of the Rising Sun* e intentando armonizar, ejercicio estéril donde los hubiera.

Algo de eso debió de reflejarse en mi semblante, porque Con sonrió a la vez que se enjugaba los ojos.

—Ha pasado mucho tiempo desde que nos peleábamos por ver a quién le tocaba recoger la ropa que había tendido mamá, ¿verdad?

—Mucho tiempo —coincidí, y una vez más pensé en la rana que, en su estupidez, no se daba cuenta de que el agua de su estanque, sobre un fogón, se calentaba.

La hija de Terry y Anabelle, Dawn, se unió a nosotros con Cara Lynne en brazos. Los ojos de la niña eran de ese tono que nuestra madre llamaba Azul Morton.

—Hola, tío Jamie. Esta es tu sobrina nieta. Mañana cumple un año, y para celebrarlo está saliéndole un diente.

—Es preciosa. ¿Puedo cogerla en brazos?

Dawn sonrió tímidamente al desconocido que había visto por última vez cuando aún llevaba ortodoncia.

—Puedes intentarlo, pero normalmente se pone a berrear cuando la coge alguien que no conoce.

Tomé en brazos al bebé, dispuesto a devolverlo tan pronto como empezaran los alaridos. Solo que eso no ocurrió. Cara Lynne me examinó, tendió una mano y me pellizcó la nariz. Entonces se echó a reír. Mi familia prorrumpió en vítores y aplausos. La niña, sobresaltada, miró a su alrededor, y luego volvió a posar en mí unos ojos

que, habría jurado, eran los de mi madre.

Y se rio otra vez.

La verdadera fiesta, celebrada al día siguiente, contaba con poco más o menos el mismo elenco, solo que con más actores secundarios. A algunos los reconocí de inmediato; otros me resultaron vagamente familiares, y caí en la cuenta de que varios eran hijos de personas que habían trabajado para mi padre hacía mucho tiempo y ahora eran empleados de Terry, cuyo emporio había crecido: además del negocio del fuel, tenía una cadena de tiendas de abastos con locales en toda Nueva Inglaterra, llamada Morton's Fast Shops. En su caso, la mala caligrafía no había sido óbice para el éxito.

Un equipo de catering de Castle Rock atendía cuatro parrillas, sirviendo hamburguesas y perritos calientes para acompañar un descomunal surtido de ensaladas y postres. La cerveza manaba de barriles de acero y el vino de toneles de madera. Mientras engullía una bomba calórica cargada de beicon en el jardín trasero, un vendedor de Terry —borracho, alegre y voluble— me contó que mi hermano también era dueño del parque acuático Splash City, en Fryeburg, y del autódromo de Littleton, en New Hampshire. «El circuito no da un centavo de beneficio —explicó el vendedor—, pero ya conoces a Terry: siempre le han encantado los bólidos y los coches de serie trucados».

Me acordé de cuando Terry y mi padre, en el garaje, trabajaban en sucesivas encarnaciones del Cohete de la Carretera, vestidos los dos con camisetas mugrientas y monos de fondillos amplios, y de pronto tomé conciencia de que mi hermano, rústico y pueblerino como era, gozaba de una posición acomodada. Quizá incluso era rico.

Cada vez que Dawn acercaba a Cara Lynne, la niña tendía los brazos hacia mí. Acabé acarreándola casi toda la tarde, y al final se quedó dormida en mi hombro. Al verlo, su padre me alivió de la carga.

—No salgo de mi asombro —comentó mientras la dejaba en una manta a la sombra del árbol más grande del jardín—. Nunca le coge apego a la gente de esta manera.

—Me siento halagado —contesté, y di un beso al bebé dormido en la mejilla, enrojecida a causa de la dentición.

Se habló mucho de los viejos tiempos, una de esas charlas extraordinariamente interesantes para aquellos que habían estado presentes y soberanamente aburrida para quienes no lo habían estado. Me mantuve a distancia de la cerveza y el vino, y por

tanto cuando el grupo se trasladó al Eureka Grange, a siete kilómetros de allí, fui uno de los conductores designados, y tuve que apañarme con las marchas de una enorme furgoneta King Cab, propiedad de la empresa de fuel. Hacía treinta años que no conducía con cambio manual, y los ebrios pasajeros —debían de ser una docena, contando a los siete o algo así que viajaban en la caja de la furgoneta— se tronchaban de risa cada vez que yo soltaba el embrague antes de tiempo y la camioneta daba una sacudida. Asombrosamente, ninguno de ellos se cayó por detrás.

El equipo de catering se nos había adelantado, y las mesas con comida estaban ya dispuestas a los lados de una pista de baile que yo recordaba bien. Me quedé allí contemplando el amplio suelo de madera abrillantada hasta que Con me dio un apretón en el hombro.

—¿Te trae recuerdos, hermanito?

Me acordé de cuando subí al escenario por primera vez, muerto de miedo, oliendo las oleadas de sudor que emanaban mis axilas. Y de mis padres bailando mientras tocábamos *Who'll Stop the Rain?*

—Ni te imaginas —contesté.

—Creo que sí me lo imagino —dijo, y me abrazó. Al oído, me susurró de nuevo —: Creo que sí me lo imagino.

Debían de haberse reunido unas setenta personas en la casa para el almuerzo; a las siete de la tarde había el doble en Eureka Grange, n.º 7, y al local no le habría venido mal el aire acondicionado mágico de Charlie Jacobs para complementar los indolentes ventiladores del techo. Me hice con uno de esos postres que eran aún la especialidad de Harlow —trozos de fruta en conserva suspendidos en gelatina de lima— y me lo llevé afuera. Doblé la esquina del edificio a la vez que tomaba pequeños bocados con una cuchara de plástico, y allí estaba la escalera de incendios bajo la que besé a Astrid Soderberg por primera vez. Me acordé de su rostro, un óvalo perfecto, encuadrado en la capucha forrada de piel del anorak. Me acordé del sabor a fresa de su carmín. *¿Ha estado bien?*, había preguntado yo. Y ella había contestado: *Repítelo y te lo diré.*

—Eh, novato. —Justo detrás de mí, sobresaltándome—. ¿Quieres tocar un poco esta noche?

Al principio no lo reconocí. El adolescente desgarrado y melenudo que me había reclutado para tocar la guitarra rítmica con los Rosas Cromadas tenía ahora una calva en la coronilla y las sienes plateadas, y la panza le colgaba por encima del ceñido pantalón. Me quedé mirándolo a la vez que notaba reblandecerse en mi mano la

pequeña taza de papel con la gelatina.

—¿Norm? ¿Norm Irving?

Desplegó una sonrisa tan ancha como para exhibir los dientes de oro al fondo de la boca. Dejé caer la gelatina y lo abracé. Se rio y me devolvió el abrazo. Nos dijimos mutuamente que nos conservábamos bien. Nos dijimos mutuamente que había transcurrido demasiado tiempo. Y por supuesto hablamos del pasado. Norm me contó que había dejado embarazada a Hattie Greer y se había casado con ella. El matrimonio duró solo unos años, pero, superada una etapa de acritud posterior al divorcio, habían decidido dejar de lado el pasado y ser amigos. Su hija, Denise, iba ya para los cuarenta y tenía su propia peluquería en Westbrook.

—Libre de deudas, además, sin hipoteca. Tengo dos hijos de mi segunda mujer, pero, entre tú y yo, te diré que Deenie es la niña de mis ojos. Hattie tiene uno de su segundo marido. —Se inclinó hacia mí con una lúgubre sonrisa—. Entra y sale de la cárcel. Ese chico no vale ni la pólvora que se necesitaría para mandarlo al infierno.

—¿Y qué hay de Kenny y Paul?

Kenny Laughlin, nuestro bajista, también se había casado con su novia de la época de los Rosas Cromadas, y seguían casados.

—Es agente de seguros, con oficina en Lewiston. Le va bien. Ha venido esta noche. ¿No lo has visto?

—No. —Aunque quizá sí lo había visto y no lo había reconocido. Y quizá él no me había reconocido a mí.

—En cuanto a Paul Bouchard... —Norm cabeceó—. Estaba escalando en el parque estatal de Acadia y tuvo una caída. Vivió dos días, y murió. En 1990, fue. Mejor así, probablemente. Los médicos dijeron que habría quedado paralítico del cuello para abajo si hubiera sobrevivido. Lo que llaman un «tetra».

Por un momento imaginé que nuestro antiguo batería había sobrevivido. Tendido en una cama, respirando con ayuda de una máquina, y viendo al Pastor Danny por televisión. Aparté la imagen de mi cabeza.

—¿Y Astrid? ¿Sabes por dónde anda?

—En la costa, en algún sitio al norte. ¿Castine? ¿Rockland? —Meneó la cabeza—. No me acuerdo. Sé que dejó la universidad para casarse, y sus padres se cabrearon con ella. Y seguro que se cabrearon doblemente cuando se divorció. Creo que tiene un restaurante, uno de esos chiringuitos de langosta, pero no me hagas caso. A vosotros dos os dio fuerte, ¿eh?

—Sí —contesté—. Desde luego.

Asintió.

—Amor juvenil. No hay nada en el mundo como eso. No sé si me gustaría verla hoy día, porque la Astrid Soda Burger de aquella época era pura dinamita. Pura *nitro*. ¿A que sí?

—Sí —contesté, acordándome de la cabaña en ruinas junto a Lo Alto del Cielo. Y el poste de hierro. Cómo resplandecía y adquiría una coloración roja cuando le caía un rayo—. Y tanto que lo era.

Por un momento guardamos silencio; luego me dio una palmada en el hombro.

—En fin, ¿qué me dices? ¿Te vienes a hacer un bolo con nosotros? Más vale que digas que sí, porque el grupo va a dar puta pena si te niegas.

—¿*Tú eres* del grupo? ¿De los Astros de Castle Rock? ¿Kenny también?

—Claro. Ya apenas tocamos, no como antes, pero esta vez no podíamos rechazarlo.

—¿Mi hermano Terry tiene algo que ver con esta propuesta?

—Quizá haya pensado que subirías a tocar uno o dos temas, pero no. Solo quería un grupo de los viejos tiempos, y Ken y yo somos prácticamente los únicos de aquella época que aún vivimos, que aún rondamos por este rincón perdido, y que aún tocamos. Nuestro guitarrista rítmico es un carpintero de Lisbon Falls, y el miércoles pasado se cayó de un tejado y se rompió las dos piernas.

—Uf —dije.

—Con su uf salgo yo ganando —dijo Norm Irving—. Íbamos a tocar en trío, cosa que, como sabes, puta la gracia que tiene. En cambio ahora, con tres de los cuatro Rosas Cromadas la cosa ya no está mal, teniendo en cuenta que hicimos nuestro último bolo en la fiesta de la Liga Atlética de la Policía hace más de treinta y cinco años, así que venga. La gira del reencuentro, y tal.

—Norm, no tengo guitarra.

—Yo llevo tres en la furgoneta —dijo él—. Tienes para elegir. Pero recuerda, todavía empezamos con *Hang On Sloopy*.

Salimos al escenario en medio de entusiastas aplausos alimentados por el alcohol. Kenny Laughlin, tan delgado como siempre pero ahora con tres lunares no precisamente favorecedores en la cara, apartó la vista de la correa de su Fender P-Bass, que estaba ajustándose, y me saludó levantando el puño. Yo no estaba nervioso, a diferencia de la primera vez que había subido a ese escenario con una guitarra en las manos, pero sí me sentí como si todo fuera un sueño especialmente vívido.

Norm ajustó la altura del micro con una sola mano, como siempre hacía, y se dirigió al público, impaciente por oír unos cuantos temas de rock and roll de sus tiempos.

—Gente, en la batería podéis leer Astros de Castle Rock, pero esta noche tenemos un invitado especial a la guitarra rítmica, y durante las próximas dos horas volveremos a ser los Rosas Cromadas. Dale caña, Jamie.

Me acordé del beso a Astrid bajo la escalera de incendios. Me acordé del microbús herrumbroso de Norm y de su padre, Cicero, sentado en el sofá hundido de su vieja caravana, liando porros con papel de fumar Zig-Zag y diciéndome que si quería sacarme el carnet de conducir a la primera, más me valía cortarme el puto pelo. Me acordé de los bolos en bailes de adolescentes en el Auburn RolloDrome, y de que nunca nos interrumpíamos cuando se desencadenaban las inevitables peleas entre los chicos del colegio Edward Little y el instituto de Lisbon, o entre los del instituto de Lewiston y el colegio St. Dom; simplemente subíamos el volumen. Me acordé de cómo era la vida antes de darme cuenta de que era una rana en un cazo.

Grité:

—*¡Un, dos, tres, ya sabéis qué hacer!*

Le dimos caña.

En mi mayor.

Toda esta mierda empieza por mi.

En los años setenta quizá habríamos actuado hasta la una, la hora del toque de queda. Pero ya no eran los setenta, y a las once estábamos bañados en sudor y extenuados. No importó; por orden de Terry, la cerveza y el vino se habían retirado a las diez, y la multitud, ya sin alcohol, se redujo rápidamente. Los que quedaban, en su mayoría, habían vuelto a sus asientos, conformándose con escuchar pero demasiado cansados ya para bailar.

—Tocas muchísimo mejor que antes, novato —dijo Norm mientras dejábamos nuestros instrumentos.

—Tú también. —Lo cual era mentira en igual medida que *Tienes un aspecto estupendo*. A los catorce años jamás habría creído que llegaría el día en que sería mejor guitarrista de rock que Norman Irving, pero ese día había llegado. Me dirigió una sonrisa como diciendo que sabía de sobra que era mejor no hacer comentarios. Kenny se reunió con nosotros, y los tres miembros supervivientes de los Rosas Cromadas nos fundimos en un abrazo que en nuestros tiempos en el instituto

habríamos descrito como «mariconada».

Terry se acercó a nosotros, junto con Terry hijo, su primogénito. Mi hermano tenía aspecto de cansado, pero también se lo veía sumamente feliz.

—Oye, Con y su amigo han llevado a Castle Rock a unos cuantos que estaban demasiado trompas para conducir. ¿Acercarías tú a Harlow a unos cuantos más en la King Cab si te cedo a Terry hijo como copiloto?

Dije que lo haría con mucho gusto, y después de un último «hasta la vista» a Norm y a Kenny (acompañado de aquellos extraños apretones flácidos característicos de los músicos), recogí a mi cargamento de borrachines y me puse en marcha. Por un rato, mi sobrino me dio indicaciones que apenas necesitaba, ni siquiera en la oscuridad. Pero para cuando descargamos a las dos o tres últimas parejas en Stackpole Road, él ya había callado. Lo miré y vi que, apoyado en la ventanilla del acompañante, dormía profundamente. Lo desperté cuando regresamos a la casa de Methodist Road. Me dio un beso en la mejilla (que me conmovió más de lo que él podía imaginar) y entró a trompicones en la casa, donde posiblemente dormiría hasta el mediodía del domingo, como son propensos a hacer los adolescentes. Me pregunté si acaso ocupaba mi antigua habitación, y llegué a la conclusión de que seguramente no; debía de estar instalado en el nuevo anexo. El tiempo lo cambia todo, y quizá está bien así.

Colgué las llaves de la King Cab en el tablero en el vestíbulo, me dirigí hacia mi coche de alquiler y vi luces en el granero. Me acerqué a echar un vistazo. Dentro estaba Terry. Ya sin el atuendo de fiesta, vestía un mono. Su juguete nuevo, un Chevrolet SS de finales de los sesenta o principios de los setenta, resplandecía bajo las luces del techo como una joya azul. Estaba encerándolo.

Alzó la vista cuando entré.

—No podría dormirme todavía. Demasiada excitación. Le sacaré brillo a esta belleza durante un rato y luego me retiraré a la cama.

Deslicé la mano por el capó.

—Es precioso.

—Lo es *ahora*, pero tendrías que haberlo visto cuando lo conseguí en una subasta en Portsmouth. La mayoría de los compradores consideraron que era chatarra, pero yo pensé que podía rescatarlo.

—Revivirlo —dije. Sin dirigirme en realidad a Terry.

Posó en mí una mirada pensativa y al cabo de un momento se encogió de hombros.

—Podría llamarse así, supongo, y en cuanto le instale una transmisión nueva, ya casi lo tendré a punto. No se parece mucho a los Viejos Cohetes de la Carretera,

¿verdad?

Me eché a reír.

—¿Te acuerdas de cuando el primero volcó y quedó patas arriba en el autódromo?

Terry alzó la vista al techo.

—En la primera vuelta. El puto Duane Robichaud... ese se sacó el carnet en Sears, mucho me temo.

—¿Sigue por aquí?

—No, murió hace diez años. Diez como mínimo. Un cáncer en el cerebro. Para cuando se lo detectaron, el pobre desdichado ya no tenía remedio.

Supón que yo fuera un neurocirujano, había dicho Jacobs aquel día en The Latches. Supón que yo te dijera que tus probabilidades de morir en el quirófano eran del veinticinco por ciento. ¿No te operarías?

—Qué duro.

Asintió.

—¿Te acuerdas de lo que decíamos cuando éramos pequeños? ¿Qué es duro? La vida. ¿Qué bebida? Una Coca-Cola. ¿Cuánto cuesta? Quince centavos. Solo tengo diez. Qué duro. ¿Qué es duro? La vida. Y así una y otra vez.

—Sí, me acuerdo. Por entonces nos parecía broma. —Vacilé—. ¿Te acuerdas mucho de Claire, Terry?

Echó el paño de encerar a un cubo y se acercó a la pila a lavarse las manos. En su día allí había habido solo un grifo, de agua fría; ahora, en cambio, había dos. Los abrió, cogió una pastilla de Lava y empezó a enjabonarse. Hasta los codos, como nos había enseñado nuestro padre.

—Cada puto día. También me acuerdo de Andy, pero no tan a menudo. Eso fue lo que llamamos el orden natural de las cosas, supongo, aunque quizá habría vivido un poco más si no hubiese sido tan aficionado al cuchillo y el tenedor. Lo que le pasó a Claire, en cambio... eso estuvo *mal*, joder. ¿Entiendes?

—Sí.

Se apoyó en el capó del SS, sin fijar la vista en nada en particular.

—¿Te acuerdas de lo guapa que era? —Meneó la cabeza lentamente—. Nuestra preciosa hermana. Aquel cabrón... aquella *bestia*... la privó de los años que aún le quedaban por delante, y luego tomó el camino del cobarde. —Se frotó la cara con la mano—. No deberíamos hablar de Claire. Me emociono.

También yo me emocioné. Claire, a quien yo, por su edad, había considerado una especie de madre de respaldo. Claire, nuestra preciosa hermana, que nunca hizo daño a nadie.

Cruzamos la puerta del jardín, escuchamos las chicharras cantar entre la hierba alta. A finales de agosto y principios de septiembre era cuando más fuerte cantaban, como si supieran que se acababa el verano.

Terry se detuvo al pie de la escalera, y vi que aún tenía los ojos empañados. Aquel había sido un buen día para él, pero largo y estresante en todo caso. Yo no debería haber mencionado a Claire al final de la jornada.

—Quédate a dormir, hermanito. Hay un sofá cama.

—No —dije—. Le prometí a Connie que desayunaría con él y su pareja en el hotel por la mañana.

—*Pareja* —repitió, y alzó los ojos al cielo—. Ya.

—Vamos, vamos, Terence. No te me vayas al siglo pasado. Hoy día pueden casarse en diez o doce estados, si quieren. Incluido este.

—Bah, eso a mí me da igual. Quién se casa con quién no es asunto mío, pero ese tío *pareja lo que se dice pareja* no es, piense lo que piense Connie. Reconozco a un gorrón a una hora lejos. Por el amor de Dios, pero si Connie le dobla la edad.

Eso me llevó a pensar en Brianna, a quien yo le doblaba *largamente* la edad.

Abracé a Terry y le di un beso en la mejilla.

—Mañana nos vemos. A la hora del almuerzo, antes de salir hacia el aeropuerto.

—Eso. Ah, Jamie, otra cosa. Esta noche te has superado con la guitarra.

Le di las gracias y me dirigí al coche. Abría ya la puerta cuando pronunció mi nombre. Me volví.

—¿Te acuerdas del reverendo Jacobs aquel último domingo en el púlpito? ¿Cuando dio lo que luego llamamos el Sermón Tremebundo?

—Sí —contesté—. Lo recuerdo muy bien.

—En ese momento fue tal conmoción para todos nosotros que lo atribuimos al dolor por la pérdida de su mujer y su hijo. Pero ¿sabes una cosa? Cuando me acuerdo de Claire, pienso que me gustaría encontrar al reverendo y estrecharle la mano. —Terry tenía los brazos cruzados sobre el mono, robustos como los de nuestro padre—. Porque lo que ahora pienso es que, para decir esas cosas, hacía falta mucho valor. Lo que ahora pienso es que tenía razón en todas y cada una de sus palabras.

Puede que Terry se hubiera enriquecido, pero seguía siendo ahorrativo, y en el almuerzo del domingo comimos las sobras del catering. Durante casi toda la comida sostuve a Cara Lynne en el regazo, dándole bocaditos de esto y aquello. Cuando llegó la hora de marcharme y se la devolví a Dawn, la niña tendió los brazos hacia mí.

—No, cielo —dije, y le besé la frente asombrosamente tersa—. Tengo que irme.

La niña solo sabía una docena de palabras, o algo así —una de ellas, mi nombre—, pero he leído que su nivel de comprensión es mucho mayor, y entendió lo que le decía. Arrugó la carita, tendió otra vez los brazos y se le arrasaron en lágrimas aquellos ojos azules que eran del mismo tono que los de mi madre y mi difunta hermana.

—Vete ya —dijo Con—, o tendrás que adoptarla.

Así que me fui. De regreso a mi coche de alquiler, de regreso al Portland Jetport, de regreso al Denver International, de regreso a Nederland. Pero seguía pensando en esos brazos regordetes extendidos, y en esos ojos empañados de color Azul Morton. Cara Lynne tenía solo un año, pero deseaba que me quedara más tiempo. Así es como sabemos que estamos en casa, creo, por mucho que nos hayamos alejado de ella o por más tiempo que hayamos pasado en otro lugar.

Nuestra casa es el sitio donde quieren que nos quedemos más tiempo.

Durante marzo de 2014, cuando casi todas las chicas que se exhibían en las pistas de esquí habían abandonado Vail, Aspen, Steamboat Springs y nuestra propia estación de monte Eldora, llegaron noticias de que se avecinaba una ventisca atroz. Nuestra porción del famoso Vórtice Polar había dejado ya precipitaciones de nieve de cuatro centímetros en Greeley.

Me quedé en Wolfjaw durante la mayor parte del día, ayudando a Hugh y a Mookie a atrancar puertas y ventanas en los estudios y la casa grande. Seguí allí hasta que el viento empezó a levantarse y del cielo plomizo cayeron los primeros copos. De pronto salió Georgia, vestida con chaquetón de faena, orejeras y una gorra con el emblema de Wolfjaw Ranch. Venía con claro ánimo reprobatorio.

—Manda a esos hombres a su casa —instó a Hugh—. A menos que quieras que se queden atrapados en el arcén de la carretera hasta junio.

—Como la Expedición Donner —comenté—. Pero yo nunca me comería a Mookie. Está demasiado duro.

—Venga, vosotros dos, largo —ordenó Hugh—. Basta con que comprobéis las puertas de los estudios antes de coger la carretera.

Eso hicimos, y por si acaso, comprobamos también el granero. Incluso dediqué un momento a repartir trozos de manzana, pese a que Bartleby, mi preferido, había muerto hacía tres años. Para cuando dejé a Mookie en su pensión, nevaba copiosamente y el viento soplaba a cincuenta kilómetros por hora o más. En el centro

de Nederland no había un alma, los semáforos oscilaban y la nieve se apilaba ya ante las puertas de las tiendas, que habían cerrado antes de hora.

—¡Vete a casa cuanto antes! —aconsejó Mookie, levantando la voz para hacerse oír por encima del viento. Se había atado el pañuelo en torno a la nariz y la boca, con lo que parecía un anciano forajido.

Seguí su recomendación, notando en el coche a lo largo de todo el camino las embestidas del viento, como empujones de un matón malhumorado. Arremetió contra mí aún más fuerte mientras subía por el camino de acceso, arrebujiándome con el cuello del abrigo para protegerme el rostro, que llevaba bien afeitado y sin la preparación debida para cuando el invierno de Colorado decidía ponerse serio. Necesité las dos manos para tirar de la puerta de la portería después de entrar.

Miré en el buzón y vi una única carta. La saqué, y me bastó un vistazo para identificar al remitente. La caligrafía de Jacobs era ahora vacilante y poco nítida, pero aún reconocible. La única sorpresa fue el remite, escrito en el anverso: «Lista de correos, Motton, Maine». No era mi pueblo, pero estaba a un paso. Demasiado cerca para mi tranquilidad, a mi modo de ver.

Me golpetee la palma de la mano con el sobre y a punto estuve de seguir mi primer impulso, que fue romperlo en pedazos, abrir la puerta y echarlos al viento. Todavía me imagino rompiéndolo —todos los días, a veces todas las horas—, y me pregunto qué habría cambiado si lo hubiera hecho. Pero le di la vuelta. Allí, al dorso, con la misma letra inestable, vi una única frase: «Te interesa leer esto».

No me interesaba, pero abrí igualmente la carta. Extraje una hoja plegada en torno a un sobre de menor tamaño. Escrito en el anverso del segundo sobre, rezaba: «Lee mi carta antes de abrir esta». Eso hice.

Dios me asista, eso hice.

4 de marzo de 2014

Querido Jamie:

He conseguido tu dirección de correo electrónico, tanto la particular como la del trabajo (como ya sabes, tengo mis métodos), pero soy ya un viejo, con costumbres de viejo, y considero que los asuntos personales de importancia deben tratarse por carta y, siempre y cuando sea posible, escribirse de puño y letra. Como ves, a mí aún me es posible escribir de mi «puño y letra», aunque no sé si por mucho tiempo. Tuve un derrame cerebral menor en otoño de 2012 y otro, bastante más grave, el verano pasado. Espero que sepas disculpar mi deplorable caligrafía.

Tengo otra razón para dirigirme a ti por carta. Es muy fácil borrar los mensajes de correo electrónico y, en cambio, un poco más difícil destruir una carta en la que una persona ha trabajado afanosamente con la pluma y la tinta. Añadiré una línea al dorso del sobre para aumentar las

posibilidades de que leas esto. Si no recibo respuesta, tendré que enviar un emisario, y eso no quiero hacerlo, porque el tiempo apremia.

Un emisario. Eso me daba mala espina.

La última vez que nos vimos, te pedí que fueras mi ayudante. Te negaste. Vuelvo a pedírtelo, y confío en que esta vez accedas. Debes acceder, ya que ahora mi trabajo está en su última etapa. Solo falta el experimento final. Tengo la certeza de que saldrá bien, pero no me atrevo a actuar solo. Necesito ayuda e, igual de importante, necesito un testigo. Créeme cuando te digo que, en este experimento, tú te juegas tanto como yo.

Crees que te negarás, pero te conozco bien, viejo amigo, y tengo la convicción de que cuando leas la carta adjunta, cambiarás de idea.

Con todo mi aprecio,

CHARLES D. JACOBS

El viento ululaba; la nieve azotaba los cristales de la puerta con un sonido como el de la arena fina. Pronto cortarían la carretera a Boulder, si no estaba ya cortada. Sostuve el sobre de menor tamaño a la vez que pensaba *algo ha pasado*. No quería saber qué era, pero me parecía ya demasiado tarde para echarme atrás. Me senté en la escalera que subía a mi apartamento y abrí el adjunto al mismo tiempo que una ráfaga de viento más violenta que las otras sacudía el edificio. La letra era tan vacilante como la de Jacobs y las líneas se inclinaban hacia abajo, pero la reconocí al instante. ¿Cómo no iba a reconocerla? Había recibido cartas de amor, algunas de ellas bastante tórridas, escritas con esa misma letra. Se me revolvió el estómago, y por un momento temí vomitar. Agaché la cabeza y, con la mano libre, me tapé los ojos y me apreté las sienes. Cuando se me pasó el mareo, casi lo lamenté.

Leí la carta.

25 de febrero de 2014

Apreciado Pastor Jacobs:

Es usted mi última esperanza.

Eso parece una locura, pero así es. Intento ponerme en contacto con usted a instancias de mi amiga Jenny Knowlton. Es enfermera diplomada y dice que jamás ha creído en las curaciones milagrosas (aunque sí cree en Dios). Hace unos años asistió a una de sus sesiones de reviviscencia sanadora en Providence, Rhode Island, y usted le curó la artritis, que padecía hasta tal punto que apenas podía abrir y cerrar las manos y estaba «enganchada» al OxyContin. Me explicó: «Me dije que iba para oír cantar a Al Stamper, porque tenía todos los discos de su época con los Vo-Lites, pero en el fondo debía de saber para qué había ido allí en realidad, porque cuando él preguntó si alguien quería sanarse, me puse en la cola». Según ella, cuando usted le tocó las sienes con los anillos, no solo

le desapareció el dolor de las manos y los brazos, sino también la necesidad de tomar OxyContin. Dar crédito a esto me costó más aún que creerme lo de la curación de la artritis, porque donde vivo mucha gente consume ese fármaco y me consta que es muy difícil «sacudirse el hábito».

Pastor Jacobs, tengo cáncer de pulmón. Perdí el pelo durante la radioterapia, y con la quimio vomitaba continuamente (he perdido treinta kilos), pero al final de esos tratamientos infernales, el cáncer seguía allí. Ahora el médico quiere que me someta a una operación para extirparme un pulmón, pero mi amiga Jenny me obligó a sentarme y dijo: «Voy a contarte una verdad muy dura, cariño. En general, cuando optan por eso ya es demasiado tarde, y lo saben, pero lo hacen igualmente porque es la única posibilidad que les queda».

Con palpitaciones en la cabeza, volví la hoja. Por primera vez en muchos años deseé estar colocado. Colocado, me sería posible leer la firma que me esperaba al pie sin desear gritar.

Dice Jenny que ha consultado sus curaciones por internet y, según parece, aparte de la de ella, muchas son válidas. Sé que usted ya no va de gira por el país. Es posible que se haya retirado, que esté enfermo o incluso que haya muerto (aunque ruego a Dios que no sea así, tanto por su bien como por el mío). Incluso si está vivo y goza de buena salud, puede que ya no lea su correo. Sé, pues, que esto es como meter un mensaje en una botella y lanzarlo por la borda, pero algo —no solo Jenny— me impulsa a intentarlo. Al fin y al cabo, a veces una de esas botellas va a parar a la orilla y alguien lee el mensaje que contiene.

Me he negado a operarme. Ciertamente es usted mi única esperanza. Sé lo endeble que es esa esperanza, y posiblemente absurda, pero como dice la Biblia: «Todo es posible para quien cree». Esperaré a tener noticias... o no tenerlas. En cualquier caso, que Dios lo bendiga y vele por su bien.

Atentamente, con toda mi esperanza,

ASTRID SODERBERG
17 Morgan Pitch Road
Mt. Desert Island, Maine 04660
(207) 555-6454

Astrid. Dios bendito.

Astrid otra vez, después de tantos años. Cerré los ojos y la vi de pie bajo la escalera de incendios, el rostro joven y hermoso, encuadrado por la capucha del anorak.

Abrí los ojos y leí la nota que Jacobs había añadido bajo la dirección.

He visto su historial y sus últimos escáneres. A este respecto puedes creerme; como he dicho en mi carta introductoria, tengo mis propios métodos. La radiación y la quimioterapia han reducido el tumor del pulmón izquierdo, pero no lo han erradicado, y han aparecido más manchas en el pulmón derecho. Su estado es grave, pero puedo salvarla. También a este respecto puedes creerme, estos cánceres son como fuego en maleza seca: avanzan deprisa. Le queda poco tiempo, y debes decidir de inmediato.

Maldita sea, si le queda tan poco tiempo, me pregunté, ¿por qué no has llamado por teléfono, o al menos me has mandado tu pacto con el diablo por correo urgente?

Pero ya conocía la respuesta. Él *prefería* que hubiera poco tiempo, porque no era Astrid quien le preocupaba. Astrid era un peón. Yo, en cambio, era una de las piezas de la fila de atrás. No tenía ni idea de cuál era la razón, pero sabía que era así.

La carta tembló en mis manos mientras leía las últimas líneas.

Si accedes a ayudarme mientras acabo mi trabajo el próximo verano, tu vieja amiga (y quizá tu amante) se salvará. El cáncer será expulsado de su cuerpo. Si te niegas, la dejaré morir. Naturalmente, esto te parecerá cruel, incluso monstruoso, pero si conocieras la extraordinaria trascendencia de mi trabajo, tu opinión sería otra. ¡Sí, incluso la tuya! Mis números de teléfono, tanto el fijo como el móvil, figuran abajo. A mi lado, mientras escribo esto, tengo el número de la señorita Soderberg. Si me llamas —con una respuesta favorable, claro—, yo la llamaré a ella.

La decisión está en tus manos, Jamie.

Me quedé sentado en la escalera durante dos minutos, respirando hondo y procurando que se me acompasara el ritmo del corazón. Me acordaba una y otra vez de su cadera contra la mía, mi polla palpitante y dura como las varillas corrugadas del hormigón armado, acariciándome la nuca mientras me echaba el humo del cigarrillo a la boca.

Por fin me puse en pie y subí a mi apartamento, con las dos cartas suspendidas de la mano. La escalera no era larga ni empinada, y yo estaba en buena forma a fuerza de tanto paseo en bicicleta; aun así, tuve que parar a descansar dos veces para recobrar el aliento antes de llegar a lo alto, y la mano me temblaba de tal modo que me vi obligado a sujetármela con la otra para poder introducir la llave en la cerradura.

Era un día oscuro y las sombras poblaban mi apartamento, pero no me molesté en encender las luces. Lo que tenía que hacer convenía hacerlo de prisa. Me desprendí el móvil del cinturón, me dejé caer en el sofá y marqué el número de Jacobs. El timbre sonó una sola vez.

—Hola, Jamie —dijo.

—Cabrón —contesté—. Puto cabrón.

—Yo también me alegro de oírte. ¿Qué has decidido?

¿Qué sabía de nosotros? ¿Le había contado yo algo? ¿Se lo había contado Astrid? Si no era así, ¿qué había averiguado? No lo sabía ni importaba. Advertí por el tono de su voz que preguntaba solo por puro formulismo.

Le dije que llegaría allí lo antes posible.

—Si quieres puedes venir, claro. Por mí encantado, aunque en realidad no te

necesito hasta julio. Si prefieres no verla... en su estado actual, quiero decir...

—Cogeré el avión en cuanto mejore el tiempo. Si puedes hacer eso que haces antes de que yo llegue... arreglarla... curarla... adelante. Pero no la dejes marcharse de dondequiera que estés hasta que yo la vea. Pase lo que pase.

—No confías en mí, ¿verdad? —A juzgar por su tono de voz, dio la impresión de que eso lo entristecía profundamente, pero no le concedí mucha importancia. Él era un maestro en el arte de proyectar emociones.

—¿Por qué habría de confiar en ti, Charlie? Te he visto en acción.

Exhaló un suspiro. Una ráfaga de viento sacudió el edificio y silbó en los aleros.

—¿En qué parte de Motton estás? —pregunté... pero, como Jacobs, solo por puro formulismo. La vida es una rueda, y siempre vuelve al punto de partida.

Monte Cabra. Ella espera. Malas noticias de Missouri.

Así las cosas, pasados poco más de seis meses desde la breve reencarnación de los Rosas Cromadas, tomé tierra una vez más en el Portland Jetport y una vez más viajé en dirección norte hacia el condado de Castle. Pero en esta ocasión no a Harlow. Cuando faltaban ocho kilómetros para mi pueblo natal, abandoné la Interestatal 9 y empecé a ascender por la carretera de Monte Cabra. Era un día cálido, pero Maine había padecido su propia ventisca de primavera hacía unos días, y por todas partes se oían los melodiosos sonidos del deshielo y las aguas de escorrentía. Los pinos y las píceas se echaban aún sobre la carretera, combadas sus ramas bajo el peso de la nieve, pero por la calzada habían pasado las máquinas y el asfalto húmedo resplandecía bajo el sol vespertino.

Me detuve durante un par de minutos en Longmeadow, emplazamiento de los pícnicos de los alumnos de catequesis en mi infancia, y un rato más en el desvío que conducía a Lo Alto del Cielo. No tenía tiempo de volver a visitar la ruinoso cabaña donde Astrid y yo habíamos perdido la virginidad, ni habría podido en todo caso. El acceso de grava estaba ahora asfaltado, y también por esa carretera habían pasado las máquinas quitanieves, pero impedía el paso una sólida cancela de madera con un candado del tamaño del puño de un orco ensartado al pasador. Por si eso no dejara las cosas bastante claras, en un enorme letrero se leía PROHIBIDO TERMINANTEMENTE EL PASO y SE PROCEDERÁ CONTRA LOS INTRUSOS CON TODO EL PESO DE LA LEY.

Unos dos kilómetros más adelante llegué a la garita de Monte Cabra. El paso no estaba cortado, pero había allí un guardia de seguridad con una chaqueta ligera encima del uniforme marrón. La llevaba desabrochada, quizá porque no hacía frío o quizá para que cualquiera que se detuviese viera bien la pistola enfundada al cinto. Parecía un arma grande.

Bajé la ventanilla, pero antes de que el guardia me preguntara el nombre, se abrió la puerta de la garita y salió Charlie Jacobs. El voluminoso anorak que llevaba no

disimulaba el hecho de que apenas quedaba nada de él. En nuestro último encuentro estaba delgado. Ahora estaba esquelético. Mi antiguo quinto en discordia cojeaba más pronunciadamente que antes, y si bien acaso él considerara cálida y acogedora su sonrisa de bienvenida, apenas contrajo el lado izquierdo de la cara, con lo que el efecto semejó casi una mueca de desdén. *El derrame cerebral*, pensé.

—¡Jamie, cuánto me alegro de verte! —Tendió la mano y se la estreché... aunque no sin ciertas reservas—. La verdad es que no te esperaba hasta mañana.

—En Colorado reabren los aeropuertos deprisa después de las tormentas.

—No lo dudo, no lo dudo. ¿Puedes llevarme a la casa en tu coche? —Señaló en dirección al guardia de seguridad—. Me ha traído Sam en un carrito de golf, y en la garita hay un calefactor, pero ahora cojo frío enseguida, incluso en días tan primaverales como este. ¿Recuerdas cómo llamábamos a la nieve de primavera, Jamie?

—El fertilizante de los pobres —dije—. Vamos, sube.

Renqueando, rodeó el coche por delante, y cuando Sam intentó ayudarlo, apartó el brazo de un enérgico tirón. Algo le fallaba en la movilidad de la cara, y la cojera se acercaba más a una sucesión de bandazos, pero se lo veía bastante vigoroso a pesar de todo. *Un hombre con una misión*, pensé.

Montó en el coche con un gruñido de alivio, subió la calefacción y se frotó las manos nudosas ante la salida de aire del lado del acompañante como quien se calienta ante un fuego de leña.

—Espero que no te importe.

—Tú como en tu casa.

—¿Esto no te recuerda el camino de acceso a The Latches? —preguntó, todavía frotándose las manos. Emitían un desagradable sonido semejante al roce del papel—. A mí sí.

—Bueno... sí, excepto por eso.

Señalé a la izquierda, donde en otro tiempo había habido una pista de esquí de nivel intermedio llamada Vereda de Humo. O quizá fuera Recodo de Humo. Ahora uno de los cables del telesilla se había desprendido, y se veía un par de sillas semienterradas en un ventisquero que posiblemente seguiría allí durante otras cinco semanas, a menos que las temperaturas se mantuvieran altas.

—Sí, un aspecto penoso —convino—, pero no tiene sentido repararlo. Voy a retirar todos los telesillas en cuanto se funda la nieve. Diría que mis tiempos de esquiador han terminado, ¿no crees? ¿Viniste alguna vez aquí de niño, Jamie?

Sí, había ido, media docena de veces, a rastras de Con y Terry y sus amigos

llaneros, pero no estaba de humor para hablar de banalidades.

—¿Está ella aquí?

—Sí, ha llegado a eso de las doce de esta mañana. La ha traído su amiga Jenny Knowlton. Contaban con venir ayer, pero la tormenta fue mucho peor al norte, en la costa. Y antes de que me hagas la siguiente pregunta, no, aún no la he tratado. La pobre está agotada. Mañana ya habrá tiempo de sobra para eso, y tiempo de sobra para que os veáis. Aunque tú puedes verla a *ella* hoy, si quieres, cuando cene lo poco que sea capaz de ingerir. En el restaurante hay cámaras del circuito cerrado de televisión.

Empecé a decirle lo que opinaba de eso, pero alzó una mano.

—Haya paz, amigo mío, no las he instalado yo. Ya estaban aquí cuando compré la finca. Seguramente las utilizaba la dirección del complejo para asegurarse de que el personal cumplía las expectativas.

Su sonrisa asimétrica reflejaba aún más sorna que antes. Tal vez fuera una impresión mía, pero lo dudo.

—¿Estás regodeándote? —pregunté—. ¿Eso estás haciendo, ahora que me tienes aquí?

—Claro que no. —Se volvió parcialmente para contemplar las cunetas nevadas en deshielo a ambos lados. Al cabo de un momento se volvió otra vez hacia mí—. Bueno. Quizá. Solo un poco. La última vez que nos vimos estuviste muy altivo. Muy *soberbio*.

Ahora no me sentía altivo, y desde luego no me sentía soberbio. Sentía que había caído en una trampa. Al fin y al cabo, estaba allí por una chica a la que no veía desde hacía cuarenta años. Una que se había labrado su propia perdición, paquete a paquete, en el estanco más cercano. O en la farmacia de Castle Rock, donde se podía comprar tabaco en el mostrador de la entrada. Si uno necesitaba un medicamento de verdad, tenía que ir hasta el fondo. Ironías de esta vida. Imaginé que dejaba a Jacobs en la casa y me marchaba. La idea me resultó repugnantemente atractiva.

—¿De verdad la dejarías morir?

—Sí.

Seguía calentándose las manos en la salida de aire delantera. Lo que ahora imaginé fue que le agarraba una de esas manos y le partía los dedos nudosos como si fueran bastoncitos de pan.

—¿Por qué? ¿Por qué soy tan importante para ti?

—Porque eres mi destino. Creo que lo supe la primera vez que te vi, allí arrodillado en el jardín de la entrada de tu casa, escarbando en la tierra. —Hablaba

con la paciencia de un auténtico creyente. O de un loco. Tal vez en realidad no haya ninguna diferencia entre lo uno y lo otro—. Lo supe con certeza cuando apareciste en Tulsa.

—¿Qué te propones, Charlie? ¿Para qué me quieres este verano?

No era la primera vez que le hacía esa pregunta, pero había otras que no me atrevía a plantear: *¿Es muy peligroso? ¿Lo sabes? ¿Te importa?*

Parecía estar pensando si decírmelo o no... pero yo nunca sabía qué pensaba, en realidad no. En ese momento asomó a la vista el complejo turístico de Monte Cabra, aún más grande que The Latches, pero feo y lleno de ángulos modernos, una degeneración del estilo de Frank Lloyd Wright. Probablemente los ricos que iban allí a divertirse en los años sesenta lo consideraban moderno, incluso futurista. Ahora semejaba un dinosaurio cubista con ojos de cristal.

—¡Ah! —dijo—. Ya hemos llegado. Te apetecerá adecentarte y descansar un poco. Yo sí que quiero descansar un poco. Me emociona tenerte aquí, Jamie, pero también me agota. Te he preparado la suite Snowe en la segunda planta. Rudy te acompañará.

Rudy Kelly era una mole de hombre en vaqueros descoloridos, un holgado blusón gris y zapatos de enfermero con suela de crepé. *Era* enfermero, dijo, además de ayudante personal del señor Jacobs. A juzgar por su envergadura, pensé, también habría podido ser el guardaespaldas de Jacobs. Ciertamente su apretón de manos no era el saludo flácido de un músico.

En mi infancia yo había estado en el vestíbulo del complejo; una vez incluso había comido allí con Con y la familia de uno de sus amigos (aterrorizado todo el rato ante la posibilidad de equivocarme de tenedor o mancharme la camisa), pero nunca había estado en las plantas superiores. El ascensor era una carraca ruidosa, la clase de antigualla que en las novelas de terror siempre se queda parada entre dos pisos, y decidí utilizar la escalera durante el tiempo que pasara allí, fuera cuanto fuese.

La temperatura era agradable (por efecto de la electricidad secreta de Charlie Jacobs, no me cupo duda), y vi que se habían llevado a cabo algunas reformas, pero aparentemente con poco criterio. Funcionaban todas las luces y las tablas del suelo no crujían, pero no era fácil pasar por alto el general aspecto de abandono. La suite Snowe estaba al final del pasillo, y la vista desde el espacioso salón era casi tan espectacular como la de Lo Alto del Cielo, pero el papel pintado tenía manchas de humedad en algunos sitios, y un vago olor a moho se imponía al aroma a cera de suelos y pintura reciente del vestíbulo.

—El señor Jacobs desearía que cenara con él en su apartamento a las seis —comunicó Rudy. Hablaba con tono cortés y deferente, pero tenía todo el aspecto de un recluso en una película carcelaria, y no el que planea la fuga, sino el condenado a muerte que mata a cualquier celador que intenta detener a los fugitivos—. ¿Le parece bien?

—Sí, de acuerdo —contesté, y cuando se marchó, eché el pestillo de la puerta.

Me duché —el agua caliente manaba en abundancia, y salió de inmediato— y luego saqué ropa limpia. Hecho esto y todavía con tiempo libre, me tendí en la cama de matrimonio, sobre la colcha. La noche anterior no había pegado ojo, y en los aviones nunca duermo, así que una siesta me habría venido bien, pero no pude conciliar el sueño. No paraba de pensar en Astrid: tal como era antes y tal como debía de ser ahora. Astrid, que estaba en ese mismo edificio conmigo, dos plantas más abajo.

Cuando Rudy llamó suavemente a la puerta dos minutos antes de las seis, yo estaba en pie y vestido. Cuando propuse que bajáramos por la escalera, desplegó una sonrisa que dio a entender que reconocía a un blandengue cuando lo veía.

—El ascensor es del todo seguro, caballero. El señor Jacobs supervisó personalmente ciertas reparaciones, y esa vieja caja deslizante fue una de sus prioridades.

No discutí. Pensaba en que mi antiguo quinto en discordia no era ya un reverendo, no era ya un reve, no era ya un pastor. En esa etapa final de su vida, volvía a ser simplemente «señor», y le tomaba la tensión arterial un individuo que parecía Vin Diesel después de un lifting defectuoso.

El apartamento de Jacobs estaba en la planta baja, en el ala oeste. Se había puesto un traje oscuro y una camisa blanca con el cuello desabrochado. Se levantó para saludarme, esbozando su sonrisa asimétrica.

—Gracias, Rudy. ¿Le dirás a Norma que estaremos listos para cenar dentro de quince minutos?

Rudy asintió y se marchó. Jacobs se volvió hacia mí, todavía sonriente, y una vez más se frotó las manos y emitió aquel desagradable sonido semejante al roce del papel. Al otro lado de la ventana, una pista de esquí sin luces que la iluminaran ni esquiadores que surcaran la nieve de primavera descendía hacia la oscuridad, una autopista a ninguna parte.

—Será una simple sopa y ensalada, lamento decir. Dejé la carne hace dos años. Crea depósitos de grasa en el cerebro.

—La sopa y la ensalada me parecen bien.

—También hay pan, lo amasa la propia Norma. Es excelente.

—Debe de ser delicioso. Me gustaría ver a Astrid, Charlie.

—Norma les servirá la cena a ella y a su amiga Jenny Knowlton a eso de las siete.

Después la señorita Knowlton le dará su medicación para el dolor y la ayudará con su higiene nocturna. Le he dicho a la señorita Knowlton que Rudy podía ayudarla en esas tareas, pero ella no ha querido ni oír hablar de ella. Por desgracia, Jenny Knowlton ya no parece confiar en mí.

Me acordé de la carta de Astrid.

—¿A pesar de que la curaste de su artritis?

—Ah, pero por entonces yo era el Pastor Danny. Ahora que me he despojado de todos esos símbolos religiosos... así se lo dije, me sentí obligado... la señorita Knowlton recela. Esas son las consecuencias de la verdad, Jamie: la gente recela.

—¿Jenny Knowlton sufre efectos secundarios?

—Ninguno. Es solo que se siente incómoda sin todas esas milagrerías a las que agarrarse. Pero ya que sacas el tema de los efectos secundarios, ven a mi estudio. Quiero enseñarte una cosa, y disponemos de un momento antes de que llegue nuestra cena.

El estudio era un rincón contiguo al salón de la suite. Tenía el ordenador encendido y en la enorme pantalla se veían aquellos mismos caballos con su interminable galope. Se sentó, con una mueca de malestar, y pulsó una tecla. Los caballos dieron paso a un sencillo escritorio azul que mostraba solo dos carpetas. Los títulos eran **A** y **B**.

Clicó en **A**, y apareció una lista de nombres y direcciones en orden alfabético. Pulsó un botón, y la lista empezó a desplazarse hacia arriba a velocidad media.

—¿Sabes qué es esto?

—Curaciones, supongo.

—Curaciones *verificadas*, todas producidas mediante la administración de corriente eléctrica en el cerebro, aunque no la clase de corriente que reconocería un electricista. Más de tres mil cien en total. ¿Me crees?

—Sí.

Se volvió a mirarme pese a que era obvio que el movimiento le causaba dolor.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí.

Aparentemente complacido, cerró la carpeta **A** y abrió la **B**. Más nombres y direcciones, también en orden alfabético, y esta vez la lentitud del desplazamiento me

permitió leer varios que reconocí. Stefan Drew, el caminante compulsivo; Emil Klein, el comedor de tierra; Patricia Farmingdale, que se había echado sal a los ojos. La lista era mucho más corta que la primera. Antes del final, vi pasar el nombre de Robert Rivard.

—Estos son los que han sufrido efectos secundarios considerables después de la curación. Ochenta y siete en total. Como creo que te dije la última vez que nos vimos, eso representa menos del tres por ciento del total. Antes la carpeta B contenía más de ciento setenta nombres, pero en muchos de esos casos los problemas han desaparecido; como diría un médico, el desenlace ha sido favorable. Tu caso es un ejemplo de ello. Abandoné el seguimiento de mis curaciones hace ocho meses, pero si lo hubiese mantenido, sin duda esta lista ahora sería aún más corta. La capacidad del cuerpo humano para recuperarse de sus males es extraordinaria. Con la debida aplicación de esta nueva electricidad en la corteza cerebral y el sistema nervioso, de hecho esa capacidad pasa a ser ilimitada.

—¿A quién intentas convencer? ¿A mí o a ti?

Soltó el aire de los pulmones con un *bah* de irritación.

—Lo que *intento* es tranquilizar tu conciencia. Preferiría que mi futuro ayudante mostrara buena disposición en lugar de renuencia.

—Estoy aquí. Cumpliré mi promesa... si puedes curar a Astrid. Debe bastar con eso.

Llamaron a la puerta con suavidad.

—Vamos —dijo Jacobs.

La mujer que entró tenía la figura oronda y matriarcal de la abuela buena de un cuento infantil y los ojos alertas propios del vigilante de seguridad de unos grandes almacenes. Dejó una bandeja en la mesa del salón y se quedó allí con las manos remilgadamente entrelazadas ante el sencillo vestido negro. Jacobs se levantó con otra mueca y se tambaleó. En mi primera actuación como ayudante suyo —en esta nueva etapa de nuestras vidas, al menos—, lo cogí por el codo y lo sujeté para que no se cayera. Me dio las gracias y salimos del estudio.

—Norma, te presento a Jamie Morton. Se quedará con nosotros como mínimo hasta mañana a la hora del desayuno, y regresará para una estancia más larga este verano.

—Encantada —dijo, y tendió la mano.

Se la estreché.

—No sabes hasta qué punto ese apretón de manos representa una victoria para Norma —explicó Jacobs—. Desde la infancia ha sentido una profunda aversión por el

contacto con la gente. ¿Verdad que sí, querida? No era un problema físico, como comprenderás, sino psicológico. En todo caso, está curada. Me parece interesante, ¿a ti no?

Le dije a Norma que era un placer conocerla y retuve su mano un momento más de lo necesario. Advertí su creciente desazón y la solté. Curada, pero no *totalmente*. También eso era interesante.

—Dice la señorita Knowlton que llevará a su paciente a cenar un poco antes esta noche, señor Jacobs.

—De acuerdo, Norma, gracias.

Se marchó. Comimos. Pese a ser una cena ligera, la noté pesada en el estómago. Tenía los nervios a flor de piel. Jacobs comía despacio —como para provocarme—, pero por fin dejó a un lado su tazón de sopa vacío. Parecía a punto de coger otra rebanada de pan, pero de pronto consultó su reloj y se apartó de la mesa.

—Acompáñame —dijo—. Creo que es hora de que veas a tu vieja amiga.

En la puerta de enfrente, al otro lado del pasillo, se leía el rótulo PROHIBIDO EL PASO A TODO AQUEL AJENO AL COMPLEJO. Jacobs me guio a través de una amplia oficina con escritorios desnudos y estantes vacíos. La puerta del despacho estaba cerrada con llave.

—Aparte de los guardias de la compañía de seguridad que proporciona vigilancia en la verja las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, mi personal se reduce a Rudy y Norma. Y aunque confío en los dos, no veo necesidad de tentarlos. Y la tentación de espiar a los incautos es poderosa, ¿no te parece?

No contesté. No sé si habría podido. Tenía la boca seca como una alfombra vieja. Había allí una docena de monitores en total, dispuestos en tres hileras de cuatro. Jacobs pulsó el botón de la CÁMARA 3, RESTAURANTE.

—Creo que esta es la que nos interesa —dijo, alegre, como una combinación entre el Pastor Danny y el presentador de un concurso de televisión.

Pareció pasar una eternidad hasta que cobró forma en la pantalla una imagen en blanco y negro. Era un restaurante espacioso, con cincuenta mesas como mínimo, pero solo una estaba ocupada. Había dos mujeres, pero al principio solo vi a Jenny Knowlton, porque Norma, inclinada para servirles sus tazones de sopa, tapaba a la otra. Jenny, morena, de alrededor de cincuenta años, era guapa. La vi mover los labios en un «Gracias» mudo. Norma asintió con la cabeza, se irguió, se apartó de la mesa, y vi lo que quedaba de la primera chica que amé.

Si esto fuera una novela romántica, quizá yo diría algo así: «Aunque forzosamente cambiada por el paso de los años y un tanto consumida por los estragos de la enfermedad, conservaba su belleza esencial». Ojalá pudiera, pero si empezara a mentir ahora, todo lo que he contado hasta el momento dejaría de tener valor.

Astrid era un carcamal en silla de ruedas; su rostro, un saco pálido de carne desde el que unos ojos oscuros contemplaban apáticamente la comida, que a todas luces no le interesaba. Su compañera le había puesto un holgado gorro de punto —una especie de boina escocesa—, pero se le había desplazado a un lado de la cabeza, dejando a la vista una calva cubierta de pelusa blanca.

Cogió la cuchara con una mano descarnada, toda tendones, y volvió a dejarla. La mujer morena la animó. La criatura pálida asintió. Con el gesto, la boina se le cayó, pero Astrid no pareció darse cuenta. Hundió la cuchara en la sopa y se la llevó lentamente a la boca. Casi todo el contenido se perdió en el camino. Sorbió lo que quedaba, con un mohín en los labios que me recordó la manera en que el difunto Bartleby aceptaba el trozo de manzana de mi mano.

Me flaquearon las rodillas. Si no hubiese habido una silla ante los monitores, me habría desplomado en el suelo. Jacobs permaneció de pie a mi lado, sus manos nudosas entrelazadas a la espalda, balanceándose con un amago de sonrisa en el semblante.

Y como este es un relato verídico, y no una novela romántica, debo añadir que sentí un furtivo alivio. Nunca tendría que cumplir mi pacto con el diablo, porque era imposible que esa mujer en silla de ruedas se recobrara. El cáncer es el pitbull de las enfermedades, y tenía a Astrid entre sus fauces, mordiendo y desgarrando. No cejaría hasta hacerla pedazos.

—Apágalo —susurré.

Jacobs se inclinó hacia mí.

—¿Cómo dices? Mi oído ya no es el de an...

—Me has oído perfectamente. *Apágalo*.

Lo apagó.

Estábamos besándonos bajo la escalera de incendios de Eureka Grange, n.º 7 mientras la nieve caía en remolinos. Astrid me echaba el humo del cigarrillo en la boca mientras deslizaba la lengua primero por mi labio superior y después por dentro, acariciando ligeramente el contorno de mi encía. Yo le apretaba un pecho con la mano, aunque era poco lo que notaba debido al grueso anorak.

Bésame eternamente, pensé. Bésame eternamente para que no tenga que ver adónde nos han llevado los años y en qué te has convertido.

Pero ningún beso se prolonga eternamente. Echó atrás la cabeza y vi el rostro ceniciento encuadrado por la piel de la capucha, los ojos apagados, la boca desencajada. La lengua, antes en mi boca, la tenía negra y despellejada. Había besado a un cadáver.

O quizá no, porque los labios se desplegaron en una sonrisa.

«Algo ha pasado —dijo Astrid—. ¿No, Jamie? Algo ha pasado, y pronto vendrá mi madre».

Sobresaltado, desperté y ahogué un grito. Me había ido a la cama en calzoncillos, pero ahora estaba desnudo y de pie en el rincón. Tenía el bolígrafo de la mesilla de noche en la mano derecha y me lo hincaba en el antebrazo izquierdo, donde se formaba una pequeña pero creciente constelación de puntos azules. Lo dejé caer al suelo y, tambaleante, retrocedí.

El estrés, pensé. Fue el estrés lo que provocó los prismáticos de Hugh en la sesión de reviviscencia en el condado de Norris, y esta noche también ha sido el estrés. Además, tampoco es que te hayas echado sal a los ojos. Ni que al recobrar el conocimiento te hayas descubierto fuera engullendo tierra.

Eran las cuatro y cuarto, esa funesta hora de la madrugada en que es demasiado tarde para volver a dormirse y demasiado temprano para levantarse e iniciar el día. Saqué un libro de la menor de mis dos bolsas de viaje, me senté junto a la ventana y lo abrí. Mis ojos aceptaron las palabras igual que mi boca había aceptado la sopa y la ensalada de Norma: sin saborearlas. Al final desistí en el empeño y me quedé mirando la oscuridad, en espera del amanecer.

Tardó mucho en llegar.

Desayuné en la suite de Jacobs... si puede llamarse desayuno a una única tostada y media taza de té. Charlie, por su parte, dio buena cuenta de un tazón de fruta, unos huevos revueltos y una generosa ración de patatas fritas caseras. Flaco como estaba, costaba saber dónde metía todo eso. En la mesa contigua a la puerta había una caja de caoba. Contenía, me dijo, sus instrumentos de sanación.

—Ya no uso anillos. No los necesito, ahora que ha concluido mi trayectoria en el mundo del espectáculo.

—¿Cuándo vas a empezar? Quiero acabar con esto y marcharme de aquí.

—Muy pronto. Tu vieja amiga se pasa el día amodorrada, pero duerme poco por la noche. Esta noche pasada ha debido de ser especialmente difícil para ella, porque indiqué a la señorita Knowlton que le retirara los analgésicos de medianoche: deprimen las ondas cerebrales. Lo haremos en la Sala Este. Es mi preferida a esta hora del día. Si tú y yo no supiéramos que Dios es una invención lucrativa y autosostenible de las iglesias de este mundo, la luz de la mañana casi bastaría para devolvernos la fe.

—Se inclinó y me miró muy serio—. No es necesario que participes en esto, ya lo sabes. Anoche vi lo alterado que estabas. En verano necesitaré tu colaboración, pero esta mañana pueden ayudarme Rudy o la señorita Knowlton. ¿Por qué no vuelves mañana? Déjate caer por Harlow, visita a tu hermano y a su familia. Creo que, si te vas ahora, cuando vuelvas verás a una Astrid Soderberg totalmente distinta.

En cierto modo era eso precisamente lo que temía, porque Charlie Jacobs, desde que se marchó de Harlow, se había convertido en un profesional del engaño. Como Pastor Danny, mostraba hígados de cerdo y declaraba que eran tumores extraídos. No era ese un currículo que inspirara mucha confianza. ¿Podía estar plenamente seguro de que esa mujer maltrecha en silla de ruedas *era* de verdad Astrid Soderberg?

El corazón me decía que sí lo era; la cabeza aconsejaba a mi corazón que me anduviera con cuidado y no me fiara de nada. La tal Knowlton bien podía ser una cómplice; un «gancho», en la jerga de los feriantes. La siguiente media hora sería un suplicio, pero yo no tenía intención de escabullirme y dejar que Jacobs simulara una curación falsa. Para urdir el engaño necesitaba por supuesto a la verdadera Astrid, pero no podía descartarse que Jacobs, después de sus muchos años lucrativos en el mundo de las reviviscencias, se hubiera granjeado la complicidad de mi antigua novia, sobre todo si esta pasaba estrecheces en su vejez.

Una posibilidad poco probable, sin duda. En el fondo todo se reducía a que yo, debido a cierto sentido de la responsabilidad, me sentía obligado a presenciar aquello que con toda certeza tendría un final amargo.

—Me quedo.

—Como gustes. —Sonrió, y aunque el lado afectado de su boca seguía sin cooperar, esta vez no se percibió la menor sorna en su expresión—. Será un placer volver a trabajar contigo. Igual que en los viejos tiempos en Tulsa.

Llamaron suavemente a la puerta. Era Rudy.

—Las mujeres esperan ya en la Sala Este, señor Jacobs. La señorita Knowlton dice que están listas, que cuando usted quiera. Ha añadido que cuanto antes mejor, porque la señorita Soderberg siente un gran malestar.

Acompañé a Jacobs por el pasillo hasta el Ala Este, con la caja de caoba bajo el brazo. Allí me falló momentáneamente el valor y, quedándome en la puerta, dejé entrar a Jacobs.

Él no se dio cuenta. Centraba toda su atención —y su considerable carisma— en las dos mujeres.

—¡Jenny y Astrid! —exclamó efusivamente—. ¡Mis dos damas preferidas!

Jenny Knowlton respondió a su mano extendida con un contacto simbólico, que me bastó para ver que tenía los dedos rectos y en apariencia libres de artritis. Astrid no intentó siquiera levantar la mano. Encorvada en la silla de ruedas, lo escrutaba. Una mascarilla de oxígeno le cubría la mitad inferior del rostro, conectada a una bombona que tenía en un carrito a su lado.

Jenny dijo algo a Jacobs, en voz inaudible, y él movió la cabeza en un vigoroso gesto de asentimiento.

—Sí, no perdamos tiempo. Jamie, ¿serías...? —Eché un vistazo a su alrededor, vio que yo no estaba allí y me dirigió una seña impaciente.

No me separaban más de diez o doce pasos del centro de la sala, bañada por la resplandeciente luz de primera hora de la mañana, pero se me antojó que tardaba mucho tiempo en recorrer esa distancia. Fue como si caminara bajo el agua.

Astrid me lanzó una mirada con la expresión de indiferencia de alguien que concentra toda su energía en hacer frente al dolor. Sin reconocermme en apariencia, se limitó a fijar la vista de nuevo en el regazo, y yo sentí alivio por un momento. Pero de pronto volvió a alzar la cabeza. Quedó boquiabierta tras la mascarilla transparente. Se llevó las manos a la cara y, sin querer, se apartó la mascarilla. Fue una reacción de incredulidad solo en parte, creo; sobre todo fue de horror, por el hecho de que yo la viera en ese estado.

Podría haberse escondido detrás de sus manos más tiempo, pero no tenía fuerzas para ello y las dejó caer en el regazo. Lloraba. Sus ojos, humedecidos por las lágrimas, recuperaron cierto aspecto juvenil. Cualquier duda que yo pudiera haber albergado sobre su identidad se disipó. Era Astrid, desde luego. Seguía siendo la chica a quien yo había querido, atrapada ahora en el cascarón decrepito de una mujer vieja y enferma.

—¿Jamie? —Tenía la voz ronca de una grajilla.

Posé una rodilla en el suelo, como un pretendiente a punto de declararse.

—Sí, cariño, soy yo.

Le cogí una mano, se la volví y le besé la palma. Tenía la piel fría.

—Tienes que irte. No quiero que me... —un silbido acompañó su inhalación—... que me veas así. No quiero que *nadie* me vea así.

—No te preocupes. —*Porque con la ayuda de Charlie te pondrás mejor*, quise añadir, pero me abstuve. Porque ya no había ayuda posible para Astrid.

Jacobs había apartado a Jenny y conversaba con ella, concediéndonos un momento de intimidad. Lo horrendo de Charlie era que a veces podía mostrar ternura.

—El tabaco —comentó ella con aquella voz ronca de grajilla—. ¡Vaya una manera absurda de matarse! Y yo sabía que no me convenía, con lo cual es aún más absurda. *Todo el mundo* sabe que no le conviene. ¿Quieres oír algo gracioso? Todavía tengo ganas de fumar. —Se echó a reír, y eso dio pie a un arranque de tos áspera que le causó manifiesto dolor—. Entré a escondidas tres paquetes. Jenny los encontró y se los llevó. Como si a estas alturas eso pudiera cambiar algo.

—Calla —dije.

—Lo dejé. Durante siete meses lo dejé. Si el bebé hubiera vivido, quizá lo habría dejado para siempre. Algo... —Tomó aire con un profundo resuello—. Algo nos engaña. Eso creo.

—Me alegro mucho de verte.

—Eres un mentiroso maravilloso, Jamie. ¿A ti de qué te libró, este hombre? No contesté.

—Bueno, da igual. —Había deslizado la mano hacia mi nuca, tal como hacía cuando nos besábamos, y por un momento espantoso pensé que quizá intentara besarme con aquella boca moribunda—. Has conservado el pelo. Lo tienes espeso y precioso. Yo lo he perdido. La quimio.

—Volverá a crecer.

—No, ya no. Esto... —Miró a su alrededor. Su respiración silbaba como el juguete de un niño—. Es un tiro al aire. Un tiro errado.

Jacobs volvió con Jenny.

—Es hora de ponerse manos a la obra. —A continuación, dirigiéndose a Astrid—: No tardaremos, querida, y no sentirás dolor. Es previsible que pierdas el conocimiento, pero la mayor parte de la gente no se da cuenta.

—Espero perderlo para siempre —dijo Astrid, y esbozó una débil sonrisa.

—Vamos, vamos, eso ni lo pienses. Nunca ofrezco garantías absolutas, pero creo que dentro de poco te sentirás mucho mejor. Empecemos, Jamie. Abre la caja.

Eso hice. Contenía dos gruesas varillas de acero rematadas de plástico negro, cada una encajada en su concavidad forrada de terciopelo, y un mando de color blanco con un interruptor deslizante en la parte superior. Parecía idéntico al que Jacobs había

utilizado el día que Claire y yo le llevamos a Con. Se me pasó por la cabeza la idea de que, de las cuatro personas presentes en la sala, tres eran idiotas y una estaba loca.

Jacobs extrajo las varillas de sus alojamientos y juntó las puntas de plástico negro.

—Jamie, coge el mando y desliza ese interruptor solo un poco. Casi nada. Oirás un clic.

Cuando lo hice, apartó las puntas. Saltó una brillante chispa azul, y se oyó un *mmmm* breve pero potente. No procedía de las varillas, sino del extremo opuesto de la sala, como una extraña forma de ventriloquía eléctrica.

—Excelente —dijo Jacobs—. Estamos listos. Jenny, tienes que apoyar las manos en los hombros de Astrid. Tendrá espasmos, y no queremos que acabe en el suelo, ¿verdad?

—¿Dónde están los anillos sagrados? —preguntó Jenny. Se la veía a cada momento más recelosa.

—Esto es mejor que los anillos. Mucho más potente. Más *sagrado*, si quieres llamarlo así. Las manos en los hombros, por favor.

—¡No la electrocute!

Con su voz áspera de grajilla, Astrid dijo:

—Esa es la última de mis preocupaciones, Jen.

—Eso no pasará —aseguró Jacobs, adoptando su tono profesoral—. Es *imposible* que pase. En la terapia electroconvulsiva... los tratamientos de choque, para utilizar el término lego... los médicos emplean hasta ciento cincuenta voltios, provocando así un gran ataque epiléptico. *Estas*, en cambio... —Entrechocó las varillas—. Incluso a plena potencia, apenas moverían la aguja del amperímetro de un electricista. La energía que pretendo usar... energía presente en esta sala, a nuestro alrededor en este mismo momento... no puede medirse con instrumentos corrientes. En esencia es incognoscible.

«Incognoscible» no era una palabra que yo deseara oír.

—Hágalo ya, por favor —dijo Astrid—. Estoy muy cansada, y tengo una rata en el pecho. Una rata en llamas.

Jacobs miró a Jenny. Esta vaciló.

—En la reviviscencia no fue así. Ni mucho *menos*.

—Quizá no —concedió Jacobs—, pero esto *es* reviviscencia. Ya lo verás. Apoya las manos en sus hombros, Jenny. Prepárate para hacer fuerza. No le harás daño.

Ella obedeció.

Jacobs depositó su atención en mí.

—Cuando aplique las puntas de las varillas a las sienes de Astrid, desliza el

interruptor. Cuenta los clics a medida que avance. Cuando llegues al cuarto, para y espera mis instrucciones. ¿Listos? Allá vamos.

Colocó las puntas de las varillas en las concavidades a los lados de la frente de Astrid, donde palpitaban delicadas venas azules. Con una vocecilla remilgada, Astrid dijo:

—Me alegro mucho de volver a verte, Jamie.

Luego cerró los ojos.

—Es posible que las sacudidas sean muy fuertes, así que estate atenta y sujétala bien —advirtió Jacobs a Jenny. Después—: Adelante, Jamie.

Deslicé el interruptor. Clic... y clic... y clic... y *clic*.

No pasó nada.

Desvaríos de viejo, pensé. Al margen de lo que haya hecho en el pasado, ya no puede...

—Súbelo otros dos clics, si eres tan amable. —Habló con sequedad y aplomo.

Obedecí. Todavía nada. Con las manos de Jenny en los hombros, Astrid estaba aún más encorvada. Dolía oír su respiración sibilante.

—Uno más —indicó Jacobs.

—Charlie, casi he llegado al final de...

—¿Es que no me has oído? ¡*Uno más!*

Deslicé el interruptor. Se produjo otro clic, y esta vez el zumbido en el extremo opuesto de la sala fue mucho más sonoro, no *mmmm* sino *MMMOUUUU*. No hubo ningún destello, que yo viera (o al menos que recuerde), pero por un momento quedé igualmente deslumbrado. Fue como si una carga de profundidad hubiera estallado en lo más hondo de mi cerebro. Creo que Jenny Knowlton gritó. Borrosamente, vi a Astrid sacudirse en la silla de ruedas, un espasmo tan intenso que arrojó a Jenny —no precisamente un peso ligero— hacia atrás y casi la derribó. Astrid estiró las piernas consumidas, las relajó y volvió a estirarlas. Empezó a sonar una estridente alarma de seguridad.

Rudy irrumpió en la sala, seguido de cerca por Norma.

—*¡Te he dicho que apagaras ese condenado artefacto antes de empezar!* —vociferó Jacobs en dirección a Rudy.

Los brazos de Astrid se elevaron como pistones, uno delante mismo del rostro de Jenny cuando esta volvió a apoyar las manos en sus hombros.

—Lo siento, señor Jacobs...

—*¡Apaga eso, imbécil!*

Charlie me quitó de las manos el mando y deslizó de nuevo el interruptor a la posición inicial. Ahora Astrid emitía una sucesión de sonidos semejantes a arcadas.

—*¡Pastor Danny, se está ahogando!* —exclamó Jenny.

—¡No digas estupideces! —replicó Jacobs con las mejillas encendidas, los ojos brillantes. Aparentaba veinte años menos—. ¡Norma, llama a la garita! ¡Diles que la alarma se ha disparado por accidente!

—¿Tengo que...?

—¡Ve! ¡Ve! ¡Maldita sea, VE!

Se fue.

Astrid abrió los ojos, solo que en las cuencas no *había* ojos, sino dos bolas blancas protuberantes. Se agitó otra vez en convulsiones mioclónicas y, pataleando, se deslizó hacia delante en el asiento. Agitó los brazos como un nadador que se ahoga. La alarma seguía bramando. Sujeté a Astrid por las caderas y la empujé hacia atrás en la silla para que no acabara en el suelo. La entrepierna de su pantalón se había oscurecido, y percibí un fuerte olor a orina. Cuando alcé la vista, vi brotar espumarajos por una de las comisuras de sus labios. La espuma resbalaba desde el mentón y caía en el cuello de la blusa, oscureciéndola también.

La alarma cesó.

—Gracias a Dios por estos pequeños favores —dijo Jacobs. Se inclinó hacia delante y, apoyando las manos en los muslos, observó las convulsiones de Astrid con interés pero sin preocupación.

—*¡Necesitamos un médico!* —exclamó Jenny—. ¡No puedo sujetarla!

—Bobadas —respondió Jacobs. Tenía en la cara una media sonrisa, la única que le era posible—. ¿Esperabas que fuera fácil? Es un *cáncer*, por Dios. Dale un minuto y estará...

—Hay una puerta en la pared —dijo Astrid.

No hablaba ya con voz ronca. Los ojos reaparecieron en las cuencas... pero no simultáneamente, sino primero uno y después el otro. Cuando volvieron a estar en su sitio, fue a Jacobs a quien miraron.

—La puerta no se ve. Es pequeña y está cubierta de hiedra. La hiedra está muerta. Ella espera al otro lado, sobre la ciudad rota. Sobre el cielo de papel.

La sangre no puede enfriarse, en realidad no, pero tuve la sensación de que la mía sí se había enfriado. *Algo ha pasado*, pensé. *Algo ha pasado, y pronto vendrá mi madre.*

—¿Quién? —preguntó Jacobs. Le cogió una mano. La media sonrisa había

desaparecido—. ¿Quién espera?

—Sí. —Astrid fijó los ojos en los de él—. *Ella.*

—¿Quién? Astrid, ¿quién?

Al principio Astrid no dijo nada. Al cabo de un momento tensó los labios en una horrenda sonrisa que dejó al descubierto todos sus dientes.

—No la que *usted* quiere.

Él la abofeteó. Astrid torció la cabeza a un lado. La saliva salió despedida. Dejó escapar una exclamación de sorpresa y le agarré la muñeca cuando alzó la mano para repetirlo. Se lo impedí, pero con esfuerzo. Era más fuerte de lo que le correspondía. Era esa clase de fuerza que surge de la histeria. O de la furia acumulada.

—*¡No puede pegarle!* —gritó Jenny. Soltó los hombros de Astrid y rodeó la silla de ruedas para encararse con él—. *Pedazo de chiflado, no puede pegar...*

—Basta ya —intervino Astrid con voz débil pero lúcida—. Basta ya, Jenny.

Jenny miró a su alrededor. Abrió los ojos como platos ante lo que vio: un delicado toque de color rosa asomaba a las mejillas pálidas de Astrid.

—¿Por qué le levantas la voz? ¿Ha pasado algo?

Sí, pensé. Ha pasado algo. Desde luego que ha pasado algo.

Astrid se volvió hacia Jacobs.

—¿Cuándo va a hacerlo? Más vale que se dé prisa, porque el dolor es muy... muy...

Los tres la miramos fijamente. No, los cinco. Rudy y Norma habían vuelto a entrar sigilosamente en la Sala Este y observaban desde la puerta.

—Un momento —dijo Astrid—. Esperad un momento.

Se tocó el pecho. Ahuecó las manos en torno a los restos consumidos de sus senos. Se apretó el estómago.

—Ya lo ha hecho, ¿no? Sé que lo ha hecho, porque no me *duele*. —Tomó aire y lo dejó escapar con una risotada de incredulidad—. ¡Y puedo respirar! *¡Jenny, puedo respirar otra vez!*

Jenny Knowlton se arrodilló, se llevó las manos a la cabeza y empezó a recitar el Padrenuestro tan deprisa que parecía un disco de 45 rpm reproducido a 78. Otra voz se sumó a la suya: la de Norma. También estaba de rodillas.

Jacobs me dirigió una mirada de perplejidad fácil de interpretar: *¿Lo ves, Jamie? Yo hago todo el trabajo y el Gran D se lleva todo el mérito.*

Astrid intentó abandonar la silla de ruedas, pero sus piernas consumidas no la sostuvieron. La alcancé antes de que cayera de bruces y la rodeé con los brazos.

—Todavía no, cariño —dije—. Estás muy débil.

Me miró boquiabierta mientras la acomodaba de nuevo en el asiento. La mascarilla de oxígeno se había enredado y le colgaba al lado izquierdo del cuello, olvidada.

—¿Jamie? ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

Miré a Jacobs.

—Es normal una pérdida de memoria a corto plazo después del tratamiento —explicó—. Astrid, ¿puedes decirme quién es el presidente?

Pareció desconcertada ante la pregunta, pero contestó sin vacilar.

—Obama. Y Biden es el vicepresidente. ¿De verdad estoy mejor? ¿Durará?

—Lo estás y sí, durará, pero ahora no te preocupes por eso. Dime...

—¿Jamie? ¿De verdad eres tú? ¡Qué blanco tienes el pelo!

—Sí —contesté—, desde luego tira a blanco. Escucha a Charlie.

—Yo estaba loca por ti —dijo—, pero aunque supieras tocar, nunca bailaste muy bien si no estabas colocado. Cenamos en el Starland después del baile de graduación y tú pediste... —Se interrumpió y se lamió los labios—. ¿Jamie?

—Estoy aquí.

—Puedo respirar. Puedo *respirar* de verdad. —Lloraba.

Jacobs chasqueó los dedos ante sus ojos como un hipnotizador en el escenario.

—Concéntrate, Astrid. ¿Quién te ha traído aquí?

—J-Jenny.

—¿Qué cenaste anoche?

—Supa. Supa y ensalada.

Jacobs volvió a chasquear los dedos ante los ojos anegados. Al oír el chasquido, ella parpadeó y dio un respingo. Mientras la miraba, me dio la impresión de que los músculos se tensaban y fortalecían bajo su piel. Era prodigioso y horrendo.

—*Sopa*. Sopa y ensalada.

—Muy bien. ¿Qué es la puerta en la pared?

—¿La puerta? No...

—Has dicho que estaba cubierta de hiedra. Has dicho que había una ciudad rota al otro lado.

—No... no lo recuerdo.

—Has dicho que ella espera. Has dicho... —Jacobs escrutó su cara de incomprensión y exhaló un suspiro—. Da igual. Necesitas descansar, querida.

—Supongo —contestó Astrid—, pero en realidad lo que me gustaría hacer es bailar. Bailar de alegría.

—Lo harás a su debido tiempo.

Jacobs le dio unas palmadas en la mano. Sonreía, pero me pareció profundamente

decepcionado por la incapacidad de ella para recordar la puerta y la ciudad. Yo no lo estaba. No quería saber qué había visto Astrid cuando la electricidad secreta de Charlie irrumpió en los recovecos más profundos de su cerebro. No quería saber qué aguardaba detrás de la puerta oculta que ella había mencionado, pero temía saberlo.

Mi madre.

Sobre el cielo de papel.

Astrid durmió toda la mañana y parte de la tarde. Cuando despertó, se declaró famélica. Eso complació a Jacobs, que indicó a Norma Goldstone que llevara a «nuestra paciente» un sándwich de pan tostado con queso y un trocito de pastel sin el glaseado. El glaseado, le pareció, podía resultar indigesto a su estómago maltrecho. Jacobs, Jenny y yo la observamos dar buena cuenta del sándwich y medio pastel antes de soltar el tenedor.

—Me comería el resto —dijo—, pero estoy llena.

—Date tiempo —recomendó Jenny.

Se había extendido una servilleta sobre el regazo y le daba ligeros tirones una y otra vez. Procuraba no mirar a Astrid mucho tiempo seguido, y en Jacobs ni posaba los ojos. Acudir a él había sido idea de ella, y no me cabe duda de que se alegraba del repentino cambio para mejor en su amiga, pero estaba claro que lo que había visto en la Sala Este le había causado una profunda conmoción.

—Quiero volver a casa —dijo Astrid.

—Bueno, cariño, no sé...

—Me siento bien, de verdad. —Astrid lanzó una mirada de disculpa a Jacobs—. No es por falta de gratitud... lo bendeciré a usted en mis oraciones durante el resto de mi vida... pero quiero estar en mi propio espacio. A menos que usted considere...

—No, no —respondió Jacobs. Sospeché que, concluido el trabajo, estaba impaciente por librarse de ella—. No hay mejor medicina que dormir uno en su propia cama, y si te marchas pronto, estarás de regreso no mucho después del anochecer.

Jenny, sin poner más objeciones, se limitó a seguir dando tirones a la servilleta. Pero antes de que agachara la cabeza, vi en su rostro una expresión de alivio. Deseaba marcharse de allí tanto como Astrid, aunque quizá no exactamente por las mismas razones.

La recuperación del color era solo parte del extraordinario cambio operado en Astrid. Permanecía erguida en su silla de ruedas; tenía los ojos despejados y expresión

atenta.

—No sé cómo podré agradecérselo, señor Jacobs, y desde luego nunca podré pagárselo, pero si algún día necesita algo de mí que yo pueda darle, solo tiene que pedirlo.

—En realidad hay varias cosas. —Fue enumerándolas con los dedos nudosos de la mano derecha—. Comer. Dormir. Esforzarte en recobrar las fuerzas. ¿Puedes hacer todo eso?

—Sí, lo haré. Y nunca en la vida tocaré un cigarrillo.

Él quitó importancia a eso con un gesto.

—Tampoco te apetecerá. ¿Verdad, Jamie?

—Seguramente no —contesté.

—¿Jenny?

Ella dio un respingo, como si le hubiera pellizcado el trasero.

—Astrid debe contratar a un fisioterapeuta, o debes contratarlo tú por ella. Cuanto antes abandone esa condenada silla de ruedas, mejor. ¿Tengo razón? ¿Van por ahí los tiros, como suele decirse?

—Sí, Pastor Danny.

Jacobs arrugó la frente, pero no la corrigió.

—Hay otra cosa que podéis hacer por mí, mis buenas mujeres, y es sumamente importante: *dejad mi nombre fuera de esto*. Tengo mucho trabajo en los próximos meses, y lo que menos necesito es que se presenten aquí hordas de enfermos con la esperanza de ser curados. ¿Comprendéis?

—Sí —contestó Astrid.

Jenny asintió sin levantar la vista.

—Astrid, cuando veas a tu médico y él manifieste su asombro, como sin duda hará, solo le dirás que has suplicado a Dios una remisión y tus plegarias han sido atendidas. Su propia fe en la eficacia de la oración, o su falta de fe, nos trae sin cuidado; en cualquier caso, se verá obligado a aceptar la prueba de sus resonancias magnéticas. Eso, añadido a tu rostro sonriente y feliz. Tu rostro sonriente, feliz y *sano*.

—Sí, de acuerdo. Como usted diga.

—Déjame que te lleve a la suite —propuso Jenny—. Si vamos a marcharnos, mejor será que haga las maletas. —Subtexto: «Sácame de aquí». En ese sentido, ella y Charlie Jacobs tenían el mismo objetivo: para los dos iban por ahí los tiros.

—De acuerdo. —Astrid me miró tímidamente—. Jamie, ¿puedes traerme una Coca-Cola? Me gustaría hablar contigo.

—Claro.

Jacobs observó a Jenny empujar a Astrid a través del restaurante vacío en dirección a la puerta del fondo. Cuando salieron, se volvió hacia mí.

—¿Y bien? ¿Hay trato?

—Sí.

—¿Y no pillarás la alforja?

Pillar la alforja. En la jerga de los feriantes, largarse y desaparecer.

—No, Charlie, no pillaré la alforja.

—Muy bien, pues. —Tenía la mirada puesta en la puerta por donde habían salido las mujeres—. No le caigo muy bien a la señorita Knowlton ahora que he dejado el equipo de Jesús, ¿no te parece?

—Lo que pasa es que le das miedo.

Se encogió de hombros. Al igual que su sonrisa, ese gesto de indiferencia se reflejó básicamente en un solo lado.

—Hace diez años no habría podido curar a nuestra señorita Soderberg. Quizá ni siquiera hace cinco. Pero ahora las cosas se mueven deprisa. Este verano...

—Este verano ¿qué?

—¿Quién sabe? —dijo—. ¿Quién sabe?

Tú sí lo sabes, pensé. Tú sí lo sabes, Charlie.

—**Mira esto, Jamie —dijo Astrid** cuando llegué con su refresco.

Se levantó de la silla de ruedas y dio tres pasos vacilantes hasta la silla colocada junto a la ventana de su habitación. Se sujetó a ella para no caerse mientras daba media vuelta y se desplomó en el asiento con un suspiro de alivio y satisfacción.

—No es gran cosa, ya lo sé...

—¿Cómo que no? Es asombroso. —Le entregué un vaso de Coca-Cola a rebosar de hielo. Incluso había encajado una rodaja de lima en el borde para darle suerte—. Y cada día podrás hacer más.

Estábamos solos en la habitación. Jenny se había marchado para acabar de hacer las maletas, aunque mi impresión era que ya estaban hechas. El abrigo de Astrid se hallaba extendido sobre la cama.

—Creo que estoy en deuda contigo tanto como con el señor Jacobs.

—Eso no es verdad.

—No mientas, Jamie, te crecerá la nariz y las abejas te picarán en las rodillas. Debe de recibir por correo miles de súplicas de curación, incluso ahora. No creo que haya elegido la mía entre la pila de cartas por azar. ¿Eras tú el encargado de leerlas?

—No, de eso se ocupaba Al Stamper, el antiguo ídolo de tu amiga Jenny. Charlie se puso en contacto conmigo después.

—Y has venido —dijo ella—. Después de tantos años, has venido. ¿Por qué?

—Porque tenía que hacerlo. No puedo darte una explicación mejor, salvo que hubo un tiempo en que lo eras todo para mí.

—¿No le has prometido nada? ¿No ha habido...? ¿Cómo lo llaman...? ¿Un *quid pro quo*?

—En absoluto —respondí al instante. Durante mis años de adicción, me había convertido en un mentiroso consumado, y la triste realidad es que esas aptitudes nunca se pierden.

—Acércate. Ponte a mi lado.

Eso hice. Sin vacilación ni el menor bochorno, apoyó la mano en la bragueta de mis vaqueros.

—Fuiste muy delicado con esto —dijo—. Muchos chicos no lo habrían sido. Tú no tenías experiencia, pero sabías ser amable. También tú lo eras todo para mí. —Dejó caer la mano y me miró con unos ojos ya no mortecinos ni angustiados por su propio dolor. Ahora rebosaban vitalidad. También preocupación—. *Sí* has prometido algo. Lo sé. No te preguntaré qué es, pero si alguna vez me has querido, ten cuidado con él. Le debo la vida, y me horroriza decirlo, pero creo que es un hombre peligroso. Y me parece que tú también lo crees.

No un mentiroso tan consumado como yo pensaba, pues. O acaso fuera solo que ella veía más ahora que estaba *curada*.

—Astrid, no tienes nada de que preocuparte.

—No sé si... ¿podrías darme un beso, Jamie? ¿Ahora que estamos solos? Soy consciente de que no ofrezco muy buen aspecto, pero...

Hiné una rodilla en el suelo —sintiéndome otra vez como un pretendiente en una novela romántica— y la besé. No, no ofrecía muy buen aspecto, pero en comparación con el que tenía esa mañana, estaba espectacular. Aun así, no fue más que un roce entre su piel y la mía, aquel beso. No había ascuas entre las cenizas. Al menos para mí. Pero estábamos atados igualmente. Jacobs era el nudo.

Me acarició la nuca.

—Todavía este pelo tan maravilloso, blanco o no. La vida nos deja tan pocas cosas, pero a ti te ha dejado eso. Adiós, Jamie. Y gracias.

Cuando salía, me detuve a cruzar unas breves palabras con Jenny. En particular

deseaba saber si vivía cerca de Astrid para supervisar su evolución.

Sonrió.

—Astrid y yo somos compañeras de divorcio. Lo somos desde que yo me mudé a Rockland y empecé a trabajar en el hospital de allí. Hace ya diez años. Cuando enfermó, me instalé en su casa.

Le di mi número de móvil y el de Wolfjaw.

—Puede que tenga efectos secundarios.

Ella asintió.

—El Pastor Danny me ha informado. El señor Jacobs, quiero decir. Me cuesta acostumbrarme a llamarlo así. Ha dicho que podía darse una tendencia a los episodios de sonambulismo hasta que las ondas cerebrales vuelvan a regularse. Entre cuatro y seis meses. He visto esos comportamientos en personas que se exceden con el Ambien y el Lunesta.

—Sí, eso es lo más probable. —Aunque otras posibilidades eran la ingesta de tierra, las caminatas compulsivas, el síndrome de Tourette, la cleptomanía y los prismáticos de Hugh Yates. Que yo supiera, el Ambien no provocaba ninguno de esos síntomas—. Pero si surge alguna otra cosa... *llámame*.

—¿Estás muy preocupado? —preguntó—. Dime qué debo esperar.

—En realidad no lo sé, y lo más probable es que no le pase nada. —Al fin y al cabo, así era en la mayoría de los casos, al menos según Jacobs. Y pese a lo poco que confiaba en él, debía contar con eso, porque ya era demasiado tarde para otra cosa. Lo hecho hecho estaba.

Jenny se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla.

—Astrid está *mejor*. Eso es por gracia de Dios, Jamie, al margen de lo que piense el señor Jacobs ahora que ha perdido la fe. Sin eso, sin *él*, estaría muerta dentro de seis semanas.

Astrid descendió por la rampa para discapacitados en su silla de ruedas, pero subió al Subaru de Jenny por su propio pie. Jacobs cerró la puerta del coche. Astrid tendió el brazo por la ventanilla abierta, le cogió la mano entre las suyas y volvió a darle las gracias.

—Ha sido un placer —dijo él—. Basta con que recuerdes tu promesa. —Retiró la mano para ponerle un dedo en los labios a ella—. A callar.

Me agaché y le di un beso en la frente.

—Come —dije—. Descansa. Haz fisioterapia. Y disfruta de la vida.

—Recibido, capitán —contestó. Miró por encima de mí, vio a Jacobs subir lentamente por la escalinata hacia el porche y, fijando los ojos en los míos, repitió—: *Ten cuidado*.

—No te preocupes.

—Sí me preocuparé. —Sus ojos en los míos, llenos de solemne inquietud. Estaba envejeciendo, como yo, pero con la enfermedad expulsada de su cuerpo, vi a la chica que se plantaba ante el escenario con Hattie, Carol y Suzanne, meneando las cuatro el trasero mientras los Rosas Cromadas tocábamos *Knock on Wood* o *Nutbush City Limits*. La chica a quien había besado bajo la escalera de incendios—. *Claro* que me preocuparé.

Me reuní con Charlie Jacobs en el porche, y observamos el pequeño y estilizado Outback de Jenny bajar por la carretera que llevaba a la verja. Había sido un buen día para el deshielo, y la nieve se había retirado, dejando a la vista hierba que empezaba ya a verdear. *El fertilizante de los pobres*, pensé. *Así lo llamábamos*.

—¿Mantendrán la boca cerrada esas mujeres? —preguntó Jacobs.

—Sí. —Quizá no para siempre, pero sí hasta que él completara su trabajo, si de verdad estaba tan cerca de concluirlo como él sostenía—. Lo han prometido.

—¿Y tú, Jamie? ¿Cumplirás tu promesa?

—Sí.

Eso pareció satisfacerlo.

—¿Por qué no te quedas aquí esta noche?

Negué con la cabeza.

—He reservado una habitación en el Embassy Suites. Tengo el vuelo a primera hora de la mañana.

Y estoy impaciente por marcharme de aquí, igual que lo estaba por marcharme de The Latches.

No lo dije, pero estoy seguro de que él lo sabía.

—Bien. Tú estate preparado cuando te llame.

—¿Qué necesitas, Charlie? ¿Una declaración por escrito? He dicho que vendré, y lo haré.

—De acuerdo. Hemos estado rebotando el uno contra el otro como un par de bolas de billar durante buena parte de nuestras vidas, pero eso ya casi se ha acabado. A finales de julio, o mediados de agosto como muy tarde, la relación entre nosotros habrá terminado.

En eso tenía razón. Dios lo asista, tenía razón.

Siempre en el supuesto de que haya un Dios, claro.

Aun a pesar de la escala en Cincinnati, estuve de regreso en Denver al día siguiente antes de la una del mediodía: en lo que se refiere a los viajes en el tiempo, nada supera a volar hacia el oeste en avión. Encendí el teléfono y vi que tenía dos mensajes. El primero era de Jenny. Decía que había cerrado con llave la puerta del dormitorio de Astrid la noche anterior antes de acostarse, pero no se había oído nada de nada a través del vigilabebés, y cuando se levantó a las seis y media, Astrid dormía aún como un tronco.

«Al levantarse, ha comido un huevo pasado por agua y dos tostadas. Y viendo su aspecto... tengo que repetirme que no es una ilusión óptica».

Ese era el mensaje bueno. El malo procedía de Brianna Donlin, ahora Brianna Donlin-Hughes. Lo había dejado solo unos minutos antes de aterrizar mi avión de United. «Robert Rivard ha muerto, Jamie. Desconozco los detalles». Pero esa noche ya los tenía.

Una enfermera había explicado a Bree que la mayor parte de la gente que entraba en el Gad's Ridge nunca salía, y así fue ciertamente en el caso del niño que el Pastor Danny había curado de distrofia muscular. Lo encontraron en su habitación, colgando de un lazo que había hecho con unos vaqueros. Dejó una nota que decía: «No puedo dejar de ver a los malditos. La cola se alarga hasta el infinito».

Libros prohibidos. Mis vacaciones en Maine.

La triste historia de Mary Fay.

La inminente tormenta.

Al cabo de unas seis semanas recibí un email de mi antigua compañera de investigación.

Para: Jamie

De: Bree

Asunto: Para tu información

Después de tu visita a Jacobs en el norte del estado de Nueva York, me comentaste en un email que te había mencionado un libro, *De Vermis Mysteriis*. El título se me quedó en la cabeza, quizá porque en el instituto estudié algo de latín, lo suficiente para entender que eso, traducido a nuestro idioma, significa *Los misterios del gusano*. Sospecho que es difícil abandonar el hábito de investigar Todo lo Referente a Jacobs, porque hice indagaciones al respecto. Sin decírselo a mi marido, debo añadir, porque él cree que he dejado atrás Todo lo Referente a Jacobs.

En cualquier caso, esto se las trae. Según la Iglesia católica, *De Vermis Mysteriis* es uno de la media docena de Libros Prohibidos, como se los llama. Tomados en conjunto se los conoce como «grimorios». Los otros cinco son *El libro de Apolonio* (médico en tiempos de Jesucristo), *El libro de Alberto Magno* (sortilegios, talismanes, conversaciones con los muertos), *Lemegeton* y *Clavicula Salomonis* (escritos supuestamente por el rey Salomón), y *El grimorio de Picatrix*. Este último, junto con *De Vermis Mysteriis*, fue presuntamente la base del grimorio ficticio de H. P. Lovecraft, titulado *Necronomicón*.

Pueden encontrarse ediciones de todos los Libros Prohibidos EXCEPTO DE *De Vermis Mysteriis*. Según Wikipedia, a principios del siglo XX, emisarios secretos de la Iglesia católica (aviso para Dan Brown) habían quemado todos los ejemplares de *De Vermis*, salvo seis o siete. (Por cierto, la Guardia Suiza niega ahora todo conocimiento de la existencia de ese libro). Estos últimos se han perdido de vista, y se cree que han sido destruidos o están en manos de coleccionistas privados.

Jamie, todos los Libros Prohibidos tratan de la FUERZA, y de cómo obtenerla por medio de una combinación de alquimia (que ahora llamamos «ciencia»), matemática y ciertos rituales ocultos repulsivos. Es muy probable que todo esto sean tonterías, pero me inquieta; me dijiste que Jacobs se ha pasado la vida estudiando los fenómenos eléctricos, y basándome en sus buenos resultados con la sanación, no puedo por menos de pensar que quizá tenga en sus manos una fuerza temible. Lo cual me trae a la memoria esta antigua máxima: «Quien tenga el tigre cogido por el rabo, más vale que no lo suelte».

Un par de cosas para que reflexiones.

Primero: Hasta mediados del siglo XVII, los católicos de quienes se sabía que estudiaban la *potestas magnum universum* (la fuerza que mueve el universo) podían ser excomulgados.

Segundo: Según Wikipedia —aunque sin referencias que lo confirmen, debo añadir—, el pareado que más gente recuerda del *Necronomicón* ficticio de Lovecraft procede de un ejemplar de *De Vermis* al que Lovecraft tuvo acceso (con toda certeza nunca fue suyo; pobre como era, no tenía recursos para adquirir algo tan raro y valioso). El pareado es el siguiente: «Que no está muerto lo que eternamente yace, / y en los eones por venir aun la muerte puede morir».

A veces llamabas a Charles Daniel Jacobs «mi antiguo quinto en discordia». Espero que ya no tengas trato con él, Jamie. En un tiempo lejano, me habría reído de todo esto, pero en ese tiempo lejano las curaciones milagrosas en sesiones de reviviscencia me parecían sandeces.

Lláname algún día, ¿quieres? Dime que has dejado atrás Todo Lo Referente a Jacobs.

Con afecto, como siempre,

BREE

Lo imprimí y lo releí dos veces. Después busqué en Google *De Vermis Mysteriis* y encontré todo lo que Bree me había explicado en su mensaje, más una cosa que se había dejado en el tintero. En un blog especializado en libros antiguos que se titulaba *Volúmenes arcanos de magia y encantamientos*, alguien declaraba que el grimorio de Ludvig Prinn, retirado de la circulación, era «el libro más peligroso jamás escrito».

Salí del apartamento y, en la misma manzana, compré un paquete de cigarrillos por primera vez desde un breve devaneo con el tabaco en mi etapa universitaria. Como en mi edificio estaba prohibido fumar, me senté en la escalinata para encender un pitillo. A la primera calada, tosí, me mareé y pensé: *Esto habría matado a Astrid, de no ser por la intervención de Charlie.*

Sí. Charlie y sus curaciones milagrosas. Charlie, que tenía un tigre cogido por el rabo y no quería soltarlo.

Algo ha pasado, había dicho Astrid en mi sueño, hablando a través de una sonrisa de la que había desaparecido todo su encanto anterior. *Algo ha pasado, y pronto vendrá mi madre.*

Después, tras aplicarle Jacobs en la cabeza su electricidad secreta: *Hay una puerta en la pared. La puerta está cubierta de hiedra. La hiedra está muerta. Ella espera.* Y cuando Jacobs le preguntó de quién hablaba: *No la que usted quiere.*

Puedo romper una promesa, pensé a la vez que tiraba el cigarrillo. *No sería la primera.*

Cierto, pero esta no. Esta promesa no.

Al entrar, aplasté el paquete de tabaco y lo eché a la papelera colocada junto a los

buzones. Arriba, telefoneé a Bree al móvil, preparado ya para dejar un mensaje, pero contestó. Le di las gracias por su email y le dije que no tenía intención de volver a ver a Charles Jacobs. Le mentí sin culpabilidad ni titubeos. El marido de Bree tenía razón; le convenía poner fin a Todo lo Referente a Jacobs. Y cuando llegara el momento de volver a Maine y cumplir mi promesa, mentiría a Hugh Yates por la misma razón.

En un tiempo lejano dos adolescentes se enamoraron, y con vehemencia, como solo está al alcance de los adolescentes. Unos años después hicieron el amor en una cabaña en ruinas bajo el fragor de los truenos y los destellos de los rayos, todo muy a lo Victoria Holt. Con el tiempo, Charles Jacobs los libraría de pagar el precio final por sus adicciones. Yo estaba en deuda con él por partida doble. Estoy seguro de que lo comprenden, y podría dejarlo ahí, pero eso equivaldría a omitir una verdad mucho mayor: *también sentía curiosidad*. Dios me asista, pero deseaba estar presente cuando Jacobs abriera la caja de Pandora, estar presente y echar un vistazo dentro.

—**Esta no será tu penosa manera** de decirme que quieres retirarte, ¿verdad? — Hugh procuró aparentar que hablaba en broma, pero sus ojos delataron auténtica alarma.

—En absoluto. Solo quiero un par de meses libres. Quizá baste con seis semanas, si me aburro. Necesito renovar el contacto con mi familia en Maine, ahora que aún puedo. Voy ya para viejo.

No tenía la menor intención de aproximarme a mi familia en Maine. De hecho, demasiado cerca estaban ya de Monte Cabra.

—Qué va, eres un chaval —repuso, taciturno—. En otoño yo cumplo un año por cada uno de los trombones de aquella canción, la del musical *Vivir de ilusión*: setenta y seis. Que Mookie haya colgado las botas esta primavera ya ha sido un golpe. Si tú te fueras para siempre, seguramente tendría que cerrar. —Exhaló un suspiro—. Debería haber tenido hijos, alguien que me sucediera cuando me vaya, pero ¿esas cosas pasan? Rara vez. Cuando esperas que cojan las riendas del negocio familiar, van y te dicen: «Lo siento, papá, yo y aquel fumeta del instituto con el que no te gustaba que anduviera, nos vamos a California a fabricar tablas de surf equipadas con wifi».

—Ahora que ya te has desahogado...

—Sí, sí, vuelve a tus raíces, faltaría más. Ve a tocar *El patio de mi casa* con tu sobrinita y ayuda a tu hermano a reconstruir su último coche de época. Ya sabes cómo son los veranos aquí.

Y tanto que lo sabía: había menos movimiento que en un cementerio por la noche.

El verano implica pleno empleo incluso para los grupos más infumables, y cuando los grupos tocan en directo en bares y en las cuatro docenas de festivales de Colorado y Utah, no contratan mucho tiempo de grabación.

—Vendrá George Damon —dije—. Ha abandonado la jubilación a lo grande.

—Sí —contestó Hugh—. El único cantante de Colorado capaz de conseguir que *I'll Be Seeing You* suene como *Dios bendiga América*.

—Quizá el único en el mundo. Hugh, aquello de los prismáticos no ha vuelto a pasarte, ¿verdad?

Me miró con curiosidad.

—No. ¿A qué viene *eso* ahora?

Me encogí de hombros.

—Estoy bien. Me levanto un par de veces cada noche a echar una meadita, pero sospecho que es lo que toca a mi edad. Aunque... ¿quieres oír una cosa graciosa? Solo que a mí más bien me da miedo.

No sabía hasta qué punto quería oírlo, pero me sentí obligado. Estábamos a primeros de junio. Jacobs aún no me había llamado, pero lo haría. Me constaba que lo haría.

—He tenido un sueño recurrente. En el sueño no estoy aquí en Wolfjaw; estoy en Arvada, en la casa donde me crie. Alguien empieza a llamar a la puerta, solo que más que llamar, la *aporrea*. Yo no quiero ir a abrir, porque sé que es mi madre, y está muerta. Una idiotez, porque en los tiempos de Arvada aún vivía y tenía una salud de hierro, pero yo sé igualmente que es ella. Recorro el pasillo, contra mi voluntad, los pies me llevan... ya sabes cómo son las cosas en los sueños. Para entonces, ella ya está arreándole a la puerta de lo lindo, golpeando con los dos puños, o eso parece, y me acuerdo de un cuento de terror que tuvimos que leer en el instituto, en clase de literatura. Se titulaba *Calor de agosto*, creo.

Calor de agosto *no*, pensé. La pata de mono. *Ese es el cuento en el que aporrean la puerta*.

—Tiendo la mano hacia el picaporte, y de pronto me despierto, empapado en sudor. ¿Cómo lo interpretas? ¿Es el subconsciente, que intenta prepararme para el gran mutis final?

—Puede ser —convine, pero en mi cabeza había abandonado ya la conversación. Pensaba en otra puerta. Esta, pequeña, cubierta de hiedra muerta.

Jacobs telefoneó a primeros de julio. Yo actualizaba el software de Apple Pro en

uno de los estudios. Al oír su voz, me senté ante la consola y miré a través del cristal la sala de ensayo insonorizada, vacía salvo por una batería desmontada.

—Ya pronto tendrás que cumplir tu promesa. —Arrastraba las palabras, como si hubiera bebido, aunque nunca lo había visto tomar nada más fuerte que un café cargado.

—De acuerdo. —Mantuve un tono relativamente sereno. ¿Por qué no? Era la llamada que estaba esperando—. ¿Cuándo quieres que vaya?

—Mañana. Pasado mañana como mucho. Sospecho que no te apetecerá instalarte aquí en el complejo conmigo, al menos al principio...

—Sospechas bien.

—... pero te necesitaré a no más de una hora de aquí. Cuando te llame, vienes. Eso me llevó a pensar en otro relato de terror, uno titulado *Silba y acudiré*.

—De acuerdo —dije—. Pero, Charlie...

—¿Sí?

—Tienes dos meses, no más. A primeros de septiembre, nos despedimos pase lo que pase.

Otro silencio, pero oí su respiración, afanosa, y me acordé del sonido que emitía Astrid en su silla de ruedas.

—Eso es... aceptable. —*Esho esh*.

—¿Te encuentras bien?

—Sufrí otro derrame cerebral, lamentablemente. —*Shufrí*—. Ya no hablo con la misma claridad que antes, pero te aseguro que sí *pienso* con la misma claridad de siempre.

Pastor Danny, cúrate a ti mismo, pensé, y no por primera vez.

—Tengo que darte una noticia, Charlie. Robert Rivard ha muerto. ¿Te acuerdas de él, el chico de Missouri? Se ahorcó.

—*Shiento* oírlo. —No parecía sentirlo en absoluto, ni perdió tiempo en preguntar los detalles—. Cuando llegues, llámame y dime dónde paras. Y recuerda: a no más de una hora.

—Vale —dije, y corté la comunicación.

Me quedé unos minutos allí sentado, en el estudio anormalmente silencioso, contemplando las carátulas de álbumes enmarcadas que colgaban de las paredes, y luego marqué el número de Jenny Knowlton, en Rockland. Dejó sonar el timbre una sola vez antes de contestar.

—¿Cómo está nuestra chica? —pregunté.

—Muy bien. Ha ganado peso y da paseos de un par de kilómetros a diario.

Aparenta veinte años menos.

—¿Ningún efecto secundario?

—Nada. Ni ataques de epilepsia, ni sonambulismo, ni amnesia. No recuerda gran cosa del tiempo que pasamos en Monte Cabra, pero mejor así, ¿no te parece?

—¿Y tú, Jenny, qué tal?

—Estupendamente, pero ahora tengo que dejarte. Hoy estamos ocupadísimos en el hospital. Gracias a Dios, ya pronto tendré vacaciones.

—No te irás y dejarás sola a Astrid, ¿verdad? Porque no creo que eso fuera buena idea...

—¡No, no, claro que no! —Percibí algo en su voz. Cierta nerviosismo—. Jamie, tengo un aviso en el busca. He de irme.

Continué sentado frente a la consola a oscuras. Contemplé las carátulas de los álbumes, en realidad hoy día carátulas de cedés, no mucho mayores que sellos de correos. Me acordé de un episodio ocurrido no mucho después del día que me entregaron mi primer coche como regalo de cumpleaños, aquel Ford Galaxie del 66. Iba en él con Norm Irving. Este me incitaba para que pisara el acelerador a fondo en el tramo de tres kilómetros de la Estatal 27 que llamábamos la Recta de Harlow. Para ver cómo respondía el coche, decía. A ciento cuarenta, el morro empezó a vibrar, pero yo no quería pasar por un gallina —a los diecisiete años, no pasar por un gallina es algo muy importante—, así que mantuve el pie en el pedal. A ciento cincuenta la vibración se suavizó. A ciento sesenta el Galaxie adquirió una ingravidez etérea, peligrosa, al disminuir el contacto con la calzada, y comprendí que había llegado al límite del control. Cuidándome muy mucho de tocar el freno —sabía por mi padre que, a gran velocidad, eso podía representar el desastre— levanté el pie del acelerador, y el Galaxie empezó a perder velocidad.

En estos momentos deseaba poder hacer eso mismo.

El Embassy Suites, cerca del Jetport, me había parecido bien cuando estuve allí la noche después de la recuperación milagrosa de Astrid, así que volví a alojarme en él. Se me había pasado por la cabeza tomar una habitación en el Castle Rock Inn durante mi tiempo de espera, pero las probabilidades de tropezarme con algún conocido —Norm Irving, sin ir más lejos— eran demasiado grandes. Si eso ocurría, casi con toda seguridad llegaría a oídos de mi hermano Terry, quien querría saber por qué estaba en Maine, y por qué no me instalaba en su casa. Esas eran preguntas a las que no deseaba contestar.

Pasó el tiempo. El Cuatro de Julio, vi los fuegos artificiales desde el paseo marítimo de Portland con otros varios miles de personas, todos lanzando exclamaciones mientras las peonías y los crisantemos y las diademas estallaban en el cielo y se reflejaban en las aguas de Casco Bay, donde se mecían entre las olas. En los días posteriores visité el zoo de York, el Museo del Tranvía de Kennebunkport y el faro de Pemaquid Point. Recorrí el Museo de Arte de Portland, donde estaba expuesta la obra de tres generaciones de Wyeth, y asistí a una función de tarde de *La historia de Buddy Holly* en el teatro Ogunquit: el cantante/actor principal era bueno, pero no Gary Busey. Comí langosta hasta aborrecerla. Di largos paseos por la orilla rocosa del mar. Dos veces por semana me acercaba a la librería Books-A-Million del Maine Mall y compraba libros de bolsillo, que leía en mi habitación hasta que me vencía el sueño. Llevaba el móvil a todas partes, en espera de la llamada de Jacobs, y la llamada no llegaba. En un par de ocasiones pensé en telefonear yo, y me convencí de que el mero hecho de planteármelo era un disparate. ¿Por qué dar un puntapié a un perro dormido?

Hacía un tiempo perfecto, de foto: bajo grado de humedad, cielos inofensivos y temperaturas de poco más de veinte grados un día tras otro. Cayó algún chaparrón, normalmente por la noche. Un día, a última hora, oí al meteorólogo televisivo Joe Cupo llamarlo «lluvia considerada». Añadió que aquel era el verano más hermoso que había visto en los treinta y cinco años transcurridos desde que daba el parte.

El partido del All-Star se jugó en Minneapolis. La temporada de béisbol se reanudó, y a medida que se acercaba agosto empecé a albergar la esperanza de poder volver a Colorado sin ver siquiera a Charlie. Se me pasó por la cabeza que quizá hubiera sufrido un cuarto derrame cerebral, esta vez de consecuencias catastróficas, y permanecí atento a la sección de necrológicas del *Portland Press Herald*. No exactamente esperanzado, pero...

Y una mierda: sí que lo estaba. Consultaba la sección esperanzado.

En el noticiario local del 25 de julio, Joe Cupo nos informó pesaroso a mí y al resto de sus espectadores del Sur de Maine de que todo lo bueno se acababa, y la ola de calor que en esos momentos achicharraba el Medio Oeste se desplazaría hacia Nueva Inglaterra a lo largo del fin de semana. Las temperaturas rondarían los treinta y cinco grados durante la última semana de julio, y el pronóstico para agosto no pintaba mucho mejor, al menos en los primeros días. «Comprueben esos aparatos de aire acondicionado, amigos —aconsejó Cupo—. Llega la canícula, y no es por casualidad que esa palabra viene de “can”».

Jacobs llamó esa noche.

—El domingo —dijo—. Te espero no más tarde de las nueve de la mañana.
Contesté que allí estaría.

Joe Cupo no se equivocó en cuanto al calor. Empezó a apretar el sábado por la tarde, y cuando subí a mi coche de alquiler a las siete y media del domingo por la mañana, se notaba ya el bochorno en el aire. Las carreteras estaban vacías, y tardé poco en plantarme en Monte Cabra. Mientras ascendía hacia la verja de entrada, advertí que el desvío que llevaba a Lo Alto del Cielo volvía a estar abierto, apartada ya la sólida cancela de madera.

Sam, el guardia de seguridad, me esperaba, pero no ya de uniforme. En vaqueros, sentado en la portilla trasera bajada de una furgoneta Tacoma, se comía una rosquilla. La dejó cuidadosamente en una servilleta cuando yo me detuve y se acercó a mi coche.

—Hola, señor Morton. Llega antes de hora.

—No había tráfico —contesté.

—Sí, en verano esta es la mejor hora del día para circular. La caterva de gente que sube del sur sale más tarde, camino de las playas. —Miró al cielo, donde el azul adquiría ya un blanco caliginoso—. Por mí, ya pueden asarse e ir labrándose el cáncer de piel. Yo pienso quedarme en casa, viendo el partido de los Sox inmerso en mi aire acondicionado.

—¿Le falta poco para el final del turno?

—Aquí se terminaron los turnos para todos nosotros —respondió—. En cuanto avise al señor Jacobs de que va usted hacia allí, se acabó. Misión cumplida.

—Pues que disfrute de lo que queda de verano.

Le tendí la mano. Me la estrechó.

—¿Tiene idea de qué se trae entre manos ese hombre? Puedo guardar un secreto; al fin y al cabo, estoy obligado por contrato.

—Vaya usted a saber.

Me guiñó un ojo en un gesto de complicidad y a continuación me franqueó el paso. Antes de doblar la primera curva, miré por el retrovisor y lo vi coger la rosquilla, cerrar la portilla de la Tacoma y sentarse al volante.

Se acabó. Misión cumplida.

Deseé poder decir lo mismo.

Jacobs bajó despacio y con cuidado por los peldaños del porche para recibirme. Empuñaba un bastón con la mano izquierda. La torsión en sus labios era más pronunciada que antes. Vi un solo coche en el aparcamiento, y lo reconocí: un pequeño y estilizado Subaru Outback. En la parte de atrás llevaba un adhesivo en el que se leía: SALVA UNA VIDA, Y ERES UN HÉROE; SALVA MIL, Y ERES UNA ENFERMERA. Se me cayó el alma a los pies.

—¡Jamie! ¡No sabes cuánto me alegro de verte! —«Sabes» lo pronunció *«shabes»*. Me ofreció la mano que no tenía sujeta al bastón. Le representó un esfuerzo evidente, pero no le presté mayor atención.

—En caso de que Astrid esté aquí, va a irse, y va a irse ahora mismo —dije—. Si crees que es un farol, ponme a prueba.

—Cálmate, Jamie. Astrid está a doscientos diez kilómetros de aquí, y prosigue con su convalecencia en su acogedor nidito justo al norte de Rockland. Su amiga Jenny ha tenido la bondad de acceder a ayudarme mientras completo mi trabajo.

—Por alguna razón dudo que la bondad tenga mucho que ver con eso. Corrígeme si me equivoco.

—Vamos adentro. Aquí fuera hace calor. Ya llevarás el coche al aparcamiento después.

Pese a la ayuda del bastón, subió por los peldaños muy despacio, y viendo que perdía el equilibrio, tuve que sostenerlo. El brazo que agarré era poco más que hueso. Cuando llegamos a lo alto, jadeaba.

—Necesito descansar un momento —dijo, y se desplomó en una de las austeras mecedoras dispuestas a lo largo del porche.

Me senté en la barandilla y lo observé.

—¿Dónde está Rudy? Pensaba que tu enfermero era él.

Jacobs me obsequió con su peculiar sonrisa, más asimétrica que nunca.

—Poco después de mi sesión con la señorita Soderberg en la Sala Este, tanto Rudy como Norma presentaron sus renunciaciones. Hoy día realmente es muy difícil encontrar buenos ayudantes. Mejorando lo presente, claro está.

—Has contratado a Jenny Knowlton, pues.

—Sí, y créeme, he salido ganando. Todo lo que ella puede haber olvidado sobre sus funciones de enfermera es más de lo que Rudy Kelly supo jamás. Échame una mano, ¿quieres?

Lo ayudé a ponerse en pie, y entramos en el fresco interior.

—En la cocina hay zumo y pastas de desayuno. Sírvelo lo que quieras y reúnete conmigo en el salón principal.

Prescindí de las pastas, pero me llené un vaso pequeño de zumo de naranja de una jarra que encontré en el enorme frigorífico. Al volver a dejarla, hice una estimación de las provisiones y vi comida suficiente para unos diez días. Dos semanas si se apuraba. ¿Era ese el tiempo que íbamos a pasar allí, o Jenny Knowlton o yo tendríamos que ir a hacer una compra a Yarmouth, que seguramente era el pueblo más cercano con supermercado?

Se había dado por concluido el servicio de los guardias de seguridad. Jacobs había buscado sustituto al enfermero —lo cual no me sorprendió del todo, dado su estado de salud cada vez más incierto—, pero no para el ama de llaves, lo que implicaba que Jenny debía de estar preparándole las comidas y, quizá, cambiándole las sábanas. Estábamos solo nosotros tres, o eso pensé en ese momento.

Resultamos ser un cuarteto.

El salón principal era de cristal en su extremo norte, con vistas a Longmeadow y Lo Alto del Cielo. No veía la cabaña, pero sí atisbaba el poste de hierro que se elevaba hacia el cielo caliginoso. Observándolo, todo por fin empezó a encajar en mi cabeza... pero incluso a esas alturas muy lentamente, y Jacobs retenía la única pieza esencial que habría dejado la situación clara como el agua. Podría pensarse que yo debería haberme dado cuenta igualmente, que todas las piezas estaban ya presentes, pero era guitarrista, no detective, y en lo que se refería a razonamiento deductivo, nunca fui el galgo más rápido del canódromo.

—¿Dónde está Jenny? —pregunté.

Jacobs se había acomodado en el sofá; yo me senté frente a él en un sillón de orejas que intentaba engullirme entero.

—Ocupada.

—¿Con qué?

—Ahora mismo eso no es asunto tuyo, aunque lo será en breve. —Se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas sobre el pomo del bastón, con aspecto de ave de rapiña. Un ave que pronto estaría demasiado vieja para volar—. Tienes preguntas. Eso lo entiendo mejor de lo que crees, Jamie: sé que tu naturaleza inquisitiva es en gran medida lo que te ha traído aquí. Tendrás las respuestas a su debido tiempo, pero probablemente no hoy.

—¿Cuándo?

—No sabría decirte, pero pronto. Mientras tanto, te ocuparás de preparar nuestras comidas y vendrás cuando te llame.

Me enseñó una caja blanca, no muy distinta de la que yo había utilizado en la Sala Este aquel otro día, solo que esta tenía un botón en lugar de un interruptor deslizante y llevaba grabado el nombre de una marca: Notiflex. Pulsó el botón y sonó un campanilleo, procedente de todas las estancias grandes de la planta baja.

—No necesitaré que me ayudes a hacer mis necesidades... para eso aún me valgo..., pero necesitaré tenerte a mi lado cuando me duche, me temo. Por si resbalo. Tendrás que hacerme friegas con una pomada en la espalda, las caderas y los muslos dos veces al día. Ah, y también traerme muchas de las comidas a mis aposentos. No porque sea perezoso, ni porque quiera convertirte en mi mayordomo personal, sino porque me canso fácilmente y necesito conservar las fuerzas. Me queda una última cosa por hacer. Es una cosa de peso, de vital importancia, y cuando llegue el momento, debo tener fuerzas para llevarla a cabo.

—Te prepararé y serviré las comidas con mucho gusto, Charlie, pero por lo que se refiere a las tareas de enfermería, daba por supuesto que sería Jenny Knowlton quien...

—Ella está ocupada, como te he dicho, así que tendrás que asumir sus... ¿por qué me miras con esa cara?

—Estaba acordándome del día que nos conocimos. Yo tenía solo seis años, pero es un recuerdo claro. Hice una montaña en la tierra...

—Así fue. También para mí es un recuerdo claro.

—... y estaba jugando con mis soldados. Una sombra se proyectó sobre mí. Levanté la vista, y eras tú. Lo que estaba pensando ahora es que tu sombra se ha proyectado sobre mí durante toda mi vida. Lo que debería hacer es marcharme de aquí ahora mismo y salir de debajo de esa sombra.

—Pero no lo harás.

—No, no lo haré. Pero te diré una cosa. También recuerdo el hombre que eras... que te arrodillaste a mi lado y participaste en el juego. Recuerdo tu sonrisa. Ahora cuando sonríes, solo veo desdén. Ahora cuando hablas, solo oigo órdenes: haz esto, haz lo otro, y después ya te explicaré por qué. ¿En qué te has convertido, Charlie?

Con visible esfuerzo, se levantó del sofá, y cuando hice ademán de ayudarlo, me rechazó con un gesto.

—Si tienes la necesidad de preguntar eso, es que un niño listo ha acabado siendo un hombre estúpido. Yo al menos, cuando perdí a mi mujer y a mi hijo, no recurrí a las drogas.

—Tú tenías tu electricidad secreta. Esa era *tu* droga.

—Gracias por esa valiosa percepción, pero como esta conversación carece de sentido, pongámosle fin, ¿quieres? Varias de las habitaciones de la primera planta están preparadas. Sin duda encontrarás una de tu agrado. Para el almuerzo me apetece un bocadillo de ensalada de huevo, un vaso de leche desnatada y una galleta de avena y pasas. La fibra va bien para el tránsito intestinal, según me han dicho.

—Charlie...

—Se acabó —dijo, y se encaminó, renqueante, hacia el ascensor—. Pronto lo sabrás todo. Mientras tanto, procura no juzgarme desde esa mentalidad convencional. Quiero el almuerzo a las doce del mediodía. Tráemelo a la Suite Cooper.

Me dejó allí, de momento demasiado atónito para pronunciar una sola palabra.

Pasaron tres días.

Fuera el calor era sofocante y, con tal humedad, una continua calima enturbiaba el horizonte. Dentro del complejo se estaba fresco y a gusto. Yo preparaba las comidas, y aunque él se reunió conmigo para la cena la segunda noche, tomó todas las demás en su suite. Yo oía el televisor a todo volumen cuando se las llevaba, lo cual inducía a pensar que también su oído se deterioraba. Al parecer, era especialmente aficionado al Canal Meteorológico. Cuando yo llamaba a la puerta, siempre apagaba el televisor antes de indicarme que entrara.

Aquellos días fueron mi introducción a la labor práctica de la enfermería. Jacobs aún era capaz de desvestirse y abrir el grifo para su ducha matinal (tenía un taburete de inválido para sentarse mientras se enjabonaba y enjuagaba). Yo me quedaba sentado en la cama, esperando a que él me llamara. Entonces, apagaba el grifo, lo ayudaba a salir y lo secaba. Su cuerpo era un triste vestigio de lo que había sido en sus tiempos de pastor metodista y, más tarde, feriante. Las caderas sobresalían como los huesos de un pavo de Acción de Gracias desplumado; cada costilla proyectaba una sombra, sus nalgas no eran mucho mayores que galletas. Debido al derrame cerebral, todo se desplomaba a la derecha cuando yo lo ayudaba a volver a la cama.

Le hacía friegas con Voltaren para aliviar sus dolores y molestias; luego iba a por sus pastillas, que guardaba en un estuche de plástico casi con tantos compartimentos como teclas tiene un piano. Para cuando acababa de tomárselas todas, el Voltaren ya le había hecho efecto, y podía vestirse él mismo, salvo por el calcetín del pie derecho. Ese tenía que calzárselo yo, pero siempre esperaba a que se pusiera el calzoncillo. Yo no tenía el menor interés en ver ante mis ojos su envejecido pito.

—Bien —decía cuando el calcetín le ceñía ya la descarnada espinilla—. De lo demás me ocupo yo. Gracias, Jamie.

Siempre me daba las gracias, y el televisor volvía a encenderse tan pronto como se cerraba la puerta.

Fueron días muy, muy largos. La piscina estaba vacía, y hacía demasiado calor para pasearse por el recinto. Pero el complejo contaba con un gimnasio, y cuando no leía (había una biblioteca de tres al cuarto, surtida básicamente de obras de Erle Stanley Gardner, Louis L'Amour y Libros Abreviados del Reader's Digest), me ejercitaba en medio de aquel esplendor solitario y climatizado. Corría kilómetros en la cinta, pedaleaba kilómetros en la bicicleta estática, subía peldaños y más peldaños en el simulador de escaleras, hacía flexiones de brazos con las mancuernas.

La única cadena de televisión que captaba en mi suite era el Canal 8, en su emisión desde Poland Spring, y la recepción era mala, generando tanta nieve que la imagen apenas se veía. Lo mismo ocurría con el aparato que ocupaba toda la pared en el Salón Puesta de Sol. Supuse que había una antena parabólica en algún sitio, pero solo Charlie Jacobs estaba conectado a ella. Pensé en preguntarle si era posible compartirla, pero lo descarté. Quizá habría accedido, y yo ya había aceptado todo lo que tenía intención de aceptar. Los regalos de Charlie llegaban siempre con el precio en una etiqueta.

A pesar de todo ese ejercicio, seguía durmiendo fatal. Mi antigua pesadilla, ausente durante años, regresó: los miembros muertos de mi familia sentados en torno a la mesa del comedor en nuestra casa, y una tarta de cumpleaños enmohecida que generaba insectos enormes.

Desperté poco después de las cinco la mañana del 30 de julio con la sensación de que había oído algo en el piso de abajo. Llegando a la conclusión de que era un sonido residual de mi sueño, volví a tenderme y cerré los ojos. Empezaba a adormilarme cuando el ruido se repitió: un estropicio amortiguado, como de cacharros de cocina.

Me levanté, me puse unos vaqueros y corrí escaleras abajo. La cocina estaba vacía, pero alcancé a ver por la ventana a alguien que descendía por la escalera de atrás, a un lado de la plataforma de carga. Cuando salí, Jenny Knowlton se sentaba al volante de un carrito de golf con una calcomanía en el costado donde se leía: COMPLEJO TURÍSTICO DE MONTE CABRA. En el asiento contiguo había dejado un tazón con cuatro huevos.

—¡Jenny! ¡Espera!

Arrancó, y entonces vio que era yo y me sonrió. Yo estaba dispuesto a concederle un sobresaliente por el esfuerzo, pero en realidad esa sonrisa no era gran cosa. Aparentaba diez años más que en nuestro anterior encuentro, y sus acusadas ojeras llevaban a pensar que no era yo el único con problemas de insomnio. Ya no se teñía, y al menos cinco centímetros de pelo cano asomaban bajo el negro lustroso del tinte.

—Te he despertado, ¿no? Perdona pero la culpa es tuya. El escurridor está lleno de cazos y sartenes, y le he dado un codazo sin querer. ¿Es que tu madre no te enseñó a usar el lavavajillas?

La respuesta a eso era no, porque nunca tuvimos lavavajillas. Mi madre sí me enseñó, en cambio, que resultaba más fácil dejar que las cosas se secaran al aire siempre y cuando no hubiera demasiadas. Pero la limpieza en la cocina no era de lo que yo quería hablar.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a por huevos.

—Ya sabes que no me refiero a eso.

Ella apartó la vista.

—No puedo decírtelo. Lo he prometido. De hecho, he firmado un contrato. —Se rio sin ganas—. Dudo que tuviera validez ante un tribunal, pero me propongo cumplirlo de todos modos. Estoy en deuda, igual que tú. Además, pronto lo sabrás.

—Quiero saberlo ya.

—Tengo que marcharme, Jamie. Él no quiere que hablemos. Si se enterara, se pondría hecho una furia. Solo necesitaba unos cuantos huevos. Si veo otro tazón de Cheerios o Frosted Flakes, me echaré a gritar.

—A menos que te hayas quedado sin batería en el coche, podrías haber ido al supermercado Food City de Yarmouth y haber comprado allí todos los huevos que quisieras.

—No debo salir de aquí hasta que esto termine. Tú tampoco. No me preguntes nada más. Tengo que cumplir mi promesa.

—Por Astrid.

—Bueno... además paga mucho por un poco de trabajo de enfermera, lo suficiente para retirarme. Pero sobre todo lo hago por Astrid, sí.

—¿Quién cuida de ella mientras tú estás aquí? Más vale que haya *alguien*. No sé qué te ha contado Charlie, pero algunos de sus tratamientos sí tienen efectos secundarios, y pueden ser...

—Está bien atendida, por eso no te preocupes. Tenemos... buenas amigas en la

comunidad.

Esta vez su sonrisa fue más vigorosa, más natural, y al menos vi clara una cosa.

—Sois amantes, ¿no? ¿Astrid y tú?

—*Pareja*. No mucho después de que se legalizara el matrimonio homosexual en Maine, acordamos una fecha para oficializarlo. Entonces ella enfermó. Solo puedo decirte eso. Ahora me voy. No puedo ausentarme mucho rato. Te he dejado huevos de sobra, descuida.

—¿Por qué no puedes ausentarte mucho?

Movió la cabeza en un gesto de negación, sin mirarme a los ojos.

—Tengo que irme.

—¿Estabas ya aquí cuando hablamos por teléfono?

—No... pero sabía que *vendría*.

La observé descender poco a poco por la pendiente en el carrito de golf, cuyas ruedas dejaron surcos en el rocío, las gotas relucientes como diamantes. Esas piedras preciosas no durarían mucho; el día apenas había empezado, y yo notaba ya el sudor en los brazos y la frente a causa del calor. Desapareció entre los árboles. Yo sabía que si bajaba hasta allí, encontraría un camino. Y si seguía el camino, llegaría a una cabaña. Aquella en la que había yacido pecho con pecho, cadera con cadera, en compañía de Astrid Soderberg en otra vida.

Poco después de las diez de esa mañana, mientras leía *El misterioso caso de Styles* (una de las novelas preferidas de mi difunta hermana), resonó en la planta baja el campanilleo del avisador de Jacobs. Subí a la Suite Cooper, esperando no encontrarlo tumbado en el suelo con la cadera rota. No tenía por qué preocuparme. Ya vestido, miraba por la ventana apoyado en su bastón. Cuando se volvió hacia mí, le brillaban los ojos.

—Creo que hoy podría ser nuestro día —anunció—. Estate preparado.

Pero no lo fue. Cuando le llevé la cena —sopa de cebada y un sándwich de queso—, el televisor estaba en silencio y no abrió la puerta. Con el tono de un niño antojadizo, me ordenó a gritos que me marchara.

—Tienes que comer, Charlie.

—¡Lo que necesito es paz y tranquilidad! ¡Déjame!

Volví a subir a eso de las diez, sin más intención que acercar el oído a la puerta lo justo para oír el parloteo de su televisor. En caso de oírlo, le preguntaría si no le apetecía al menos una tostada antes de que yo me retirase. El televisor estaba apagado,

pero Jacobs, despierto, hablaba con esa voz demasiado alta que parecen utilizar siempre por teléfono aquellos que están quedándose sordos.

—¡Ella no debe irse hasta que yo esté listo! ¡Tú asegúrate de que así sea! Para eso te pago, ¿no? ¡Pues *ocúpate de lo tuyo*!

Problemas, y con Jenny, me pareció al principio. De un momento a otro decidiría que estaba harta y quería irse a otra parte. Volver a la casa de la costa que compartía con Astrid muy posiblemente. Pero de pronto pensé que tal vez era la propia Jenny con quien hablaba. Y en tal caso ¿cómo podía interpretarse eso? Lo único que acudió a mi cabeza fue el significado que solía tener el verbo «irse» para las personas de la edad de Charlie Jacobs.

Me alejé de la suite sin llamar a la puerta.

Lo que él había estado esperando —lo que todos habíamos estado esperando— llegó al día siguiente.

El campanileo sonó a la una, no mucho después de subirle yo el almuerzo. La puerta de la suite estaba abierta, y cuando me acerqué, oí hablar al acostumbrado experto en meteorología acerca de las altas temperaturas registradas en el golfo de México y de lo que eso auguraba para la próxima temporada de huracanes. De repente su voz se vio interrumpida por una sucesión de desapacibles zumbidos. Cuando entré, vi una banda roja al pie de la pantalla. Desapareció sin darme tiempo a leerla, pero reconozco una alerta meteorológica cuando la veo.

Durante una ola de calor, los fenómenos atmosféricos extremos implicaban tormentas, las tormentas implicaban rayos, y los rayos, para mí, implicaban Lo Alto del Cielo. Para Jacobs también, de eso no me cabía la menor duda.

Estaba una vez más totalmente vestido.

—Hoy no es una falsa alarma, Jamie. Las células de tormenta están ahora en el norte del estado de Nueva York, pero se desplazan hacia el este y siguen intensificándose.

El zumbido sonó de nuevo, y esta vez sí pude leer el texto de la banda: ALERTA METEOROLÓGICA PARA LOS CONDADOS DE YORK, CUMBERLAND, ANDROSCOGGIN, OXFORD Y CASTLE HASTA LAS 2.00 DEL 1 DE AGOSTO. PROBABILIDAD DE INTENSAS TORMENTAS: 90%. ESTAS TORMENTAS PUEDEN PROVOCAR LLUVIAS TORRENCIALES, VIENTOS HURACANADOS, GRANIZO DEL TAMAÑO DE PELOTAS DE GOLF. SE RECOMIENDA EVITAR LAS ACTIVIDADES AL AIRE LIBRE.

No jodas, Sherlock, pensé.

—Es imposible que estas células se disipen o cambien de rumbo —informó

Charlie. Habló con la serenidad propia de la locura o de la absoluta certeza—. *Imposible*. Ella no aguantará mucho más, y yo estoy demasiado viejo y enfermo para empezar otra vez con otra persona. Quiero que traigas un carrito de golf a la plataforma de carga contigua a la cocina, y estate preparado para ponerte en marcha en cuanto te avise.

—Para ir a Lo Alto del Cielo —dije.

Esbozó su sonrisa ladeada.

—Vete ya. Debo seguir con atención estas tormentas. Están produciendo más de cien rayos por hora en la zona de Albany, ¿no es prodigioso?

No era esa la palabra que yo habría elegido. No recordaba cuántos voltios generaba, según él, un único rayo, pero me constaba que eran muchos.

Millones.

El campanileo de Charlie volvió a sonar poco después de las cinco de la tarde. Mientras subía, una parte de mí albergaba la esperanza de verlo alicaído y colérico; otra parte sentía esa deplorable curiosidad de siempre. Pensé que era esta la parte que quedaría satisfecha, porque el día se oscurecía deprisa por poniente y se oía ya el rumor de los truenos, lejano pero cada vez más cerca. Un ejército en el cielo.

Jacobs seguía exaltado, pero el entusiasmo —prácticamente le salía a borbotones— le confería un aspecto mucho más joven. Tenía la caja de caoba en la mesa rinconera. Había apagado el televisor para concentrarse en su portátil.

—¡Fíjate en esto, Jamie! ¡Es hermoso!

En la pantalla aparecía la previsión de las condiciones meteorológicas de esa tarde ofrecida por la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica. Mostraba un cono cada vez más concentrado de colores rojos y anaranjados que pasaba directamente por encima del condado de Castle. La evolución horaria prevista indicaba que la probabilidad más alta de tormenta se produciría entre las siete y las ocho. Eché una ojeada al reloj y vi que eran las cinco y cuarto.

—¿No lo es? ¿No es hermoso?

—Si tú lo dices, Charlie.

—Siéntate, pero antes tráeme un vaso de agua, si eres tan amable. Tengo cosas que explicarte, y creo que tenemos el tiempo justo. Aunque querremos ir cuanto antes, sí, claro que querremos. Como dirían en las ferias, querremos pillar la alforja. —Soltó una carcajada.

Fui a buscar una botella de agua a la mininevera y la serví en un vaso de

Waterford: para los huéspedes de la Suite Cooper, solo bastaba lo mejor. Tomó un sorbo y chasqueó los labios en una expresión de satisfacción, un sonido correoso del que yo podría haber prescindido. Retumbaron los truenos. Dirigió la mirada hacia el fragor con la sonrisa de un hombre expectante ante la llegada de un viejo amigo. Después depositó la atención nuevamente en mí.

—Gané mucho dinero en mi papel de Pastor Danny, como ya sabes. Pero en lugar de gastarlo en aviones privados, casetas de perro con calefacción y accesorios de baño chapados en oro, destiné el mío a dos cosas. Una fue la privacidad: ya he soportado a paganos con el nombre de Jesús en los labios más que suficientes para toda una vida. La otra fue las agencias de investigación privada, una docena en total, lo mejor de lo mejor, en una docena de las principales ciudades de Estados Unidos. Les encargué que localizaran y siguieran el rastro a ciertas personas que padecían ciertas enfermedades. Dolencias comparativamente poco comunes. Ocho de esas enfermedades en total.

—¿Personas *enfermas*? ¿No las tratadas por ti? Porque es eso lo que me dijiste.

—Bueno, también siguieron el rastro a una muestra representativa de personas curadas... no eras tú el único interesado en los efectos secundarios, Jamie... pero esa no era su misión principal. En el transcurso de los últimos diez años han encontrado varios cientos de esos desafortunados pacientes y me han enviado información actualizada con regularidad. Al Stamper se ocupaba de los expedientes hasta que dejó de trabajar para mí; desde entonces me encargo yo mismo. Muchas de esas desventuradas personas ya han muerto; otras las han sustituido. El hombre nace para la enfermedad y el dolor, como bien sabes.

Yo no contesté, pero los truenos sí. Al oeste el cielo, muy oscuro, rebosaba malas intenciones.

—Conforme avanzaron mis estudios...

—¿Un libro titulado *De Vermis Mysteriis* formaba parte de tus estudios, Charlie?

Pareció sorprenderse, pero enseguida se relajó.

—Bravo por ti. *De Vermis* no solo ha formado parte de mis estudios; ha sido la base. Prinn enloqueció, ¿sabías? Acabó sus días en un castillo alemán, estudiando abstrusas cuestiones matemáticas y comiendo bichos. Se dejó crecer las uñas, se las clavó en la garganta una noche y murió a la edad de treinta y siete años, dibujando ecuaciones en el suelo de su habitación con sangre.

—¿En serio?

Se encogió de hombros en uno de sus gestos asimétricos, que acompañó de una sonrisa asimétrica.

—¿Quién sabe? Un cuento con moraleja si es verdad, pero las biografías de

visionarios como ese las escribieron personas interesadas en asegurarse de que nadie más seguía su camino. Personas religiosas, en su mayor parte, supervisoras de la Compañía de Seguros Celestial. Pero eso dejémoslo por ahora; ya hablaremos de Prinn otro día.

Lo dudo, pensé.

—Conforme avanzaron mis estudios, los investigadores iniciaron un proceso de criba. Los centenares se redujeron a docenas. A principios de este año, las docenas se redujeron a diez. En junio, los diez se redujeron a tres. —Se inclinó—. Buscaba al que siempre he considerado el Paciente Omega.

—Para tu última curación.

Eso pareció hacerle gracia.

—Llamémoslo así. Sí, ¿por qué no? Lo que nos lleva a la triste historia de Mary Fay, que apenas tengo tiempo de contarte antes de que nos vayamos a mi taller. —Soltó una risotada ronca que me recordó la voz de Astrid antes de curarse—. El Taller Omega, supongo. Solo que este es también una unidad hospitalaria bien equipada.

—Bajo el control de la enfermera Jenny.

—¡Vaya un hallazgo fue ese, Jamie! Rudy Kelly no habría sabido ni por dónde empezar... o habría huido carretera abajo gañendo como un cachorro con una avispa en la oreja.

—Cuéntame la historia —dije—. Aclárame en qué me estoy metiendo.

Se recostó.

—En un tiempo lejano, allá por los años setenta, un tal Franklin Fay se casó con una tal Janice Shelley. Los dos se licenciaron en filología en la Universidad de Columbia y se dedicaron a la enseñanza. Franklin era un poeta publicado; he leído su obra y no está nada mal. Si hubiera tenido más tiempo, tal vez habría llegado a ser uno de los grandes. Su mujer hizo la tesis sobre James Joyce y dio clases de literatura inglesa e irlandesa. En 1980 tuvieron una hija.

—Mary.

—Sí. En 1983 les ofrecieron plazas docentes en el American College de Dublín, como parte de un programa de intercambio de dos años. ¿Hasta aquí me sigues?

—Sí.

—En el verano de 1985, mientras tú te dedicabas a la música y yo hacía el circuito de las ferias con mi número de los Retratos en Relámpagos, los Fay decidieron viajar por Irlanda antes de volver a Estados Unidos. Alquilaron una caravana, o casa rodante, como las llaman en algunos sitios, y se pusieron en marcha. Un día pararon a comer en una taberna de County Offaly. Poco después de salir de allí, chocaron

frontalmente con un camión de productos agrícolas. Los señores Fay murieron. La niña, que viajaba detrás y llevaba puesto el cinturón, resultó gravemente herida pero sobrevivió.

Era una reproducción casi exacta del accidente que había costado la vida a su mujer y a su hijo. Entonces pensé que él debía de ser consciente de ello, pero ahora ya no estoy tan seguro. A veces sencillamente nos encontramos demasiado cerca.

—Verás, iban por el carril equivocado. Mi teoría es que Franklin se había excedido con la cerveza o el vino, había olvidado que estaba en Irlanda, y había vuelto a su antigua costumbre de conducir por la derecha. Puede que eso mismo le ocurriera a un actor americano, creo, aunque no recuerdo el nombre.

Yo sí me acordaba, pero no me molesté en decírselo.

—En el hospital, sometieron a la pequeña Mary Fay a varias transfusiones de sangre. ¿Empiezas a ver adónde apunta esto? —Y cuando negué con la cabeza, añadió —: La sangre estaba contaminada, Jamie. Por el príon infeccioso que causa el síndrome de Creutzfeldt-Jacob, más conocido como la enfermedad de las vacas locas.

Más truenos. Ahora no ya un rumor, sino un estruendo.

—A Mary la criaron unos tíos suyos. Le fue bien en el colegio, llegó a ser secretaria de un bufete, se matriculó en la universidad con la intención de licenciarse en derecho, dejó la carrera después de dos semestres, y con el tiempo volvió a sus anteriores tareas de secretaria. Eso ocurrió en 2007. Llevaba la enfermedad en estado latente, y así siguió hasta el verano pasado. Entonces comenzó a sufrir síntomas que suelen relacionarse con el consumo de drogas, las crisis nerviosas, o las dos cosas. Dejó el trabajo. El dinero escaseaba, y en octubre de 2013 experimentaba también síntomas físicos: mioclonos, ataxia, ataques epilépticos. El príon, ya totalmente despierto y en plena actividad, horadaba su cerebro. Finalmente una punción dorsal y una resonancia pusieron al descubierto al culpable.

—Dios mío —dije. Antiguas imágenes de noticiarios, vistas probablemente en la habitación de algún motel mientras estaba en la carretera, empezaron a reproducirse detrás de mis ojos: una vaca en un establo lodoso, despatarrada, la cabeza a un lado, los ojos en blanco, mugiendo mecánicamente en su esfuerzo por ponerse en pie.

—Dios no puede ayudar a Mary Fay —dijo.

—Pero tú sí.

A modo de respuesta, me dirigió una mirada que no pude interpretar. Luego volvió la cabeza y escrutó el cielo cada vez más oscuro.

—Ayúdame a levantarme. No tengo intención de perderme la cita con los rayos. Llevo toda la vida esperando. —Señaló la caja de caoba que había en la mesa—. Y

trae eso. Necesitaré lo que hay dentro.

—Varillas mágicas en lugar de anillos mágicos.

Pero él negó con la cabeza.

—No para esto.

Bajamos en ascensor. Llegó al vestíbulo por su propio pie, y allí se dejó caer en una de las sillas cercanas a la chimenea apagada.

—Ve al cuarto de material que hay al final del pasillo del Ala Este. Allí encontrarás un artefacto que hasta ahora venía eludiendo.

El artefacto en cuestión resultó ser una silla de ruedas antigua con el asiento de mimbre y ruedas de hierro que chirriaban como demonios. Empujando la llevé hasta el vestíbulo y lo ayudé a sentarse en ella. Tendió las manos hacia la caja de caoba y se la entregué, no sin recelo. La sostuvo acunada contra el pecho como si se tratara de un bebé, y mientras yo lo llevaba a través del restaurante y la cocina vacía, reanudó su relato con una pregunta.

—¿Adivinas por qué dejó la señorita Fay la facultad de Derecho?

—Porque enfermó.

Negó con cabeza en un gesto de visible desaprobación.

—¿Es que no atiendes? En ese momento el prión estaba aún latente.

—¿Decidió que no le gustaba? ¿No sacaba buenas notas?

—Ni lo uno ni lo otro. —Se volvió hacia mí y enarcó las cejas en actitud de viejo libertino—. Mary Fay es una de esas heroínas de los tiempos modernos: una madre soltera. El niño, que se llama Victor, tiene ahora siete años. No lo conozco... Mary no quiso que lo conociera... pero me mostró muchas fotos de él mientras hablábamos de su futuro. Me recordaba a mi propio hijo.

Habíamos llegado a la puerta que daba a la plataforma de carga, pero no la abrí.

—¿El niño tiene lo mismo que ella?

—No. Al menos por ahora.

—¿Lo tendrá?

—Es imposible saberlo con certeza, pero ha dado negativo en las pruebas de detección del prión C-J. Al menos, de momento. —Resonaron más truenos. El viento, que había empezado a levantarse, sacudió la puerta y produjo un momentáneo aullido bajo los aleros—. Vamos, Jamie. Ahora sí tenemos que irnos.

La escalera de la plataforma de carga era demasiado empinada para él con su bastón, así que lo bajé en brazos. Me asombró lo poco que pesaba. Lo coloqué en el asiento del acompañante del carrito de golf y me puse al volante. Cuando avanzamos por la grava y empezamos a descender por la pendiente cubierta de césped en la parte de atrás del complejo, sonó otro trueno. Al oeste, las nubes eran masas de color negro violáceo. Mientras las contemplaba, se escindieron relámpagos bajo sus vientres distendidos en tres puntos distintos. No existía ya la menor posibilidad de que la tormenta no nos llegara, y cuando azotase, iba a zarandear nuestro mundo.

—Hace muchos años —dijo Charlie— te expliqué que el poste de hierro en Lo Alto del Cielo atrae los rayos. Más que un pararrayos corriente, ¿te acuerdas?

—Sí.

—¿Viniste alguna vez aquí a verlo con tus propios ojos?

—No. —Mentí sin vacilar. Lo ocurrido en Lo Alto del Cielo en el verano de 1974 era algo entre Astrid y yo. Supongo que podría habérselo contado a Bree, si me hubiese preguntado por mi primera vez, pero no a Charlie Jacobs. A él jamás.

—En *De Vermis Mysteriis*, Prinn habla de «la inmensa maquinaria que mueve el molino del universo» y del río de fuerza que impulsa esa maquinaria. A ese río lo llama...

—*Potestas magnum universum* —dije.

Me miró con sorpresa, alzando sus pobladas cejas hacia lo que había sido en otro tiempo el nacimiento del pelo.

—Me equivocaba sobre ti. Al final resulta que no eres tonto.

El viento soplaba a rachas. Creaba veloces ondas en el césped, que no se cortaba desde hacía semanas. Yo seguía notando caliente en las mejillas ese aire rápido. Cuando se enfriase, llovería.

—Son los rayos, ¿no? —dije—. Eso es la *potestas magnum universum*.

—No, Jamie. —Hablaban casi con delicadeza—. Pese a su gran voltaje, el rayo es un simple *hilo* de fuerza, uno de los muchos que alimentan lo que yo llamo la electricidad secreta. Pero esa electricidad secreta, por imponente que pueda ser, es en sí misma solo un afluente. Alimenta algo mucho mayor, una fuerza que escapa a la comprensión de los seres humanos. *Esa* es la *potestas magnum universum* acerca de la que escribió Prinn, y de la que espero abastecerme hoy. Los rayos... y esto —alzó la caja que sostenía en sus manos huesudas— son solo medios para alcanzar un fin.

Nos adentramos entre los árboles, siguiendo el camino que había tomado Jenny

después de coger los huevos. Las ramas oscilaban por encima de nosotros; las hojas, que el viento y el granizo pronto arrancarían, mantenían una agitada conversación. Repentinamente levanté el pie del acelerador, y el carrito se detuvo de inmediato, como es propio de los vehículos eléctricos.

—Si tienes intención de abastecerte de los secretos del universo, Charlie, quizá deberías dejarme fuera de esto. Ya bastante miedo dan las curaciones. Estás hablando de... no sé... una especie de *puerta*.

Pequeña, pensé. Cubierta de hiedra muerta.

—Cálmate —dijo—. Sí, hay una puerta... Prinn habla de ella, y creo que Astrid también la mencionó... pero no quiero abrirla. Solo quiero mirar por el ojo de la cerradura.

—Santo Dios, ¿por qué?

Me miró con una especie de desprecio descontrolado.

—¿Al final va a resultar que sí eres un necio? ¿Cómo llamarías a una puerta que está cerrada a toda la humanidad?

—¿Por qué no me lo dices, y ya está?

Suspiró, como si me considerara un caso perdido.

—Sigue adelante, Jamie.

—¿Y si me niego?

—Entonces iré a pie, y cuando las piernas ya no me sostengan, iré a rastras.

Eso era un farol, por supuesto. *No podía* continuar sin mí. Pero yo entonces no lo sabía, así que seguí adelante.

La cabaña donde en su día hice el amor con Astrid había desaparecido. Donde antes se alzaba —torcida, desmoronándose sobre sí misma, llena de pintadas— había ahora un bonito chalet, blanco con molduras verdes. Tenía un recuadro de césped y vistosas flores de verano que al final del día ya no existirían, desgajadas por la tormenta. Al este del chalet, la calzada daba paso a la grava que yo recordaba de mis visitas a Lo Alto del Cielo en compañía de Astrid. Terminaba en aquella voluminosa bóveda de granito, donde el poste de hierro se alzaba hacia el cielo negro.

Jenny, vestida con una blusa de flores y un pantalón blanco de nailon de Enfermera Nancy, aguardaba en la escalera de entrada con los brazos cruzados debajo de los pechos y las manos ahuecadas en torno a los codos, como si tuviera frío. Un estetoscopio le colgaba del cuello. Me detuve ante los peldaños y rodeé el carrito por delante hasta donde Jacobs, con grandes esfuerzos, intentaba apearse. Jenny bajó y me

ayudó a ponerlo en pie.

—¡Ya están aquí, gracias a Dios! —Tenía que levantar la voz para hacerse oír por encima del viento, cada vez más intenso. Pinos y píceas se inclinaban y se doblegaban ante él—. ¡Pensaba que al final no vendrían! —Sonó un trueno, y al resplandecer el posterior relámpago, ella se encogió.

—¡Adentro! —insté a gritos—. ¡Ahora mismo!

El viento era ya más frío, y mi piel sudorosa registró el cambio en el aire con la precisión de un termómetro. La tormenta llegaría en cuestión de minutos.

Llevamos a Jacobs escaleras arriba, uno a cada lado. El viento agitaba en remolinos el fino cabello que le quedaba. Sostenía aún el bastón y estrechaba la caja de caoba contra el pecho en actitud protectora. Oí un traqueteo, miré hacia Lo Alto del Cielo y vi rodar la rocalla, desprendida del granito por las acometidas de los rayos de tormentas anteriores; el viento la arrastraba pendiente abajo y la lanzaba al vacío por el borde del precipicio.

Ya dentro, Jenny fue incapaz de cerrar la puerta. Yo sí lo conseguí, pero tuve que emplearme a fondo. Una vez cerrada, el aullido del viento disminuyó un poco. Oí crujir los huesos de madera del chalet, pero parecía robusto. No creía que fuéramos a salir volando, y el poste de hierro atraería cualquier rayo cercano. O eso esperaba.

—Hay media botella de whisky en la cocina. —Jacobs jadeaba pero por lo demás se lo veía tranquilo—. A menos que te lo hayas pulido, ¿eh, Jenny?

Ella negó con la cabeza. Pálida, tenía los ojos abiertos como platos y le brillaban, no por las lágrimas, sino por el terror. Se sobresaltaba a cada trueno.

—Tráeme un sorbo —me dijo Jacobs—. Un dedo bastará. Y sírvete uno para ti y otro para Jenny. Brindaremos por el éxito de nuestra empresa.

—No quiero una copa, ni quiero brindar por nada —dijo Jenny—. Solo quiero que esto acabe. Fue una locura por mi parte meterme en algo así.

—Vamos, Jamie —exhortó Jacobs—. Trae tres. Y deprisita. *Tempus fugit*.

La botella estaba en la encimera, junto al fregadero. Saqué dos vasos de zumo y serví un poco en cada uno. Yo bebía muy rara vez, por temor a que el alcohol me llevara de nuevo a la droga, pero en ese momento lo necesitaba.

Cuando regresé al salón, Jenny había desaparecido. El destello azul de un rayo iluminó las ventanas; las lámparas y las luces del techo parpadearon y al cabo de unos segundos volvieron a alumbrar con toda su intensidad.

—Ha tenido que ir a ver a nuestra paciente —informó Jacobs—. Yo me beberé el suyo. A menos que lo quieras tú, claro está.

—¿Me has mandado a la cocina para poder hablar con ella, Charlie?

—Qué idea tan absurda.

La mitad ilesa de su cara sonrió; la otra mitad permaneció seria y atenta. *Sabes que miento*, parecía decir esa mitad, *pero ahora ya es tarde. ¿No?*

Le entregué uno de los vasos y dejé el que correspondía a Jenny en una mesa auxiliar situada junto al sofá, donde alguien, con buen gusto, había dispuesto unas revistas en abanico. Me asaltó la idea de que posiblemente yo había penetrado en el cuerpo de Astrid por primera vez allí donde se encontraba esa mesa. *Aguanta, cariño*, había dicho ella. *Es maravilloso*.

Jacobs levantó el vaso.

—Brindo por...

Apuré el mío sin darle tiempo a acabar.

Me miró con expresión de reproche y se tomó el suyo de un trago, todo menos una gota que le resbaló por el lado paralizado de la boca.

—Te resulto odioso, ¿verdad? Lamento que opines así. Más de lo que imaginarás nunca.

—Odioso no, espeluznante. Cualquiera que anduviese jugueteando con fuerzas que no comprende me resultaría espeluznante.

Cogió el vaso de Jenny. El cristal amplió el lado paralizado de su cara.

—Podría discutirte, pero ¿para qué molestarse? La tormenta se nos echa encima, y cuando el cielo se despeje, nuestra relación habrá acabado. Pero al menos ten la hombría de admitir que sientes curiosidad. Eso es en gran medida lo que te ha traído hasta aquí. Quieres *saber*. Tanto como yo. Tanto como Prinn. La única que está aquí contra su voluntad es la pobre Jenny. Ha venido a pagar una deuda de amor. Lo que le otorga una nobleza de la que nosotros carecemos.

La puerta situada a sus espaldas se abrió. Me llegó un tufo a habitación de enfermo: orina, loción corporal, desinfectante. Jenny la cerró al salir, vio el vaso en la mano de Jacobs y se lo quitó. Tragó el contenido con una mueca y se le marcaron los tendones del cuello.

Jacobs se inclinó sobre el bastón y la examinó atentamente.

—¿He de suponer que...?

—Sí.

Retumbó un trueno. Jenny lanzó un breve grito y soltó el vaso vacío. Este cayó en la moqueta y rodó.

—Vuelve con ella —ordenó Jacobs—. Jamie y yo iremos enseguida.

Jenny volvió a entrar en la habitación de enfermo sin mediar palabra. Jacobs se volvió de cara a mí.

—Atiéndeme bien. Cuando entremos, verás una cómoda a tu izquierda. En el cajón de arriba hay un revólver. Me lo proporcionó Sam, el guardia de seguridad. No preveo que necesites utilizarlo, pero si se da el caso, Jamie... no te lo pienses dos veces.

—¿Por qué demonios iba yo...?

—Hemos hablado de cierta puerta. Es la puerta a la muerte, y tarde o temprano todos nosotros menguamos, nos reducimos a mente y espíritu, y en ese estado reducido atravesamos la puerta, dejando atrás nuestros cuerpos como guantes vacíos. A veces la muerte es por causas naturales, una bendición que pone fin al sufrimiento. Pero con mucha frecuencia se presenta como un asesino, rebosante de crueldad sin sentido y carente de toda compasión. Mi mujer y mi hijo, arrebatados en un accidente estúpido y absurdo, son un buen ejemplo de eso. Tu hermana es otro. Son tres entre millones. Durante gran parte de mi vida he arremetido contra aquellos que pretenden explicar esa estupidez, esa aberración, con palabrería sobre la fe y cuentos de hadas sobre el cielo. Esas tonterías nunca me han reconfortado, y estoy seguro de que tampoco te han reconfortado a ti. Y sin embargo... hay *algo*.

Sí, pensé justo cuando un trueno estallaba con fuerza y proximidad suficientes para sacudir los cristales de las ventanas en sus marcos. Ahí hay algo, detrás de la puerta, y algo pasará. Algo espantoso. A menos que yo lo impida.

—En mis experimentos he atisbado indicios de ese algo. He visto su forma en todas las curaciones realizadas por la electricidad secreta. Intuyo su presencia incluso en los efectos secundarios, algunos de los cuales tú has observado. Son los fragmentos residuales de una existencia desconocida más allá de nuestras vidas. Todo el mundo se pregunta en algún momento qué hay al otro lado del muro de la muerte. Hoy, Jamie, lo veremos con nuestros propios ojos. Quiero saber qué les pasó a mi mujer y a mi hijo. Quiero saber qué nos deparará el universo a todos nosotros cuando esta vida termine, y me propongo averiguarlo.

—No nos corresponde a nosotros verlo. —Mi conmoción era tal que apenas me salía la voz, y no tuve la seguridad de que me hubiera oído en medio de semejante vendaval, pero sí lo hizo.

—¿Vas a decirme que no piensas a diario en tu hermana Claire? ¿Que no te preguntas si aún existe en *algún sitio*?

No contesté, pero él asintió como si lo hubiese hecho.

—Claro que sí, y pronto tendremos las respuestas. Mary Fay nos las dará.

—¿Cómo va hacerlo? —Me sentía los labios dormidos, y no a causa del alcohol —. ¿Cómo, si la curas?

Con la mirada que me lanzó parecía preguntarme si de verdad estaba tan en la inopia.

—*No puedo* curarla. Esas ocho enfermedades que he mencionado fueron elegidas porque *ninguna* se puede tratar con la electricidad secreta.

El viento arreció hasta convertirse en un grito, y los primeros embates dispersos de lluvia azotaron la fachada oeste de la casa con tal fuerza que sonaron como guijarros arrojados.

—Jenny ha apagado el respirador de Mary Fay cuando veníamos del complejo. Lleva muerta casi quince minutos. Se le está enfriando la sangre. El ordenador que hay dentro de su cráneo, dañado por la enfermedad de la que ha sido portadora desde la infancia pero aun así maravilloso, se ha quedado a oscuras.

—Crees... realmente *crees*... —No pude acabar. No salía de mi asombro.

—Sí. He necesitado años de estudio y experimentación para llegar a este punto, pero sí. Utilizando los rayos como camino hacia la electricidad secreta, y la electricidad secreta como vía hacia la *potestas magnum universum*, me propongo traer a Mary Fay de vuelta a cierta forma de vida. Me propongo descubrir la verdad de lo que hay al otro lado de la puerta que lleva al Reino de la Muerte. Lo descubriré por boca de alguien que ha estado allí.

—Estás loco. —Me volví hacia la puerta—. No participaré en esto.

—Si realmente quieres marcharte, no puedo impedírtelo —dijo—, aunque salir con una tormenta como esta sería una temeridad. ¿Servirá de algo decirte que seguiré adelante sin ti, y que eso pondrá en peligro la vida de Jenny, además de la mía? Qué ironía, si ella muriera tan poco después de salvarse Astrid.

Me volví de espaldas. Tenía la mano en el picaporte; la lluvia martilleaba en la puerta. Un rayo estampó un breve rectángulo azul en la moqueta.

—*Puedes* averiguar qué ha sido de Claire. —Ahora hablaba en voz baja, tierna y aterciopelada, la voz del Pastor Danny en su versión más persuasiva.

La voz de un demonio tentador.

—Tal vez incluso consigas hablar con ella... oírle decir que te quiere. ¿No sería maravilloso? Siempre en el supuesto de que esté todavía ahí como entidad consciente, claro... *¿y no quieres saberlo?*

Destelló otro relámpago, y de la caja de caoba, a través de una rendija en el cierre, salió un asomo de luz emponzoñada, de color morado verdoso, presente por un momento, extinto al segundo siguiente.

—Por si te sirve de consuelo, la señorita Fay accedió a prestarse a este experimento. La documentación está en perfecto orden, incluida una declaración

jurada que me otorga poderes para interrumpir a mi arbitrio todas las «medidas heroicas», como se las llama. A cambio de esa breve y totalmente respetuosa utilización de sus restos mortales, el hijo de Mary quedará bajo la tutela de un generoso fondo fiduciario que le permitirá llegar hasta bien entrada la vida adulta. Aquí no hay víctimas, Jamie.

Eso dices tú, pensé. Eso dices tú.

Reverberó un trueno. Esta vez oí un leve chasquido justo antes del rayo. Jacobs también.

—Ha llegado la hora. Entra en la habitación conmigo o vete.

—Entraré —dije—. Y rezaré para que no pase nada. Porque esto no es un experimento, Charlie. Esto es obra del diablo.

—Piensa lo que quieras y reza cuanto gustes. Quizá tengas más suerte de la que he tenido yo... aunque la verdad es que lo dudo.

Abrió la puerta y lo seguí a la habitación donde había muerto Mary Fay.

Mary Fay, revivida.

Había una amplia ventana orientada al este en la cámara mortuaria de Mary Fay, pero en ese momento teníamos la tormenta casi encima, y lo único que veía a través del cristal era una cortina de lluvia de un tono plateado mate. La habitación era un nido de sombras pese a la lámpara de la mesilla. Rocé con el hombro izquierdo la cómoda que me había mencionado Jacobs, sin acordarme siquiera del revólver guardado en el primer cajón. Captaba toda mi atención la figura inerte que yacía en la cama de hospital. Nada me impedía verla con toda claridad, porque los diversos monitores estaban apagados y el soporte del gotero se hallaba en el rincón.

Era hermosa. Tras la muerte no se advertía en ella señal alguna de la enfermedad que había infestado su cerebro; su rostro —piel de alabastro realzada por la exuberante mata de cabello castaño— era tan perfecto como cualquier camafeo. Tenía los ojos cerrados; las pestañas, muy tupidas, caían sobre las mejillas, y los labios permanecían ligeramente separados. Una sábana la cubría hasta las axilas. Sus manos entrelazadas descansaban sobre el pecho, por encima de la curvatura del busto. Unos versos acudieron a mi memoria, de algún poema leído en las clases de literatura del instituto, y reverberaron en mi cabeza: «Tu pelo de jacinto, tu clásica belleza... Y tu figura de estatua se agiganta...».

Junto al respirador ya inservible, Jenny Knowlton se retorció las manos.

Cayó un rayo. En su momentáneo resplandor vi el poste de hierro en Lo Alto del Cielo, allí plantado desde hacía sabe Dios cuántos años, desafiando a las tormentas, una tras otra, a arremeter con todas sus fuerzas.

Jacobs me tendía la caja.

—Ayúdame, Jamie. Debemos actuar sin pérdida de tiempo. Cógela y ábrela. Yo me ocuparé del resto.

—No lo haga —dijo Jenny desde el rincón—. Por el amor de Dios, déjela descansar en paz.

Es posible que Jacobs no la hubiera oído a causa del repiqueteo de la lluvia y los rugidos del viento. Yo sí la oí, pero opté por hacer oídos sordos. Así es como nos labramos la condenación: desoyendo la voz que nos ruega que nos detengamos. Que nos detengamos cuando todavía estamos a tiempo.

Abrí la caja. No contenía varillas ni mando. En su lugar vi una diadema metálica, tan fina como la tirilla de un zapato de vestir de niña. Jacobs la sacó con cuidado — con actitud reverencial— y, tirando de los extremos suavemente, los separó. Y cuando cayó otro rayo, precedido una vez más del leve chasquido que yo ya conocía, vi que una radiación verde se propagaba por la diadema, confiriéndole un extraño aspecto, como si no fuera simple metal sin vida. Como si fuera, quizá, una serpiente.

—Jenny, levántale la cabeza —dijo Jacobs.

Ella se negó con un gesto tan vehemente que se le agitó el pelo.

Jacobs exhaló un suspiro.

—Jamie, hazlo tú.

Me acerqué a la cama como un hombre en un sueño. Me acordé de Patricia Farmingdale echándose sal a los ojos. De Emil Klein comiendo tierra. De Hugh Yates viendo a los fieles del Pastor Danny convertirse en hormigas enormes bajo la carpa de la reviviscencia. Pensé: *Toda curación tiene su precio.*

Se oyó otro *chasquido* y siguió el destello de otro rayo. Tronó, y la casa se estremeció. La lámpara de la mesilla se apagó. Por un momento la habitación quedó sumida en las sombras, y de pronto un generador cobró vida.

—¡Deprisa! —exclamó Jacobs. Su voz traslucía dolor.

Vi quemaduras en las palmas de sus manos. Pero se resistía a soltar la diadema. Era su último conductor, su vía de acceso a la *potestas magnum universum*, y pensé entonces (como ahora todavía lo pienso) que ni siquiera la muerte por electrocución lo habría inducido a soltarla.

—¡Deprisa, antes de que el rayo caiga en el poste!

Levanté la cabeza de Mary Fay. El pelo castaño se retiró de aquel rostro perfecto (y perfectamente inmóvil) en un diluvio que se encharcó en la almohada. Charlie se inclinó a mi lado. Respiraba con un jadeo ronco y agitado. Su aliento apestaba a vejez y enfermedad. Pensé que bien podría haber esperado unos meses e investigado personalmente qué había al otro lado de la puerta. Pero, por supuesto, no era eso lo que él quería. En el núcleo de toda religión establecida existe un misterio sagrado que sustenta la fe e induce a la fidelidad, incluso hasta el extremo del martirio. ¿Deseaba él saber qué había más allá de la puerta de la muerte? Sí. Pero lo que deseaba aún más vivamente —esto lo creo de todo corazón— era transgredir ese misterio. Arrastrarlo

hasta la luz y, sosteniéndolo en alto, clamar: *¡Hela aquí! ¡He aquí la razón de todas vuestras cruzadas y asesinatos en nombre de Dios! Hela aquí, ¿qué os parece?*

—El pelo... levántale el pelo. —Se volvió en actitud acusadora hacia Jenny, que permanecía amedrentada en el rincón—. ¡Maldita sea, te dije que se lo cortaras!

Ella no contestó.

Levanté el pelo a Mary Fay. Lo tenía tan suave y tupido como una madeja de seda, y comprendí por qué Jenny no se lo había cortado. No se vio con ánimos.

Jacobs deslizó la fina diadema metálica por la frente y se la colocó bien ceñida a las concavidades de las sienes.

—Bien —dijo a la vez que se erguía.

Con delicadeza, deposité la cabeza de la muerta en la almohada, y mientras contemplaba esas pestañas oscuras que le rozaban las mejillas, me asaltó un pensamiento reconfortante: aquello no daría resultado. Una cosa eran las curaciones; otra muy distinta revivir a una mujer que llevaba muerta quince minutos... no, para entonces ya casi media hora. Sencillamente no era posible. Y si un rayo cargado con millones de voltios llegaba a ejercer algún efecto —si debido al impacto la mujer contraía los dedos o movía la cabeza—, no tendría mayor trascendencia que cuando una rana muerta sacudía la pata al recibir la descarga eléctrica de una pila seca. ¿Qué pretendía Jacobs? Aun si el cerebro de aquella mujer hubiese sido un órgano perfectamente sano, estaría ya descomponiéndose en su cráneo. La muerte cerebral es irreversible; eso incluso yo lo sabía.

Retrocedí.

—¿Y ahora qué, Charlie?

—Esperaremos —contestó—. No será mucho tiempo.

Cuando la lámpara de la mesilla se apagó una segunda vez, al cabo de unos treinta segundos, no volvió a encenderse, y no oí ya el rugido del generador bajo el fragor del viento. Una vez ceñida la diadema metálica en torno a la cabeza de Mary Fay, Jacobs pareció perder todo interés en ella. Miraba por la ventana con las manos a la espalda como un capitán en el puente de mando de un navío. A través de aquella lluvia torrencial no se veía el poste de hierro —ni siquiera como una mancha borrosa—, pero sería de nuevo visible en cuanto cayera el rayo. Si es que caía. De momento, no lo había hecho. Quizá *sí existía* Dios, pensé, y había tomado partido contra Charles Jacobs.

—¿Dónde está el mando? —pregunté—. ¿Dónde está la conexión a ese poste de

ahí fuera?

Me miró como si yo fuera imbécil.

—Es imposible controlar la fuerza que hay más allá del rayo. Reduciría a cenizas incluso un bloque de titanio. En cuanto a la conexión... eres *tú*, Jamie. ¿No has sospechado siquiera el motivo por el que estás aquí? ¿Pensabas que te traje para prepararme las *comidas*?

Al oírse lo decir, me costó entender por qué no me había dado cuenta antes. Por qué había tardado tanto. En realidad la electricidad secreta nunca me había abandonado, ni a mí ni a ninguna de las personas a quienes el Pastor Danny había curado. A veces permanecía latente, como la enfermedad que se había ocultado tanto tiempo en el cerebro de Mary Fay. A veces despertaba y lo inducía a uno a comer tierra, o a echarse sal a los ojos, o a ahorcarse con su propio pantalón. Aquella pequeña puerta se abría con dos llaves. Mary Fay era una.

Yo era la otra.

—Charlie, tienes que poner fin a esto.

—¿*Ponerle fin*? ¿Estás loco?

No, pensé, el loco eres tú. Yo he recobrado la cordura.

Confié en que no fuera demasiado tarde.

—Algo espera al otro lado. Astrid lo llamó Madre. No creo que tú quieras verla, y sé que yo no quiero.

Me incliné para retirar el aro de metal de la frente de Mary Fay. Él me rodeó con los brazos y me apartó. Los tenía descarnados, y yo debería haber podido desprenderme de ellos, pero no pude, al menos en un primer momento. Me retuvo con toda la fuerza de su obsesión.

Mientras forcejeábamos en aquella habitación lúgubre, sumida en sombras, de pronto el viento cesó. La lluvia amainó. Por la ventana vi de nuevo el poste, y riachuelos de agua que corrían por las arrugas de la voluminosa frente de granito que era Lo Alto del Cielo.

Gracias a Dios, pensé. La tormenta está pasando de largo.

Dejé de pugnar con él justo cuando estaba a punto de zafarme, y perdí así la oportunidad de acabar con aquella abominación antes de que empezara. La tormenta no había terminado; solo había tomado aliento antes de iniciar su acometida mayor. El viento volvió a arreciar, esta vez con fuerza huracanada, y en la décima de segundo que tardó en caer el rayo, sentí lo mismo que el día que había estado allí con Astrid: se me erizó el vello de todo el cuerpo y me pareció que el aire en la habitación se convertía en aceite. Esta vez no fue un *chasquido*, sino una *DETONACIÓN*, tan

sonora como el estampido de un arma de pequeño calibre. Jenny lanzó un grito de terror.

Un trazo de fuego zigzagueante se desgajó de las nubes y alcanzó el poste de hierro en Lo Alto del Cielo, tornándolo azul. En mi cabeza resonó un inmenso coro de voces estridentes y supe que eran las de todos aquellos a quienes Charles Jacobs había curado, sumadas a las de aquellos que había fotografiado con la cámara de sus Retratos en Relámpagos. No solo los que habían sufrido efectos secundarios; todos ellos, millares. Si ese griterío se hubiera prolongado siquiera diez segundos, habría enloquecido. Pero cuando el fuego eléctrico que cubría el poste se desvaneció y dejó en él un tenue resplandor rojo cereza como el de un hierro de marcar recién sacado del fuego, esas voces agónicas se apagaron también.

Tronó, y la lluvia cayó a raudales, acompañada de un tamborileo de granizo.

—¡Dios mío! —exclamó Jenny—. ¡Dios mío! ¡Miren eso!

El aro en torno a la cabeza de Mary Fay emitía un intenso resplandor verde pulsátil. No solo lo vi con los ojos; estaba también en lo más hondo de mi cerebro, porque yo era la conexión. Yo era el conducto. El resplandor comenzó a perder intensidad, y de pronto otro rayo alcanzó el poste. El coro gritó de nuevo. Esta vez la diadema pasó de verde a un blanco deslumbrante, tan vivo que no se podía mirar. Cerré los ojos y me llevé las manos a los oídos. En la oscuridad permaneció la imagen residual del aro, ahora de un azul etéreo.

Las voces interiores se callaron. Abrí los ojos y vi apagarse también el fulgor engastado en el aro. Jacobs observaba el cadáver de Mary Fay con los ojos muy abiertos y cara de fascinación. Un hilo de baba le resbalaba desde el lado paralizado de la boca.

El granizo resonó en un furibundo redoble final y cesó. La lluvia empezó a amainar. Vi un rayo ramificarse entre los árboles más allá de Lo Alto del Cielo, pero la tormenta se desplazaba ya hacia el este.

De pronto Jenny abandonó la habitación y dejó la puerta abierta. La oí topar con algo al cruzar el salón, y el ruido de la puerta exterior —la misma que a mí me había costado tanto cerrar— al abrirse de par en par y batir contra la pared. Se había marchado.

Jacobs ni se dio cuenta. Se inclinó sobre la muerta, que yacía con los ojos cerrados y las pestañas de color azabache rozándole las mejillas. Ahora el aro no era más que metal sin vida. En la habitación en penumbra ni siquiera brillaba. Si había quemado la piel de la frente de Mary Fay, la marca quedaba debajo de la diadema. Pero me pareció poco probable; habría olido a carne chamuscada.

—Despierta —dijo Jacobs. Al ver que no obtenía respuesta, alzó más la voz—. ¡Despierta! —Le sacudió el brazo, al principio con delicadeza, luego con mayor violencia—. ¡Despierta! ¡Despierta, maldita sea! *¡Despierta!*

Con las sacudidas de Jacobs, la cabeza de la muerta se balanceó, como en un gesto de negación.

—*¡DESPIERTA, MALA PUTA, DESPIERTA!*

Si seguía así, iba a arrancarla de la cama y a tirarla al suelo, y yo no habría resistido una profanación más. Lo agarré por el hombro derecho y lo aparté. Tambaleantes, retrocedimos los dos en una torpe danza y chocamos con la cómoda.

Se volvió hacia mí, con una expresión enloquecida en el rostro a causa de la furia y la frustración.

—*¡Suéltame! ¡Suéltame! Salvé tu vida inútil y miserable y te exijo...*

Entonces algo pasó.

De la cama llegó un leve zumbido. Relajé los dedos en torno al hombro de Jacobs. El cadáver yacía tal como estaba antes, solo que ahora tenía las manos a los lados debido al zarandeo.

Solo ha sido el viento, pensé. Estoy seguro de que, con un poco de tiempo, podría haberme convencido de eso, pero antes siquiera de que pudiera intentarlo, se oyó otra vez: un tenue zumbido procedente de la mujer tendida en la cama.

—Está volviendo —dijo Charlie. Los ojos, enormes, se le salían de las órbitas, como a un sapo estrujado por un niño cruel—. Está reviviendo. Está *viva*.

—No —dije.

Si me oyó, no prestó atención. Estaba absorto en la mujer que yacía en la cama, inmerso el óvalo pálido de su rostro en las sombras flotantes que infestaban la habitación. Se abalanzó hacia ella como Ahab en el puente del *Pequod*, arrastrando la pierna impedida. Le asomaba la lengua por el lado de la boca que no tenía paralizado. Jadeaba.

—Mary —dijo—. Mary Fay.

El zumbido se repitió, bajo y atonal. Ella mantenía los ojos cerrados, pero advertí con un escalofrío de horror que los movía bajo los párpados, como si, en la muerte, soñara.

—¿Me oyes? —preguntó Jacobs, su voz seca a causa de un anhelo casi lascivo—. Si me oyes, dame una señal.

El zumbido prosiguió. Jacobs apoyó la palma de la mano en el pecho izquierdo de

la mujer y se volvió hacia mí. Para mi asombro, sonreía. En la penumbra parecía una calavera, el símbolo de la muerte.

—No le late el corazón —anunció—. Sin embargo vive. *¡Vive!*

No, pensé. Está esperando. Pero la espera casi ha terminado.

Jacobs se volvió nuevamente hacia ella y acercó el rostro semiparalizado hasta quedar a unos centímetros de la muerta: un Romeo con su Julieta.

—*¡Mary! ¡Mary Fay! ¡Vuelve con nosotros! ¡Vuelve y cuéntanos dónde has estado!*

Me resulta difícil recordar qué ocurrió a continuación, y más aún plasmarlo por escrito, pero debo hacerlo, aunque solo sea a modo de advertencia para algún otro que pueda plantearse tales experimentos con la condenación, porque quizá estas palabras, si llega a leerlas, lo disuadan.

Abrió los ojos.

Mary Fay abrió los ojos, pero no eran ya unos ojos *humanos*. El rayo había destruido la cerradura de una puerta que nunca debería haberse abierto, y la Madre cruzó el umbral.

Al principio eran unos ojos azules. De un azul intenso. En ellos no había nada. Carecían por completo de expresión. Miraban al techo a través del rostro ávido de Jacobs, y más allá del techo, y más allá del cielo nublado en lo alto. De pronto volvieron. Registraron la presencia de Jacobs, y asomó a ellos cierta comprensión, cierta intelección. La mujer emitió de nuevo el zumbido, pese a que yo no la había visto tomar aire en ningún momento. ¿Para qué? Era un cuerpo muerto... salvo por esos ojos inhumanos de mirada fija.

—¿Dónde has estado, Mary Fay? —preguntó Jacobs. Le temblaba la voz. Un hilo de saliva caía aún desde el lado dañado de su boca y dejaba manchas de humedad en la sábana—. ¿Dónde has estado? ¿Qué has visto allí? ¿Qué nos espera más allá de la muerte? *¿Qué hay al otro lado?* ¡Dímelo!

La cabeza de Mary Fay empezó a palpar, como si en su interior el cerebro muerto hubiese crecido en exceso para su envoltorio. Sus ojos comenzaron a oscurecerse. Primero adquirieron una tonalidad lavanda, luego violácea, por último añil. Contrajo los labios en una sonrisa que se ensanchó y acabó siendo una mueca. Se amplió hasta que le vi todos los dientes. Una de sus manos se desplazó lentamente por el cubrecama, al igual que una araña, y agarró a Jacobs por la muñeca. Él ahogó una exclamación al notar el contacto frío y agitó la mano libre en busca de apoyo. Se la

cogí, y de este modo los tres —dos vivos, una muerta— estuvimos unidos. La cabeza de ella palpitaba sobre la almohada. Crecía. *Se abotargaba*. Mary Fay ya no era hermosa; ya no era siquiera humana.

La habitación no se desvaneció; seguía allí, pero vi que era una ilusión óptica. El chalet era una ilusión óptica, como lo eran también Lo Alto del Cielo y el complejo. Todo el mundo de los vivos era una ilusión óptica. Lo que yo había considerado realidad era un telón de gasa, tan vaporoso como una vieja media de nailon.

El mundo *real* estaba detrás.

Bloques de basalto se elevaban hacia un cielo negro tachonado de estrellas ululantes. Creo que esos bloques eran los únicos vestigios de una enorme ciudad en ruinas. Se hallaba en medio de un paisaje yermo. Yermo, pero no vacío. Por este paraje avanzaba penosamente una columna ancha y en apariencia interminable de seres humanos desnudos, con la cabeza gacha, a trompicones. Esta procesión pesadillesca llegaba hasta el horizonte lejano. Acuciaban a los humanos unas criaturas semejantes a hormigas, en su mayoría negras, algunas del color rojo oscuro de la sangre venosa. Cuando los humanos caían, los seres hormigas se abalanzaban sobre ellos, para morderlos y golpearlos hasta que volvían a ponerse en pie. Vi hombres jóvenes y mujeres viejas. Vi adolescentes con bebés en los brazos. Vi niños que intentaban ayudarse mutuamente a seguir. Y en todos sus rostros se dibujaba la misma expresión de horror e incompreensión.

Avanzaban bajo las estrellas ululantes, caían, recibían su castigo y se veían obligados a ponerse en pie con mordeduras en los brazos, las piernas y el abdomen, heridas abiertas pero sin sangre. Sin sangre porque aquellos eran los muertos. Allí el absurdo espejismo concebido en la vida terrenal había sido erradicado, y lo que aguardaba a los muertos, en lugar del cielo prometido por los predicadores de todas las confesiones, era una ciudad muerta de ciclópeos bloques de piedra bajo un cielo que era en sí mismo un telón de gasa. Las estrellas ululantes no eran estrellas en absoluto. Eran *orificios*, y los ululatos que surgían de estos procedían de la verdadera *potestas magnum universum*. Más allá del cielo había *entidades*. Entidades vivas, omnipotentes y absolutamente locas.

Los efectos secundarios son los fragmentos residuales de una existencia desconocida más allá de nuestras vidas, había dicho Charlie, y esa existencia no andaba lejos de ese lugar estéril, un mundo prismático de verdades demenciales que llevarían a un hombre o a una mujer a la locura si lo vislumbrara. Los seres hormigas estaban al servicio de esas grandes entidades, tal como esos muertos desnudos, en su avance, estaban al servicio de los seres hormigas.

Tal vez la ciudad no fuese siquiera una ciudad, sino una especie de hormiguero donde todos los muertos de la tierra eran primero esclavizados y luego devorados. Y cuando eso ocurría, ¿morían por fin para siempre? Quizá no. Yo no deseaba recordar el pareado que Bree reprodujo en su email, pero me fue imposible evitarlo: «Que no está muerto lo que eternamente yace, / y en los eones por venir aun la muerte puede morir».

En medio de esa horda en movimiento, en algún lugar, estaban Patsy Jacobs y Morrie el Lapa. En algún lugar estaba Claire, que merecía el cielo y sin embargo había recibido eso: un mundo estéril bajo estrellas huecas, un reino de huesos, un gran osario, donde los guardianes, esos seres hormigas, a veces caminaban sobre todas sus patas y a veces se erguían, sus rostros siniestras evocaciones de los rasgos humanos. *Este horror era la otra vida, y esperaba no solo a los malvados de entre nosotros, sino a todos.*

Mi mente empezó a tambalearse. Fue un alivio, y casi me abandoné. Una idea me salvó de la locura, y todavía me aferro a ella: la posibilidad de que ese paisaje de pesadilla fuera a su vez un espejismo.

—¡No! —exclamé.

Los muertos en movimiento se volvieron hacia mi voz. Lo mismo hicieron los seres hormigas, a la vez que les rechinaban las mandíbulas y les refulgían los repulsivos ojos (repulsivos pero *inteligentes*). En lo alto, el cielo empezó a rasgarse, oyéndose el titánico desgarrón. Lo traspasó una enorme pata negra revestida de guedejas de pelo espinoso. La pata terminaba en una colosal garra compuesta de rostros humanos. Aquella a quien pertenecía la pata deseaba una única cosa y nada más: acallar la voz de la negación.

Era la Madre.

—¡No! —repetí—. ¡No, no, no, no!

Era nuestra conexión con la muerta revivida lo que causaba esa visión; eso lo sabía incluso en mi horror extremo. La mano de Jacobs se cerró en torno a la mía como un grillete. Si hubiese sido su mano derecha —la *ilesa*—, yo no habría podido zafarme a tiempo. Pero era la izquierda, debilitada. Tiré con todas mis fuerzas a la vez que aquella pata abominable se acercaba a mí y aquella garra de rostros vociferantes buscaba a tientas, con la intención de arrastrarme hasta ese universo incognoscible de horror que aguardaba más allá del cielo negro de papel. En ese momento, a través de la raja abierta en el firmamento, vi luces y colores demenciales no concebidos para que criaturas mortales posaran sus ojos en ellos. Los colores tenían vida. Los sentía reptar por encima de mí.

De un último tirón, me liberé de la mano de Charlie y retrocedí tambaleante. El llano vacío, la inmensa ciudad rota, la garra buscando a tientas... todo desapareció. Yo volvía a estar en la habitación del chalet, desmadejado en el suelo. Mi antiguo quinto en discordia se hallaba de pie junto a la cama. Mary Fay —o la siniestra criatura cuya presencia había emplazado Jacobs en su cadáver y su cerebro muerto por medio de la electricidad secreta— le agarró la mano. Su cabeza se había transformado en una medusa pulsátil de rostro humano, un rostro burdamente dibujado encima. Sus ojos eran de un negro mate. Su sonrisa... uno habría dicho que nadie podía sonreír *realmente* de oreja a oreja, que eso es solo una manera de hablar, pero la muerta que ya no estaba muerta hacía precisamente eso. La mitad inferior de su cara se había convertido en una fosa negra que temblaba y palpitaba.

Jacobs la miró con ojos desorbitados. Su rostro presentaba ahora un color blanco amarillento.

—¿Patricia? ¿Patsy? ¿Dónde estás? ¿Dónde está Morrie?

La cosa habló por primera y última vez.

—*Ha ido a servir a los Grandes, en el Vacío. Sin muerte, sin luz, sin descanso.*

—No. —Hinchó el pecho y lo repitió a voz en grito—. ¡No!

Intentó apartarse. Ella —*ello*— lo sujetó firmemente.

En ese momento salió de la boca abierta de la mujer muerta una pata negra con una garra contraída en el extremo. La garra tenía vida; era un rostro. Un rostro que reconocí. Era Morrie el Lapa, y gritaba. Oí un tenebroso roce cuando la pata pasó entre los labios de la muerta; en mis pesadillas todavía lo oigo. Salió, se desplegó, tocó la sábana y allí escarbó como dedos sin piel, chamuscando la tela con su contacto, dejando marcas negruzcas de las que se elevaban volutas de humo. Los ojos negros de la cosa que había sido Mary Fay se dilataron y abandonaron las órbitas. Se fundieron sobre el caballete de la nariz y pasaron a ser un único globo ocular enorme que miraba con inexpresiva avidez.

Charlie echó atrás la cabeza en un brusco respingo y emitió un gorgoteo gutural. Poniéndose de puntillas, pareció realizar un último esfuerzo galvánico por zafarse de la mano que lo tenía agarrado, la mano de la cosa que pretendía traspasar el umbral de aquel inframundo que, como ahora sé, está muy cerca del nuestro. De repente se desplomó de rodillas, cayó de bruces y fue a dar con la frente en la cama. Parecía que estuviera rezando.

La cosa lo soltó y posó en mí su atroz atención. Apartó la sábana y, con gran esfuerzo, trató de levantarse, asomando aún la pata negra de insecto de las fauces que tenía por boca. Ahora el rostro de Patsy se había sumado al de Morrie. Fundidos, se

retorcían.

Me erguí apoyando la espalda en la pared e impulsándome con las piernas. El rostro abotargado y pulsátil de Mary Fay se oscurecía, como si se asfixiara por efecto de la cosa que llevaba dentro. Aquel ojo negro, terso, mantenía la mirada fija, y se me antojó ver, reflejada en él, la ciudad ciclópea y la interminable columna de muertos en movimiento.

No recuerdo el momento en que abrí el primer cajón de la cómoda; solo sé que súbitamente tenía el arma en la mano. Creo que si hubiese sido una pistola automática con el seguro puesto, habría permanecido allí inmóvil, apretando el gatillo trabado, hasta que la cosa se levantara de la cama, cruzara a rastras la habitación y me atrapara. Esa garra habría tirado de mí y me habría arrastrado hasta la boca abierta, y hasta ese otro mundo, donde se me impondría algún castigo atroz por osar decir una única palabra: *No*.

Pero no era una pistola automática. Era un revólver. Disparé cinco veces, y cuatro de las balas alcanzaron a la cosa que intentaba levantarse del lecho de muerte de Mary Fay. Tengo razones para saber con toda exactitud cuántas veces disparé. Oí los estampidos del arma, vi los sucesivos fogonazos en la oscuridad, sentí las sacudidas del retroceso en la mano, pero fue como si todo eso le ocurriera a otra persona. La cosa se revolvió y cayó de espaldas. Los rostros fundidos gritaron a través de bocas que se habían fundido. Recuerdo que pensé: *No puedes matar a la Madre con balas, Jamie. No, a ella no*.

Pero ya no se movía. La abominación que había salido de su boca yacía ahora, flácida, desparramada sobre la almohada. Los rostros de la mujer y el hijo de Jacobs se desvanecían. Me tapé los ojos y grité, una y otra vez. Grité hasta enronquecer. Cuando bajé las manos, la garra había desaparecido. También la Madre había desaparecido.

Si es que en realidad estuvo, dirán ustedes, y no los culpo; tampoco yo daría crédito a todo esto si no hubiera estado presente. Pero sí estaba. *Ellos* sí estaban, los muertos. Y *ella* sí estaba.

En ese momento, no obstante, era solo Mary Fay, una mujer cuya apariencia de serenidad en la muerte había quedado destruida por cuatro balazos disparados contra el cadáver. Yacía ladeada, con el pelo esparcido alrededor de la cabeza y la boca desencajada. Vi dos orificios de bala en su camisón y otros dos más abajo, en la sábana arrebujada ahora en torno a sus caderas. Vi también las marcas negruzcas en la tela chamuscada allí donde la horrenda garra se había posado, aunque ahora no quedaba ningún otro rastro de ella.

Jacobs empezó a resbalar muy lentamente a la izquierda. Alargué el brazo, pero tuve la sensación de que mi movimiento era lento e impreciso. No llegué a sujetarlo ni remotamente. Con las rodillas aún dobladas, cayó al suelo de costado, acompañado el impacto de un ruido sordo. Tenía los ojos abiertos como platos, pero empezaban ya a vidriársele. Una indescriptible expresión de horror le había quedado grabada en las facciones.

Charlie, vaya cara que se te ha quedado. Cualquiera diría que acaba de pasarte la corriente, pensé, y me eché a reír. Vaya si me reí. Me doblé por la cintura y me agarré las rodillas para no caerme. Era casi insonora, esa risa —estaba afónico de tanto gritar—, pero sincera. Porque aquello *tenía* su gracia. Lo captan, ¿no? ¡Pasarle la corriente! ¡Todo un shock, un electroshock! ¡De lo más cómico!

Pero mientras me reía —me tronchaba, me descoyuntaba de risa— mantuve la mirada fija en Mary Fay, en espera de que la pata negra y peluda asomara otra vez de su boca y en ella aparecieran aquellos rostros vociferantes.

Al final, tambaleándome, abandoné la cámara mortuoria y crucé el salón. En la moqueta había unas cuantas ramas rotas, arrojadas por el viento a través de la puerta, que Jenny Knowlton había dejado abierta. Crujieron como huesos bajo mis pies y deseé gritar otra vez, pero estaba demasiado cansado. Dios, qué cansado estaba.

La masa de nubes se desplazaba hacia el este, lanzando rayos ramificados a su paso; pronto las calles de Brunswick y Freeport se inundarían, los sumideros de las cloacas se atascarían momentáneamente por efecto del granizo, pero entre esas nubes oscuras y el lugar donde yo estaba se formó un arco iris multicolor que abarcaba el condado de Androscoggin en toda su amplitud. ¿No había arco iris el día que Astrid y yo estuvimos allí?

«Dios dio a Noé la señal del arco iris», cantábamos durante la catequesis los jueves por la tarde, mientras Patsy Jacobs se mecía en la banqueta del piano y su coleta oscilaba. Se suponía que un arco iris era una *buena* señal, significaba que se había acabado la tormenta, pero al ver aquel me invadió una nueva sensación de horror y repulsión, porque me recordó a Hugh Yates. Hugh y sus prismáticos. Hugh, que también había visto a los seres hormigas.

El mundo empezó a oscurecerse. Me di cuenta de que estaba a punto de desmayarme, y me pareció bien. Quizá cuando despertara, mi mente habría borrado todo aquello. Eso sería incluso mejor. Incluso la locura sería mejor... siempre y cuando la Madre no estuviera presente en ella.

La muerte sería lo mejor de todo. Robert Rivard lo sabía; Cathy Morse lo sabía también. Entonces me acordé del revólver. Sin duda quedaba una bala para mí, pero

no me pareció la solución. Quizá lo habría sido si no hubiese oído lo que la Madre dijo a Jacobs: *Sin muerte, sin luz, sin descanso*.

Solo los Grandes, había añadido.

En el Vacío.

Me fallaron las rodillas y, al notar que me desplomaba, me apoyé en el marco de la puerta. Fue entonces cuando entré en un estado de inconsciencia.

Efectos secundarios.

Esos hechos ocurrieron hace tres años. Ahora resido en Kailua, no muy lejos de mi hermano Conrad. Es un bonito pueblo costero en Big Island. Vivo en Oneawa Street, una calle de un barrio a cierta distancia de la playa y no precisamente elegante, pero el apartamento es espacioso y —al menos para Hawái— barato. Además, está cerca de Kuulei Road, y ese es un detalle importante. El Centro Psiquiátrico Brandon L. Martin está en Kuulei Road, y es ahí donde pasa consulta mi psiquiatra.

Edward Braithwaite dice que tiene cuarenta y un años, pero yo le habría echado treinta. He descubierto que cuando uno llega a los sesenta y un años —yo los cumpliré este agosto—, todos los hombres y las mujeres de edades comprendidas entre veinticinco y cuarenta y cinco aparentan treinta. Es difícil tomarse en serio a la gente cuando da la impresión de que justo acaban de superar los Fatídicos Veinte (o lo es para mí), pero con Braithwaite hago un esfuerzo, porque mis sesiones con él me han ayudado mucho... aunque más me han ayudado, debo añadir, los antidepresivos. Sé que algunas personas no los ven con buenos ojos. Sostienen que las pastillas adormecen tanto su pensamiento como sus emociones, y doy fe de que así es.

Gracias a Dios, así es.

Encontré a Ed gracias a Con, que dejó la guitarra por el deporte y dejó el deporte por la astronomía... aunque sigue siendo una fiera del voleibol, y tampoco se desenvuelve nada mal en la pista de tenis.

Le he contado al doctor Braithwaite todo lo que han leído ustedes en estas páginas. No me he guardado nada. Él no se cree la mayor parte, por supuesto —¿quién en su sano juicio se lo creería?—, ¡pero qué alivio contarle! Y ciertos elementos del relato le han dado qué pensar, porque son constatables. El Pastor Danny, por ejemplo. Aun ahora, una búsqueda en Google de ese nombre da casi un millón de resultados; compruébenlo ustedes mismos si no me creen. Si sus curaciones fueron verdaderas o no sigue siendo objeto de debate, pero eso puede afirmarse incluso del papa Juan

Pablo, quien, cuando vivía, presuntamente curó de párkinson a una monja francesa y, seis años después de morir, curó a una costarricense de un aneurisma. (¡Un buen truco!). Lo ocurrido a muchas de las personas sanadas por Charlie —lo que se hicieron a sí mismas o lo que hicieron a otros— es también una realidad, no simples conjeturas. Ed Braithwaite cree que introduce esos datos en mi narración para conferirle verosimilitud. El año pasado, un día, casi llegó a decírmelo claramente, cuando citó textualmente una frase de Jung: «Los fabuladores más brillantes del mundo están en manicomios».

Yo no estoy en un manicomio; cuando acabo mis sesiones en el Psiquiátrico Martin, tengo entera libertad para marcharme y volver a mi apartamento silencioso y soleado. Doy gracias por ello. Doy gracias también por estar vivo, porque muchas de las personas sanadas por el Pastor Danny no lo están. Entre el verano de 2014 y el otoño de 2015 se suicidaron a docenas, quizá a centenares; es difícil saberlo con certeza. No puedo por menos de imaginarlos despertando en ese otro mundo, avanzando desnudos bajo las estrellas ululantes, hostigados por espantosos soldados hormigas, y me alegro mucho de no estar entre ellos. Creo que la gratitud por la vida, sea cual sea la causa, indica que uno ha conseguido aferrarse al eje de su cordura. He aprendido a convivir con el hecho de que he perdido para siempre parte de mi cordura —amputada, como un brazo o una pierna— por lo que vi en la habitación donde murió Mary Fay.

Y durante cincuenta minutos todos los martes y jueves, entre las dos y las dos cincuenta, hablo.

Vaya si hablo.

La mañana posterior a la tormenta desperté en uno de los sofás del vestíbulo del complejo turístico de Monte Cabra. Me dolía la cara y tenía la vejiga a punto de reventar, pero no sentía el menor deseo de hacer mis necesidades en los lavabos de hombres situados frente al restaurante. Allí había espejos, y yo no quería ver ni de pasada mi imagen reflejada.

Salí afuera a mear y vi uno de los carritos de golf del complejo estampado contra los peldaños del porche. Había sangre en el asiento y en el rudimentario salpicadero. Me miré la camisa y vi más sangre. Cuando me llevé la mano a la nariz hinchada, se desprendió en mi dedo una costra granate. Deduje, pues, que había conducido el carrito de golf, y lo había estrellado, y me había golpeado la cara, aunque no recordaba nada de eso.

Decir que no quería volver al chalet próximo a Lo Alto del Cielo sería quedarme corto, pero no me quedaba más remedio. Subir al carrito de golf fue la parte fácil. Descender en él nuevamente por el camino a través del bosque fue más difícil, y cada vez que tenía que detenerme para apartar ramas caídas, luego me costaba más seguir adelante. Me palpitaba la nariz y me martilleaba la cabeza a causa de una cefalea inducida por la tensión.

La puerta seguía abierta. Aparqué, me apeé del carrito, y en un primer momento solo fui capaz de quedarme allí parado, frotándome la nariz hinchada hasta que empezó a sangrar de nuevo. Era un día soleado, magnífico —la tormenta se había llevado todo el calor y la humedad—, pero el espacio más allá de esa puerta abierta era una caverna de sombras.

No hay nada de qué preocuparse, me dije. No pasará nada. Se acabó.

Pero ¿y si no era así? ¿Y si ese *algo* aún estaba pasando?

¿Y si *ella* estaba esperándome, y lista para tender hacia mí aquella garra hecha de rostros?

Me obligué a subir por la escalera, peldaño a peldaño, y cuando un cuervo lanzó un áspero graznido desde el bosque a mis espaldas, me encogí y grité y me tapé la cabeza. Lo único que me impidió huir a toda prisa fue saber que si no veía lo que había allí dentro, la habitación donde murió Mary Fay me obsesionaría durante el resto de mi vida.

No vi ninguna abominación pulsátil con un único ojo negro. La Paciente Omega de Charlie yacía tal como la había visto antes, con dos orificios de bala en el camisón y otros dos en la sábana en torno a las caderas. Tenía la boca abierta, y aunque no se veía el menor rastro de aquella horrenda protuberancia negra, ni siquiera intenté convencerme de que lo había imaginado todo. Sabía que no era así.

La diadema metálica, ahora mate y oscura, aún le ceñía la frente.

La posición de Jacobs había cambiado. En lugar de yacer de costado junto a la cama con las rodillas dobladas, estaba sentado al otro lado de la habitación, apoyado en la cómoda. En un primer momento pensé que Jacobs no debía de estar aún muerto cuando me fui de allí. El terror le había provocado otro derrame cerebral, pero no fatal de manera inmediata. Jacobs había recobrado el sentido, se había arrastrado hasta la cómoda y había muerto allí.

Podría haber sido así, salvo por el revólver que tenía en la mano.

Me quedé mirándolo durante largo rato y, con la frente arrugada, rebusqué en mi memoria. No recordé nada en ese momento, y pese a los ofrecimientos de Braithwaite, no me he dejado hipnotizar para ver si así es posible rescatar los recuerdos

bloqueados. Mi renuencia se debe en parte a que temo lo que la hipnosis podría desenterrar en las regiones más oscuras de mi psique. Pero se debe sobre todo a que sé lo que debió de ocurrir.

Aparté la vista del cadáver de Charlie (aquella expresión de horror seguía grabada en su rostro) para mirar a Mary Fay. Yo había disparado el revólver cinco veces, de eso estaba seguro, pero a ella solo la habían alcanzado cuatro balas. Había errado uno de los tiros, lo cual no es sorprendente si tenemos en cuenta el estado en que me encontraba. Cuando alcé la vista hacia la pared, vi allí *dos* orificios de bala.

¿Acaso la noche anterior yo había ido al complejo y luego regresado al chalet? Supuse que era posible, pero me pareció improbable que hubiese sido capaz de reunir el valor para eso, ni siquiera en un estado de inconsciencia. No, había preparado ese escenario antes de irme. *Luego* volví al complejo, estrellé el carrito de golf, subí tambaleante por la escalera y me dormí en el vestíbulo.

Charlie no había cruzado la habitación a rastras; lo había arrastrado yo. Lo dejé apoyado en la cómoda, le puse el arma en la mano derecha y la disparé contra la pared. Quizá los policías que tarde o temprano descubrieran esa extraña escena no examinaran la mano de Charlie en busca de residuos de pólvora, pero si lo hacían, los encontrarían.

De buena gana le habría tapado la cara a Mary Fay, pero debía dejarlo todo tal como estaba, y mi mayor deseo era huir de esa habitación de sombras. Sin embargo me quedé aún un momento más. Me arrodillé junto a mi antiguo quinto en discordia y toqué una de sus delgadas muñecas.

—Deberías haberlo dejado correr, Charlie —dije—. Deberías haberlo dejado correr hace mucho.

Pero ¿podría haberlo dejado? Sería cómodo decir que sí, porque eso me permitiría atribuir la culpa a alguien. Solo que entonces tendría que culparme también a mí mismo, porque tampoco yo lo había dejado correr. La curiosidad es algo espantoso, pero es humana.

Muy humana.

—**Yo ni siquiera había estado allí** —dije al doctor Braithwaite—. Eso decidí, y solo una persona podía declarar que sí había estado.

—La enfermera —dijo Ed—. Jenny Knowlton.

—Pensé que no tenía más remedio que ayudarme. Teníamos que ayudarnos mutuamente, y la manera de hacerlo era decir que nos habíamos marchado juntos de

Monte Cabra cuando Jacobs empezó a desvariar, decidido a desconectar el soporte vital de Mary Fay. Estaba seguro de que Jenny me seguiría la corriente, aunque fuera solo para asegurarse de que yo no delataba su participación en aquello. No tenía su número de móvil, pero sabía que Jacobs sí. Guardaba la agenda en la Suite Cooper, y efectivamente allí figuraba el número. Telefoneé y salió el buzón de voz. Le pedí que me devolviera la llamada. También constaba en la agenda el número de Astrid, así que acto seguido probé con ella.

—Y también salió el buzón de voz.

—Sí. —Me tapé la cara con las manos. Para entonces, los días en que Astrid contestaba el teléfono habían terminado—. Sí, así es.

He aquí lo que ocurrió. Jenny regresó al complejo en el carrito de golf; Jenny montó en su Subaru; Jenny viajó hasta la isla de Monte Desierto sin parar. Solo quería el consuelo de estar en casa. Eso incluía a Astrid, y esta en efecto estaba esperándola. Encontraron los cuerpos de las dos mujeres junto a la puerta de entrada. Astrid debió de clavar el cuchillo de trinchar en la garganta de Jenny en cuanto apareció. Luego lo utilizó para cortarse las venas. Lo hizo en diagonal, que no es la técnica recomendada... pero se hundió la hoja hasta el hueso. Las imagino a las dos allí tendidas en charcos de sangre a medio secar mientras sonaban primero el teléfono de Jenny en su bolso y luego el de Astrid en la encimera de la cocina, bajo el cuchillero. No *quiero* imaginarlo, pero me resulta inevitable.

No todas las personas sanadas por Jacobs se suicidaron, pero sí lo hicieron muchas de ellas a lo largo de los años siguientes. No todas se llevaron consigo a seres queridos, pero sí fue así en unos cincuenta casos. Esto lo sé por mis investigaciones, de las que hice partícipe a Ed Braithwaite. Él preferiría considerarlo una coincidencia y desecharlo. No puede hacerlo sin más; aun así, le complace poner en tela de juicio mis propias conclusiones a partir de este despliegue de locura, suicidios y asesinatos: la Madre exige sacrificios.

Patricia Farmingdale, la mujer que se echó sal a los ojos, recobró la vista lo suficiente para asfixiar a su anciano padre en su cama antes de volarse los sesos con la Ruger de su marido. Emil Klein, el devorador de tierra, mató a tiros a su mujer y a su hijo, y luego fue a su garaje, se roció con gasolina del cortacésped y encendió una cerilla. Alice Adams —curada de cáncer en una sesión de reviviscencia en Cleveland

—entró en una tienda de abastos con el AR-15 de su novio y disparó, matando a tres personas al azar. Después de vaciar el cargador, sacó del bolsillo una pistola de cañón corto, calibre 38, y se descerrajó un tiro en el velo del paladar. Margaret Tremayne, una de las personas sanadas por el Pastor Danny en San Diego (enfermedad de Crohn), arrojó a su hijo de corta edad por el balcón de su apartamento de una octava planta y a continuación se lanzó detrás de él. Según los testigos presenciales, no emitió el menor sonido mientras caía.

Estaba también Al Stamper. Probablemente ya se habrán enterado de lo suyo; ¿cómo pasar por alto los estridentes titulares en la prensa sensacionalista vendida en los supermercados? Invitó a cenar a sus dos exmujeres, pero una de ellas —la segunda, creo— se retrasó por un atasco, lo cual fue una suerte para ella. Al llegar a la casa de Stamper en Westchester, la puerta estaba abierta. Entró y encontró a la Esposa Número Uno atada en una silla ante la mesa del comedor con la coronilla hundida. El exvocalista de los Vo-Lites salió de la cocina blandiendo un bate de béisbol impregnado de sangre y pelo. La Esposa Número Dos huyó gritando de la casa, perseguida por Stamper. A medio recorrer la calle residencial, se desplomó en la acera, muerto de un infarto. Cosa que no es de extrañar: era obeso.

Seguramente no encontré todos los casos, desperdigados por el país y confundidos entre los muchos estallidos de violencia sin sentido que parece formar parte cada vez más de la vida cotidiana de Estados Unidos. Bree podría haber encontrado más, pero no me habría ayudado aunque fuera aún soltera y viviera en Colorado. Bree Donlin-Hughes no quiere saber nada de mí hoy día, y lo comprendo perfectamente.

El año pasado, poco antes de Navidad, Hugh telefoneó a la madre de Bree y le pidió que se pasara por su despacho en la casa grande. Dijo que tenía una sorpresa para ella, y sin duda la tenía. Estranguló a su antigua amante con el cable de una lámpara, acarreó el cadáver hasta el garaje y lo colocó en el asiento del acompañante de su Lincoln Continental de época. Luego se sentó al volante, arrancó el motor, puso un poco de rock en la radio y aspiró los gases de escape.

Bree sabe que prometí mantenerme alejado de Jacobs... y Bree sabe que mentí.

—**Supongamos que todo es verdad** —dijo Ed Braithwaite durante una de nuestras recientes sesiones.

—Qué osado por su parte —comenté.

Sonrió, pero no se desvió del tema.

—Aun así, de ahí no se desprendería que su visión de esa otra vida espeluznante sea una visión *real*. Sé que aún lo obsesiona, Jamie, pero piense en todas las personas, sin excluir a Juan de Patmos, autor del Apocalipsis, que han tenido visiones del cielo y el infierno. Ancianos... ancianas... incluso niños sostienen que han echado un vistazo al otro lado del velo. *El cielo es real* es en esencia la visión de la otra vida tal como la concibió un niño que estuvo a punto de morir a los cuatro...

—Colton Burpo —atajé—. Lo leí. Habla de un caballito que solo puede montar Jesús.

—Ríase todo lo que quiera —dijo Braithwaite con un gesto de indiferencia—. Bien sabe Dios que ese es un relato del que es fácil reírse... pero Burpo también se reunió con una hermana abortada cuya existencia desconocía. Eso es información constatable. Como todos esos asesinatos y posteriores suicidios.

—Muchos asesinatos y posteriores suicidios; Colton, en cambio, solo se reunió con una hermana —aduje—. La diferencia es cuantitativa. Nunca he estudiado estadística, pero eso lo sé.

—Con mucho gusto daré por supuesto que la visión de la otra vida de ese niño es falsa, porque refuerza mi tesis de que su visión, la de usted, esa ciudad estéril, los seres hormigas, el cielo de papel negro, es igualmente falsa. Ve adónde quiero ir a parar, ¿no?

—Sí. Y de buena gana me lo creería yo también.

Claro que me lo creería de buena gana. Yo y cualquiera. Porque a todos nos llega la muerte, y la idea de ir al sitio que vi no simplemente ha proyectado una sombra sobre mi vida; ha convertido esa vida en algo endeble e insignificante en apariencia. No, no solo mi vida, *todas* las vidas. Me aferro, pues, a un único pensamiento. Es mi mantra, lo primero que me digo por la mañana y lo último que me digo por la noche.

La Madre mintió.

La Madre mintió.

La Madre mintió.

A veces casi lo creo... pero hay razones por las que no lo consigo del todo.

Hay *signos*.

Antes de volver a Nederland —donde descubriría que Hugh se había quitado la vida después de asesinar a la madre de Bree— fui al hogar de mi infancia en Harlow. Para eso existían dos razones. Después de hallarse el cadáver de Jacobs, quizá la policía se pusiera en contacto conmigo y me pidiera alguna explicación sobre mi estancia en

Maine. Eso me parecía importante (aunque al final no ocurrió), pero otra cosa era aún más importante: necesitaba el consuelo de un lugar conocido, y de personas que me quisieran.

No lo recibí.

Se acuerdan de Cara Lynne, ¿verdad? ¿Mi sobrina nieta? ¿La que llevé en brazos de aquí para allá en la fiesta del puente de primeros de septiembre de 2013, hasta que se quedó dormida en mi hombro? ¿La que tendía los brazos hacia mí cada vez que me acercaba? Cuando entré en la casa donde me había criado, Cara Lynne estaba entre su madre y su padre, sentada en una anticuada sillita que quizá había ocupado yo mismo en otro tiempo. Cuando la niña me vio, empezó a gritar y a agitarse de lado a lado con tal vehemencia que se habría caído al suelo si su padre no la hubiese cogido a tiempo. La niña escondió la cara en el pecho de su padre, berreando aún a pleno pulmón. Solo calló cuando su abuelo Terry me acompañó al porche.

—¿A qué demonios viene *eso*? —preguntó, medio en broma, medio en serio—. La última vez que estuviste aquí nunca se cansaba de ti.

—No lo sé —contesté, pero claro que lo sabía. Tenía la esperanza de pasar allí una noche, o quizá dos, absorbiendo normalidad como un vampiro chupasangre, pero no iba a poder ser. Ignoro qué percibió exactamente Cara Lynne, pero no quería volver a ver su rostro pequeño y aterrorizado.

Dije a Terry que solo me había acercado a saludar, que no podía quedarme siquiera a cenar, que tenía que tomar un avión rumbo a Portland. Había estado en Lewiston, añadí, colaborando en una grabación cutre de un grupo del que me había hablado Norm Irving. Dijo que le parecía que tenían posibilidades de saltar a nivel nacional.

—¿Y las tienen? —preguntó.

—Qué va. Exclusivamente lo-fi. —Consulté el reloj con un gesto ostensible.

—Olvídate del avión —dijo Terry—. Ya cogerás otro. Entra a comer con la familia, hermanito. Cara ya se calmará.

No lo creía.

Le dije a Terry que tenía grabaciones en Wolfjaw a las que no podía faltar. Le dije que otra vez sería. Y cuando abrió los brazos ante mí, lo estreché con fuerza, consciente de que era muy probable que nunca volviese a verlo. Por entonces no sabía aún lo de los asesinatos y suicidios, pero sí que llevaba dentro algo emponzoñado, y probablemente lo llevaría durante el resto de mi vida. Nada deseaba menos que contagiar a personas que quería.

De regreso a mi coche de alquiler, me detuve y contemplé la franja de tierra entre

el césped y Methodist Road. La calle estaba asfaltada desde hacía años, pero esa franja de tierra parecía exactamente igual que cuando yo jugaba allí con los soldaditos que mi hermana me regaló por mi sexto cumpleaños. Mientras jugaba con ellos un día de otoño de 1962, allí de rodillas, una sombra se proyectó sobre mí.

La sombra continúa ahí.

—¿Y usted ha asesinado a alguien?

Ed Braithwaite me ha planteado esta pregunta varias veces. Es, creo, lo que se llama «repetición incremental». Siempre sonrío y contesto que no. Es cierto que descerrajé cuatro tiros en el cuerpo de Mary Fay, pero entonces ella ya estaba muerta, y Charles Jacobs murió de un último derrame cerebral de consecuencias catastróficas. Si no hubiera ocurrido aquel día, habría ocurrido otro, y probablemente antes de acabar el año.

—Y es obvio que no se ha suicidado —continúa Ed, sonriendo para sí—. A menos que sea usted una alucinación mía, claro está.

—No lo soy.

—¿No siente el impulso?

—No.

—¿Ni siquiera como posibilidad teórica? ¿Una idea que lo asalta en plena noche, quizá, cuando no puede dormir?

—No.

Hoy día mi vida dista mucho de ser feliz, pero los antidepresivos ponen un límite a mi caída. El suicidio no lo tengo en perspectiva. Y en vista de lo que puede venir después de la muerte, quiero vivir lo máximo posible. También hay otra cosa. Vivo con la sensación —con o sin razón— de que tengo mucho que expiar. Debido a eso, sigo fiel a mi determinación de hacer las cosas bien. Preparo comidas en el comedor de beneficencia de Harbor House, en Aupupu Street. Trabajo como voluntario dos días por semana en la tienda de Goodwill en Keolu Drive, al lado de la panadería Nene Goose. Si uno muere, no puede expiar nada.

—Explíqueme, Jamie, ¿por qué es usted el lemming especial que no siente el impulso de tirarse desde lo alto del precipicio? ¿Por qué es usted inmune?

Me limité a sonreír y a encogerme de hombros. Podía decírselo, pero no me creería. Mary Fay era la puerta de la Madre a nuestro mundo, pero yo era la llave. Disparar contra un cadáver no es matar —ni es posible matar a un ser inmortal como la Madre—, pero cuando disparé ese revólver, eché el cerrojo a esa puerta. Dije «no»

con algo más que la boca. Si contara a mi psiquiatra que otro ser ultraterreno, uno de los Grandes, me reservaba para una venganza final y apocalíptica como consecuencia de ese «no», dicho psiquiatra quizá empezara a plantearse la reclusión en contra de mi voluntad. Eso no lo quiero, porque tengo otra obligación que cumplir, una que considero mucho más importante que prestar ayuda en Harbor House o clasificar ropa en Goodwill.

Al final de cada sesión con Ed, pago a la recepcionista con un cheque. Puedo permitírmelo porque el guitarrista de rock ambulante convertido en técnico de grabación es ahora un hombre acaudalado. Qué irónico, ¿no? Hugh Yates murió sin descendencia y dejó una considerable fortuna (heredada de su padre, su abuelo y su bisabuelo). Su patrimonio se dividió en muchos pequeños legados, incluidos regalos en efectivo a Malcolm McDonald, más conocido como «Mookie», y Hillary Katz (alias Pagan Starshine), pero una gran parte debía repartirse entre Georgia Donlin y yo.

Dado que Georgia murió a manos de Hugh, ese legado en concreto podría haber proporcionado a los abogados testamentarios veinte años de brega jurídica y sustanciosas minutas, pero como nadie tenía intención de armar alboroto (desde luego yo no iba a hacerlo), no hubo disputa. Los abogados de Hugh se pusieron en contacto con Bree y le dijeron que, como la difunta era su madre, posiblemente tenía derecho a reclamar el botín.

Pero Bree no lo reclamó. El abogado que me representó en el asunto me dijo que, según Bree, el dinero de Hugh estaba «contaminado». Quizá así fuera, pero yo no tuve reparos en aceptar la porción que me correspondía. En parte porque no intervine en la curación de Hugh, pero sobre todo porque yo mismo me considero contaminado, y pienso que es mejor estar contaminado en una posición holgada que en la pobreza. Ignoro qué fue de los varios millones que habrían correspondido a Georgia, y no tengo el menor deseo de averiguarlo. Saber demasiado no es bueno para una persona. Eso lo sé ahora.

Al final de cada una de mis dos sesiones semanales con Ed Braithwaite, pago y salgo de la consulta a un ancho pasillo enmoquetado con puertas a otras consultas. Doblar a la derecha me llevaría al vestíbulo, y desde el vestíbulo saldría a Kuulei Road. Pero no doblo a la derecha. Doblo a la izquierda. Verán, encontré a Ed por casualidad; en un principio acudí al Centro Psiquiátrico Brandon L. Martin por otra

razón.

Recorro el pasillo, y luego cruzo el aromático y bien mantenido jardín que constituye el corazón verde de esta gran institución. Aquí los pacientes se sientan a tomar el infalible sol hawaiano. Muchos van vestidos de calle; otros están en pijama o camisón, y unos cuantos (recién llegados, creo) llevan batas de hospital. Algunos conversan, ya sea con pacientes como ellos o con compañeros invisibles. Otros, sentados, se limitan a contemplar los árboles y las flores con la mirada perdida y expresión de estar empastillados hasta las cejas. A dos o tres los acompañan auxiliares, por temor a que se autolesionen o hagan daño a otros. Por lo general, los auxiliares me saludan por mi nombre cuando paso. A estas alturas me conocen ya bien.

En el otro extremo de este atrio al aire libre está Cosgrove Hall, una de las tres residencias con pacientes recluidos del Centro Martin. Las otras dos son para personas con internamientos de corta duración, en su mayoría por problemas relacionados con el consumo de sustancias adictivas. En esas la estancia es por término medio de veintiocho días. Cosgrove es para gente con afecciones que tardan más tiempo en resolverse. Si es que lo hacen.

Al igual que el pasillo del edificio principal, el de Cosgrove es ancho y está enmoquetado. Al igual que el pasillo del edificio principal, el aire se nota fresco, a una temperatura idónea. Pero no hay cuadros en las paredes, ni tampoco hilo musical, porque en él algunos de los pacientes oyen voces que murmuran palabras soeces o dan instrucciones siniestras. En el pasillo del edificio principal, algunas puertas permanecen abiertas. Aquí, todas están cerradas. Mi hermano Conrad está internado en Cosgrove Hall desde hace casi dos años. Los administradores y el psiquiatra del Centro Martin encargados de su caso quieren trasladarlo a una institución más permanente —se ha mencionado Aloha Village en Maui—, pero hasta el momento me he resistido. Aquí en Kailua puedo visitarlo después de mis sesiones con Ed, y gracias a la generosidad de Hugh, puedo financiar su mantenimiento.

Aunque debo admitir que mi recorrido por el pasillo de Cosgrove es una dura prueba.

Intento avanzar con la mirada fija en los pies. Eso puedo hacerlo, porque sé que hay exactamente ciento cuarenta y dos pasos desde la puerta del atrio hasta la pequeña suite de Con. No siempre lo consigo —a veces oigo una voz que susurra mi nombre—, pero casi siempre.

Se acuerdan del acompañante de Con, ¿verdad? ¿El guaperas del Departamento de Botánica de la Universidad de Hawái? No he dado su nombre antes, ni tengo intención de darlo ahora, aunque quizá lo habría hecho si hubiera visitado a Connie alguna vez.

Pero no lo visita. Si le preguntaran, seguramente diría: *¿Por qué demonios voy a visitar al hombre que intentó matarme?*

Se me ocurren dos razones.

Una, Con no estaba en su sano juicio... ni sano ni no sano, a decir verdad. Después de estampar una lámpara al guaperas en la cabeza, mi hermano se fue corriendo al baño, se encerró allí y se tragó un puñado de Valiums, un puñado *pequeño*. Cuando el botánico volvió en sí (con una herida sanguinolenta en el cuero cabelludo que requirió puntos de sutura, pero por lo demás nada del otro mundo), telefoneó al 911. La policía llegó y echó abajo la puerta del baño. Con, sin conocimiento, roncaba en la bañera. Los técnicos médicos lo examinaron y ni siquiera se molestaron en hacerle un lavado de estómago.

Con no puso mucho empeño en matar al botánico ni en quitarse la vida él mismo: esa es la otra razón. Pero el hecho es que fue una de las primeras personas curadas por Jacobs. Probablemente *la* primera. El día que Charlie se marchó de Harlow, me dijo que Con casi con toda certeza se había curado él mismo; el resto había sido un truco, puro abracadabra. *Es una aptitud que enseñan en la facultad de Teología*, había dicho. *A mí siempre se me ha dado bien*.

Pero mintió. La curación fue tan real como el actual estado de semicatatonia de Con. Eso ahora lo sé. A quien engañó Charlie fue a *mí*, y no solo una vez, sino una tras otra. Aun así, uno ha de dar gracias por lo que tiene, ¿no? Conrad Morton tuvo ocasión de contemplar las estrellas durante muchos años antes de que yo despertara a la Madre. Y hay esperanzas para él. Al fin y al cabo juega al tenis (aunque nunca habla), y como he dicho, es una fiera del voleibol. Su médico dice que ha empezado a manifestar una mayor respuesta al exterior (a saber qué querrá decir con eso), y las enfermeras y los auxiliares, cuando entran, cada vez se lo encuentran menos a menudo de pie en el rincón y dando ligeros cabezazos contra la pared. Según Ed Braithwaite, quizá con el tiempo Conrad se recupere del todo; quizá *reviva*. Yo he decidido creer que así será. La gente dice que mientras hay vida, hay esperanza, y no lo pongo en duda, pero también creo lo contrario.

Hay esperanza, por tanto vivo.

Dos veces por semana, después de mis conversaciones con Ed, me siento en el salón de la suite de mi hermano y charlo un poco más. Algunas de las cosas que le digo son reales —una trifulca en Harbor House que obligó a venir a la policía; una remesa especialmente grande de ropa casi nueva en Goodwill; que por fin he conseguido ver las cinco temporadas enteras de *The Wire*— y algunas son inventadas, como que supuestamente salgo con una mujer que atiende en la panadería Nene

Goose, y las largas conversaciones que mantengo con Terry por Skype. Mis visitas son monólogos más que conversaciones, y debido a eso es necesaria la ficción. Mi vida real no basta, porque hoy día está amueblada tan exiguamente como la habitación de un hotel barato.

Siempre acabo diciéndole que está muy delgado, que tiene que comer más, y diciéndole que lo quiero.

—¿Tú me quieres a mí, Con? —pregunto.

Hasta la fecha no me ha contestado, pero a veces sonrío un poco. Eso viene a ser una respuesta, ¿no les parece?

Al dar las cuatro y acabarse la visita, desando el camino hasta el atrio, donde las sombras —de las palmeras, los aguacates y el baniano retorcido que se alza en el centro— han empezado a alargarse.

Cuento los pasos, y lanzo ojeadas a la puerta situada enfrente, pero por lo demás mantengo los ojos fijos en la moqueta. A menos que oiga mi nombre susurrado por esa voz.

A veces cuando eso ocurre, consigo desentenderme.

A veces no puedo.

A veces alzo la vista a mi pesar y veo que la pared del hospital, pintada de un tranquilizador amarillo pastel, ha sido sustituida por piedras grises unidas mediante antiquísima argamasa y cubiertas de hiedra. La hiedra está muerta, y las ramas parecen manos esqueléticas extendidas en ademán de agarrar. La pequeña puerta en la pared está oculta, en eso Astrid tenía razón, pero está ahí. La voz procede de detrás, y pasa a través del ojo de la antiquísima cerradura herrumbrosa.

Sigo adelante resueltamente, claro que sí. Horrores inconcebibles aguardan al otro lado de esa puerta. No solo la tierra de la muerte, sino también la tierra *más allá* de la muerte, un lugar lleno de colores delirantes, geometría demencial y simas sin fondo donde los Grandes viven sus vidas extrañas e infinitas y conciben sus pensamientos malévolos e infinitos.

Al otro lado de esa puerta está el Vacío.

Sigo adelante, y pienso en el pareado del último email de Bree: «Que no está muerto lo que eternamente yace, / y en los eones por venir aun la muerte puede morir».

Jamie, susurra la voz de una anciana por el ojo de la cerradura de una puerta que solo yo veo. *Ven. Ven a mí y vive eternamente.*

No, le contesto, tal como le contesté en mi visión. *No*.

Y... de momento, todo bien. Pero con el tiempo algo pasará. Siempre pasa algo. Y *entonces...*

Atenderé la llamada de la Madre.

6 de abril de 2013 - 27 de diciembre de 2013

Nota del autor

CHUCK VERRILL es mi agente. Él vendió el libro y me proporcionó ayuda y consuelo a lo largo del camino.

NAN GRAHAM editó el libro con la vista aguzada y el lápiz azul más aguzado aún.

RUSS DORR, mi incansable investigador, me proporcionó información cuando la necesitaba. Si la he pifiado en algún sitio, es porque no lo entendí bien. En tales casos, atribúyanme a mí la culpa, no a él.

SUSAN MOLDOW atendió a todas mis llamadas, incluso cuando me puse pesado, y me exhortó a seguir adelante.

MARSHA DEFILIPPO y JULIE EUGLEY se ocupan de mis asuntos del mundo real para que yo pueda vivir en mi imaginación.

TABITHA KING, mi mujer y mi mejor crítica, señaló los puntos débiles y me animó a enmendarlos, cosa que hice, en la medida de mis aptitudes. La quiero un montón.

Gracias a todos vosotros, y en especial gracias a los ROCK BOTTOM REMAINDERS, que me enseñaron que uno nunca es demasiado viejo para el rock and roll y me han tenido brincando al ritmo de *In the Midnight Hour* desde 1992. En mi mayor. *Toda* esta mierda siempre empieza por mi.

Bangor, Maine